

VIDA Y MUERTE DEL CHILE POPULAR
ALAIN TOURAINE

Llegué a Santiago el 21 de julio. Empecé a escribir un diario sociológico a partir del 29, reflexionando sobre este país en el que viví y trabajé en otras ocasiones. Este diario mezcla las reacciones ante los acontecimientos y un análisis no sistemático pero continuo sobre las clases sociales y el Estado, el sistema político y los movimientos sociales en Chile y en América Latina. Semana tras semana, se va ligando cada vez más estrechamente a la cercanía de una crisis, prevista y sin embargo inesperada. El 11 de septiembre vi, desde el centro de la ciudad arder la Moneda. Durante dos semanas después del golpe de Estado, mientras vivía la angustia de los amigos desaparecidos o encarcelados, reflexioné sobre las causas de la caída y la naturaleza del nuevo régimen. Dejé Chile el 24 de septiembre, mientras se enterraba a Pablo Neruda. No modifiqué mis juicios posteriormente a haberlos escrito, pero a veces añadí comentarios, siempre fechados, en los que discuto un texto que contemplo a la vez como un testimonio y como un libro en el que prosigo mi reflexión sobre Chile y América Latina, con espíritu de búsqueda, vivificado sucesivamente por la solidaridad, la inquietud y la cólera.

Alain Touraine es director del Centro de Estudios de los Movimientos Sociales de la École des Hautes Études y enseña también en el Instituto de Desarrollo Económico y Social de París.

VIDA Y MUERTE DEL CHILE POPULAR

alain
touraine


siglo
veintiuno
editores

mexico
españa
argentina


siglo
veintiuno
editores
sa



traducción de
AURELIO GARZÓN DEL CAMINO

VIDA Y MUERTE DEL CHILE POPULAR

por
ALAIN TOURAINE





siglo veintiuno editores, sa
GABRIEL MANCERA 65, MÉXICO 12, D.F.

siglo veintiuno de españa editores, sa
EMILIO RUBÍN 7, MADRID 33, ESPAÑA

siglo veintiuno argentina editores, sa
Av. CÓRDOBA 2064, BUENOS AIRES, ARGENTINA

portada de richard harte

edición al cuidado de eugenia huerta

primera edición en español, 1974
© siglo xxi editores, s. a.

primera edición en francés, 1973
© éditions du seuil
título original: *vie et mort du chili populaire*

derechos reservados conforme a la ley
impreso y hecho en méxico
printed and made in mexico

PRESENTACIÓN, 3

- 29 de julio: El movimiento popular, antes y después del 29 de junio, 5
- 31 de julio: La crisis económica; la opción política, 9
- 2 de agosto: Cordones industriales, comandos comunales, poder popular, 12
- 5 de agosto: Punto muerto en la tempestad; el Partido Socialista, 17
- 6 de agosto: La falsa conciencia de los *momios*, 19
- 8 de agosto: Los militares entran en el gobierno, 20
- 9 de agosto: El mitin de la CUT; socialistas y comunistas; clase obrera y pueblo, 23
- 11 de agosto: El ejército y el Estado, 27
- 11 de agosto: Cambio de rumbo, 30
- 13 de agosto: Las opciones de la democracia cristiana, 35
- 14 de agosto: Estado presente, dificultades y tareas futuras de la sociología de la América Latina, 40
- 15 de agosto: El sistema político chileno; fuerzas de integración y de fragmentación; el papel de los militares, 44
- 15 de agosto por la noche: La prueba de fuerza; Allende la ganará, 47
- 17 de agosto: Para mañana, los verdaderos problemas; desquite de la política, 49
- 18 de agosto: Ángel Parra, recuerdo de Violeta, Chile revolucionario, 51
- 18 de agosto: Clases sociales y sistema político; el Partido Socialista; análisis e ideología, 53
- 18 de agosto: Al borde del golpe de Estado; separación de la vida política y de la vida social, 56
- 19 de agosto: Las tres figuras de Allende, 57
- 19 de agosto: Providencia, 60
- 19 de agosto: La intervención política de las mujeres, 62
- 20 de agosto: La inflación; la parálisis del sector público; la corrupción, 63
- 20 de agosto: El MIR; movimiento social, violencia y acción política, 64
- 21 de agosto: Una jornada de alarma; las soluciones limitadas siguen siendo las más probables, 66
- 21 de agosto: Un periodista que asusta, 69
- 21 de agosto: Movimientos y acontecimientos en una situación revolucionaria; el cometido del sociólogo, 70
- 21 de agosto noche: Todavía no estamos en el centro de la crisis, 71

- 22 de agosto: Violencia y terrorismo; inquietud de la izquierda; conservar la sangre fría, 73
- 22 de agosto: Los "gremios" y la política; el pavor de la pequeña burguesía, 74
- 23 de agosto: La conciencia obrera; el punto de partida: separación del trabajo y la política, 76
- 24 de agosto: La marcha de Prats; división de los militares; derrota de la derecha; el diálogo probable, 78
- 24 de agosto: Los comunistas y el ejército, 81
- 25 de agosto: Allende victorioso y debilitado; de la crisis gubernamental a la crisis económica y política, 82
- 25 de agosto: Relaciones de clase, dependencia y modernización, las tres dimensiones de los movimientos sociales y de la vida política en América Latina y en particular en Chile, 84
- 26 de agosto: El gobierno debe a la vez negociar políticamente y dar nuevo impulso a la movilización popular, 93
- 27 de agosto: La caída de los funcionarios y la crisis del Estado; una prueba del cambio de rumbo; proposiciones para una nueva administración, 94
- 27 de agosto: *Patria y Libertad*; ¿se puede hablar de fascismo en Chile?, 97
- 27 de agosto: Los límites de la movilización revolucionaria; el espectro de la guerra civil, 99
- 27 de agosto: Ricos y pobres, clase obrera y burguesía; la libertad lleva el nombre de Chile, 101
- 29 de agosto: Vuelta al centro; el sistema político triunfa de los movimientos sociales, 103
- 29 de agosto: Las dos fuerzas de Allende: división de la oposición y reservas de movilización popular; el enfrentamiento social presente, 104
- 30 de agosto: Las tres victorias de la revolución chilena; la cuarta batalla está entablada, 106
- 31 de agosto: Avance del PC; recuperación del control de los cordones; la izquierda comunista; debilitamiento del PS, 111
- 31 de agosto: El sistema político de la UP, amenazado por la crisis económica, 112
- 1 de septiembre: Guerra y revolución; oposición del caso chileno y de la situación leninista o maoísta, 115
- 2 de septiembre: Los socialistas y la necesidad de la ruptura con el imperialismo; el sociólogo y el actor político, 117
- 3 de septiembre: Comparación entre la crisis de octubre y la crisis de agosto; dos interpretaciones posibles de ésta, 120
- 4 de septiembre: El movimiento obrero revolucionario, 124
- 4 de septiembre: La empresa industrial sacrificada; la UP, amenazada por

- el caos y no por el enfrentamiento; movilización o descomposición; entramos en el período decisivo, 125
- 5 de septiembre: El desfile por la defensa del gobierno popular; la oposición de masas-clase media y sus relaciones con las tres líneas de conflicto de la sociedad chilena, 128
- 6 de septiembre: La crisis del Estado; la sociedad a la deriva, 131
- 7 de septiembre: La ausencia de iniciativa del gobierno; dos actitudes en la izquierda; ¿para cuándo la intervención obrera?, 134
- 8 de septiembre: Las fracciones de la clase obrera, 173
- 8 de septiembre: El izquierdismo y su análisis; mi actitud personal, 139
- 9 de septiembre: Las razones de un fracaso: la ausencia de Estado y de nacionalismo; el porvenir de Chile; la fuerza de la conciencia de clase, 143
- 9 de septiembre: Mitin del Partido Socialista, 149
- 10 de septiembre: El sistema político se defiende; PC y DC contra el golpe de Estado; por qué no hay movilización popular, 152
- 11 de septiembre: 8 h 30, el golpe de Estado, 156
- 12 de septiembre: Muerte de Allende; el gobierno militar, la resistencia, la represión, 162
- 13 de septiembre: Lucha contra el golpe de Estado, 168
- 14 de septiembre: Causas del fracaso de la vía chilena; la función del Estado en América Latina, 171
- 14 de septiembre: Dos discursos; el pasado y el porvenir, 181
- 15 de septiembre: Mutación de la sociedad chilena y de su vida política; el Estado y las luchas sociales, 186
- 16 de septiembre: Expediciones de castigo a los campamentos, 190
- 16 de septiembre: Detenciones en masa; corporativismo, propaganda, 195
- 18 de septiembre: Fiesta nacional; el régimen se instala, 196
- 21 de septiembre: Represión e integración; decadencia de la clase media; el orden, 198
- 24 de septiembre: Muerte de Neruda; la represión intelectual, adiós, 202

CRONOLOGÍA, 206

SIGLAS, 209

BIBLIOGRAFÍA, 211

PARA ADRIANA

Y

PARA PIRTO

PRESENTACIÓN

En el momento en que el avión me aleja de Chile, unas manos valerosas llevan al cementerio general el cadáver de Pablo Neruda, que he visto la víspera tendido en la rotonda, con los vidrios rotos, los libros quemados y los huecos de los cuadros robados, de su casa de Santiago. Los soldados patrullan en la ciudad, se fusila por las noches en el Estadio Nacional y los refugiados se asfixian en la minúscula embajada de Panamá.

¿Se puede hablar ahora de Chile, de la Unidad Popular precipitada en el vacío, de su fuerza y de sus flaquezas? ¿No sería tanto como apartar la mirada de la angustia de los prisioneros y de la acción de los que van agrupándose en secreto?

Hay que comprender, sin embargo: la violencia inesperada del golpe de fuerza, la respuesta impotente de un pueblo que desfilaba en masa una semana antes frente a La Moneda, la crisis económica, la lucha de clases.

Y volver hacia atrás, para encontrar los sentimientos y las ideas que teníamos, antes . . .

Por eso presento este diario sociológico escrito antes, durante y después del golpe de Estado y que es más una reflexión cotidiana sobre la sociedad chilena y su lucha política que un relato de acontecimientos.

Cuando comencé este diario, a fines de julio, me proponía consignar en él mis reflexiones sobre la Unidad Popular, las transformaciones y la vida política de Chile. Casi inmediatamente, los acontecimientos cambiaron su orientación: la crisis económica y política invadió la sociedad; ya no podía aislar algunos temas sociológicos de la historia inmediata de un régimen que acababa de ser conmovido por una tentativa de golpe de Estado militar, y que se sentía cada día amenazado en su existencia política.

Hoy 16 de septiembre, unos días antes de salir de Chile y cinco después del golpe de Estado, advierto que las páginas escritas tienen un sentido distinto de aquel que yo les daba en el momento de escribirlas. Se han alejado de mí; contemplo este texto como un documento que tal vez declara en contra mía, por no haber comprendido desde principios de agosto que todo debía situarse no en relación con el origen de esta historia, sino en relación con su fin brutal, con el golpe de Estado.

El lector de hoy espera probablemente la historia de una crisis y de su desenlace, los últimos días de Chile popular. Si yo escribiera ahora de un tirón mi testimonio, lo concebiría probablemente así. Y haría mal. Estoy seguro de que la muerte de Chile popular no debe desviarnos de considerarlo en sí mismo. No se lo puede analizar de la misma manera que si hubiese perdurado, que si se hubiese transformado en otro tipo de sociedad; no puede fascinar como las revoluciones triunfadoras, pero debe atraer la mirada por una razón inversa.

La grandeza de las revoluciones triunfantes y lo que constituye su

fuerza es también lo que oculta las fuerzas sociales, los sentimientos, las ideologías. Devienen acontecimiento, campo de batalla, proclama, y después aparato de Estado, guerra, rigor y conflictos internos. La debilidad de Chile popular, construido por revolucionarios sin revolución, es que fue abierto y hasta contradictorio; debates políticos, luchas con la oposición, movimientos de base, dificultades económicas, desbordamiento por los extremos, complots de los militares, todos los personajes son visibles, todas las réplicas se oyen en esta historia que pasa como en un escenario, de manera parecida a la Revolución francesa.

No se puede ciertamente hablar de Chile popular, aun en el caso de que se consideren sus primeros años, olvidando que sucumbió a los ataques de sus adversarios y a su descomposición interna. Pero no se puede tampoco reducirlo a una agonía. La imagen de su vida y la explicación de su muerte se mezclan en este diario en el que la esperanza y la inquietud alternan, sin estar fundidos en una unidad de tono artificial o introducida a posteriori.

Conozco desde hace mucho tiempo Chile. Allí he vivido en 1956-1957, consagrado sobre todo a un estudio comparado de los mineros del carbón y de los obreros de la siderurgia. Mi mujer es chilena. Yo he vuelto con regularidad a ese país, leyendo, enseñando, informándome, viajando, sobre todo por las regiones industriales. No pretendo ser un experto en la vida chilena, ciertos aspectos de la cual conozco mal; pero no he descubierto ese país este año, y ya en 1971 había reunido algunas ideas sobre la Unidad Popular. Además, Chile posee muy activos centros de investigación y de enseñanza de sociología, en particular la FLACSO, Facultad Latino Americana de Ciencias Sociales, el CEREN y el CIDU de la Universidad Católica, y el CESO de la Universidad de Chile, que han producido importantes trabajos. La mayoría de estos centros acaban de ser suprimidos. La CEPAL (Comisión Económica de las Naciones Unidas para América Latina) y el ILPES, de las Naciones Unidas, llevan bastante tiempo aportando una contribución decisiva al conocimiento de los problemas económicos y sociales del desarrollo en América Latina y por lo tanto en Chile. Otros podrán más tarde presentar una historia política, económica y social de estos tres años de presidencia de Salvador Allende. Yo no he sentido jamás deseos de escribir tal libro.

Quizá porque he llegado aquí poco tiempo después de haber acabado trabajos de otra naturaleza, más sistemáticos, he querido constantemente ligar el análisis a la actualidad, dejar que el acontecimiento me revelara aspectos de la sociedad chilena, de sus movimientos sociales o de su sistema político.

No he reescrito ni revisado este diario. Hasta el 11 de septiembre, me proponía tan sólo reflexionar sobre los tres años de Chile popular. Desde esa fecha ya no he podido tocar lo que he escrito, aunque ahora me sienta a disgusto o en desacuerdo con algunos de los juicios formulados. Este

diario es a la vez que mi trabajo, un documento, y lo considero ya como lector más que como autor.

29 DE JULIO: EL MOVIMIENTO POPULAR, ANTES Y DESPUÉS DEL 29 DE JUNIO

Dos años ya. El país del que salí en septiembre de 1971 acababa de nacionalizar las grandes compañías norteamericanas de cobre, había acelerado y transformado la reforma agraria, había hecho pasar al control público las grandes empresas textiles, el carbón, el acero, etc. Actos llevados a cabo por el Estado, precedidos o acompañados de cierta movilización popular en las empresas y sobre todo en el campo, pero claramente dirigidos desde arriba. Durante los dos meses de mi estancia no vi grandes manifestaciones. El día en que el Presidente anunció al pueblo la nacionalización del cobre, hablando en Rancagua, cerca de la mina El Teniente, la multitud no era densa en la plaza, y en la carretera no vi banderas más que en las ciudades perdidas.

El Estado tenía empeñado el combate nacional contra la dominación extranjera y contra una burguesía industrial cuyo fracaso económico era patente y que había provocado una crisis de la producción y de la inversión en las semanas dramáticas que separaron la elección y la instalación del presidente (septiembre-noviembre 1970).

Julio de 1973: casi todo ha cambiado en este país, pero lo más visible es el mayor grado de la conciencia y de la acción de clase. El pronunciamiento del comandante Souper data de tres semanas. Quedan pocos rastros materiales: algunos agujeros discretos en la fachada de la Moneda, el palacio presidencial en el centro de la ciudad. Es evidente que los ocho tanques del regimiento blindado No. 2 que salieron de la calle Santa Rosa no atacaron realmente el palacio cuya puerta de madera no hubiera resistido. Souper pensaba que su gesto provocaría el levantamiento de las guarniciones y de un pueblo exasperado por las privaciones y las crisis. Ahora bien, en pocas horas el conjunto de las empresas, talleres y oficinas y de los millares de lugares de trabajo fueron ocupados por los trabajadores. La corriente que atraviesa la vida política chilena no es ya la del nacionalismo sino la del poder popular. Siempre que, desde hace un año, la derecha lanza un ataque, ya sea económico, político o militar, la reacción popular excede en mucho la resistencia al ataque y marca un progreso decisivo en la formación de un movimiento revolucionario.

La huelga de los transportistas, de los comerciantes y profesionistas liberales de octubre de 1972 no había hecho capitular al gobierno; sobre todo había provocado el desarrollo de los cordones industriales, organizaciones populares que reunían a los militantes de un sector geográfico,

trabajadores de fábricas ocupadas, pero también maestros o estudiantes, empleados o *pobladores*, habitantes de las barriadas periféricas o de los *campamentos* controlados y organizados por partidos políticos. La lucha política de marzo, que terminó en el sentir de todos por una victoria de la Unidad Popular, dio nuevo impulso a la actividad de estas organizaciones de base. La huelga de los mineros de El Teniente, orquestada y apoyada por la democracia cristiana, no suscitó la crisis esperada: en fin, el pronunciamiento provocó una movilización de tal amplitud que el gobierno deja de aparecer en algunas semanas como la fuerza principal de transformación social y parece en crisis.

El 29 de junio ha terminado una etapa. El mandato presidencial, el programa de la Unidad Popular, se ha cumplido. Apenas si se habla ya del imperialismo norteamericano, como no sea para recordar la larga explotación extranjera de los recursos del país y su consecuencia principal, la ausencia de desarrollo industrial, o las maniobras de la ITT en el momento de la elección presidencial, los intercambios comerciales con los Estados Unidos han disminuido notablemente, la lucha jurídica en torno de la nacionalización del cobre continúa; pero nadie cree que sea posible una intervención norteamericana parecida al desembarco en Cuba o en la República Dominicana. El pago de los intereses de la deuda exterior se negocia en condiciones más bien favorables. Chile no se siente en realidad amenazado por sus vecinos.

La acción del Estado, facilitada por esta relativa calma sobre el frente internacional, fue y es fortalecida por la debilidad política y económica de la clase dirigente antigua, en la cual se habían fundido propietarios que percibían en la ciudad la renta territorial, negociantes y financieros e industriales.

No es concebible en el estado actual de cosas que se devuelvan a sus propietarios las empresas que han sido nacionalizadas, incorporadas al *área social*, al sector social de la producción. No estoy seguro de que los dirigentes principales de la democracia cristiana se sientan por ello conmovidos exageradamente.

El ministro de Economía del presidente Frei, Sergio Molina, demuestra en su libro sobre el gobierno demócratacristiano que el fracaso relativo de su política económica se explica en gran parte por el debilitamiento de las inversiones privadas durante los últimos años (1967-1970), acompañado de una desnacionalización importante de la economía, al ampliar claramente los intereses extranjeros su control sobre el sector moderno de la producción.

El antiguo régimen ha sido derribado a partir de su base económica. Chile, para emplear un tema de 1971, "se puso pantalones largos"; sobre todo la conciencia social y política del país devino realista.

En el momento en que termina esta etapa del cambio, hay que recordar lo que aportó. Su mérito mayor es haber borrado la separación del país

oficial y del país real y haber hecho callar una retórica insoportable de las clases medias privilegiadas que estaban en posesión de los medios de expresión.

He conocido Chile en 1956: el general Ibáñez, apoyado por los norteamericanos, se esforzaba en mantener relaciones de clase arcaicas recurriendo a un populismo integrador, pronto desgastado. Días después de mi partida, en la primavera de 1957, grandes revueltas, en las cuales intervinieron los agentes provocadores, dejaban un saldo de muertos en las calles de Santiago. Los sectores acomodados apoyados en el Estado, este mismo redistribuidor de los derechos obtenidos sobre las sociedades extranjeras, ignoraban las condiciones de vida de las masas populares, se preocupaban poco o nada en absoluto de inversiones y de ampliación del mercado interior, gozaban de ventajas mantenidas por la explotación y vivían con el pensamiento satisfactorio de que Chile era un país civilizado, cultivado, educado, que amaba la vida política, los juegos parlamentarios, las formas legales y la retórica democrática. Cuando mucho se hablaba de vez en cuando de los "marginados", de los habitantes de las ciudades perdidas (callampas), y de los tugurios urbanos (conventillos), con un espíritu de caridad cristiana y de justicia social.

Es la elección de 1964 y sus consecuencias las que marcan el primer gran viraje. El gobierno Frei fue un agente de movilización social, sobre todo en el campo gracias a una reforma agraria en modo alguno desdeñable, menos en las ciudades, donde la "promoción popular" no fue más allá de una política de control y de integración de los pobres, sin tocar realmente a sus condiciones de vida económicas.

Del gobierno Frei al primer período del gobierno Allende la diferencia es grande, pero no total. Es el Estado quien dirige, quien desborda las antiguas fuerzas de dominación económica o política, el que amplía el control de la nación sobre sus recursos y sobre su organización. Los grandes partidos políticos o la organización sindical son en muy gran medida intermediarios entre el poder y las masas populares todavía bastante heterónomas. Vuelta al realismo tras de tantos años (desde 1891) de dependencia aceptada o de crisis, pero sin intervención directa de la lucha de clases.

En los comienzos de 1973 esta evolución, comenzada en 1964, termina. El Estado se ha fortalecido y controla o dirige lo esencial de las inversiones. Nada impide pensar que esta situación puede servir lo mismo para crear un capitalismo de Estado que para preparar un régimen más socialista. Nada se ha aventurado, o para hablar en chileno, casi todo se aventura en el interior de la *institucionalidad*, de la legalidad. Hoy la nación chilena no está ya frente a sus amos, extranjeros o nacionales. Hasta el mismo lenguaje ha cambiado. Manifiéstanse fuerzas sociales que ya no se mueven por la acción gubernamental, sino que se imponen a ella.

Esta comprobación no tiene valor de análisis. Ya sé yo que no se puede dejar de ir más allá. Pero que hay que comenzar por ahí, sin lo cual todo se

vuelve incomprensible. *Poder popular*, esta bandera no es ya únicamente la de los grupos de la ultraizquierda como el MIR. La agita el secretario general del Partido Socialista, el senador Carlos Altamirano. Los dirigentes comunistas de la CUT, la central sindical, Godoy y Figueroa, sin dejar de luchar por el control de su organización sobre las nuevas formas de movilización, las reconocen, a veces las alientan, en todo caso no las combaten directamente. Santiago se halla rodeado y hasta penetrado por los cordones industriales, por una movilización apoyada sobre los *campamentos* y las JAP (Juntas de Abastecimiento y de Control de Precios), que aseguran la distribución, sobre todo a las clases más desfavorecidas, de una parte de los productos de primera necesidad, por medio de los *comandos comunales*, organismos más completos, embriones de poder local y cuyo equivalente en el campo podrían ser los *consejos comunales campesinos*, si se desarrollaran.

¿Organizaciones de clase o populares? Habría que discutirlo. Hoy, noto únicamente: las fuerzas populares han adquirido una gran autonomía de acción. Y la Unidad Popular, de la que jamás pensé en el curso de los últimos años que pudiera ser desbordada por las organizaciones de la ultraizquierda como el MIR y sus creaciones, el Frente de Trabajadores Revolucionarios o el Movimiento Campesino Revolucionario, se encuentra ahora dominada por una tensión entre las fuerzas populares y una dirección política y, por lo tanto, por el papel creciente de los partidos que sirven de intermediarios entre las unas y el otro.

¿Anuncia esto un poder revolucionario y la dictadura del proletariado, o una ruptura de la izquierda que provoque la intervención del ejército en forma de un golpe de Estado, o también una descomposición que conduzca a una intervención "legalista" del ejército, o en fin una guerra civil?

Al día siguiente del pronunciamiento una gran parte de la izquierda creyó en un golpe de Estado inminente. Buscábanse armas o refugios. Nada ocurrió. Pero por todas partes se impuso la idea de que la corriente social había salido de su lecho institucional, y que de todos modos el país iba a pasar por una evolución en la que las instituciones y la fuerza se mezclarían, a menos que todo terminara en la apocalipsis de la guerra civil o de la represión masiva.

No es seguro que las fuerzas de clase vayan a ocupar cada vez más por completo la escena política. Es una utopía creer en la posible absorción de las instituciones políticas y del poder de Estado por la dinámica de los actores sociales. Estoy incluso seguro de que el estallido social de julio será seguido rápidamente por un período "político"; pero se ha franqueado una etapa. En adelante la sociedad chilena está frente a sí misma. No se puede limitar a maldecir la dependencia, a apelar a una participación generalizada o una redistribución de la renta nacional. Es preciso que elija un porvenir, una imagen coherente de su acción sobre ella misma. En este sentido es en el que, por encima de las peripecias de la coyuntura, la vida

política tiende a vincularse cada vez más estrechamente con las luchas sociales. La sociedad chilena no puede ya vivir asfixiada en la ideología ni aun simplemente interpretada por el Estado. Descubre su propia realidad, sus conflictos y la necesidad de una opción.

Suceda lo que suceda, Chile seguirá siendo el país en el que la conciencia y el enfrentamiento de las clases habrán encontrado su expresión más directa y más fuerte. La debilidad del Estado, la ausencia de un partido revolucionario, el derrumbamiento de los intereses extranjeros que dominaban el país, se han conjugado para dejar al desnudo la oposición de las clases sociales. Las grandes revoluciones mezclan la lucha militar y política con el conflicto social. Esto es lo que constituye su grandeza salvaje. En Chile, desde hace más de dos años, las luchas sociales no cesan de desarrollarse, pero en estado puro, sin estar recubiertas por otros combates.

No ignoro que "el olvido" del Estado y de la gestión económica es catastrófico. Pero, ¿por qué no reconocer también que esta pureza de las luchas populares es lo que atrae hacia Chile tantas esperanzas y tanta solidaridad?

31 DE JULIO: LA CRISIS ECONÓMICA; LA OPCIÓN POLÍTICA

Las colas son largas. La del pan sobre todo, pero también la del azúcar, el aceite, el café. La carne de vaca ha desaparecido. No todo falta, pero muchos productos de primera necesidad escasean o no se encuentran. Las JAP, o sus equivalentes, distribuyen alimentos de manera irregular y parcial. Su esfuerzo principal se dirige a las clases más desfavorecidas y más desorganizadas a la vez, a los *campamentos* en particular. Los precios fijados por el gobierno son generalmente muy bajos, pero al lado de los precios oficiales existen los del mercado negro. Los precios libres suben rápidamente, en especial los de la ropa. La inflación sobrepasa a la hora actual el 1% por día. La producción agrícola ha bajado sensiblemente, en un 20% sobre poco más o menos, tanto para las siembras como para las cosechas. La producción industrial comienza a retroceder; según dicen los economistas, será inferior en un 7% por lo menos a la del año pasado. Toda la máquina parece amenazada de ruptura.

Lo que ante todo sorprende es la pasividad del gobierno. No se ha dado ninguna explicación, ni se ha tomado ninguna medida. Un análisis de la economía y de la política económica chilenas sería para mí de la mayor importancia evidentemente. Sin embargo, me parece más urgente ir directamente al hecho político. Desde octubre la batalla social es constante. En estos días, la huelga de los camioneros, a la que seguirá verosímelmente la de los transportes colectivos privados y que provocará tal vez manifestaciones de otras asociaciones profesionales (*gremios*), como las de los médicos

o de los comerciantes, indica la preparación de un nuevo octubre: un esfuerzo de los intereses mercantiles para obligar al gobierno a capitular. La resistencia a estas presiones la opone mucho menos el gobierno que las fuerzas populares, la CUT en primer lugar, pero también las organizaciones revolucionarias de base. ¿Cómo podrían Allende y sus ministros, en nombre de la organización económica y de la productividad, quebrar la fuerza social que los sostiene y que los ha hecho triunfar de sus enemigos políticos y sociales? Es inimaginable.

Desde el 29 de junio, se han multiplicado las ocupaciones que son en la mayoría de los casos expropiaciones de hecho. La producción ha sido interrumpida, y a menudo desorganizada. En las pequeñas empresas sobre todo, el patrono, prudente, había puesto a cubierto stocks, equipos, depósitos bancarios. La empresa sólo puede marchar si recibe créditos. El Banco Central los concede inmediatamente. Es hoy la principal fuente de inflación, más importante que el déficit fiscal, de las administraciones y empresas nacionalizadas. Paralelamente al nivel de la distribución, el gobierno mantiene precios bajos y organiza por medio de DINAC un circuito extracomercial de distribución, para elevar o mantener el nivel de vida de los más desfavorecidos. Esto origina a la vez dificultades para las empresas del *área social*, que deben producir a bajo precio, y para la distribución general, que se encuentra así fragmentada en tres redes: la red política, la red comercial y el mercado negro. Por su parte, la oposición se resiste a que los proyectos económicos del gobierno sean financiados de manera suficiente, lo cual no podría hacerse sino mermando las fortunas. Comerciantes e industriales han aprovechado el nuevo impulso dado al consumo por Vuskovic, ministro de Economía en los comienzos del régimen, después la inflación y ahora el mercado negro, al menos algunos de ellos. Este dinero no entra en las cajas del Estado.

¿Qué es entonces la crisis económica sino la expresión concreta del problema político presente? ¿Cómo conciliar el poder popular, motor de transformación social, y la gestión del conjunto de la sociedad?

Desde el 29 de junio la prioridad es del impulso social. De ahí, la impotencia económica del gobierno. No sólo los grupos de ultraizquierda o los cristianos de extrema izquierda de la *Izquierda Cristiana* o del MAPU-Garretón (la tendencia izquierdista formada tras la fragmentación del MAPU, después de la elecciones de marzo y que recogió a la mayoría de sus militantes de base), sino la mayor parte de la izquierda, manifiesta una ausencia total de interés por los problemas económicos. El propio Allende es probablemente más sensible al debilitamiento político de su posición que a la crisis económica. Los comunistas, actuando constantemente como élite dirigente, organizada y responsable, y pensando también los riesgos de un enfrentamiento político y social, son los únicos que hablan de las exigencias de la producción. Pero, ¿qué lejos parece la "batalla de la producción", tema de la propaganda comunista en 1971! Vincular los salarios

a la producción o a la productividad puede ser un artículo de programa para el PC. Pero cuando los obreros se apoderan de una fábrica y la producción no puede reanudarse normalmente al punto, ¿habrá que disminuir los salarios, habrá que despedir, en el momento en que la inflación causa estragos? ¿Qué fuerza política de izquierda, por "responsable" que quiera ser, puede aceptar tal política de descenso brutal del nivel de vida obrero?

En un nivel más elevado, ¿cómo puede el gobierno de Unidad Popular, en plena batalla social, obligarse a fijar por sí mismo los límites de su avance, las fronteras que no rebasarán las expropiaciones, en la ciudad o en el campo, cuando la oposición, que yo sepa, jamás habló de imponerse límites, cuando los médicos, tan rápidos en esgrimir los grandes principios, mantienen una clientela liberal orientada al servicio de la burguesía y que les asegura ingresos muy decorosos?

La oposición concede la misma prioridad a la lucha social. La huelga de octubre afectó a la producción; la de El Teniente en mayo-junio hizo perder 60 millones de dólares al disminuir las exportaciones de cobre. Desde hace unos meses es como si los dos adversarios corrieran para ocupar la mayor cantidad de terreno posible, por saber que pronto este enfrentamiento habrá de someterse a los límites impuestos por una política económica de conjunto, pero cuya orientación dependerá del resultado de los enfrentamientos sociales. Las fuerzas de la Unidad Popular, que conservan de hecho la iniciativa y que están en posesión del gobierno, son las que más tienen que perder en este avance acelerado.

¿Cómo dejar de ver que el propio empuje popular, fortalecido por los ataques de la burguesía, se hallará cada vez más minado por la inflación y la crisis económica? El éxito de la Unidad Popular en marzo significó que las clases populares, arrastradas por la lucha de clases, eran todavía sensibles a la elevación reciente de su nivel de vida al mismo tiempo que a sus intereses de clase. Este razonamiento es el que nos conducía, a Celso Furtado y a mí, a pronosticar poco antes de las elecciones la victoria de la Unidad Popular. Pero las huelgas, el descenso del nivel de vida y en gran medida la subalimentación carcomen, no el movimiento social en sí, sino su capacidad política. Veo un gran peligro en que el movimiento propiamente popular se vuelva cada vez más indeterminado políticamente y capaz de apoyar a veces a la ultraizquierda revolucionaria, tanto como de unirse a un bonapartismo jacobino.

Sobre todo, a medida que se deteriora la situación económica, aumenta el peligro de una ruptura de la izquierda. Unos *pobladores* o unos activistas pueden quemar tiendas o depósitos en los que crean que se esconden reservas de alimentos. Unas fuerzas políticas, persuadidas de que hay que provocar la ruptura para evitar una "termidorización" del régimen, pueden lanzarse a cuerpo descubierto en el incidente. La izquierda gubernamental se encontraría paralizada, intervendría el ejército y resulta-

ría, o bien el golpe de Estado "legal", o bien el enfrentamiento violento. Yo no estoy convencido de que las cosas ocurran así. Hoy, el gobierno, es decir, de hecho, la dirección de los dos grandes partidos —porque el ministerio apenas tiene importancia—, está ciertamente convencido del peligro capital que representaría la ruptura de la izquierda y de la contradicción que ha surgido entre una acción social y política que fortalece a los trabajadores y una desorganización económica que enriquece a los comerciantes o los especuladores y rebaja el nivel de vida tanto de los trabajadores como de las clases medias asalariadas.

Por eso el problema de hoy es: ¿cómo puede Allende recobrar la capacidad de acción política necesaria para lanzar una política económica? Va a negociar con la democracia cristiana y con el ejército: ¿hasta dónde puede llegar sin correr el peligro de la ruptura de las fuerzas populares?

2 DE AGOSTO: CORDONES INDUSTRIALES, COMANDOS COMUNALES, PODER POPULAR

Pase lo que pase, de aquí a algunos días o algunos meses, Chile habrá suministrado al movimiento revolucionario una forma original: los *cordones industriales*. Militantes de fábricas, generalmente pasadas al sector social o bajo intervención, se agrupan sobre una base territorial: unas cuantas decenas de empresas en general forman el punto de partida de un cordón. Cerrillos, Vicuña Mackenna, Macul, Mapocho, Santiago Centro, etc. La ciudad está rodeada y penetrada por los cordones. Igualmente Valparaíso. A veces, se ha llegado a la etapa siguiente: se ha formado un *comando comunal*, esbozo de un poder local paralelo que prepara a su vez un poder popular. El MIR naturalmente, pero también los dos MAPU y el Partido Socialista apoyan el movimiento. Todos los militantes de los cordones tienen una adscripción política precisa; no son por ello los delegados de sus partidos. Se trata de un movimiento de clase. El papel de los militantes políticos excluye un espontaneísmo ciego respecto de las condiciones políticas generales, pero está muy lejos de hacer de los cordones la vanguardia de movimientos políticos. Los propios comunistas y la dirección de la CUT reconocen la autonomía de los cordones, a la vez que se sienten amenazados por un movimiento que discute el centralismo y el burocratismo de la CUT y se esfuerzan en restablecer su autoridad sobre un movimiento que se ha hecho vigoroso, pero frágil también, amenazado por las divisiones internas y la disminución del impulso.

La izquierda entera, desde hace un mes sobre todo, discute las virtudes y los límites del doble poder. El MIR tiene una posición clara: el Estado pertenece todavía al orden burgués; el poder popular debe ser un poder

paralelo, que ejerza una presión cada vez más fuerte hasta que se manifiesten las contradicciones de la UP y se desencadene con toda su fuerza un movimiento revolucionario pasando por una huelga general nacional, por ocupaciones generalizadas, por el establecimiento de un orden revolucionario en ruptura con la legalidad burguesa. El semanario socialista, *La Aurora de Chile*, adopta una posición más matizada: apoyo total a los cordones, pero que se integren al conjunto de las fuerzas populares, animando a éstas.

Los dirigentes de la CUT insisten más aún en la necesidad de mantener la autoridad de la CUT, reformando, gracias a los cordones, la organización de la misma.

Algunos cordones son más activos que otros. Carreteras interceptadas, movilización contra pesquisas militares; algunos se hallan también desgarrados por luchas intestinas que han terminado en ocasiones con disparos.

¿Qué son los cordones? Ante todo organizaciones de clase. El tema de su acción es la expropiación de los patronos, el mantenimiento y la extensión de las ocupaciones. Incluso los obreros de empresas muy pequeñas ocupan los locales, expulsan al patrono y quieren pasar al APS (*área de propiedad social*). Los cordones no son asociaciones de mal alojados; tampoco agrupaciones directamente políticas. Se constituyen sobre la base del lugar de trabajo. Es un movimiento de clase obrero, incluso si otros estratos, en particular estudiantes y profesores, participan en él.

Pero este movimiento de clase, que moviliza a obreros y sindicatos, tiende a crear una organización territorial, comunal, por desconfianza ante el gobierno, por hostilidad respecto de otros elementos del Estado, por antagonismo a las fuerzas armadas, las cuales intervienen por su parte, a menudo con una brutalidad extremada, en las fábricas ocupadas y hasta en los locales sindicales, en nombre de la ley de control de armas votada en abril.

Las discusiones sobre las relaciones entre los cordones, el control sindical, los partidos y el gobierno nos hacen conocer cuál es la posición de cada una de las fuerzas políticas. Pero no dan la explicación de este movimiento: ¿por qué en el Chile actual existe un movimiento de clase —movimiento de base y a pesar de ello en modo alguno espontaneísta, populista o interesado en obtener ventajas económicas inmediatas— de tal potencia?

Hay que contestar esta interrogación antes de preguntarse cuál será la importancia, el peso político, de este movimiento. La movilización sindical de la clase obrera era limitada. Los obstáculos creados o legalizados por el Código del Trabajo explicaban en parte esta debilidad y el dominio ejercido por el Estado sobre las relaciones de trabajo. El sindicalismo chileno jamás ha estado subordinado al Estado como la CGT argentina lo estuvo al Estado peronista o los sindicatos *pelegos* al Estado brasileño de Vargas y de sus sucesores hasta 1964; pero en esto como en otras cosas es el Estado el que fija el mínimo vital y por consiguiente el esencial de las alzas de salario; él

es quien decide en cuanto a las condiciones de legalidad de una huelga etc. La CUT, que no tenía existencia legal antes del presente gobierno (tan sólo los sindicatos tenían una), era un grupo de dirección comunista y socialista bastante débilmente vinculado a los sindicatos de base. Su papel era de presión y de actividad política.

Esta "politización" de la acción sindical se observaba muy fácilmente. Yo mismo y otros, hace mucho tiempo, estudiando a los obreros de la siderurgia, habíamos demostrado que cuanto más de la clase media e integrados al sistema social y político se sentían, más relativamente elevada en la escala de los salarios y de las calificaciones era la posición que ocupaban y más politizados y con mayor frecuencia eran comunistas.

Pero la contrapartida de esta integración contestataria era la existencia de una conciencia obrera centrada sobre el grupo y relativamente indeterminada en sus orientaciones políticas (en el interior de la izquierda). Los mineros de carbón me parecían un grupo opuesto al de los siderúrgicos, no sólo porque su nivel de calificación, de instrucción y de ingresos era mucho más bajo, sino porque formaban un mundo más homogéneo y que, incluso si estaba representado por dirigentes comunistas cuyas posiciones ideológicas no eran diferentes de las que los militantes de la siderurgia, era más "expresivo" que "instrumental" y más orientado a la vez hacia un economismo defensivo y hacia la lucha por un poder obrero en la base.

Las mismas instituciones impulsaban, pues, al sindicalismo a vivir entre la ley y la acción directa. Las condiciones de legalidad de las huelgas eran tan rigurosas que muchas de éstas eran ilegales, lo cual hacía más difícil la negociación. En la cima de la organización sindical, Clotario Blest representó durante años una corriente revolucionaria sometida a las orientaciones de los partidos, pero que manifestaba también la presencia inasimilable de una conciencia de clase sublevada.

Durante los períodos electorales, la clase obrera estaba dominada por los partidos; pero año tras año y sobre todo en el momento de la presentación de los *pliegos de peticiones* se dejaban sentir fuerzas más obreristas, que los sistemas político y jurídico reprimían sin dominarlos por completo.

Cuando desaparece el control estatal, ya sea porque el Estado se vuelva contra los sindicatos, como en el Brasil y la Argentina de los militares, ya sea por el contrario porque el Estado se coloca de nuevo en el campo de la lucha de clases, como en Chile, ¿no se ve esa conciencia obrera de base, liberada de las tutelas y del clientilismo, manifestarse a la luz del día y mucho más libremente que en las sociedades en las que la conciencia obrera ha estado más completamente ligada a una acción política?

Hay que ser más preciso y distinguir tres situaciones principales del movimiento obrero. En la mayoría de los países sometidos a una dominación social y económica arcaica, donde la reproducción del orden político y cultural impuesta por la antigua clase dominante gobernaba la acción

económica de la clase dirigente, el movimiento obrero ha sido necesariamente más político que sindical, más centralizado que espontáneo. En esta situación se desarrolló el leninismo. Por el contrario, allí donde existe cierta disociación entre un sistema político relativamente abierto y una clase dirigente conquistadora, se ha desarrollado un movimiento de clase con acciones de base vigorosas, pero igualmente orientadas hacia una institucionalización de los conflictos obtenida con bastante facilidad. Una tercera situación es la de muchos países de América Latina: disociación del movimiento de clase y de la acción política, lo cual puede conducir bien a una gran heteronomía del movimiento, bien a un movimiento de base. Ocurre, en Bolivia por ejemplo, pero también en Colombia, que las dos tendencias se desarrollan paralelamente: movimiento a la vez espontáneo y heterónimo.

La particularidad de Chile es que la dependencia política del movimiento obrero resultó muy debilitada: la lucha contra el enemigo de clase no cesó de tomar una importancia creciente, sobre todo desde los comienzos de 1972. De ahí la impaciencia ante el legalismo del poder, las trabas a la ocupación y a la expropiación de las fábricas y sobre todo el temor a un cambio y a un compromiso que devolviera a los patronos sus fábricas. Si este análisis es exacto, hay que deducir de él que no asistimos al triunfo progresivo de un movimiento de base, sino más bien a una disociación creciente del movimiento de base y de la acción política propiamente dicha, por lo tanto a un debilitamiento relativo de los grandes partidos populares cuya función principal es servir de vínculo entre el gobierno y las masas. Esta conclusión debe ser llevada lo más lejos posible: este movimiento de base es uno de los elementos de una situación, el otro elemento de la cual, no menos esencial, es la doble situación, a la vez de autonomía y de debilitamiento, del centro de acción política.

Chile popular oscila entre la socialdemocracia y el sindicalismo revolucionario, pasando sin cesar por ese punto medio en que se encuentra el Partido Comunista y la potencia masiva de una eventual dictadura del proletariado. Quizá algún día se inmovilice el péndulo en la vertical de esta configuración política. Ese día no se volverá a hablar de vía chilena. Porque lo característico de ésta es que el movimiento popular y su expresión política no coinciden sino parcialmente. Mañana, de seguro, se oirá el rumor de los conciliábulos políticos y del arrastrar de los sables. Pero el movimiento popular no se reducirá jamás a no ser otra cosa que una fuerza de apoyo de una estrategia política.

Supongamos que el movimiento por el poder popular se amplía: ¿qué será de él? Rompiendo cada vez más con el Estado, construyendo un poder comunal, se alejaría de la conciencia de clase obrera para convertirse en un movimiento revolucionario popular. ¿No es característico que él mismo hable de poder popular y no de poder obrero? El MIR también mantiene una distinción reveladora entre la clase obrera y el pueblo, consi-

derados ambos como fuerzas revolucionarias. Movimiento orientado hacia el control de la distribución tanto como de la producción, que podría parecerse a la acción ejercida por el MIR en los *campamentos* que controla, organizadora, defensiva, integradora, pero en el fondo bastante incapaz de una movilización real, por estar definida al margen de relaciones sociales y de conflictos precisos.

Inversamente supongamos que el poder político reanuda la actividad, salga de su marasmo actual o se vea forzado por una crisis mayor a imponer una política económica coactiva, más preocupada por las inversiones que por la redistribución. En este caso también el movimiento obrero de base sería gravemente afectado, pues esto lo colocaría en una situación de reivindicación, de defensa y de impugnación de la mayor importancia, pero que no llevaría ya directamente la esperanza del poder obrero.

Esta segunda hipótesis me parece más verosímil. El movimiento por el poder popular puede transformarse en oposición de izquierda, fuertemente apoyada en los propios trabajadores. Un movimiento orientado a la vez hacia el poder y hacia su impugnación no existe sino porque, desde hace algunos meses, el vacío de poder es cada vez más absoluto.

¿La oposición de izquierda se reagrupará, en ruptura con la UP, para formar un partido o un movimiento revolucionario? Yo no creo en tal ruptura, porque todo el régimen allendista reposa sobre la alianza de los socialistas y de los comunistas. Pero creo que se aislarán girones de la izquierda y de las organizaciones de ultraizquierda, unos para disolverse rápidamente, otros para levantarse en un gesto de rebelión. ¿Que sus actos no sirvan de pretexto a un golpe de fuerza reaccionario!

Es preciso ahora alejarse de la actualidad y reflexionar sobre el propio movimiento revolucionario. El poder de la clase dominante, a la vez extranjera y nacional, ha sido herido de muerte y, si bien no todas las empresas han sido expropiadas, ya el sector social y estatal supera en importancia económica —y con mucho— al sector privado. Vivimos el momento en que las fuerzas populares de oposición y la nueva élite o la nueva clase dirigente están confundidas, en que burgueses jacobinos y descamisados suben juntos al asalto de las Tullerías. Cuando la revolución se desarrolla en medio de una crisis nacional dramática, guerra extranjera o civil, derrumbamiento económico, una élite dirigente formada a base de la clase popular, impone su poder, su acumulación, su ideología y triunfa rápidamente. Y si hay lucha entre la clase popular y la nueva clase dirigente, esta lucha es agotadora y puede conducir al caos y al bonapartismo. Aquí en Chile la transformación social se ha operado sin amenaza mortal para la sociedad nacional chilena. No es, pues, imposible que se mantenga la tensión entre la creación de un nuevo poder y un movimiento de base, sin que el segundo triunfe por completo, lo cual no podría conducir más que a la ruptura de la izquierda y a un golpe de Estado militar, pero sin que el primero imponga tampoco un poder total o totalitario.

Los cordones son una expresión casi pura de la conciencia de clase obrera, a la vez próxima y lejana de la acción política de la Unidad Popular. Sería caer en la utopía más extrema creer que pueden sustituir el sistema político; pero yo deseo por encima de todo que Chile, que deberá a muy corto plazo cambiar de política económica y preocuparse de producción más que de repartición, mantenga esta poderosa fuerza de oposición que es la única que puede limitar el peligro de un poder burocrático. Si no lo logra, los cordones industriales irán a reunirse en los infiernos con todos los militantes revolucionarios que han hecho oír en una época de grandes desgarramientos la impugnación más pura, en el momento mismo en que perdían su capacidad política. ¿No lleva todo cambio revolucionario la mancha de un movimiento popular aplastado por los nuevos amos del poder? Yo pienso, al ver los cordones, en los soviets liquidados, en los sans-culottes aplastados, en los izquierdistas calumniados. Pero es muy raro que se haya producido una situación en la que las virtudes de la izquierda revolucionaria hayan tenido tantas posibilidades de mantenerse en tensión con un poder socialista, sin ser aplastadas por su contradicción con él.

5 DE AGOSTO: PUNTO MUERTO EN LA TEMPESTAD; EL PARTIDO SOCIALISTA

Extraña atmósfera. Desde hace un año todo ocurre aquí en la calle. Las mujeres de la burguesía bajan hacia el centro con sus cacerolas; la democracia cristiana y la Unidad Popular reúnen mítines monstruosos; la derecha acompaña en triunfo a los mineros del cobre de El Teniente en huelga, que han venido a acampar a las puertas del Parlamento; grupos revolucionarios interceptan algunas de las salidas de la ciudad.

Pero desde hace algunos días cada cual siente que tras de la agitación y las consignas alienta una expectación inquieta. Los acontecimientos que se preparan están sepultados en el secreto. Lo que se llamaría en otro tiempo incidentes ha pasado a ser el centro de una vida política cuya dirección casi nadie puede seguir. El edecán naval del Presidente ha sido asesinado. Al punto —y en una confusión extrema—, la derecha y la izquierda promueven investigaciones, hacen declaraciones, descubren o inventan culpables. Pero no hay agitación. Es la calma en medio del ciclón. En este país en el que los grandes partidos de izquierda desempeñan un papel decisivo, no se oye ni la voz de Luis Corvalán, del Partido Comunista, ni la de Altamirano, del Partido Socialista. Apenas se atreve la gente a hablar de los debates internos del Partido Socialista. Cada vez que se filtra una información, los mejores observadores hacen notar que ésta no representa más que un grupo o una tendencia, que no compromete al Partido mismo. En este país en el

que no se habla más que de fuerzas sociales, de poder popular o inversamente de defensa económica de los grupos profesionales, el jefe del Estado se encuentra en medio de un círculo muy estrecho, definido por su concepción misma de la vida política y, yo creo, por la realidad política y social de Chile. En su casa de la calle Tomás Moro habla con los militares, como hablaba en La Moneda hace algunos días con Aylwin, el presidente de la democracia cristiana. Se aguarda, fastidiado porque los transportes colectivos son raros y la gasolina ha desaparecido casi, inquieto porque el país se halla sacudido por explosiones, atentados y también por actos de autoridad brutal de los militares.

A través de los cambios de coyuntura sigo este hilo de Ariadna: la vida política chilena está desde hace mucho tiempo dominada por la disociación relativa del Estado y de la sociedad; de donde la fuerza extrema de una acción de clase que no está ligada a una gestión política; de donde también la autonomía de los mecanismos políticos, es decir a la vez de las reglas del juego administrativas y políticas y de los grupos de presión, o incluso del ejército.

¿Qué más chileno que el Partido Socialista? ¿Puede ser separada su inclinación a la violencia de su participación en un juego político abierto? Chile no es en esto tan diferente de Colombia, respecto de la cual Daniel Pécaut ha demostrado con una gran lucidez que la violencia no era allí otra cosa que la contrapartida de la extraordinaria capacidad de integración de la oligarquía.

Reconozco a un socialista en que siempre, en medio de la conversación, su análisis se interrumpe, su voz cambia, su mirada se aleja: la revolución no puede nacer más que de la violencia, el poder no se toma sino con el fusil. Tristeza y fascinación a la vez: es posible ironizar sobre unos hombres políticos que ocupan situaciones oficiales, viven en una casa agradable y sueñan con la guerrilla. Ironía bien breve, y que yo tengo tantos menos deseos de alimentar cuanto que me siento, en mi propia personalidad política, mucho más cerca de ese desgarramiento constante que de la unidad comunista. ¿Acaso las contradicciones socialistas desembocan siempre en la fragmentación? Este género de fatalidad no me convence y no es otro que el desarrollo escolástico de la posición comunista. Estoy muy cerca de pensar, por el contrario, que una revolución socialista sólo es posible en la medida en que esta contradicción no está anulada, en que el movimiento social no está identificado con el poder, en que la impugnación se mantiene frente a la gestión. En la marea revolucionaria, cuando el enemigo ataca, la crisis económica desgasta y amenaza el caos, empléanse el entusiasmo y el valor en crear un poder, un partido, un ejército revolucionarios. Y después viene la noche del totalitarismo. Hay que aguardar mucho tiempo, casi indefinidamente, para que reaparezcan la crítica, la impugnación, el movimiento social. La nueva acumulación y la nueva explotación triunfan. ¿No estará Chile abriéndose otro camino, cos-

tosos y poco eficaz a breve plazo, pero que evitará el Caribdis de la nueva dominación imperialista y la Scila del totalitarismo seudoesocialista?

Nota 28 septiembre

He aquí que todo esto parece tristemente ingenuo, cuando se relee dos semanas después del golpe de Estado. Y sin embargo, no lo borro. Lo ocurrido no demuestra nada. La caída no ha destruido el sentido del movimiento. Es incluso porque este sentido se percibe por lo que la caída aparece tan trágica y mucho más grave que un golpe de Estado.

6 DE AGOSTO: LA FALSA CONCIENCIA DE LOS MOMIOS

Leo en los periódicos esta declaración de la Academia Chilena de Historia, condenando un librito editado para un público popular por un autor que se oculta tras el seudónimo de Ranquil y titulado *Capítulos de la historia de Chile*: "La formación del Estado chileno es sin duda alguna un modelo de progreso regular; es la conquista de un destino histórico, fundado sobre el esfuerzo de la comunidad entera en su lucha contra la naturaleza para la obtención de sus recursos, sobre la búsqueda progresiva de la justicia social y de la armonía interna entre los niveles sociales."

¡Feliz descubrimiento! Es preciso de vez en cuando tocar con el dedo el espíritu *momio* (reaccionario), la insoportable imbecilidad satisfecha, no de la burguesía chilena, sino de los doctos representantes de las clases medias que "cargan las tintas" y que osan adornarse con títulos universitarios para escribir un texto tan alejado de la realidad. No he leído el libro condenado. Quizá sea inaceptable; no puede ser más infiel a la historia de Chile que ese monumento de ceguera, defensa de una burguesía de ideas y de costumbres más que de riqueza y de poder. Mañana, espero, nadie volverá a sentir deseos de escribir ingenuamente un texto así. El mayor de los méritos de la Unidad Popular es llamar a este país a la realidad y hacerlo salir de la retórica insípida en que lo encierran los cantores de una burguesía lisiada. Saqueado, dominado, explotado, ¿es Chile ese personaje razonable que construye piedra a piedra una morada justa y dichosa? ¿Dónde están el trabajo y la sangre de los mineros del nitrato y del carbón, el atropello de los *inquilinos* y de los *afuerinos*? ¿Dónde está el peso en oro de las ganancias del cobre en esta estampa del burgués necio?

No quiero acordarme del nombre de los autores de ese texto.

Nota 5 septiembre

El caso Ranquil llegó a alcanzar en las semanas siguientes una amplitud extraordinaria. Las páginas consagradas a O'Higgins,

héroe de la Independencia, se consideraron sacrílegas, organizándose manifestaciones de reparación a la memoria del padre de la patria. Una violenta campaña de prensa puso al autor, de quien se supo que era una mujer, al margen de la sociedad. El Partido Comunista no fue el más moderado en sus ataques y publicó en su periódico una larga condena doctrinal del librito. Los viejos países tienen una historia que los hombres del presente saben contemplar con cierta indiferencia, quizá porque ha dejado monumentos y documentos, conservados por administraciones especializadas. Los países nuevos no cuentan más que con un pasado, una memoria colectiva. Tocar a la imagen que tienen de su pasado es atacar a los hombres de hoy. Yo ya había experimentado en los Estados Unidos la impresión de que no se podía hablar de Washington o de Lincoln como se habla en Alemania de Federico II o de Bismarck o en Francia del mismo Napoleón.

A las diferencias culturales se agrega el juego de las élites dirigentes que apelan constantemente a la patria para enmascarar los conflictos de intereses. La élite chilena finge creer que su país tiene una historia puramente nacional. Lo cual sirve a la vez a la integración en torno del poder y a la represión de los que no participan de esta memoria colectiva, como los mapuches y otras comunidades indígenas.

8 DE AGOSTO: LOS MILITARES ENTRAN EN EL GOBIERNO

Dentro de unos minutos o unas horas se anunciará la formación del nuevo ministerio, en el que participan los jefes de las tres fuerzas y de la gendarmería. De este modo terminaría un período confuso, abierto por el llamamiento de Allende a la democracia cristiana para que se iniciara un diálogo que, apenas comenzado, fue interrumpido por su interlocutor, sin que por lo demás reaccionase Allende, ocupado ya en anudar otros hilos. Mañana la CUT llama a una huelga de la tarde y a una gran manifestación; la derecha anuncia por su parte el cierre del comercio, la huelga de los médicos y de los dentistas, etc. Henos aquí en el punto cero. La vida se suspenderá en el momento mismo en que se hayan tomado ya las decisiones. Este pequeño desfase de unas horas es ya un signo: la iniciativa pasa de nuevo al gobierno. No puede asegurarse que sepa o que pueda hacer uso de ella. Pero yo me contento esta tarde con apoyarme en dos convicciones.

En primer lugar, no existe ninguna solución realista fuera del fortalecimiento de la capacidad de decisión política del gobierno. Hay que dominar la crisis económica que anula poco a poco las importantes transformacio-

nes realizadas en los últimos tres años: la renta nacional ha sido fuertemente redistribuida, como es fácil convenirse comprobando el aumento de la demanda de productos alimenticios durante los dos primeros años del régimen; la subida de los precios la redistribuye en favor de los especuladores. Más simplemente, la impotencia política conduce en breve plazo a un derrumbamiento económico que sólo puede rematar en trastornos de los que únicamente el ejército sacará provecho.

Además, Allende sigue siendo árbitro del juego. La entrada de los militares en el gobierno no significa en modo alguno el abandono de la obra emprendida. Quiere decir que el Estado conserva el control de la evolución. Y ciertamente esto significa que el movimiento en pro de un poder popular, en pro de una dictadura autogestora del proletariado no triunfará en el período que se anuncia; pero, ¿quién cree aquí en el triunfo de la ultraizquierda? ¿Quién ignora que las fuerzas institucionales, el Parlamento, los tribunales, la Contraloría, que es en cierto modo el Consejo de Estado y el Tribunal de Cuentas reunidos, garantizados todos por el ejército, existen? No estamos aquí en la Rusia de 1917, en que las instituciones y el ejército estaban en desbandada, y todavía menos en la China de los años 40, asolada por la guerra extranjera y la lucha de los dos ejércitos chinos. El movimiento por el poder popular es y seguirá siendo importante. Debe representar la oposición popular desbordando toda política gubernamental. Cuando los jacobinos dominan la reivindicación de los sans-culottes, el reinado de la burguesía está cercano.

Yo deseo que el socialismo de izquierda y la ultraizquierda se mantengan lo bastante fuertes para impedir la victoria completa de un socialismo de Estado y de una nueva clase o élite dirigente. Pero es inimaginable que esta fuerza de oposición se convierta en fuerza de gestión. Es suponer un vacío social, una ausencia de fuerzas militares y de instituciones, una ausencia de reacción del PC también, de la que estamos muy lejos.

¿Cuál puede ser la orientación de este gobierno? Lucha a veces brutal contra las tendencias extremas, pero éstas no tendrán sino expresiones limitadas. Después apoyo político a medidas económicas: reorganización de la industria, desarrollo de la producción minera y agrícola, objetivos todos que son imposibles de alcanzar en un año.

Volvamos al presente. La democracia cristiana ha reclamado un gobierno militar. ¿Quiere decir que el cambio de gobierno marque su victoria? No lo creo. La democracia cristiana puede estimarse victoriosa en el sentido de que la amenaza del poder popular se encuentra un poco descartada. Entre las clases en lucha se interpone el Estado. Puede considerarse que el Estado protege a la burguesía y a las clases medias contra el empuje popular. Pero se puede igualmente pensar que este Estado va a dirigir cambios cuya dirección seguirá estando impuesta por la presión popular. El cambio político actual es una condición necesaria del desarrollo de la Unidad Popular y de su obra.

Imagino al escribir estas líneas la reacción de muchos amigos míos de París ante las noticias procedentes de Chile. Los militares en el gobierno, ¿no es el gran viraje a la derecha o incluso un golpe de Estado camuflado? Cuando pienso en Francia, estoy inclinado a pensar así, en términos que son todavía más liberales que de izquierda, y que están justificados por el papel político del ejército en el pasado.

Aquí, en América Latina, la escena es diferente. Los grandes personajes de la Historia no son la burguesía y el proletariado, sino el capital extranjero y el Estado, que puede aliarse al primero para rechazar las peticiones populares en favor de una redistribución de la renta o al contrario para extender el mercado interior, asegurar la integración nacional y desalojar las oligarquías. Hasta ahora, América Latina estaba marcada por dos regímenes opuestos: el del Brasil, que es del primer tipo, y el del Perú, que es del segundo, pese a las críticas, a menudo muy justificadas, que le dirigen los mejores sociólogos peruanos. Hoy Chile se coloca del mismo lado que Perú, pero con una diferencia capital: la presencia y el poder de un movimiento obrero organizado.

Este movimiento obrero no puede llenar toda la escena. A falta de ser la base de la dictadura del proletariado, se apoya sobre el Estado sin dejar de someterse a las limitaciones que éste le impone. El aparato de Estado estará cada vez más en tensión con el movimiento revolucionario. No es un motivo para soñar con un movimiento social "puro".

¿Cómo puede pensarse que se desarrolle un movimiento revolucionario sin aparato político, movimiento social en el que no hay ninguna coacción política? Es confundir la subjetividad de clase con las relaciones sociales y políticas y dejarse llevar por un voluntarismo de la praxis, más cercano a un hegelianismo de izquierda que a un análisis del sistema social.

El momento presente es el punto extremo de la descomposición del Estado en un país que siempre ha sido dominado por la función del Estado. Un paso más y sería el caos que destruiría el propio movimiento social. Mañana, por el contrario, si llega a superarse la crisis política, los problemas quedarán planteados en sus verdaderos términos, los que han definido la Unidad Popular en el poder, los de las relaciones entre el Estado y el movimiento popular.

Cada cual es en la hora actual capaz de imponer su veto: el movimiento popular no tolerará que las empresas importantes sean devueltas a sus propietarios; el ejército no tolerará que el Estado sea arrastrado por poderes paralelos y por la violencia. Nada está decidido, pero todo es posible y estoy convencido de que Allende acaba de apuntarse un tanto. No creo que la democracia cristiana se sienta satisfecha esta noche; se ha dejado envolver por su propio juego.

El gobierno no puede sin embargo cantar victoria. Sabe que necesita de los militares, que no tiene la capacidad política suficiente para endere-

zar la situación económica. El envite social de la crisis política es tan grande que hay el peligro de que ésta sea larga, confusa y no pocas veces arriesgada.

9 DE AGOSTO: EL MITIN DE LA CUT; SOCIALISTAS Y COMUNISTAS; CLASE OBRERA Y PUEBLO

Hacía frío en la avenida Bulnes, hace un momento, al anochecer, cuando la multitud llenaba toda la distancia que separaba la alta tribuna de la desembocadura de la avenida en la Alameda. Multitud de las manifestaciones populares; sobre todo masculina, agrupada por empresas, escuelas o *cordones*, dominada por las banderas y las banderolas de los partidos. Los comunistas son los más numerosos y sus emblemas muestran a menudo su poderío. Los dos MAPU llevan tropas más jóvenes pero menos densas, generalmente con casco, lo que las hace parecerse a los grupos del MIR y del FTR, con sus cascos negros, la bandera roja y negra, los largos bastones y la consigna por el poder popular lanzada a pleno pulmón: *luchando-creando-poder popular*.

Cuando la manifestación ha sido convocada por los estados mayores —que decidieron colocarla bajo los auspicios de la CUT—, podía aparecer como una respuesta de masa a las huelgas de transportistas y otros grupos profesionales, a los atentados y sobre todo al que había costado la vida a Araya, el ayudante del Presidente, y hasta a la acción de algunos jefes militares que aplicaban la ley de control de las armas de una manera muy brutal, provocando directamente a la CUT y queriendo demostrar que podían permitirse ocupar una fábrica e imponer vejaciones a los militantes obreros. Ahora bien, hemos aquí apiñados entre los grandes edificios grises del barrio de los ministerios (*barrio cívico*) horas después de que el nuevo gobierno ha prestado juramento.

Allende ha presentado la nueva fórmula política como un gobierno de "seguridad nacional", última posibilidad del país para evitar un enfrentamiento violento. Ha condenado en su alocución a la extrema izquierda tanto como a los transportistas. El mitin no es ya una movilización; se convierte de manera imprevista y embarazosa en una explicación de los dirigentes ante una multitud en la que la ultraizquierda está considerablemente representada. Tras de los cantantes y de los cómicos, después de Ángel Parra y los Quilapayún, Rolando Calderón y Luis Figueroa, secretario general socialista y presidente comunista de la CUT, toman la palabra. El eslogan comunista oficial del mitin no encuentra eco: ¡alto al fascismo y a la guerra civil! La multitud no se siente amenazada por un golpe de Estado; está más bien estremecida por la presencia en el gobierno de tantos militares poderosos, entre ellos el jefe de la aviación, Ruiz, que ha dirigido

los registros de fábricas más brutales. Figueroa repite temas clásicos: la fuerza y la unidad del movimiento popular.

Calderón, muy buen orador, tiene la misión más ruda de explicar las decisiones adoptadas. Recibe silbidos y sobre todo oleadas de *poder popular* cuando se refiere al nuevo gobierno. ¿Qué piensa frente a esos muchachos y muchachas de quienes tan cerca se hallaba no hacía mucho? Tiene menos de treinta años. Fue en el Partido Socialista el jefe de la tendencia más revolucionaria en la época del guevarismo: el "grupo Calderón" designaba a aquellos que creían en la acción de fuerza y en la guerrilla revolucionaria. Fue nombrado ministro de Agricultura después de la caída de Chonchol y ha intentado desarrollar los *comandos comunales campesinos* mientras dejaba que siguieran su curso los problemas de gestión. Hoy pasa por ser uno de los principales apoyos de Allende en el Partido Socialista contra Altamirano. Se ha separado de quienes conservan las antiguas orientaciones revolucionarias. En realidad es leninista, y quiere que en la revolución chilena se dé el partido omnipotente que aún no tiene.

Abandono la avenida de donde la multitud comienza a volver: algunos grupos se calientan en torno de una fogata de papeles; en las calles adyacentes grupos de jóvenes corean a compás *poder popular*, mientras la mayoría de los trabajadores emprenden el largo camino de regreso, en una ciudad en la que todo transporte colectivo ha desaparecido.

Para muchos la jornada ha tenido un sabor a ceniza. Unos amigos me dicen haber escuchado las noticias durante todo el día, temiendo un levantamiento militar contra el régimen y contra los jefes de Estado Mayor que pactan con él. El acuerdo político llevado a cabo, ¿no arrastrará irremediablemente al régimen hacia el centro derecha? El almirante, que ha recibido la cartera de Hacienda, parece ser quien va a negociar una política económica y financiera con el acuerdo de la democracia cristiana que conserva el poder en el Parlamento.

Tal estabilización, ¿no es ante todo desmovilizadora? ¿Pero por qué crearlo? Se oyen voces igualmente numerosas que anuncian la ruptura de la izquierda: el MIR, la Izquierda Cristiana, el MAPU-Garretón, y hasta, dicen los más inquietos, el Partido Socialista, ¿no rechazarán esta política y se lanzarán a la oposición, arrebatándole toda fuerza militante a la Unidad Popular?

Las dos suposiciones me parecen igualmente excesivas, ante todo porque la coalición socialista-comunista es tan esencial para el régimen que no puedo imaginar un solo instante a Allende sacrificándola a un acuerdo con los militares. En 1964, después de la elección de Frei, yo solicité una entrevista a Allende, candidato derrotado, para hacerle la pregunta siguiente: "Frei ha ganado porque ha añadido a las fuerzas de la democracia cristiana y a una gran parte de las fuerzas de la derecha conservadora una corriente freista. ¿Por qué no ha creado usted un movimiento allendista, recogiendo un populismo de izquierda, que habría añadido votos a los que

recogían los partidos del FRAP (predecesor de la UP)?" Me respondió definiendo su papel como coordinador de los partidos de izquierda. Toda la vida política de Allende ha estado dominada por la organización particular, quizá única en el mundo, de la izquierda chilena, donde un Partido Socialista, a la vez más pequeñoburgués y más izquierdista que el Partido Comunista, ha rechazado siempre a la socialdemocracia. El día en que Allende considere que la alianza de los dos partidos no es ya posible, dimitirá; porque, sin esta alianza, su existencia política no tiene ya sentido.

Esta situación de los partidos remite a la naturaleza del juego político de izquierda y, por encima de éste, a la de las fuerzas populares en Chile. Estamos tentados en primer lugar a decir que existe aquí una clase obrera fuertemente constituida, que corresponde a la vez a las empresas extranjeras y a lo que la izquierda llama la burguesía monopolista, y al lado de ella una masa importante de marginados, desempeñando empleos precarios, de productividad casi nula o sumidos en el paro. Ahora bien, esta representación está demasiado contrastada y hay que desconfiar de sus implicaciones políticas, es decir de la oposición marcada de una conciencia de clase de los productores y de un populismo de extrema izquierda. Naturalmente, reconocer estos dos polos significa un gran progreso en relación con el llamamiento a una clase obrera a la vez homogénea e indeterminada. Pero esta dicotomía no corresponde a la realidad.

Veo todo un arco iris de matices entre los grupos privilegiados, como los mineros del cobre y los parados o subempleados. Porque, al lado de los obreros de las grandes empresas industriales, a menudo públicas, se hallan los obreros que han estado sometidos a un capitalismo más mercantil que industrial, el de las grandes familias de los *turcos* del textil, los Yarur y los Said, pero también los de las pequeñas empresas debilitadas y a veces destruidas por las sacudidas económicas de los últimos años, y asimismo los de la construcción, obreros de oficio o peones, que la concentración económica alentada por los programas de construcción de la democracia cristiana ha colocado cada vez más en grandes empresas.

Yo no soy capaz de establecer una relación precisa entre las situaciones de trabajo y las corrientes políticas, pero es evidente que la ultrazquierda, la de los *cordones* industriales y de los *comandos* comunales en Santiago, no es una masa "marginal", que esté nutrida de una conciencia de clase obrera. La CUT no se engaña; jamás aceptará perder su control sobre las organizaciones obreras, pero no relega estas organizaciones de base a un izquierdismo sin importancia. Sin dejar de trabajar activamente por restablecer su poder, acepta cierta autocrítica presentada primero por Figueroa -cuyas declaraciones ha repetido casi textualmente Calderón hace un momento-, porque comprende que la clase obrera militante está presente tanto en las organizaciones de base como en los batallones comunistas disciplinados e influyentes de las empresas públicas.

Es característico de una sociedad, cuya industrialización ha estado

retrasada por la dependencia económica y por la ausencia de una burguesía nacional suficientemente fuerte, que la clase obrera esté en ella muy diversificada. Lo antiguo coexiste con lo nuevo, la pequeña industria (que es en todos los países de América Latina una categoría empleada por los economistas y los estadísticos) se mantiene sólidamente al lado de la grande, la cual, no obstante, ha ganado mucho terreno, en estos últimos años; el mundo del oficio sigue siendo vasto al lado del de la organización. Al mismo tiempo, a las empresas privilegiadas por su relación con el capital extranjero o con el aparato de Estado se oponen las que dependen de capitales privados por lo general débiles y de un mercado interior, sobre todo de bienes de consumo corriente, a las cuales un crecimiento orientado hacia las necesidades de las clases ricas sume en una crisis crónica.

Podríase, pues, distinguir seis situaciones principales: las empresas vinculadas a la denominación externa de tipo antiguo, las minas en particular y, formando pareja con ella, una pequeña industria, semiartesanal, correspondiente a la debilidad de los capitales y del mercado nacional. Después, las empresas modernas vinculadas con el extranjero, directa o indirectamente, las empresas, sobre todo de servicios públicos que dependen del Estado, el sector de los bienes de consumo y de la construcción que padecen con frecuencia los efectos de la exigüidad del mercado nacional, y finalmente los marginados, es decir los excluidos en parte o totalmente de un empleo normal.

Estas situaciones deben corresponder a orientaciones diferentes del movimiento obrero. Los obreros de los sectores dependientes antiguos han estado en la base de movimientos reivindicativos fuertes apoyados en la cohesión de la población obrera, como en el caso del nitrato y del cobre en Chile. Pero con frecuencia su situación es muy superior a la de los obreros de las pequeñas empresas (esto es cierto en cuanto a los obreros del cobre, no en cuanto a los del nitrato, que sufren las consecuencias de la decadencia de esta industria), de suerte que se comportan como aristocracia obrera.

Las empresas modernas, generalmente extranjeras, son aquellas en las que se desarrolla, en Argentina y en Brasil, un movimiento obrero contestatario. Pero este sector es débil en Chile, y ahora ha pasado al control del Estado. Es, pues, aquí el sector de los bienes de consumo el que adopta las formas más desarrolladas de la acción obrera, formas en las que se mezclan conciencia de clase y defensa popular. La oposición con la Argentina es clara. Allí donde existe un importante sector de industrias modernas en su mayoría controladas por el capital extranjero, el máximo de actividad de un movimiento obrero de clase se sitúa en las grandes empresas. En Chile, por el contrario, la debilidad del sector moderno extranjero, debido a la exigüidad del mercado interior, desplaza el centro de la conciencia hacia un lugar intermedio entre la clase obrera y el *pueblo*. Quien quisiera oponer una clase obrera definida por su papel en el sistema de producción y una

masa marginal, olvidaría el inmenso vacío en el cual se desarrollan hoy las luchas sociales más vivas.

La parte de la clase obrera socialmente más movilizadora no es, pues, ni la más central económicamente ni la más importante políticamente, por ser la más numerosa. Esta disociación de las funciones económica, política y social lleva consigo la mezcla de conciencia de clase y de oposición popular que caracteriza el movimiento actual. Allí donde está la mayor conciencia de clase no está el instrumento de una acción política.

Un programa económico de reconstrucción atribuiría una función central a las grandes empresas y sus obreros obtendrían ventajas políticas y económicas. El movimiento de la extrema y de la ultraizquierda se ha orientado a los *campamentos* y a los más desheredados.

El momento presente es el de la tercera parte de la clase obrera, la que manifiesta más directamente la conciencia de clase pero que está política y económicamente bastante aislada. Esta diversidad de las fracciones de la clase obrera, pero también la continuidad que las liga se reflejan en el papel de los partidos y de los sindicatos. Nos encontramos bastante lejos aquí de las imágenes dadas por Roberto Michels en el momento del gran desarrollo de la industria y de la socialdemocracia alemana antes de 1914. No estamos en un mundo de imponentes burocracias que tratan de acumular el poder de decisión. El propio Partido Comunista o la CUT y más todavía el Partido Socialista son, mucho más que máquinas, lanzaderas que van y vienen entre el centro político y las masas populares, un *pueblo* que no puede ser reducido a una definición de clase simple. El Partido Socialista de Altamirano lanza el tema del poder popular y exalta el papel de los *comandos* y de los *cordones*. Pero defiende también el bloque con los comunistas y tiende, por ende, al control de los movimientos de base tanto como a su defensa para aumentar su influencia en la UP.

Tal es la izquierda chilena, tendida entre el levantamiento popular y la gestión gubernamental, sin que la ruptura entre las dos sea probable, sin que su fusión en el interior de una dictadura del proletariado lo sea más.

Desde 1970, esta tensión me parece definir la vía chilena. Pero es ya demasiado tarde esta noche y la estación demasiado fría, en ausencia de calefacción, para meditar, de regreso del mitin decepcionante, sobre el porvenir de este país desgarrado.

11 DE AGOSTO: EL EJÉRCITO Y EL ESTADO

¿Por qué no ha habido golpe de Estado esta semana? Ignoro si el peligro fue grande. Pero la manifestación de anteayer fue colocada oficialmente bajo el signo de la resistencia al golpe de Estado, y anoche uno de los principales diputados socialistas me contaba la oposición del cuerpo de los

oficiales, en particular en la marina, a la entrada de los jefes militares en el gobierno. Según él, de aquí a dos o tres días, pudiera ser que el almirante Montero dimitiera, lo cual provocaría no sólo la caída del gobierno, sino el golpe de Estado. Me describió lo que hubiera sido el plan: ocupar todos los cuarteles y bases, apoderarse de los puertos y los aeródromos y exigir la dimisión de Allende: golpe de Estado seco según la terminología latinoamericana.

Chile entero ha contemplado una foto: los ministros militares sentados los unos al lado de los otros. Prats, tieso, sólido, que ha dirigido toda la operación; a su lado, Montero, a quien se adivina más fino, más cultivado, más frágil, sostiene la cabeza con las manos, como si se sintiera abrumado por la duda o la resignación. Ha sido quizá de él de quien ha dependido todo. Los ministros militares no querían seguramente que Prats actuara solo. Ha sido realmente el ejército, y no unos militares, el que acaba de entrar en el gobierno. La aviación estaba probablemente dispuesta al golpe de fuerza. El marino, conservador pero respetuoso de las instituciones, se hallaba en el centro de la decisión.

¿Ha estado cerca el golpe de fuerza?

Imagino fácilmente las reacciones de muchos oficiales, sobre todo en la marina; porque se acaban de descubrir (dice la propia marina) células "miristas" en dos barcos de guerra. Si el ejército se halla infiltrado, amenazado de subversión o de división, es que todo está "podrido" en la República de Chile; hay que intervenir, piensan muchos oficiales. Pero no creo que a la hora actual este sentimiento pueda transformarse en decisión política. En medio de una crisis extrema, siempre es grande la tentación de situar el análisis al nivel del acontecimiento y de las intenciones de los actores. Pero, o bien se vive entre los bastidores del poder y se debe en efecto aprovechar la coyuntura en el presente más inmediato posible, o no se está en el secreto de los asuntos, y hay entonces que alejarse en busca de perspectiva, y abandonar un análisis estrechamente político.

¿Qué significaría hoy un golpe de Estado? La guerra civil.

Santiago es una ciudad inmensa donde los barrios populares están claramente separados de los barrios acomodados, donde centenares de fábricas, de talleres y de oficinas están ocupados por los trabajadores, donde organizaciones de base reúnen militantes revolucionarios en la mayoría de los distritos, donde una parte de los estudiantes, sobre todo los de la división este de la Universidad de Chile, están muy politizados, donde el recuerdo de la intentona del 29 de junio se mantiene vivo. El grado de movilización política es considerable, lo cual hacía ridícula la tentativa arcaizante de Souper. Los militares no pueden ignorarlo, y sobre todo no pueden estar seguros de ellos mismos. ¿Actuarían el ejército y la gendarmería como un solo bloque? La marina seguiría la decisión de sus jefes y la aviación probablemente también. En el ejército de tierra, el principal, está descartado a la hora actual que Prats se ponga a la cabeza de un golpe

de Estado, y las divergencias políticas entre oficiales son grandes. La gendarmería se muestra más vacilante aún.

El ejército quiere ante todo su propia salvaguarda, símbolo y fiador de la autonomía del Estado. En esto se halla lo esencial, que implica dos órdenes de observaciones. De una parte, el respeto del Estado quiere decir cierto acuerdo entre las fuerzas políticas que controlan diversos sectores del Estado. La UP tiene el gobierno; la democracia cristiana controla el Parlamento; los tribunales y la Contraloría están más cerca de la oposición. De otra parte, quiere decir que el Estado asume una función de gestión económica que es relativamente indeterminada, que puede evolucionar hacia el capitalismo de Estado o hacia el socialismo de Estado.

Si tales son los objetivos de los militares y si tales son los riesgos de un golpe de Estado, ¿qué podrían hacer los jefes del ejército sino apoyar a Allende que les procura al menos la seguridad de que el régimen no se lanzará por un camino propiamente revolucionario, es decir, de invasión de las instituciones por un poder popular? Sus vacilaciones, que son reales —el anuncio del nuevo gobierno fue retrasado de hora en hora—, proceden de que en esta situación compleja y frágil era preciso que se comprometieran a fondo. Es cosa que Prats ha comprendido bien, pero que hace correr grandes riesgos a los jefes militares. Si el gobierno actual fracasa o se hace pedazos en una crisis social, el cuerpo de los oficiales liquidará a los comandantes en jefe por haberse perdido en tergiversaciones y haber puesto en peligro la unidad y el cometido del ejército.

El interés de los militares está, por lo tanto, en afianzar su propia posición y la del Estado, en poner fin a la huelga de los transportistas a la vez que perseguir con rigor los actos y los discursos de la extrema izquierda, en ayudar a poner en camino una política económica de reanudación de la producción y de saneamiento financiero. ¿Implica esto un apoyo positivo al programa de la Unidad Popular? No, indudablemente, ¿pero no se ha rebasado la cuestión? Lo que será mañana Chile no está inscrito en el programa de la UP, cuyos fines fundamentales han sido alcanzados rápidamente y sin gran dificultad.

La situación presente no ha sido definida por nadie. Las interpretaciones ideológicas se desgastan pronto y quedan desmentidas en unos meses o en unos días. El movimiento popular existe, pero es ya más defensivo que ofensivo: se opone a restituciones de empresas; se opondría a una política de precios y de salarios que redistribuyera el ingreso nacional en favor de las clases medias. Pero el tema del *poder popular* no define la política de la UP.

En estas condiciones, la libertad de movimientos del Estado es grande. Los jefes militares lo saben bien. Sin ellos, Allende caería; con ellos, la orientación del Estado se mantiene ampliamente indeterminada, lo que explica a la vez que la UP no se oponga a su entrada en el gobierno y que ellos mismos no se sientan prisioneros de un movimiento de clase. Pueden pensar que la situación evolucionará de tal modo que tengan que tomar el

poder o por el contrario quedar en reserva, que tengan que ocuparse de la economía o dejar que se desarrolle una tendencia al socialismo que no ataque las instituciones políticas. Es esta incertidumbre en cuanto al porvenir lo que explica la extraña llegada a la escena de unos jefes militares que parecen entre cohibidos y violentos de encontrarse allí y que no tienen ciertamente opiniones políticas comunes. Prats fortalece así su posición, a la vez que se mantiene dependiente de las decisiones de sus colegas, Montero el negociador y Ruiz el autoritario.

11 DE AGOSTO: CAMBIO DE RUMBO

¿El cambio de gobierno no es la pausa? La palabra, que circula mucho estos días, es demasiado fuerte o demasiado débil. Es engañosa porque representa la historia de estos tres últimos años como un empuje lineal, acelerado o frenado, y que estaría ahora en peligro de encontrar obstáculos lo bastante fuertes para inmovilizarlo. Ahora bien, esta visión es poco convincente.

En unos meses, los puntos más importantes del programa de la Unidad Popular han sido realizados. El cobre fue nacionalizado sin mayor dificultad. Las grandes empresas han pasado en buena parte bajo el control del Estado. Pero nadie puede creer que un Estado válido únicamente de su apoyo popular y sin dominio sobre la vida económica haya tenido que enfrentarse con una burguesía poderosa. El Estado controlaba ya la mayor parte de las inversiones, y, a pesar de ciertos progresos, la burguesía industrial jamás llegó a adquirir fuerza.

Finalmente, la reforma agraria destruyó el conjunto de las grandes propiedades. Pero no fue por casualidad si el gobierno Frei pudo iniciar de manera importante la reforma. La gran agricultura chilena se hallaba muy lejos de ser pujante. Estaba en su conjunto más débilmente capitalizada que la agricultura mediana y eran raros los empresarios agrícolas. Abundaban más los rentistas de la tierra. A mí me parece que muchos analistas sobreestiman el peso de los grandes propietarios en la historia reciente de Chile. Su función era mucho más de control político que de dirección económica.

Así, la Unidad Popular obtuvo victorias económicas bastante fáciles contra unos enemigos cuya resistencia carecía de fuerza. Lo cual no disminuye la importancia de la obra emprendida, pero modifica su enfoque. Hasta ahora la Unidad Popular ha hecho tabla rasa del viejo Chile y ha sido muy exacto el nombre de *momios* aplicado al adversario. No el gran capitalismo, ni siquiera el imperialismo, sino los *momios*, el mundo muerto de los grandes principios y de los pequeños intereses. Las fuerzas que han invadido la escena son vivas. Han salido de la oscuridad de los simpatizan-

tes para dar por tierra con la sabia trabazón de reglas y de intercambios que había logrado producir el estancamiento.

Pero llenar el vacío no es conducir una sociedad. Desde hace mucho tiempo opino que la ruptura entre la democracia cristiana y la Unidad Popular no es tan completa como pueden hacerlo creer las luchas electorales. En ambos casos, la prioridad ha sido atribuida a la liberación de fuerzas cautivas sobre la acción de desarrollo. Naturalmente, la democracia cristiana pensó sobre todo en los marginados y la Unidad Popular en la clase obrera, diferencia que no es pequeña. Pero en ambos casos el proyecto político alcanza pronto la prioridad sobre las exigencias económicas. La lucha contra la injusticia por la redistribución de la renta nacional, por la reintegración de las masas excluidas, en la ciudad como en el campo, es lo esencial de la política económica.

Se habla de pausa. ¿Y si hubiera que hablar de cambio de rumbo o de período? Colocada frente a un sabotaje de la inversión y de un subempleo del aparato de producción, la Unidad Popular ha dado nuevo impulso a la actividad económica por la demanda. Y esta política se ha ido desviando poco a poco hacia la extrema izquierda: mejorar el nivel de vida popular, lo cual se consiguió; después, ante la inflación ascendente, proteger el nivel de vida organizando la distribución, las JAP, poniendo de relieve todas las formas de movilización de las fuerzas populares y entrando en conflicto más directo con la pequeña burguesía del comercio y de las profesiones.

Esta política fue la de Vuskovic. Se definía por la prioridad de la movilización política. Si fracasó no fue porque fuera incoherente o económicamente imposible (el grupo que rodeaba a Vuskovic era técnicamente el mejor posible), sino porque reposaba por entero sobre condiciones políticas que no se hallaban reunidas.

Puede dudarse de la posibilidad de llevar de frente una política de clase, de tipo leninista y el respeto de las instituciones representativas. El Partido Comunista se consume tratando de conducir esta yunta extraña. Pero, ¿cómo conciliar el respeto de las instituciones y una movilización revolucionaria que no puede mantenerse sino acelerándose? La reactivación del consumo debe conducir al control de la producción, a expropiaciones rápidas y masivas, a una planificación directa al mismo tiempo que a una autogestión del aprovisionamiento.

Este ataque directo contra el conjunto del sistema dominante no puede sino soldar el bloque de la clase dirigente y de las clases medias; al mismo tiempo, la prioridad concedida a la movilización política no puede ir asociada a una planificación y al cuidado de la producción más que si está rodeada de terror, del poder absoluto de un partido único. Ahora bien, ni Allende ni el Partido Comunista estaban dispuestos a esta política y, lo que es más importante de todo, la movilización popular era escasa: durante lo esencial del período Vuskovic (otoño 70-primavera 72), se desarrolló muy lentamente. Es, por lo tanto, bastante paradójico un estado

mayor de economistas, aislados en una administración pública reticente, o mediocre, sin fuerza política propia, que ha lanzado una acción suponiendo una movilización de masas. Quienes hacían el llamamiento a la base no tenían acción más que en la cima. ¿Quién hablaba en esa época de *poder popular*?

El fracaso político de Vuskovic era inevitable; su obra fue de una importancia capital, y él tiene el derecho de descargar la responsabilidad de la inflación sobre quienes le negaron los medios políticos de su acción económica. Desde que las tesis comunistas de Orlando Millas y de José Cademartori prevalecieron sobre las suyas en la primavera del 72, ocurrió que el movimiento de masas se desarrolló rápidamente, que la prioridad de la movilización política sobre la gestión política se afirmó. Extraña paradoja: la acción de Vuskovic se desarrolló en una situación que correspondía mejor al programa comunista y, cuando el Partido Comunista tomó la dirección de la economía, fue la situación deseada por Vuskovic la que se realizó. Este desfase constante entre la situación política y la intervención económica define a la Unidad Popular.

Lo que queda de esta época es un populismo de izquierda de resultados al principio felices, casi exaltantes, y después cada vez más catastróficos. Porque las coacciones sociales pesando sobre la acción política del gobierno relegaron a segundo plano los problemas de la producción. El caso extremo es el del campo: movilización campesina lograda rematando en un funcionamiento muy malo del aparato estatal de gestión y en comportamientos defensivos de los beneficiarios de la reforma agraria. La batalla de la producción se perdió porque no podía ser prioritaria. Mañana no se deberá hablar de batalla de la producción en un tono exultante, sino encontrar una gestión mejor, decidirse en la maraña de las medidas administrativas que no suelen ser otra cosa que la tapadera de enfrentamientos entre partidos, entre grupos o entre individuos.

¿No habrá que dar de nuevo la prioridad a las grandes industrias, fijando unos precios que les permitan una fuerte acumulación y por consiguiente hacer de ellas el polo del desarrollo, en tanto que el sector rural deberá ser considerado en términos mucho menos sociales que ahora y deberá obtener una fuerte disminución de las importaciones de alimentos que han alcanzado un nivel que impide todo desarrollo industrial? ¿No habrá que dar por consiguiente un peso político mayor a los núcleos de la clase obrera, a las grandes organizaciones sindicales del sector público, es decir a la base del Partido Comunista, cuando es la clientela socialista la que ha dominado la acción del gobierno y la que representa más los sectores en crisis o periféricos que los sectores centrales de la actividad económica?

Una política económica de tipo comunista, que dé una prioridad absoluta al establecimiento de la producción y que para hacer esto acepte cercenar (como en varios países de la Europa comunista) las ramas

muertas de la movilización social, luchando en nombre de la productividad contra el "sectarismo" y respetando más a los técnicos y a los profesionales exasperados hoy por los excesos, la arrogancia o incluso la corrupción de los directores políticos; he aquí lo que saldrá quizá de una crisis que no puede conducir a una pausa. Hacer la pausa querría decir que tras de un intervalo, el sistema reanudaría su marcha acelerada hacia la descomposición, y, por lo tanto, hacia el golpe de Estado. La Unidad Popular ha de purgarse de su subjetivismo de clase, de su populismo revolucionario y de su confusión intelectual para recordar que el socialismo no es únicamente la eliminación de los *momios*, sino la construcción tanto de un sistema económico como de relaciones sociales y de expresiones culturales.

Al escribir estas líneas, no expreso una preferencia personal. Estoy bastante lejos de ser stalinista, y las observaciones de sentido común, las coacciones que acabo de recordar no pueden constituir por sí solas un análisis o una toma de posición suficiente. Pero comprendo la irritación de los comunistas chilenos ante los desbordamientos del Partido Socialista. ¿No ha sido abandonado Chile demasiado por completo en manos de una inteligentsia "proletaroidé" que se instala con fruición en un mundo en movimiento más que en acción, en agitación más que en transformación, en una sociedad que se dice marxista y cuya seducción reside en que funciona de manera propiamente idealista?

Estoy tan convencido de que el cambio de rumbo es inevitable —si el régimen quiere perdurar—, que más bien me dan deseos de preguntarme qué posibilidades hay de limitar los efectos de tal política. Porque la prioridad a la gran industria, el aumento de las inversiones, los privilegios de la clase obrera constituyen un conjunto del que forman también parte el poder absoluto de un Estado hegemónico e ideólogo, la limitación prolongada de la comunicación y de todas las formas de participación libre, y la represión política y cultural.

Chile atraviesa la gran crisis del populismo revolucionario; ¿saldrá de ella como parte integrante de ese bloque socialista que es también a veces el del stalinismo, el autoritarismo y la represión? ¿O bien preservará las virtudes de su Partido Socialista, del llamamiento a la base, a la participación, en el mejor sentido de esta palabra, a la liberación? ¿Podrá pagar su precio elevado para salvar lo que defiende y que no tiene precio: la libertad? ¿O bien será preciso que opte y veremos romperse el Partido Socialista, perdiéndose algunos espíritus generosos o exaltados en el revolucionarismo, mientras que la masa principal se funde con el Partido Comunista en un partido único que instaure una forma u otra de dictadura del proletariado? Así se lee la carta por la que Chile va a elegir su camino. La elección no estará impuesta por la victoria de la derecha o de la izquierda y depende enteramente de la relación de las fuerzas de decisión en el interior de la izquierda.

Hace dos años, en el momento de salir de Chile, estaba yo convencido

de que su problema político principal iba a ser a corto plazo la creación de un partido único. Rodrigo Ambrosio, líder del MAPU cuya muerte accidental marcó el término de la influencia ejercida por ese partido, insistía sin cesar en nuestras conversaciones en la necesidad del partido único. Hoy como ayer, muchos dirigentes o militantes socialistas están mucho más cerca de lo que se cree de tal solución. ¿No marcará el coronamiento de una política que Allende ha emprendido hace quince años cuando pertenecía aún a la corriente socialista minoritaria?

Sin embargo, desde hace dos años no se ha realizado ningún progreso sensible en este sentido. Por el contrario, el Partido Socialista se ha fortalecido mucho, a la vez sobre su derecha, gracias al desarrollo de una corriente allendista moderada, y sobre su izquierda, al apoyar a los agentes del poder popular.

Llegadas las dificultades, se han multiplicado los choques entre un Partido Comunista que da la prioridad al restablecimiento económico y que acepta negociaciones con la democracia cristiana y un Partido Socialista en el que renace el espíritu del frente revolucionario y apela más directamente a una política de clase. Almeyda hubo de apartarse y dejar el puesto principal de la escena a Altamirano. Yo creo, sin embargo, que la tendencia "leninista" del Partido Socialista, la de Almeyda o de Calderón, es fuerte y podría progresar.

Pero en una coyuntura política muy diferente de la de 1971 en el momento en que la Unidad Popular avanzaba sin resistencia, elevando la producción y el nivel de vida, y recogiendo nuevos sufragios. A tal punto que un partido de la Unidad Popular, un partido unificado de los trabajadores, no sería quizá el instrumento de la dictadura del proletariado, sino, al menos provisionalmente, de un sistema bipartidista, que hiciera equilibrio a una derecha dominada por la democracia cristiana. Me dejo llevar por estas suposiciones únicamente para recordar hasta qué punto la misma fórmula política puede cubrir realidades diferentes.

Hay que volver a la realidad actual. Existe en todos los partidos de la izquierda una gran demanda de una dirección política y económica más firme. Toda una generación de técnicos, de profesionales, de dirigentes sindicales y políticos, aguarda con impaciencia el momento de construir un mundo nuevo y al mismo tiempo devenir una élite dirigente poderosa.

Existe enfrente otra tendencia, más fuerte en el Partido Socialista que en el Partido Comunista, pero que no puede identificarse con todo el Partido Socialista y que expresa más bien una impugnación revolucionaria.

Mientras se vive en un régimen políticamente democrático estas dos tendencias pueden aliarse o combatirse; me parece difícil que se fusionen. Pero en cuanto sobrevienen crisis y ruptura, enfrentamiento global, estoy seguro de que la Unidad Popular o sucumbirá o se dará una expresión política única.

De manera extraña, aquellos que creen más en el enfrentamiento son los socialistas de izquierda que parecen los más alejados de una fusión con

los comunistas. Pero si se produce el enfrentamiento temido o deseado, esta izquierda socialista se revelará leninista, del mismo modo que Guevara. El Partido Comunista por el contrario, no parece tener prisa por llegar a una unidad que podría debilitar su control sobre sus militantes. Su fuerza es constante, la del Partido Socialista aumenta y disminuye según las circunstancias. El PC teme los períodos de entusiasmo revolucionario, como el que acabamos de vivir. Tiene miedo de aventuras de las que sabe que sería la víctima principal. Además la URSS predica la prudencia y no quiere ver amenazada su gran política de acercamiento con los Estados Unidos. En cuanto a mí, que tengo miedo de los regímenes totalitarios y por lo tanto de los partidos únicos de la izquierda, me siento paradójicamente más inclinado en este asunto al PC que a una izquierda socialista de la que, no obstante, estoy afectiva e intelectualmente más cerca.

Reacción dictada por la coyuntura presente. Nadie cree posible que Vuskovic vuelva al poder pronto y casi todo el mundo reconoce que la ausencia de política económica del gobierno desde hace más de un año no puede en absoluto durar más tiempo.

Si se mira más lejos, a pesar de la radicalización de las luchas sociales, no veo cómo podría lanzarse el gobierno a una política revolucionaria sin zozobrar. Por consiguiente, se vuelve ineluctablemente a la necesidad del pluralismo político de la Unidad Popular, cuya contrapartida evidente y explícita desde el comienzo es cierto grado de negociación con la oposición democratacristiana. ¿Cómo puede ser impuesta tal negociación por el gobierno? Impuesta porque cuanto más se precipita la evolución, más remisa se muestra la oposición a negociar y trata de derribar, legalmente o no, al gobierno. No habrá negociación más que en el caso de que todas las otras soluciones resulten imposibles.

Vamos a vivir un período de divisiones, de proyectos de golpe de Estado, de loca violencia. En la derecha como en la izquierda, todo el mundo va a tratar de salir del círculo de hierro de la situación política. Dos salidas y solamente dos me parecen posibles: o bien el agotamiento de todos, el caos, la descomposición cuyo desenlace puede ser un golpe de fuerza o cualquier otra solución, o bien la vuelta a la única solución positiva: el mantenimiento del dualismo socialistas-comunistas y una negociación con la democracia cristiana bajo el signo de la lucha contra el caos económico.

13 DE AGOSTO: LAS OPCIONES DE LA DEMOCRACIA CRISTIANA

Desde septiembre de 1970, la democracia cristiana se ha encontrado situada en teoría entre dos políticas posibles: o bien acompaña a la Unidad

Popular en el camino de las reformas sin dejar de combatirla políticamente, o bien se mantiene a la defensiva, anunciando y aguardando la catástrofe. La primera de estas políticas corresponde a la campaña electoral de Tomic y también a la importancia de la base popular de la democracia cristiana, entre los campesinos pobres y los *pobladores* de los arrabales de Santiago o de Valparaíso. Sin embargo, jamás ha sido continuada y el análisis político de Frei, opuesto al de Tomic, fue mucho más realista. La existencia de la Unidad Popular y su dinamismo social cada vez más acelerado, la ausencia también de penetración real de la democracia cristiana en el mundo obrero imponía a esta fuerza política una actitud defensiva y una posición de derecha, una vez pasada la unanimidad demasiado fácilmente creada en torno de la nacionalización del cobre. Los que se escandalizan de esta posición y denuncian la contradicción entre la conducta política de la democracia cristiana y su ideología o su base razonan de una manera extraña y contraria a su propia posición política.

La democracia cristiana no puede ser más que una fuerza política de derecha. Lo que no justifica ninguno de los juicios terminantes de quienes como Altamirano declaran que Frei y Jarpa, jefe del Partido Nacional, son idénticos o de quienes llegan hasta a tratar a Frei de fascista, lo cual no tiene exactamente el menor sentido. Esta posición de derecha ha hecho perder a la democracia cristiana una buena parte de sus dirigentes y de sus militantes, que la han abandonado para fundar el MAPU y, después la Izquierda Cristiana. No parece haber afectado a la base del partido. Su éxito en las elecciones de la CUT y el hecho de que en la provincia de Santiago sea un demócratacristiano, Manuel Rodríguez, quien dirige la central sindical, lo demuestra elocuentemente.

Hasta las elecciones de marzo, la posición de la democracia cristiana fue simple: anunciar y denunciar la catástrofe inminente, apoyarse sobre el Congreso y todas las instituciones posibles para frenar el movimiento revolucionario, hacer un llamamiento a la vez a los consumidores y a todos los ciudadanos inquietos por la división creciente del país, pero también sostener activamente todos los grupos de intereses de la pequeña burguesía urbana y rural que es la base política más sólida del partido. Política muy semejante a la que inspiraba a la democracia cristiana antes de su subida al poder: denuncia del reinado de las "minorías" y de la fuerza en nombre de la integración social y nacional. La diferencia es que el llamamiento al consenso está vinculado al ataque no ya contra la oligarquía extranjera y nacional sino contra los partidos de la Unidad Popular. Sobre todo posición defensiva, que un diputado demócratacristiano, Claudio Orrego, ha expresado bien al hablar de la política de los generales rusos ante Napoleón.

Para la democracia cristiana, la catástrofe es inevitable e inminente. No tiene, pues, que oponerse a un programa socialista sino al caos, y contra éste hay que volver a la integración social por el respeto de las

instituciones y de los cuerpos intermedios, lo cual quiere decir también restablecer el papel dominante de la "clase media". Estoy convencido de que los dirigentes de la democracia cristiana durante los dos primeros años de la UP han excluido la idea de un golpe de Estado. Sobre todo por las razones que acabo de exponer y secundariamente a causa de las tradiciones "civilistas" de la democracia cristiana y de la frialdad de las relaciones que ha mantenido siempre con el ejército.

Desde marzo, la situación ha cambiado notablemente. En primer lugar, se ha desvanecido la ilusión de una victoria legal. Hubiera sido preciso que la oposición obtuviera los dos tercios de los puestos en el Parlamento, es decir una victoria muy considerable, ya que tan sólo la mitad de los senadores eran renovables. Después, el enfrentamiento social se ha agravado rápidamente: la democracia cristiana ha apoyado a fondo la huelga de los mineros de El Teniente, pero fue en total un fracaso. Vino la tentativa de golpe de Estado y el desencadenamiento de ocupaciones de fábricas y de talleres, el debilitamiento del gobierno, la multiplicación de los atentados y el reconocimiento al fin por todos de la situación económica: inflación desencadenada y producción en descenso. La democracia cristiana no puede ya atenerse a su papel de Casandra y de guardiana de las instituciones; es menos posible que nunca para ella jugar al izquierdismo. Descubre poco a poco aquello que por su propia constitución puede menos comprender: la lucha de clases, la existencia de un movimiento de base que desorganiza, desgasta, destruye, pero que sobre todo lleva en sí una sociedad completamente distinta en la que el Estado no es el brazo armado de una clase, en la que el consenso está remplazado por la lucha, en la que la técnica está dominada por la política. Ante este peligro no hay disponible ningún recurso electoral, puesto que no debe haber ya elecciones antes de la de presidente en el '76.

La democracia cristiana debe, por lo tanto, definir su posición. Pero se encuentra de nuevo ante una opción. La primera solución, la más evidente con mucho, consiste en hacer un llamamiento a la defensa última de las instituciones y del Estado, a la esencia de la *institucionalidad*, al ejército, sin echarse por ello en sus brazos. Que la democracia cristiana conserve el Congreso, que la Contraloría y la justicia sigan actuando como hasta ahora, pero que se transforme el Ejecutivo, que los militares replacen a los ministros de la UP e incluso, si es del todo indispensable, al propio Allende.

Esta campaña se ha desencadenado desde el comienzo de la interrupción casi inmediata del "diálogo" entre Allende y Aylwin. Éste, en nombre de la democracia cristiana, declaró que la única solución era un gabinete militar. El jefe del sindicato de los transportistas, León Vilarín, que dirige una huelga más insurreccional que económica, ha declarado igualmente que la solución de este conflicto "puramente sindical", ¡estaba en el nombramiento de un gabinete enteramente militar! La derecha precisa que se trata no sólo de nombrar a unos militares, sino de remplazar los altos

funcionarios o las autoridades políticas nombradas por representantes del ejército.

Todos vemos claramente que la democracia cristiana hace un llamamiento a los militares en el momento en que Allende hace otro tanto, y en que el general Prats, habiendo convencido al Cardenal de que una crisis política mayor significaría una guerra civil y no un golpe de Estado, es decir 500 000 muertos en Santiago, obtiene de sus colegas marino y aviador que se unan a él para entrar en el gobierno y evitar la división del país y del propio ejército. Enredo asombroso, en el que cada cual trata de utilizar al otro y en el que alguno será la víctima, como en una comedia italiana. Empleo deliberadamente estas imágenes. El movimiento de clase es poderoso, *cordones* industriales y *comandos* comunales se esfuerzan en romper los límites políticos de la Unidad Popular y en imponer un poder paralelo, un poder popular. Pero movimiento popular y enredo político se yuxtaponen. Entre ambos no hay casi nada: el silencio y la confusión de los partidos, la mezcla de debilidad y de brutalidad de los dirigentes medios, la parálisis administrativa.

En tal situación la solución moderada, con la que sueñan probablemente muchos demócratacristianos, parece bastante ilusoria. Porque una vez más se olvida la existencia de las fuerzas populares. Chile, guste o no, está hoy regido, y por los motivos más profundos, por la alianza de un gobierno de izquierda y de un movimiento revolucionario. Toda imagen de equilibrio o de integración, toda representación puramente política de la situación no puede conducir sino a los errores de apreciación más groseros. La idea de un equilibrio institucional entre el ejército y la democracia cristiana me parece una hipótesis de escuela.

En realidad, o la alianza actual se mantiene con la ayuda de los militares que rechazan la fragmentación de la sociedad, o esta alianza revienta, y es el golpe de Estado. Lo cual da su sentido real a esta presión política posible de la democracia cristiana: esperar la ruptura social, alentar un golpe de Estado militar, con la esperanza de que el ejército se limite a imponer el orden y, eliminado el Presidente, organice al cabo de unos meses una nueva elección presidencial de la que saldrá victoriosa la democracia cristiana. La cuestión está en que este escenario, a diferencia del precedente, comporta una fase central en la cual la democracia cristiana está a merced de los militares. Si la oposición popular se mantiene amenazadora, los militares retrasarían una consulta electoral que podría, según ellos, degenerar en enfrentamientos violentos.

A pesar de ello, en este momento, lo más probable es que la dirección de la democracia cristiana siga esta vía. En lo inmediato empuja al fortalecimiento del papel de los militares. Se trata de utilizar los conflictos sociales y el clima de crisis para pasar poco a poco de un ministerio con militares a un gobierno militar.

Ayer la democracia cristiana visitó al ministro de Trabajos Públicos,

jefe de la aviación y hombre de autoridad, el general Ruiz, para discutir con él la solución que aportar al conflicto de los transportistas. La democracia cristiana corteja a los militares, pidiendo que todas las decisiones se concentren en sus manos y se sustraigan, por tanto, al subsecretario de Estado, Jaime Faivovich, pesadilla de Vilarín. El gobierno ha dado un paso importante en esta dirección, al decidir el nombramiento en este dominio de los *interventores* militares, en remplazo de los *interventores* civiles, entre los cuales se encontraba, en primera fila, el propio Faivovich.

Que muchos jefes militares sólo adviertan ventajas en estos afanes de emulación, al ver a los dos partidos conferirles cada vez más un arbitraje general de los conflictos de la nación, lo creo sin dificultad. ¿Pero pueden pensar que esta solución tan agradable para ellos es realmente posible y que el movimiento popular caerá por sí solo y sin ruido en la trampa? Lo dudo realmente, porque esta suposición parece totalmente falta de realidad.

Si Prats ha convencido a sus colegas de que se impida la caída de Allende, ya que tal es el sentido del cambio ministerial, es porque comprende desde que ha sido ministro del Interior al final de la crisis de octubre, que el equilibrio institucional y el mantenimiento de la unidad nacional no son posibles a la hora actual más que a la izquierda del centro, y al precio naturalmente de una represión contra la extrema izquierda.

La democracia cristiana debe, lo mismo que la Unidad Popular, combinar dos orientaciones políticas opuestas. La UP quiere crear una economía socialista pero también redistribuir no sólo la renta sino la influencia de una manera más bien populista. La democracia cristiana por su parte quiere transformar la economía por medio de un Estado modernizador apoyándose políticamente cada vez más sobre los *gremios*, sobre los intereses organizados de las clases medias. En su calidad de industrializadora, y acordándose de su combate contra la oligarquía, es favorable al desarrollo de los poderes económicos del Estado. Pero políticamente no puede dejar que las clases medias, inquietas por el intervencionismo estatal o los efectos de la inflación, se arrojen en brazos del Partido Nacional o de aventureros.

Cuanto más fuerte es el enfrentamiento social, más debe la democracia cristiana identificarse con sectores sociales que tienen tanta mayor necesidad de ser defendidas políticamente cuanto que no están ya protegidas por el poder económico de la gran burguesía industrial. Pero los demócratacristianos esperan volver pronto, de una manera o de otra al poder. Necesitarán entonces recoger la herencia de la Unidad Popular, aceptar como irreversible la destrucción del antiguo régimen, mantener el papel dirigente del Estado y obtener el apoyo de una parte de quienes, en un momento u otro, han votado por la UP, aunque no fuese sino para evitar encontrarse de nuevo en la situación de 1970, tan bien analizada por J. Garcés. Éste ha demostrado las razones profundas de la división de los votos entre Tomic y

Alessandri, entre la democracia cristiana y la derecha clásica, división que aprovechó Allende, cuyas fuerzas crecían.

Si la democracia cristiana quiere estar en condiciones de ejercer el poder, es preciso que se aparte oportunamente del "partido de los emigrados" al que está vinculado por su lucha contra la UP. Tal política es la que podría tener el apoyo de la parte del ejército que no quiere una solución brasileña en Chile.

Perpleja entre el breve y el largo plazo, entre la necesidad de atacar y la de aparecer como un partido de gobierno, la democracia cristiana se halla más confusa que triunfante. Su fuerza es considerable, su capacidad de acción limitada. Es ahora, en las contadas semanas próximas, cuando va a jugarse todo. La democracia cristiana prefiere la presión legal al golpe de fuerza, pero está convencida de la caída necesaria del régimen. Ha de escoger entre una política activa, a largo plazo y llena de riesgos para ella y una política pasiva a corto plazo, que comporta incógnitas pero acelera la crisis política. Todo indica que durante este período decisivo la democracia cristiana descargará todo su peso del lado de la ruptura aceptando los riesgos de la gran aventura, del llamamiento al poder militar.

Nota 28 septiembre

La política de la democracia cristiana parece retrospectivamente insensata. Ha luchado a muerte contra Allende, denunciando la caída del país en el caos, pero sin adoptar jamás verdadera iniciativa política. Ha apelado al golpe de Estado, pero sin tomar su dirección o su control, de suerte que se halla engullida por él. La UP ha estado dividida entre la expectativa socialista del enfrentamiento y la voluntad comunista de diálogo. Al menos ha intentado por Allende la negociación, aceptando incluso al final volver a poner en juego su poder ante los electores. En cuanto a la DC ha hurtado el cuerpo constantemente. No ha querido negociar en agosto; tampoco ha lanzado oficialmente una fórmula de desenlace de la crisis en septiembre. No sobrevivirá a sus errores.

14 DE AGOSTO: ESTADO PRESENTE, DIFICULTADES Y TAREAS FUTURAS DE LA SOCIOLOGÍA DE LA AMÉRICA LATINA

Leo o releo algunos de los textos que han marcado más profundamente la sociología latinoamericana en estos últimos años, los que han roto con los temas de la modernización y del populismo. Hace quince años el punto de vista dominante era el del desarrollo: América Latina está pasando del arcaísmo a la modernidad, industrializándose y urbanizándose; los vínculos

sociales tradicionales se rompen, el movimiento sucede al orden. Los movimientos sociales son, en cuanto a lo esencial, el desbordamiento de expectativas nuevas que no pueden ser satisfechas dentro de los marcos tradicionales: la gente del campo marcha hacia la ciudad y hacia un mercado de trabajo y de bienes más diversificado, portadora de una voluntad de participación más dilatada que choca con unos marcos políticos y culturales antiguos y demasiado estrechos: el populismo es el instrumento político que utiliza este flujo de expectativas.

Aun resumiéndolo tan brevemente, este análisis parece importante; ha iluminado en particular grandes fenómenos como el peronismo, al que unos observadores demasiado apresurados en trasponer las experiencias europeas en términos americanos se contentaban con ponerle el marbete de fascismo. Pero su debilidad es no menos evidente: no considera la sociedad sino como una organización más o menos diversificada y en movimiento más o menos rápido. No nos dice nada del conflicto de clases y nada sobre todo de la dependencia económica de los países de América Latina respecto de los países capitalistas extranjeros. De ahí el cambio total del análisis, en el momento en que el golpe de Estado de 1964 interrumpe bruscamente en Brasil el movimiento populista, en que los años fáciles de la guerra y de la posguerra van seguidos en muchos países por un período de estancamiento, en que la Revolución cubana y las guerrillas que la invocan marcan dramáticamente la ruptura con el imperialismo. En lugar de hablar de modernización, se habla de independencia; en lugar de seguir la transformación interna de la organización social, se sitúa el observador en el exterior, en el punto de vista del sistema capitalista mundial y de su centro principal, los Estados Unidos, para seguir el impacto de su dominación sobre el sistema económico, pero también sobre la organización social y la vida política de América Latina.

Ocurre que esta sociología y esta economía nuevas se han desarrollado sobre todo en Chile, donde se habían refugiado muchos intelectuales brasileños y donde se constituyó en la facultad de Economía el CESO, que llegó a ser el lugar privilegiado de este análisis de la dependencia, insistiendo muy valerosamente en la necesidad de situar de manera constante y directa el conocimiento social de América Latina en el análisis económico del capitalismo y de sus contradicciones. No intento presentar aquí este tipo de análisis, sino interrogarme sobre su influencia en la vida política y social de Chile. La cuestión no es artificiosa. Quien ha dirigido la economía chilena desde el comienzo de la actual presidencia, Pedro Vuskovic, está vinculado al CESO y el semanario intelectual más influyente y mejor hecho del país, *Chile Hoy*, está dirigido por ese mismo grupo.

Lo notable es que un análisis esencialmente económico y que quiere evitar a toda costa el enfoque psicosociológico, vaya constantemente acompañado de un voluntarismo revolucionario afirmado. La relación es directa en el caso de Andrés Gunder Frank. Los países latinoamericanos

están sometidos a la lógica del imperialismo. Es preciso que las naciones se rebelen, que rompan la dependencia. A partir de ahí todo se vuelve posible; pero mientras la ruptura no se ha consumado, los programas más revolucionarios se transforman rápidamente en compromisos. Actitud contemporánea del gran período de las guerrillas en Venezuela, en Guatemala o en Perú, fortalecida por la evolución de Cuba a fines de 1966 hacia los movimientos revolucionarios y cercana a la acción y a los escritos de Régis Debray.

Ruptura en primer lugar, lo cual reduce a vaguedades el análisis de las sociedades latinoamericanas. ¿Quién hará la ruptura? Unas fuerzas populares. ¿Qué quiere decir esto? En realidad, este pensamiento no es sino una forma desgarrada y radicalizada del nacionalismo y del populismo del período anterior. La ausencia de análisis de las sociedades consideradas no es la menor causa del fracaso político de los movimientos guerrilleros.

Pero a la mayoría de los sociólogos no les satisface este nacionalismo revolucionario. Con Th. Dos Santos y su escuela insisten en la necesidad de un análisis de las relaciones de clases. Pero en tanto que otro grupo, el que animan F. H. Cardoso, R. Stavenhagen, E. Faletto, F. Weyffort o E. Torres, acomete directamente el análisis de las relaciones de clases y de los sistemas políticos, dando la prioridad a un estudio del interior, de suerte que se pasa de un estudio de la dependencia al de las sociedades dependientes. La escuela del CESO adopta una posición intermedia: análisis de la situación en términos de dependencia, análisis de los actores políticos en términos de clases. Esta escuela asocia un objetivismo económico y un voluntarismo sociológico.

La clave de la historia latinoamericana hay que buscarla en la evolución y los problemas de un capitalismo cuya lógica es la del centro industrial-financiero o más recientemente de las grandes empresas multinacionales; pero el actor principal de esta historia no es la nación ni el Estado, es el pueblo y sobre todo la clase obrera. De ahí el interés de *Chile Hoy* semana tras semana por todos los hechos que prueban el aumento de una conciencia de clase revolucionaria. Posición a mitad de camino entre la de los "institucionalistas" de la Unidad Popular y la de los partidarios extremos de la ruptura revolucionaria. Esta asociación del voluntarismo de clase y de la prioridad concedida al estudio del sistema capitalista mundial sobre la de las sociedades latinoamericanas no tiene nada de asombroso. Corresponde a una larga tradición que remonta de Guevara a Rosa Luxemburg.

Lo importante es que se halla directamente vinculada a una política económica dominada por un populismo revolucionario. Se trata de romper un sistema económico y político ligado a la dominación extranjera, de dar a la vez un poder de compra más elevado y sobre todo una capacidad política mayor a un pueblo que se define más por su doble sumisión al capital y al extranjero que por su función de trabajador.

Aunque todos estos análisis y posiciones empleen el vocabulario

marxista más estricto y citen copiosamente a Althusser, me parecen muy alejados de los temas estructuralistas de éste. Hacen pensar mucho más en Lukács o en Gramsci. Más concretamente, la noción de *pueblo* se mantiene a la vez central y relativamente indeterminada. Lo cual constituye un gran progreso en relación con los análisis librescos que describen la clase obrera y la burguesía nacional en términos calcados de la Europa del siglo XIX y sin la menor preocupación en cuanto a las características de la realidad latinoamericana. Pero lo que es una descripción de una fuerza social no es un análisis de la sociedad. Este tipo de pensamiento nos informa poco en cuanto a las relaciones políticas y reduce por consiguiente la política de transformación social a la afirmación de una praxis de clase totalmente independiente de las relaciones sociales concretas en las que se coloca y que contribuye a transformar.

Esta reflexión sobre uno de los grupos intelectuales más activos y más influyentes de América Latina lleva a pensar en la función de la inteligencia en unas sociedades dependientes. La dependencia lleva consigo la "marginalidad", el subempleo, el estancamiento de los sectores económicos que trabajan para el mercado interno de consumo de masa, y por consiguiente una mezcla constante de la clase obrera y de los "marginados", es decir de aquellos a quienes el sistema económico mantiene en una semiexclusión.

Una conciencia de clase obrera no se forma por sí misma más que en el corazón de un mundo industrial y burgués. Aquí depende no sólo de agentes políticos sino más todavía quizá de ideólogos que actúan como "analizadores" de una situación confusa, no para hacer surgir la acción de clase de la conciencia de clase sino a la inversa, la conciencia a partir de la acción de clase. Y sobre todo para soldar dos fragmentos de la conciencia obrera: la que pertenece más a un *pueblo* explotado, dependiente, y la que es propia de los grupos obreros organizados y que, a través de sindicatos y partidos, participan en el juego político y están por consiguiente ampliamente incorporados a las instituciones. Lo cual explica el papel central y constante de los estudiantes, universitarios, pero también de secundaria, en los movimientos obreros revolucionarios. ¿Puede hablarse del levantamiento obrero de Córdoba de 1969 sin mencionar a los estudiantes, o de la huelga de Osasco en Brasil sin hablar de la acción clandestina del sindicalismo estudiantil? EL MIR se parece en muchos aspectos a lo que hubiera podido llegar a ser el Movimiento del 22 de marzo, pero lo que los separa es que la asociación de militantes obreros y de estudiantes revolucionarios, aunque chocando con resistencias, es aquí real, en tanto que jamás ha sido sólida en Francia en el curso de las últimas décadas.

La situación de dependencia invierte el orden clásico de las "instancias" sociales. Aquí lo ideológico se impone, al grado de que la acción revolucionaria parece más "expresiva" que instrumental. ¡Cuán lejos de Lenin está América Latina!

Algunos creen que la acción política debe buscar ante todo la coyuntura favorable, los puntos débiles de la dominación capitalista extranjera y lanzar una acción fuertemente organizada por un partido de vanguardia. Pero yo no imagino acción de este tipo en ningún país de América Latina. Veo, por el contrario, una disociación presente por doquier entre quienes hablan de contradicción entre fuerzas y relaciones sociales de producción, es decir que se apoyan sobre los sectores obreros y hasta burgueses "modernos" sin desalentarse por el comportamiento reformista de los primeros y de integración en la dependencia de los segundos, y de otra parte quienes hacen un llamamiento, en términos que recuerdan a Michelet más que a Lenin, a la fuerzas populares, a la voluntad de un pueblo y de una nación de ser quienes manden en su historia. ¿Hasta cuándo se mantendrá este socialismo revolucionario frente a las coacciones de la gestión económica, o por el contrario, cuándo habrá de ceder terreno a una gestión más stalinista, afirmando prioridades económicas y el papel central de un aparato político-ideológico?

No creo en absoluto que la ideología y la política que triunfan hoy en Chile sean más que una fase muy provisional, una especie de enfermedad infantil o un momento de confusión entre la impugnación pequeño-burguesa y la acción de un partido revolucionario. Pero la reflexión teórica como el análisis político deben con toda urgencia superar la mezcla actual de objetivismo económico y de subjetivismo o de voluntarismo social para ser guiados por un conocimiento sólido de las relaciones de clase y de la función del Estado en las sociedades dependientes. Estoy seguro de que este objetivo intelectual determina en gran medida el éxito de las transformaciones sociales y políticas que trastornan cada vez más el continente.

15 DE AGOSTO: EL SISTEMA POLÍTICO CHILENO; FUERZAS DE INTEGRACIÓN Y DE FRAGMENTACIÓN; EL PAPEL DE LOS MILITARES

Un periodista venezolano acaba de plantear la cuestión: ¿cómo resisten el sistema político y las instituciones de Chile un enfrentamiento social tan prolongado y una crisis económica tan grave? ¿No habría provocado ya tal coyuntura económica y social, en la mayoría de los demás países, una ruptura política? No responde a su propia pregunta, que utiliza para atacar a la Unidad Popular so capa de un elogio al pueblo chileno. Hay que reproducirla, ya que Chile pasa a los ojos de los extranjeros, como de los propios chilenos, por ser el país de la legalidad y del orden constitucional, del *Estado de derecho*, en América Latina. Juicio en resumen exacto. Es cierto que la crisis del nitrato durante los años 20, y después la Gran Crisis, al castigar una y otra con una violencia excepcional la economía y la sociedad chilenas, provocaron una serie de golpes de Estado entre ellos el

de Marmaduke Grove, que había de dar nacimiento a la efímera república socialista de 1932.

Desde hace cuarenta años sin embargo, presidentes muy diversos se han sucedido a la cabeza de Chile, dentro del marco de la misma Constitución, sin golpe de fuerza militar, sin que el Parlamento, cuando ha tenido que decidir sobre el resultado de la elección presidencial, se pronunciara jamás en favor de otro candidato que aquel que había llegado en primera línea. Comparado con sus vecinos, Argentina, Perú, Bolivia, poseía Chile indiscutiblemente un sistema político que resultó capaz de tratar problemas económicos y sociales sin saltar, lo cual no quiere decir evidentemente que los tratara bien. ¿De dónde procede tal estabilidad? La mejor reflexión sobre este tema clásico es la de Maurice Zeitlin. Se la puede reproducir completándola. En un país de economía dependiente, la unidad nacional es débil. La clase dirigente está con frecuencia dividida y sobre todo se halla orientada hacia el exterior más que hacia el interior. Es cierto en el caso de enclaves mineros, donde la clase dirigente es en gran parte extranjera; es cierto también en un caso como el de Argentina, donde la oligarquía territorial al apoderarse de una pampa vacía e impedir que se transforme en una "frontera" poblada por los inmigrantes, ha provocado una separación de la ciudad, es decir de Buenos Aires, y del campo, cuyas consecuencias se han dejado sentir durante mucho tiempo.

Por su parte, las clases populares se encuentran enredadas en lazos de dependencia locales y personales que debilitan su capacidad de participar en un proceso nacional. Se ve bien en los movimientos campesinos: Zapata fue el hombre del estado de Morelos; el movimiento campesino en Perú llameó en el valle de La Convención, y en otros momentos en los límites de las tierras del Cerro de Pasco en el centro, sin que se desarrollara jamás un movimiento nacional; en cuanto a Colombia, ha habido desde hace décadas enclaves "rojos" sin ninguna capacidad de contaminación revolucionaria. Doblemente amenazado, el sistema político nacional se apoya sobre clases medias urbanas en desarrollo, pero sobre todo en un aparato de Estado cuyo elemento principal es el ejército. El ejército (no digo tal o cual general) suele intervenir para restablecer o fortalecer el sistema político nacional contra las fuerzas de fragmentación, y sin atacar las causas profundas de la fragmentación, es decir la dependencia de la economía.

Ahora bien, en Chile estas fuerzas centrífugas han sido excepcionalmente débiles. Del lado de las clases dirigentes, desde su comienzo o casi desde su comienzo, la República ha estado gobernada por una clase dirigente nacional, la de los grandes propietarios conservadores, simbolizados por Portales, y a continuación la de la burguesía industrializadora después de Manuel Montt.

País de enclave minero, Chile ha estado dominado por una clase dirigente unificada y que dio siempre pruebas de una gran capacidad de integración. A principios del siglo XX la separación entre el capital territorial y

el capital inmobiliario desapareció prácticamente. Los hacendados no son empresarios rurales, sino rentistas que invierten en la ciudad. Una parte importante de las grandes propiedades ha sido recobrada por elementos de la clase media que, a través del Partido Radical, fortalecen la coalición conservadora.

Del lado popular, los campesinos indios han sido relegados en reservas ajenas, y la mayoría de los trabajadores agrícolas se halla estrictamente subordinada, económica y políticamente, a los propietarios de la tierra, sin que en Chile haya habido movimiento campesino importante hasta una fecha reciente. Lo esencial de la acción popular es la de los sindicatos obreros. Y ante todo, de los mineros del nitrato y del cobre, fuerza principal de las confederaciones sucesivas. Ahora bien, estos mineros están directamente ligados a los problemas generales de la economía general y por lo tanto de la política del país. Están representados sobre todo por el Partido Comunista, que domina el conjunto de las regiones del nitrato, del cobre y del carbón, y en ciertos casos por el Partido Socialista. Esta clase obrera marca desde hace más de cincuenta años la vida de la nación. En estas condiciones, las fuerzas centrífugas son relativamente débiles. El sistema político es por consiguiente fuerte y no necesita la intervención de los militares para mantenerse. Los militares intervienen en 1924 para restablecer a Alessandri, depuesto, es cierto, por otro grupo militar. Pero este período muestra los límites de la intervención del ejército y de un análisis puramente político. Porque la crisis económica conduce también a un militar —más que al ejército—, el coronel Ibáñez, a apoderarse del poder en 1927 y a buscar la solución de las dificultades económicas en la sumisión extrema a los intereses norteamericanos, posición que habría de ser la suya cuando volviera a la presidencia en 1952. Hay, pues, que distinguir dos fuerzas de ruptura del régimen "civil": de una parte el ejército restablece y protege un sistema político limitado, de otra parte protege las bases del régimen económico a la vez contra una crisis interna y contra una revolución popular. América Latina oscila entre estos dos polos. El de las instituciones militares y el de los generales dictadores. La estabilidad institucional tiene como contrapartida el mantenimiento fuera del sistema político de una parte más o menos importante de la población, masa que utilizan unos demagogos civiles o militares y que suscitan movimientos de ruptura revolucionaria y de independencia colectiva.

¿Por qué reaparece hoy el ejército en la vida política chilena? En primer lugar porque las fuerzas de fragmentación que acompañan la transformación social acelerada se han desarrollado. Ayer, el secretario general del Partido Socialista, Altamirano, hablando en el cordón Cerrillos, por lo tanto en uno de los centros principales del poder popular, exaltó éste, y pidió una intensificación del poder revolucionario, sin que indicara claramente, sin embargo, como tampoco los miembros del Comité de Salvación Pública, si quiere restablecer la iniciativa del gobierno o ponerse a la cabeza

de los descamisados. Es claro que las organizaciones revolucionarias de base quieren crear un poder paralelo, y sobre todo que actúen en nombre de la convicción de que el enfrentamiento violento es inevitable. Hay, pues, que crear bases rojas, permitir al pueblo que resista con armas a un golpe de fuerza civil o militar.

La clase dirigente por su parte está tan profundamente amenazada que acusa al conjunto del proceso social y acepta cada vez menos reconocer unas instituciones políticas que no resisten al movimiento de la clase popular.

En esta situación se crea un juego complicado entre las fuerzas que se sitúan en el interior del sistema político: Allende, el Partido Comunista y la CUT de un lado, lo esencial de la democracia cristiana del otro, y entre los dos los militares, que sacan provecho de su papel de árbitros, pero con moderación; porque saben que el mantenimiento del sistema político depende ante todo de los propios partidos y porque no quieren encargarse por entero de una gestión estatal que rebasa probablemente su capacidad de decisión. Pero al lado de esta entrada del ejército en el sistema político y más directamente en el gobierno, ¿no se dibuja otro tipo de intervención militar?

El ejército ha manifestado su oposición al proyecto de escuela nacional unificada. Teme una conquista del aparato de Estado por el poder popular. Su demanda de la profesionalización de las fuerzas armadas quiere decir cada vez más directamente una oposición a la transformación revolucionaria de la sociedad. En la medida en que la influencia del ejército fortalece el sistema político, su insistencia en cuanto a su independencia va cargada de hostilidad respecto del movimiento popular.

En estos días es la entrada del ejército en el gobierno lo que ocupa toda la atención y parece reproducir la experiencia intentada tras la crisis de octubre. Pero ignoramos casi todo lo que se dice en los comedores oficiales. Es cosa cierta que desde el 29 de junio el ejército "delibera". ¿En qué sentido? Que hay tendencias putschistas en el ejército, es evidente. El comandante Souper no estaba seguramente aislado. Pero parece que la tendencia a la participación política se ha impuesto en este momento. Los putschistas no ganarán hasta que la impotencia o la fragmentación del sistema político se hayan hecho evidentes. Todavía no hemos llegado a eso, porque Allende lucha por conservar o recobrar la iniciativa.

15 DE AGOSTO POR LA NOCHE: LA PRUEBA DE FUERZA; ALLENDE LA GANARÁ

Por primera vez estoy inquieto. El gobierno había dado un plazo de 24 horas a los transportistas para que reanudaran el trabajo, a la vez que hacía

una concesión capital: retirar a Faivovich de su puesto de *interventor* general de los transportes. Esta noche los sindicatos respectivos se niegan a todo acuerdo: mujeres e hijos han ido a reunirse con los camioneros junto a sus vehículos. Las mujeres se han apoderado de una estación de radio local en Melipilla. El jefe de la Confederación Sindical de Transportistas, Jara, acaba de hablar en un tono de guerra civil. Esta mañana en el periódico *El Mercurio*, denunciaba Vilarín directamente al presidente de la República; sigue desafiando la orden de detención dada contra él: se han lanzado a los comerciantes llamamientos para que estén dispuestos a unirse al movimiento.

Es la prueba de fuerza. Si los *gremios* de las clases medias se lanzan a un nuevo octubre, pero cuyo objeto franco esta vez es derribar al gobierno, la izquierda reaccionará o al menos algunos de sus elementos. Los ministros militares desbordados no encontrarán entonces otra salida que la del golpe de Estado. La estrategia de la derecha tiende evidentemente a obligarlos a una opción brutal. Las tergiversaciones del gobierno, la mezcla de brutalidad y de indecisión que ha marcado su acción, la ingenuidad de los militares que creen quizá que su sola presencia va a resolver el conflicto, todo esto suscita la inquietud. No puede pensarse que un gobierno se deje escarnecer tan abiertamente. Los acontecimientos mostrarán pronto a quien no se halla en el interior de la élite política del país si la solución obtenida por Allende interviene a tiempo o demasiado tarde.

¿Estamos ya en esas horas horribles en que hay que hablar de destino, porque los acontecimientos se encadenan sin que ningún actor pueda intervenir? Me resisto a esta idea, pero Chile está sobre el filo de la navaja. ¿Hasta cuándo aceptarán los militares comprometer su autoridad cerca del gobierno contra gente de la que están políticamente mucho más cerca? La fuerza de la derecha, el chantaje de la matanza, las manifestaciones de mujeres son visibles. No se sabe nada de la izquierda: Altamirano ha pronunciado un discurso confuso. El PC está callado y la CUT también. Apoyarán a Allende. La tensión aumenta; las mujeres sobre todo están hartas. El gobierno debe superar la prueba a toda costa. La violencia está a la puerta. Entramos en un período peligroso, en una escalada en la cual la extrema derecha trata de arrastrar al país para forzar a los militares a tomar el poder. Es indudable que el gobierno va a quedar desbordado, no podrá contener por completo la violencia, y hasta existe el peligro de que lo estremezcan crisis internas.

Pero en este momento en el que hay que pensar en términos militares más que sociológicos, Allende tiene una ventaja decisiva: la unidad de mando. En frente de él, ¿quién hay? ¿Prats? Se ha colocado a su lado. ¿Ruiz? No puede influir más que sobre la aviación. ¿Frei?. Está inquieto y perplejo y no puede lanzar a una política extrema a su partido, que perdería en ella su unidad. ¿El Partido Nacional? ¿Los dirigentes de los transportistas? ¿*Patria y Libertad*? Son otras tantas fuerzas que van a

lanzarse a la lucha, pero sin contar con los medios de acción y de la autoridad de que dispone Allende en su campo, donde socialistas, comunistas, MAPU y otros callan, dejándolo obrar, evitando todo debate público.

No creo en una victoria espectacular del gobierno ni sé hasta dónde se elevará la crisis, hasta dónde desbordará la violencia; pero, sintiendo esta noche invadirme la inquietud, como a todo el mundo, sigo convencido de que el generalísimo Allende ganará una batalla en la cual sus adversarios están divididos entre comandos suicidas y tropas pequeñoburguesas inquietas y poco decididas. Pero esta batalla no será sino defensiva; esta victoria, de obtenerse, no hará sino contener la presión enemiga. ¿Puede todavía Allende pasar a la ofensiva?

17 DE AGOSTO: PARA MAÑANA, LOS VERDADEROS PROBLEMAS; DESQUITE DE LA POLÍTICA

De nuevo, la espera. Pero los dos campos se disponen como si se tratara de preparar un combate político más que de defender o de hacer caer el gobierno. La democracia cristiana habla mucho estos días y en términos moderados. Esta noche, *Chile Hoy*, que se sitúa en el ala izquierda de la UP, publica una entrevista asombrosa de Fuentealba, antiguo presidente de la democracia cristiana. Es minoritario en su partido, pero dudo que quiera romper con él. Si dice frases más que conciliadoras, amistosas para el gobierno Allende, es porque no cree que la democracia esté dispuesta a comprometerse en una lucha a muerte. La primera operación de requisa de camiones se ha hecho con prudencia, pero no ha tenido continuación. Se ha concedido un nuevo plazo. Las asociaciones profesionales se vuelven amenazadoras y anuncian una huelga general para el lunes.

No dudo que los cabecillas de la huelga quieran llegar hasta el final y que cuenten con apoyos; no creo que la derecha entera haya decidido entablar una batalla decisiva. Este diálogo entre la derecha y la extrema derecha es el elemento principal de la situación estratégica, porque no tiene equivalente en la izquierda donde los cordones industriales están a la defensiva y donde las campañas del MIR contra el ejército son aisladas. Quienes —casi todos en la izquierda— repiten a porfía que Frei y la dirección de la democracia cristiana, son “golpistas”, ¿saben que de ser así estarían contados sus días? El error de juicio de la izquierda tiene consecuencias graves. Creyendo en el enfrentamiento necesario, se ocupa menos de resolver ciertos problemas y de impedir la concentración de sus enemigos que de afirmar una fuerza que, por lo demás, no posee. El comportamiento del subsecretario de Estado en los transportes, Jaime Faivovich es típico: se hace acompañar de tropas y de tanques para requisar camiones, y después se retira sin haber conseguido nada. Mientras tanto, el gobierno

no hace declaración alguna sobre sus intenciones, sobre su manera de resolver el aspecto profesional del conflicto. Habría que hacer lo contrario: resolver este aspecto para aislar la maniobra política y circunscribirla.

¿A qué extremos habrá que llegar para que el gobierno cambie de método y sepa utilizar una situación que le es favorable? Pero su ventaja estratégica me parece tan grande, las razones que han movido a Prats para hacer entrar a los militares en el gobierno tan sólidas que, a pesar de todos sus errores, estoy seguro de que el régimen triunfará del obstáculo.

Será después cuando los problemas de fondo puedan ser abordados. Debate sobre la reforma constitucional, es decir de hecho sobre la fijación de los límites de la nacionalización o del paso al sector "social", que constituirá el encuentro decisivo de la UP y de la democracia cristiana. Debate dominado también por la presencia de los militares que harían pagar muy cara una eventual solución del problema de los transportes, pero en cuanto a los cuales no veo la ventaja que tendrían en tal momento en intentar la aventura, cuando se trata para ellos de conservar su unidad y su papel de supremo recurso.

Los días pasan. Es imposible que el gran movimiento de después del 29 de junio no se desmorone: comienzo de los conflictos internos, luchas entre partidos y entre personas. Los problemas económicos son cada vez más apremiantes.

Parece absurdo decir esta noche que los acontecimientos presentes no son más que "peripecias", y, sin embargo, tal es mi sentimiento profundo. Lo que cuenta es que al fin va a ser necesario hablar de producción y de gobierno. Las peroratas de Altamirano se dirigen quizá a la historia, de seguro que no a los responsables chilenos de hoy. Repito que la verdadera cuestión está en saber si en las semanas y los meses próximos, frente a una crisis económica grave y a una fuerte oposición política, a la vez, la UP se constituirá en poder. ¿Qué representan hoy un Clodomiro Almeyda o un Calderón y muchos dirigentes más jóvenes del Partido Socialista, sino un pensamiento y una acción leninistas totalmente opuestas al viejo espíritu socialdemócrata y a su adorno populista a lo Palestro? O la UP deviene leninista, o habrá de reconstituir un aparato de Estado. Chile estará ante su porvenir el día en que descubra sus verdaderos actores: un poder de Estado, leninista o no, el Partido Demócrata Cristiano apoyado en el Parlamento, y finalmente el ejército.

Chile acaba de vivir fuera del mundo político, hundido en lo "social": avance popular, reacción de grupos de clase media, huelgas y manifestaciones. Ya no hay clase dirigente, ni tampoco gobierno, y hay momentos en que nos preguntamos si existen otros partidos que el PC y la DC excepto cuando se trata de repartirse las prebendas de la burocracia del Estado y los accesos al mercado negro.

La política se va a tomar el desquite. Ya lo está tomando: todo ocurre en la cima, aunque por todas partes no se habla más que de masas, de

pueblo, de mujeres y de niños. Ojalá el cambio —no de la izquierda a la derecha, sino de abajo hacia arriba— no sea total, y no se transforme toda la riqueza del pensamiento popular en una fuerza de producción y de ocupación a las órdenes de un partido omnipotente. Despertaos, siento deseos de decirles a los socialistas. De hecho, el Partido pasa una vez más por el achicamiento de su capacidad movilizadora. Su historia es una sinuosoide de numerosas curvas, y Altamirano levanta muy alto la bandera mientras se desliza por la pendiente.

Todo esto es excesivo y los acontecimientos son más complejos y menos definidos. Pero yo quiero hablar así esta noche, quizá porque me crispa la espera y porque estoy exasperado de vivir al día y de sentir que no nos deja avanzar un obstáculo, considerable sin duda, pero que no concierne a lo esencial, en tanto que la economía se va al diablo y la sociedad se desintegra o se excita en el vacío. Es preciso que la UP se muestre muy pronto capaz de actuar como una unidad, sin lo cual el hundimiento económico traerá consigo la fragmentación política.

18 DE AGOSTO: ÁNGEL PARRA, RECUERDO DE VIOLETA, CHILE
REVOLUCIONARIO

Gracias, Ángel. Sin caer jamás en la canción guerrillera, es un cantor militante, un hombre real que no piensa más que en el programa del partido, y que sufre, se fatiga, se desalienta; pero que va impulsado hacia adelante a la vez por la cólera y por la esperanza. Hay que dejar de cuando en cuando de analizar la coyuntura y de evaluar las posibilidades, recordar que nada tiene sentido sino en relación con la protesta y la esperanza.

En esta misma *Peña de los Parra*, escuchábamos hace tiempo a Violeta Parra, la madre de Ángel, a la que volví a ver en París antes de su muerte. Sus canciones eran populares; decían con seriedad el orden de las cosas y de la sociedad, el desarrollo lento de los trabajos, de las ceremonias, del tiempo que vuelve, orden cotidiano tenso no por la naturaleza ni la fatalidad, sino por la dominación y la miseria, orden vivido dolorosamente y desgarrado casi silenciosamente por la rebelión sofocada o la alegría modesta. De Violeta a Ángel, Chile popular ha pasado del sufrimiento a la esperanza revolucionaria, pero sin perder su respeto a las cosas y a las gentes, su gravedad. Y en los ojos de quien canta en las fábricas, la tristeza de la caridad va mezclada con la esperanza militante, el asombro del niño con la responsabilidad de aquel que vive la liberación de su pueblo. Estas canciones no tienen la brillantez y el movimiento de los *Quilapayún*, que seducen al llevar al público internacional temas revolucionarios sobre unos instrumentos y unos ritmos que evocan un pasado mítico. Pero puedo imaginar unos *Quilapayún* propagandistas; no puedo imaginar a Ángel Pa-

rra más que como un artista y un militante a la vez, aquel que busca el sentido de la historia de un pueblo en la experiencia vivida sin salir de ésta, búsqueda en la que la ternura, el humor y la cólera van mezclados constantemente con la convicción.

La *Peña*, donde con tanta frecuencia hemos buscado un taburete entre la multitud juvenil, no estaba llena anoche. No hay transportes colectivos y no hay gasolina. Los cantantes no eran acompañados por un público formado además por muchos franceses que habían acudido a trabajar voluntariamente por Chile popular. ¿Tan lejos está ya el 89 con sus grandes entusiasmos, o el 90 y la Fiesta de la Federación? De todos modos, es el canto de Ángel el que marca la dirección. Críticas, debates y rupturas no se comprenden sino en el interior de un cambio social que no es por sí solo una solución política pero que sitúa la política y sus meandros o sus vueltas hacia atrás.

La historia de Chile desde principios del siglo, más claramente que la de otros países latinoamericanos, es a la vez la de la oposición de dos bloques sociales y la de un progreso constante de la "mesocracia", de soluciones fundadas sobre las clases medias. La política está siempre marcada con un signo de clase, pero las clases en presencia son a la vez socialmente reales y políticamente irreales. La clase dirigente porque su cabeza y su cuenta bancaria están en el extranjero; la clase popular porque se halla sumida en la miseria, la desorganización y la crisis o los lazos de dependencia y de partidismo al mismo tiempo que está sometida a la explotación y que gruñe contra su amo. El mundo de Ángel no es "consciente y organizado"; es real, oscuro e iluminado a la vez, agitado por la política y jamás enteramente circunscrito por ella. Aquellos a quienes llaman los izquierdistas suelen ser insoportables: bajan hacia el pueblo armados de manuales que les aseguran en veinte lecciones el monopolio de la ciencia universal. Pero existe otro tipo de izquierdistas, que son no doctrinarios, sino revolucionarios, y que levantan en ellos mismos todo lo que pesa, en lugar de bajar o de subir en un mundo sin gravedad de cosmonautas de los espacios ideológicos. Sensibilidad y acción, reflexión lenta y decisiones extremas, mantienen como pueden unos esfuerzos contrarios e inseparables. Luchan por un poder que no habrán de ejercer, ya que jamás serán héroes positivos. Viven más intensamente que los otros la experiencia humana más profunda: la distancia que separa siempre el esfuerzo por dominar, controlar y organizar la sociedad y el rebasamiento de todas las formas establecidas, por la creación y por la impugnación.

La actualidad está llena hoy únicamente de gremialistas gánsters, de generales de juego ambiguo y de jefes políticos con eclipses. La vida cotidiana no está hecha más que de colas, de marchas interminables, de esperas ante unos escritorios y unos papeles, de enloquecimiento ante los precios que suben mucho más de prisa que los salarios. Mundo de desgaste en el que se deshilachan las esperanzas, en el que se infiltran las combinaciones y

la corrupción, en el que a menudo se siente en la boca el olor acre del fracaso y a veces de la sangre. Y sin embargo, ahí está Chile popular, alzado contra la explotación más extrema, contra la burguesía más incapaz, contra los retóricos más fatuos o más demagogos. Pero ha llegado el tiempo en que ya no se puede navegar a la estima. El camino es largo, dice Ángel, y sólo la esperanza nos da fuerzas para subir una cuesta áspera, con el estómago vacío y el cuerpo envuelto por la fría humedad. Es la presencia de un mundo popular que sufre y espera la que se impone en ese canto y suspende por un momento las sacudidas de la coyuntura. Gracias, Ángel.

Nota 24 septiembre

Ángel ha sido detenido; debe de estar encerrado en el Estadio Nacional, pero no se tienen noticias suyas. Su compañero de la *Peña*, Víctor Jara, detenido y apaleado, ha sido fusilado.

18 DE AGOSTO: CLASES SOCIALES Y SISTEMA POLÍTICO; EL PARTIDO SOCIALISTA; ANÁLISIS E IDEOLOGÍA

Largo *week-end*. Un nuevo plazo concedido a los transportistas termina en el instante en que me pongo a escribir (6 de la tarde). En el curso del día se ha sabido la dimisión del general Ruiz, jefe de la aviación y ministro de Trabajos Públicos, el hombre encargado de arreglar el conflicto. Los generales de aviación han deliberado. Es difícil que el gobierno retrase su decisión y su acción sin que este nuevo retraso sea una capitulación, abriéndose a los desconocidos, rompiendo el acuerdo frágil de los militares y de Allende y alentando a la derecha a redoblar sus esfuerzos. En espera de las noticias hay que encontrar, detrás de la actualidad, en lugar de jugar a las pitonisas, los caracteres duraderos de la situación social y política de Chile. Sigo dando vueltas alrededor de las mismas ideas simples: hay que redefinir las clases y las relaciones de clase, el papel del Estado y del sistema político en una sociedad dependiente.

Hoy he leído un libro, demasiado oficial y demasiado rápido, pero útil, sobre el Partido Socialista. Lo que salta a los ojos es que el vocabulario empleado en los debates internos de este partido rico en escisiones y en cambios no debe tomarse jamás al pie de la letra. Porque dicho vocabulario procede de otra situación distinta de la que trata de describir: traslada una experiencia europea a América Latina. Identifica arbitrariamente el análisis de un modo de producción y el de un proceso de transformación social. No me desdigo de lo que escribía hace unos días: Chile es una unidad nacional real en la que una clase dirigente unificada y una clase obrera concentrada se han enfrentado directamente en una lucha de clases excepcionalmente intensa y duradera. Pero esta comparación de Chile con Perú

o Argentina no debe conducir a una visión "europea" de Chile. Es preciso ahora volver la cabeza y considerar, no las fuerzas de unificación de las luchas sociales y políticas, sino las fuerzas de fragmentación. Y ante todo recordar con una palabra lo esencial: la clase dirigente como la clase popular están desdobladas. El bloque dirigente agrario, financiero y comerciante ha tenido por fin principal mantener su dominación. Su papel dirigente-empresario ha sido débil: es el extranjero o el Estado los que conservan las empresas principales. Del lado popular, junto a un núcleo obrero en el corazón del sistema de explotación y de producción, se extiende una vasta zona que va de una pequeña industria en situación difícil hasta los sin trabajo parciales o totales.

No hay, pues, una burguesía nacional y una clase obrera nacional directamente opuestas. De ahí, la autonomía del político, del conjunto de los intermediarios por quienes están representadas las clases sobre un plano nacional. La burguesía está representada o más bien interpretada por el Estado. Arturo Alessandri, el Partido Radical del Frente Popular y la democracia cristiana han desarrollado la intervención del Estado como medio de soldar de nuevo los dos frentes de la clase dirigente, creando una verdadera burguesía nacional. Este Estado tiene una gran capacidad de redistribución, puesto que recibe la mayor parte de sus recursos de las industrias mineras de exportación y tiene cuidado de no gravar a los ricos con impuestos serios. Del otro lado, el vínculo entre el Estado y la clase obrera (los campesinos pobres se hallan bajo la bota) está asegurado por este conjunto difícil de captar y cuyo papel es constantemente fundamental: la pequeña burguesía. Esta expresión no designa una clase social precisa, sino más bien un modo de intervención en el sistema político de sectores medios, sin adscripción definida de clase. Es, por otra parte, el único sentido útil que se puede dar a la noción de clase media: conjunto de estratos que ejercen una influencia política sin ocupar una posición de clase bien definida. Esta pequeña burguesía es frágil, sobre todo en Chile donde la inflación ha sido constantemente fuerte desde fines del siglo XIX. Está definida a la vez por un "nivel" superior al de los obreros o por una esperanza de ascensión y por la no adscripción a la burguesía y la amenaza constante de caída social.

Si la clase media ligada al Estado y a la burguesía ha encontrado su expresión política en el Partido Radical, esta pequeña burguesía amenazada y ambiciosa se ha atribuido como agente político el Partido Socialista. La distancia extrema entre las clases, en lugar de provocar un desgarramiento completo de la sociedad, yuxtapone al enfrentamiento de las clases una gran autonomía del sistema político; pero éste a su vez está dividido, porque radicales y socialistas al mismo tiempo miran hacia su aliado de clase y constituyen los dos pilares del sistema político. Lo cual permite comprender mejor estos partidos y sobre todo el Partido Socialista. Hablar de una derecha y de una izquierda en este partido es una imagen parlamen-

taria que no hace sino aumentar la confusión. El Partido Socialista durante la mayor parte de su historia, es decir de 1939 a 1969, ha sido una coalición de elementos "populares", empleados, obreros, intelectuales, opuestos a los comunistas que controlan desde hace mucho tiempo los grandes bloques obreros. El espíritu socialdemócrata y el populismo revolucionario no son más que tendencias opuestas, pero que suelen combinarse fácilmente en el interior del mismo conjunto que es, más que una alianza de los obreros y de la pequeña burguesía, la unión de grupos populares en crisis y de un elemento esencial del sistema político.

Así se explican situaciones a primera vista paradójicas: son los socialistas de izquierda, que no hablan más que de lucha de clases, los que apoyaron a Ibáñez en los comienzos de su presidencia, que fue el episodio más lamentable del populismo autoritario. Inversamente, Allende, presidente marxista de Chile, perteneció después de la guerra al Partido Socialista de Chile, considerado como reformista. La evolución del Partido Socialista puede ser resumida en tres etapas. En la primera, que va hasta el Frente Popular, pequeña burguesía y populismo revolucionario están confundidos, lo cual no puede hacerse sino en provecho de *caudillos* políticos. El principal fue Marmaduke Grove, cuya acción política estuvo más cerca de un populismo revolucionario ligado a la crisis que de un movimiento socialista. La segunda es la del enfrentamiento de estas dos tendencias; en la tercera pasa al primer plano la lucha entre una política de frente revolucionario y una política de FRAP o de Unidad Popular. Debate que no está zanjado. El Partido Socialista, que se resistió mucho en 1969 a la candidatura de Allende, participa en el gobierno de la Unidad Popular, pero es fiel a sus declaraciones de Linares, de Chillán y de La Serena: cree que la lucha armada es indispensable a una toma del poder popular y que el proletariado debe atravesar ese muro de fuego.

Mientras los sectores en crisis sean más numerosos en Chile que los estratos en conflicto de clase directo, esta presencia revolucionaria resistirá al realismo comunista. Este examen de la política de Chile puede servir para la mayoría de los países de América Latina, aun en el caso de que las situaciones consideradas sean muy distintas.

¡Qué precio tan alto han pagado los movimientos políticos de este país por su falta de reflexión sobre las condiciones en que su acción se ejerce! En situaciones en que la política tiene funciones mediadoras muy autónomas y en que, más todavía, la ideología llena la vida política, la reflexión política está absorbida por la ideología y no parece que pueda desprenderse de ella más que lanzando gruesas nubes de humo doctrinal, como lo hizo el nacionalismo brasileño del período 1955-1960. En la Europa del siglo XIX, en que las relaciones económicas de clase gobiernan la organización social bastante directamente, puede desarrollarse el análisis de Marx pero también el de Saint-Simón, de Tocqueville o de los utilitaristas. ¿Pueden desarrollarse igualmente en unas sociedades con relaciones de

clases complicadas y mal integradas, donde la política parece gobernar las relaciones sociales en la explicación de los cambios y donde la ideología gobierna igualmente la política?

Afortunadamente las rudezas de la vida política han puesto al margen a algunos intelectuales. Han sido ellos, los desterrados, los despreciados o los aislados, quienes han hecho avanzar el conocimiento de la realidad social y política de América Latina.

18 DE AGOSTO: AL BORDE DEL GOLPE DE ESTADO; SEPARACIÓN DE LA VIDA POLÍTICA Y DE LA VIDA SOCIAL

Me llegan muy tarde algunas noticias. Parece ser que Ruiz se ha pasado del lado de los transportistas. Si dimite, quiere decir que los otros jefes no le han seguido. La posición de Prats no podía sorprender. Pero el personaje central sigue siendo Montero. Permanece leal al gobierno. Ruiz lo pierde todo; Allende ha exigido su dimisión del mando de la aviación. El asunto debió de llegar a cierto grado de violencia, puesto que el ministro del Interior salió de la Moneda para ir a discutir en el despacho de Ruiz, a cien metros de allí.

¿Hemos estado a pocos pasos de un golpe de Estado "seco"? Lo ignoro; en todo caso, la hipótesis ha sido seguramente considerada. Pero imaginemos otra actitud de Montero. En unas horas, dentro de la calma más completa, se hubiera abierto una crisis política extremadamente grave, peligrosa para el régimen y portadora de un golpe de Estado. No discuto las consecuencias de un golpe o de una tentativa de golpe. Únicamente, siento una atmósfera extraña: confusión extrema, y hasta cierto suavizamiento de las declaraciones, como si se entablaran en secreto negociaciones, cuando quizá se preparaba un brusco cambio. Una inmensa distancia separa la vida política de la vida económica y social en este momento. ¿No es la situación que permite un golpe de Estado?

La inflación se desata y destruye la mayoría de los esfuerzos del gobierno; el MIR ataca al ejército y recibe los golpes de éste; la agitación sigue siendo grande en una buena parte de las empresas. Y durante este tiempo, no sin relación con los problemas económicos y sociales, pero sobre otro plano, se desarrolla una crisis propiamente política, secreta, sutil, tan autónoma que un análisis de la sociedad chilena no permite a nadie prever el hecho.

Si mañana se produjera un golpe de Estado, puedo asegurar que a pocos de los que trabajan en la transformación de la sociedad chilena y que creen en el porvenir del socialismo en Chile les sorprendería. Ordeno mis recuerdos de mayo de 1958 en Francia. El drama era más claro: el alzamiento de Argel, las declaraciones espectaculares de una y otra parte del

Mediterráneo, el ir y venir secreto de De Gaulle, pero también un gran ardor político, una manifestación de la izquierda, fúnebre pero numerosa, la agitación de los medios intelectuales. Siento la diferencia con el frío político de estos últimos días. No basta con decir que todo depende de las decisiones de Montero, pero tampoco es falso. No vivimos un conflicto, sino un golpe. A pesar de las manifestaciones de Jara y de Vilarín, no veo enfrentamiento general como en octubre; en cambio se siente la presencia desabrida desde hace diez o doce días de una crisis propiamente política.

Es lo característico de una situación revolucionaria: las relaciones entre los problemas económicos y sociales, los problemas políticos y hasta los debates ideológicos están alterados. Todo se da simultáneamente: la sociedad es como el salón de descanso de un teatro, donde se mezclan en un guirigay general conversaciones sin relación las unas con las otras. Todo se vuelve acontecimiento, y el arte del político es aquí mejor guía que el análisis del sociólogo o incluso de todos los ciudadanos. Tanto que todos sienten la inmensidad de lo que está en juego sin que nadie pueda seguir el desarrollo de la crisis o intervenir en ella.

La clase media asalariada está enloquecida por el desplome de su nivel de vida y de su ahorro. La burguesía de los negocios y los medios vinculados a ella sienten horror por el socialismo amenazante. Sus reacciones conducen a unos grupos extremistas a intentar operaciones espectaculares, a soñar con el golpe de Estado, a ejercer presiones sobre el ejército. El régimen no está amenazado por las fuerzas sociales de oposición, sino por los efectos de su impotencia económica que desmoviliza a los trabajadores, es decir que no hay que temer en este momento un levantamiento de las clases medias. Hay que interrogarse sobre las razones de obrar de los militares. Ahora bien, éstos quieren el mantenimiento del orden y de la unidad del ejército. Un golpe de Estado podría desencadenar la guerra civil y fragmentar el ejército. No intervendrán por el momento. Ruiz será eliminado sin poder provocar una intervención militar.

19 DE AGOSTO: LAS TRES FIGURAS DE ALLENDE

Ruiz se ha marchado. Pierde su ministerio y también el mando de la aviación. Su furor era grande, lanzaba fuego por los ollares. Allende, al tomar juramento al nuevo ministro, pronunció un discurso de rara sutileza. No se comprende bien todo lo que pasa, pero Mickey Allende ha acabado con el gatazo aviador y corre a toda velocidad entre los obstáculos, vivos los ojos por encima del bigote y entre las grandes orejas. Ya no es el *compañero* Allende, ni el antiguo presidente de las OLAS, es el político, ministro, diputado, senador o presidente del Senado desde hace treinta años. Pero mañana o dentro de un momento será el *compañero* presidente.

Porque no hay que buscar cuál es la máscara y cuál el rostro. Para algunos es el Fourier del comunismo, para otros un pálido reformista.

Si quiere comprenderse lo que ocurre en Chile, todas estas imágenes son inexactas, porque se empeñan en reducir una situación histórica a una de sus figuras. Allende es marxista, ex presidente de la OLAS y ex presidente del Senado. En el interior del Partido Socialista ha elegido la participación en el sistema político contra la afirmación revolucionaria, pero es también y más todavía aquel que ha permitido un proceso revolucionario acercando el Partido Socialista y el Partido Comunista desde el final de la presidencia de Ibáñez, cuando el PC estaba todavía fuera de la ley. Su éxito, que no es separable de su fragilidad, consiste en que comprendió que Chile no podía vivir más que sobre tres planos a la vez: el de la lucha de clases, el de la ruptura de la dependencia y el del ensanchamiento de la participación social. Chile tiene instituciones políticas y un Estado: la proporción de los votantes se ha elevado considerablemente, la organización sindical es fuerte, los campesinos están en movimiento, el nivel de educación es relativamente elevado, el Estado se halla en el centro de todos los aspectos de la vida social, la independencia nacional no está amenazada directamente. ¿Cómo, en estas condiciones, rehusar las instituciones, las elecciones y la actividad parlamentaria? El Chile que Allende recibió de Frei no es semejante a la Cuba que Fidel tomó a Batista. La integración nacional y la ausencia de crisis internacional crean una situación contraria a la ruptura insurreccional. Hay una distancia inmensa entre el Chile 70 y la Rusia de 1917 o la China de los años 30 y 40.

Allende llama a veces a su país un Vietnam silencioso. Denuncia así los complots que los norteamericanos han multiplicado desde el Plan Camelot hasta las maniobras de la ITT o de los amos del cobre y probablemente hasta la ayuda económica facilitada a los cabecillas de la huelga de transportistas en octubre último y ahora. Pero Chile no es un Vietnam: no hay en él ni guerra extranjera ni corte del territorio nacional. La oposición de izquierda suele decir: tenemos el gobierno, no el poder. Extraña declaración en un país que en tres años ha llevado a buen paso una reforma agraria inmensa, que ha eliminado la mayor parte de la burguesía industrial, que ha nacionalizado las minas, etc.

El gobierno no tiene todo el poder, pero dirige ciertamente más de las tres cuartas partes de las inversiones. El mundo institucional y el juego político complicado que lo anima no disuelven en modo alguno la lucha de clases. Se puede incluso pensar que existe concordancia entre la integración nacional y la fuerza de los movimientos de clase. Allende ha tomado y toma posiciones de clase. El Partido Socialista no ha sido jamás una SFIO [Section Française de l'Internationale Ouvrière] y el Presidente se dirige sobre todo al pueblo de su país y en particular a la clase obrera: no permanece encerrado en el interior del juego político. La rivalidad del PC y del PS los ha conducido incluso desde 1936, fecha de la

fundación de la CTCH (Confederación de los Trabajadores de Chile), y desde 1953, fecha de la fundación de la CUT (Central Única de Trabajadores), a dar la mayor importancia a la organización sindical de clase.

En fin, Allende representó a su partido y a su país en la Tricontinental y en la OLAS, en el espíritu del congreso de Linares (1965) y de Chillán (1967), porque la economía y la sociedad chilenas están marcadas con el hierro al rojo de la dependencia que explica el estancamiento de la agricultura y el débil desarrollo nacional, por lo tanto, el avance de la urbanización sobre la industrialización, el subempleo y la "marginalidad" de unos trabajadores que el sistema productivo no es capaz de absorber. De ahí un nacionalismo ant imperialista, una voluntad de liberación que lleva consigo la adhesión profunda de Allende a Cuba, la única que hasta aquí cortó el vínculo de la dependencia.

En la situación presente, si Allende elige una de estas tres figuras está perdido. Se dice de él que es poco teórico: es porque no puede identificarse a una doctrina; ha de leer la realidad en varias lenguas a la vez. El MIR está cerca de él, presente en su propia familia. Los políticos del país son todos para él antiguos conocidos y la amistad o la enemistad no se reparten siguiendo simplemente la frontera que opone la UP a la oposición. Su referencia al marxismo es constante. Es la habilidad política, es también a veces la retórica las que mezclan tantos ingredientes diversos en la acción presidencial.

¿Era en el fondo muy diferente en tiempo de la democracia cristiana? Pocos personajes son tan opuestos como Allende y Frei, y no se quieren. Pero la democracia cristiana ha sido un movimiento demasiado considerable para no llevar en sí también las tres dimensiones que vienen impuestas por la situación chilena. Frei y su gobierno fueron agentes muy eficaces del desarrollo institucional y de la ampliación de la participación social. No conozco observador serio que lo niegue. Pero el sentido de esta presidencia fue también crear por intermedio del Estado una burguesía nacional. Antiguo sueño que fue el de los radicales y al servicio del cual los presidentes Ríos y González Videla pusieron la Corporación de Fomento de la Producción (CORFO). Sueño perdido una vez más: el Estado aumentó sus inversiones bajo Frei, pero la industria privada disminuyó las suyas, a la vez que perdía el control de una parte de la industria en beneficio de los extranjeros. Finalmente, la democracia cristiana se apoyó políticamente sobre los excluidos, campesinos pobres y habitantes de ciudades perdidas.

A esto se debe que una vida política institucional en Chile, en la hora actual, no pueda reposar sino sobre la oposición y la transacción entre la UP y la DC. Si otras fuerzas triunfan, ya se trate del Partido Nacional o de una ultrazquierda, del MIR o de *Patria y Libertad*, el sistema político se hunde. Es la violencia y el caos, de donde no puede salir otra cosa que un régimen militar. Allende está convencido sin duda alguna de la necesidad de mantener el sistema político y la posibilidad de hacer avanzar dentro de

este marco unas transformaciones sociales y económicas irreversibles. Pero, ¿hasta cuándo podrá hacerlo todo a la vez?

Su debilidad actual, tan grande que se tiene con frecuencia la impresión de seguir las evoluciones de un hombre solo tratando de evitar los coches que por todas partes se lanzan contra él, parece proceder de la multiplicidad de sus intenciones, de su voluntad de nadar y guardar la ropa, cuando muchos le piden que avance con más firmeza por el camino del socialismo.

Esta debilidad se debe, en mi sentir, a causas opuestas. No procede de la yuxtaposición de varias políticas, sino más bien de la prioridad dada a una síntesis confusa de todas las tendencias, a un populismo revolucionario que distribuye sin producir, que multiplica los grupos de presión, al que encantan las declaraciones más violentas que precisas. La inflación y la penuria hacen retroceder la participación social; la movilización se dirige más a un pueblo indiferenciado que a una clase, la lucha contra la dependencia no se convierte en búsqueda de la independencia económica. Allende ha logrado admirablemente coordinar la acción de fuerzas políticas muy diferentes en el primer período de su gobierno. Da pruebas en este mismo momento de una habilidad política extrema. Pero ha llegado el tiempo de construir un tipo de sociedad. ¿Podrá dirigir esta obra cuando la economía se derrumba, el aparato de gestión se corrompe y los adversarios se desenfrenan? No podrá hacerlo más que si integra los tres elementos de su política, ninguno de los cuales puede ser sacrificado, en un programa positivo. El socialismo, cualquiera que sea, no consiste en barrer los obstáculos que impiden el libre ejercicio de las facultades humanas. Esta filosofía de las luces preparaba el reinado de la burguesía. El socialismo debe organizar y planificar de una manera o de otra los elementos centrales de la vida económica y social.

Los demócratacristianos tienen una respuesta: fortalecimiento masivo del poder del Estado por el apoyo directo de las fuerzas armadas y por una intervención capaz de reprimir la presión popular. Allende está menos bien colocado, pero tiene tras él la fuerza rugiente de esta presión popular; ¿cómo puede transformarla en capacidad política, sino transformando su propia función política, convirtiéndose en jefe de partido? ¿Puede hacer esto, él que siempre se ha definido como un intermediario entre los dos grandes partidos de la izquierda?

19 DE AGOSTO: PROVIDENCIA

No había vuelto a Providencia. La ausencia de transportes me ha obligado a recorrer a pie una gran parte de la avenida, menos llena que de costumbre

por los coches, pero que no ha cambiado. Tiendas de lujo, grandes edificios modernos alternando con casas pequeñas; multitud de niños bien, chupeteando helados en Coppelia, comprando discos norteamericanos, gastando en vestirse varios meses de salario obrero. Otras mujeres menos jóvenes cotorrean. Isla o más bien promontorio de la burguesía que penetra bastante en el centro de la ciudad, conduce a las pendientes cubiertas por las casitas individuales del *barrio alto* (rico) cantadas por Víctor Jara y cuyos niños bien educados en los colegios elegantes forman los grupos de choque de la reacción. Providencia está deslumbradora de riqueza y de animación en esta ciudad gris y pobre.

Todo el dinero de Chile se encuentra ahí, en las manos de industriales, de grandes comerciantes, de médicos, de funcionarios extranjeros. Pero, al pasar a lo largo de las tiendas, yo sólo puedo imaginar las ideas y los sentimientos políticos de aquellos con quienes me cruzo. ¿Por qué decir trivialidades? Lo que yo veo concretamente es un deseo irrisorio y un poco patético de vivir en otra cultura. Discos y libros norteamericanos y sobre todo un erotismo un tanto alfeñicado que rebosa de todas las tiendas. No hay un solo comercio de calzado, de libros o de ropa que no esté cubierto de posters de mujeres desnudas o semidesnudas, más o menos provocativas. La joven burguesía dorada se protege tras una barricada de pubis hirsutos.

Entro en una galería en la que están expuestas algunas obras de un escultor chileno. Se me indican los precios en dólares. He aquí la palabra clave: aquí se vive en dólares y no en escudos. Comerciantes y demás personas del mercado libre y del mercado negro no cuentan sus compras y sus ventas sino por referencia al dólar del mercado negro. Por esa cuenta, precios y ganancias, todo pertenece a otro mundo. Si cuento en dólares negros, un funcionario en lo alto de la escala de sueldos recibe 20 dólares al mes; cálculo arbitrario pero que demuestra la distancia que separa los salarios del reino de la especulación y del privilegio, en el cual no se ganan una decena sino unos centenares de millares de escudos al mes.

Extraño mundo que compra una televisión por cuatro o cinco veces su precio oficial (no se encuentran televisiones al precio oficial) y que fija el precio de la mercancía que vende de modo que sea constante en dólares negros.

La hora pasa, tengo una cita. Tomo una calle lateral, barrio lleno de encanto y de tranquilidad donde lo anticuado y lo más nuevo, lo casi pobre y lo casi rico se mezclan. Adiós, Providencia la bien llamada. No pertenece al mundo de los hombres. Quizá fue un don que la providencia hizo a los ricos y que unos hombres les arrebatarán.

19 DE AGOSTO: LA INTERVENCIÓN POLÍTICA DE LAS MUJERES

Unas mujeres de transportistas han ido en manifestación ante La Moneda; acampan en los jardines del Parlamento. Otras se han apoderado de varias estaciones de radio en provincias. En respuesta, unas mujeres de la UP han ido a desfilar en la plaza de la Constitución. Unas mujeres de oficiales de aviación han hecho otra manifestación en favor del general Ruiz. Acontecimientos de algunos días; se encontrarían otros muchos semejantes si nos remontáramos a un pasado reciente. Ayer, delante de mí, en una cola, una mujer exasperada acusaba de cobardes a todos los hombres y afirmaba que las mujeres de Chile eran las únicas que tenían derecho a la palabra, puesto que eran ellas las que sufrían más directamente a causa de la situación. Quizá el papel de las mujeres se explica por rasgos particulares de la sociedad chilena, por el más alto grado de emancipación de las mujeres en este país que en la mayoría de los demás. Yo le encuentro otro sentido, alejado de la psicología de los pueblos, a este hecho notable. El mundo de la vida pública y política es y sigue siendo el mundo de los hombres. Las mujeres intervienen cuando la política, saliendo de su lecho, trastorna las condiciones sociales, la vida familiar, el nivel de vida: si una huelga afecta a una colectividad obrera cohesiva las mujeres están en primera fila para defender a los obreros contra los patronos o la policía.

En Chile, la separación entre vida social y vida política era muy grande. Disminuye, desaparece por momentos, ya sea que la vida política invade la vida social, o que se produzca el movimiento contrario. Entonces las mujeres intervienen en la escena política, o bien de manera revolucionaria o en oposición al régimen. Ya en el momento del Frente Popular, las mujeres habían desempeñado un importante papel en la actividad del Partido Socialista. Por su parte, la democracia cristiana ha destacado el papel político de las mujeres y ha tratado de movilizarlas a través de los *Centros de madres* y los organismos de promoción popular. Hemos aquí de nuevo y en el más alto grado en un período de trastornos sociales. Las mujeres intervienen cada día, mientras que unos hombres, de uniforme o no, se entregan secretamente a los juegos del poder.

Pero esta intervención es cada vez más de las mujeres de clase media. De la manifestación de las cacerolas de fines del 71 a la de las mujeres de oficiales, es la burguesía pequeña y grande la que se siente amenazada y reacciona como una comunidad. Extraña situación en la que encontramos en lo alto de la escala social lo que estamos acostumbrados a encontrar abajo.

20 DE AGOSTO: LA INFLACIÓN; LA PARÁLISIS DEL SECTOR PÚBLICO; LA CORRUPCIÓN

Los periódicos han anunciado que el alza de los precios en julio había sido bastante superior al 15%. Los aumentos acumulados desde hace doce meses exceden el 300% y pueden concebirse fácilmente indicios que suministrarían resultados mucho más pesimistas, dando un poco más de peso a los productos cuyos precios son libres y teniendo en cuenta el mercado negro. Esta inflación tiene en primer lugar el resultado clásico de castigar a los asalariados y sobre todo a los que trabajan para el Estado. Afecta más fuertemente aún a los funcionarios de nivel relativamente elevado cuyo aumento de salario se limita. Este régimen de tendencia socialista no actúa de manera distinta al gobierno francés. La justicia social se reduce para él a una redistribución entre asalariados, francamente ridícula aquí donde el sector libre se sitúa a un nivel cada vez más diferente del de los asalariados. Estas observaciones elementales deben ser corregidas. El mantenimiento de precios oficiales bajos para cierto número de artículos y la importancia de la distribución directa en los barrios populares, así como la multiplicación de primas y de aumentos indirectos deben limitar los efectos negativos de la inflación sobre una parte de las clases populares. Es probable que el progreso del nivel de vida general durante los dos primeros años no haya sido anulado por completo en el curso de los últimos meses. La inversión y el ahorro han sufrido mucho más que el consumo.

La víctima principal de la inflación es el sector de economía dirigida. Dos ejemplos. La producción nacional de azúcar ha bajado: ¿por qué los campesinos (del sector reformado en particular) cultivarían remolacha que se les compra a bajo precio, cuando pueden dedicarse a cultivos cuyos precios son libres y por lo tanto más elevados? La medicina está dividida en dos sectores: como funcionarios, los médicos atienden el servicio de los hospitales y de los dispensarios. Fuera de estas horas, la mayoría de ellos reciben una clientela privada a la cual se consagra por entero un pequeño número de esos médicos. Esta clientela privada no está cubierta por ningún sistema de seguridad social. El gobierno ha creado la SERMENA, sistema de convenciones con el cuerpo médico y de pago de la mayor parte del costo de las atenciones médicas y quirúrgicas tarifadas por el Servicio Nacional de Salubridad. Este sistema que comenzaba a implantarse se ha venido abajo. Casi ningún médico acepta una tarifa que no tiene relación alguna con los precios del mercado. ¿Por qué para ganar la misma cantidad visitaría a doce o quince enfermos, cuando puede limitarse a ver a dos que le pagan bien? O el gobierno resuelve esta situación suprimiendo el doble sector y socializando toda la economía, cosa que no parece realizable inmediatamente, o tendrá que emprender una tarea mucho más compleja de lucha contra la inflación. Una vez que se haya salido de la crisis actual, la definición de una política económica será la primera necesidad urgente.

Esta destrucción económica de la intervención pública está agravada además por la descomposición "moral" del aparato de intervención. El mercado negro no se halla alimentado únicamente por el sector privado, ya que existe también en ramas dominadas ya sea por la producción, ya por la distribución públicas. A esta corrupción pura y simple, se añade el deseo de muchos responsables del sector público, en el desorden actual, de elevarse al nivel de vida de los comerciantes e industriales privados: quieren casas hermosas, coches nuevos, viajes al extranjero. Chile no estaba habituado a la corrupción, y es difícil saber hasta qué punto afecta esta desmovilización la capacidad de lucha obrera.

En la misma medida en que una política de restitución de las empresas a sus propietarios suscitaría un levantamiento general y no puede ser proyectada por ningún gobierno, el tema muy popular de la "mano dura" es políticamente muy indeterminado y puede conducir a un bonapartismo. Estamos todavía demasiado cerca de los grandes enfrentamientos para que la solidaridad de clase no sea aún la fuerza dominante; ¡pero qué lejos estamos del período eufórico de 1971, cuando los salarios y el consumo subían más de prisa que los precios! Cuando se hablaba de desarrollar la producción por la nacionalización y por la batalla de la producción a la vez. Cuando llegué hace un mes, nadie se atrevía a hablar públicamente de la crisis de la producción; ahora es un tema cotidiano. Es un buen signo: el país debe hacer frente al caos que lo amenaza, abandonando la facilidad.

20 DE AGOSTO: EL MIR; MOVIMIENTO SOCIAL, VIOLENCIA Y ACCIÓN POLÍTICA

Desde el comienzo de la crisis abierta por la huelga de los transportistas, ni la izquierda socialista ni la ultraizquierda parecen intervenir en el juego político. La misma CUT no se halla en el centro de la actualidad y el mitin de la semana pasada ha demostrado bien que no podía operar la síntesis milagrosa de la política gubernamental y de la oposición revolucionaria. En cuanto a las corrientes de la UP más deseosas de expresar un movimiento de izquierda o izquierdista, como el MAPU-Garretón o la Izquierda Cristiana, están mudas o casi mudas. No ocurre lo mismo con el MIR. Su influencia aumenta. Esto se explica por la naturaleza de los adversarios actuales de la UP.

La derecha no se limita a ejercer un poder económico: sería muy extraño que los 250 atentados aproximadamente cometidos desde el comienzo de la huelga, el 90% de los cuales han sido contra los medios de comunicación: camiones, autobuses, vías férreas, no tengan alguna relación con el sindicato de los camioneros. Es quizá muy tentador pensar en los *teamsters* norteamericanos y en las estafas o en las violencias perpetradas por su sindicato. Pero no me asombraría saber que esos *gremios* respetables

tienen también algunos lazos con organizaciones más próximas al gangsterismo que a la política. A esta violencia sediciosa se añade la violencia legal, la represión en la marina, las pesquisas violentas, las detenciones.

El movimiento social revolucionario, cuyo impulso interrumpió la crisis política y económica, tiende por momentos a caer en la violencia, en respuesta a la violencia y a la fuerza. Jóvenes obreros o estudiantes del MIR están furiosos y encuentran respuesta a una opresión que ha llegado a ser más directamente poder institucional que dominación económica: la revuelta, la barricada, la violencia. Cuanta mayor influencia tienen los militares en el gobierno, más amenazado está el MIR. Si un general soluciona la huelga de los transportistas, el ejército exigirá como primer tributo perseguir sin compasión a los agitadores de la ultraizquierda, mucho más frágiles que los de la extrema derecha; porque éstos actúan en la sombra, en tanto que la acción de los primeros ha de ser visible para alcanzar su objeto de movilización popular.

El drama político del MIR es que apela constantemente a las masas y que no controla lo esencial de su movilización política. Cuanto más insiste en la necesidad de una intervención revolucionaria de los trabajadores, más concentra a la inversa sus ataques al ejército, en el momento en que éste aparece como un apoyo sin el cual el régimen de la Unidad Popular se derrumbaría. Comprometido en la violencia, se aleja de una acción de masas que responde cada vez más a una voluntad de defensa más que de ataque por parte de los trabajadores. Se aísla, pues, políticamente. El momento actual es el de su mayor visibilidad y del retroceso de su influencia.

El bloqueo del movimiento de base, la exacerbación de las luchas entre el MIR y el orden legal apoyado por los militares, me lleva de nuevo a la cuestión que me obsesiona desde el comienzo de los años 60 cuando escribía *La conscience ouvrière* (publicada en Editions du Seuil en 1966). ¿Puede la conciencia de clase formar por sí misma un movimiento social capaz a la vez de luchar contra el adversario de clase y de ocuparse de los problemas de la sociedad, o bien no puede, abandonada a sí misma, sino degenerar en tradeunionismo, como pensaba Lenin, a menos que sea rebasada por un partido que exprese el análisis de las contradicciones del sistema dominante más todavía que la impugnación de la clase popular? El ejemplo de Chile muestra hasta la evidencia que la conciencia de clase rebasa el sindicalismo, tiene un alcance político y capta el conjunto de los problemas de la sociedad. Recuerda también que esta conciencia de clase no puede jamás ser identificada a una acción política. Porque no es una clase obrera consciente y organizada que toma el poder, sino una acción política atenta a la coyuntura, preparada a las alianzas, a las amenazas, a las rupturas, impulsada ciertamente por un movimiento de clase, pero al que puede siempre someter a su poder, una vez que se ha apoderado del Estado.

¿Por qué oponer un espontaneísmo lisiado y un partido político portador de la luz? La realidad es otra. Hay que oponer, sin separarlos, el movimiento social y la acción política, tanto cuando ésta es revolucionaria como cuando es reformista. Esta separación no desaparece más que en dos casos extremos, ya sea cuando el movimiento social entra por entero en el marco institucional y deviene pura fuerza de reforma, ya, por el contrario, cuando las relaciones de clases están hasta tal punto cubiertas por una hegemonía política y una autocracia cultural que únicamente la acción política puede ejercer influencia sobre una sociedad prisionera a su vez del pasado o del extranjero. El caso chileno, y el de la mayoría de los países dependientes, es intermedio; de ahí la riqueza y la fragilidad de los movimientos sociales tanto en el mundo árabe como en el latinoamericano.

Allá, en torno del Mediterráneo, es la izquierda revolucionaria la que está al margen, en ocasiones tolerada, las más de las veces perseguida, mientras que un nacionalismo múltiple, de una burguesía burocrática, se esfuerza en monopolizar unos movimientos sociales. Aquí el movimiento social es más fuerte, más autónomo y por consiguiente la obsesión del doble poder está constantemente presente. ¿No estaba en las intenciones del propio Allende, que deseaba un referéndum y una asamblea del pueblo? ¿Que el ejemplo de Chile nos libre de visiones que desprecian o bier el movimiento social o bien la acción política, para no hacer más elogio que el de un espontaneísmo que deviene terrorismo o de un partido omnisciente y que lleva en sí el totalitarismo! El socialismo democrático no existe más que en la medida en que el movimiento social y la acción política o más todavía el ejercicio del poder no están confundidos. ¿No puede ser más que reformista, de tipo escandinavo? Si tantas miradas se han vuelto hacia Chile, ¿no es porque se esperaba de él que creara un socialismo democrático revolucionario?

No llego, pues, a vencer la oposición de mis actitudes respecto del MIR. A largo plazo, lleva en sí una fuerza de oposición popular, por lo tanto, la base de la democracia en un régimen socialista. Pero en la coyuntura presente debilita a la UP, excita al ejército, lanza iniciativas que escapan prácticamente de su control. Puesto que hay que elegir, doy la preferencia al juicio más inmediato. Lo que gobierna todo es la capacidad de la UP de actuar inmediatamente y de manera decidida. El MIR —¿cómo negarlo?— disminuye esta capacidad de acción.

21 DE AGOSTO: UNA JORNADA DE ALARMA; LAS SOLUCIONES LIMITADAS SIGUEN SIENDO LAS MÁS PROBABLES

Ayer: jornada de gran tensión. Se anunciaba que el ejército del aire se negaba a reconocer otro jefe que Ruiz, obligado por Allende a retirarse.

Más grave aún, circulaba con insistencia la noticia de la dimisión del almirante Montero, que éste no confirmaba ni desmentía. Allende estaba ausente, asistiendo a una ceremonia en Chillán. Al mismo tiempo los *gremios* del comercio y de las clases medias anunciaban su participación en la huelga declarada por el secretario general demócrata cristiano de la CUT provincial de Santiago, Manuel Rodríguez. ¿Conjunción de una acción militar y de un apoyo masivo de las clases medias?

Pero se anuncia al mismo tiempo que las negociaciones con los transportistas adelantan, que los autocares interprovinciales vuelven al trabajo. Parece que lo más grave de esta crisis ha pasado. Muy pronto se sabrá si los militares en el gobierno salen de ella vencedores o agotados. Porque la ruptura parece amenazadora y porque es evidentemente posible, me siento inclinado a repetir hasta qué punto creo más probable una solución limitada de la crisis de estos días. ¿Será quizá un medio inconsciente de exorcizar un destino que me inquieta? Sigo, con todo, sosteniendo el tipo de pronóstico que formulé ya hace dos años. Era en París, con ocasión de una mesa redonda organizada por el IEDES. El tono dominante fue de un análisis catastrófico de la gestión allendista, no en nombre del conservadurismo, sino por el contrario desde un punto de vista izquierdista. Nada podía impedir la división y la necesidad de pasar directamente a una gestión revolucionaria en ruptura con las instituciones burguesas. Era en el otoño de 1971. La ruptura anunciada como inminente no se produjo en el curso de los dos años transcurridos. El sombrío pronóstico se apoyaba en un análisis económico justo: la economía chilena se halla, en efecto, en plena catástrofe, la inflación se desencadena, la producción baja, la deuda exterior aumenta, la capacidad de importación está absorbida en proporción creciente por las necesidades de alimentos.

Pero el análisis político se impone todavía hoy, como se imponía más evidentemente en 1971. Yo decía entonces que este análisis conducía a prever el mantenimiento, difícil pero necesario, de cierta disociación entre el movimiento revolucionario y el sistema político. No veo lo que obliga a Chile a salir del espacio limitado de un lado por la UP, y del otro por un capitalismo de Estado apoyado por la democracia cristiana. A esto se debe que las aventuras sediciosas del sindicato de los camioneros, de *Patria y Libertad*, de los autores de atentados y de cierto número de oficiales no me parezcan, a pesar de su extrema gravedad, fijar un destino ineluctable.

Si, como creo, la crisis actual termina, no será para conducir a un período de calma. Al contrario. Los verdaderos problemas, los que imponen opciones posibles, van a plantearse ahora, y quizá en primer lugar con ocasión de los aumentos del sector público que el gobierno debe conceder en octubre y preparar, por lo tanto, en septiembre. Oigo desde hace algunos días la voz de la democracia cristiana con más frecuencia que la del Partido Nacional. La huelga de hoy del comercio y de los *gremios* tiene un tono demócrata cristiano.

Lo que queda de la crisis de las últimas semanas es la entrada de los militares en la escena política. Dos veces por lo menos, se ha preguntado la gente si no irían a dar un golpe de Estado, si el almirante Montero no iría a abandonar a Prats y, seguido de toda la marina, a imponer una ruptura política. Un enfrentamiento próximo de políticas económicas opuestas, colocando al gran gobierno en el terreno más desfavorable, movilizándolo a todos los descontentos y todas las angustias de cuantos están empobrecidos y amenazados por la inflación, podría conjugarse con los rencores de jefes militares eliminados y de oficiales deseosos de acabar con un clima social que juzgan insoportable.

Pero la fuerza de Allende consistió, en el corazón de la crisis presente, en ser el jefe de las instituciones políticas: los jefes militares que apoyan las instituciones contra el desbordamiento revolucionario se vieron así conducidos a sostenerlo. Nada es más chileno ni muestra mejor la fuerza del sistema político que se mantiene, a pesar de todos los ataques, y sin haber impedido hasta ahora una profunda transformación de la economía y de la sociedad.

Nota 21 septiembre

Releída un mes después, esta nota parece tristemente falsa. El sistema político ha sido despedazado; la intervención militar se ha colocado por entero al margen de las relaciones entre los partidos. No puedo contentarme con una defensa estricta: Allende superó efectivamente la crisis Ruiz; incluso algún tiempo más tarde formó un nuevo gabinete en el cual figuraban otros ministros militares. Porque se trata de un juicio mucho más general: yo pensaba a mediados de agosto que Allende conservaría el control de la situación o que si lo perdía, pasaría éste a una coalición DC-ejército sin ruptura del sistema político. Los hechos han desmentido este pronóstico. ¿Qué significa mi error?

Digo aquí, como en otras páginas de este diario, que la opinión política, tanto a derecha como a izquierda, se dividía entre dos interpretaciones. Los unos pensaban como yo que el sistema político triunfaría. Los otros, por el contrario, pensaban que el país zozobraría en el enfrentamiento armado y la guerra civil.

La primera hipótesis era tanto más verosímil cuanto que los jefes militares más visibles estaban en el gobierno. No he cambiado mi texto, en primer lugar por razones de principio y además porque me parece que expresa un estado de ánimo bastante general en aquel momento. Quedo incluso persuadido de que considerado en sí mismo, no es enteramente falso y que la decisión del golpe de Estado no se había tomado en esta fecha.

Nota 29 septiembre

Leo en *La Unidad*, semanario del Partido Socialista, publicado ayer, el artículo de Joan Garcés, el colaborador más directo de Allende y a quien vi varias veces durante mi estancia. Su testimonio tiene un valor excepcional. ¡Nos enteramos de que el jefe militar que se opuso a la veleidad del golpe de Estado de la aviación fue el general Pinochet! Cuando al día siguiente pidió Prats en el Consejo de generales que se tomara posición en cuanto a la manifestación de mujeres de oficiales contra él, no obtuvo más que 6 votos a favor frente a 12 en contra. Pero entre los 6 estaban Pinochet y también Brady, nombrado comandante de la guarnición de Santiago después del 11 de septiembre, al lado de generales conocidos por su lealtad a la legalidad y al Presidente. Es, pues, cosa clara que en esta fecha (22 agosto) nada deja adivinar la existencia de una conspiración del conjunto del ejército. La salida de Prats le impuso el ejército, pero parece expresar una negativa a participar, no una decisión de intervención armada. El nuevo jefe del ejército de tierra parece todavía legalista.

21 DE AGOSTO: UN PERIODISTA QUE ASUSTA

En la televisión, un debate en torno del general Ruiz, que me ha parecido torpe y confuso.

Me impresionó ver y escuchar a un tal Guzmán, periodista que es además profesor de Derecho Constitucional en la Universidad Católica. Jamás había visto un tipo de hombre así en este país. Me ha asustado: en los períodos de tensión extrema, se ven salir las cabezas más horribles. La suya está habitada por una pasión fría armada de una lógica falsa: es un inquisidor. Su palidez es la de los jóvenes fascistas de antes de la guerra. Cada una de sus palabras lanza una maniobra sinuosa. No se si forma parte de un grupo extremista clandestino. En todo caso, merecería ser uno de sus jefes, pues pertenece al mundo del fanatismo fascista.

Que se disipe lo más pronto posible esta atmósfera emponzoñada, que se deje oír, del lado que sea, la voz de las fuerzas sociales y que desaparezca esta imagen infernal, surgida del desorden de la sociedad.

Nota 25 septiembre

Guzmán es uno de los encargados por el general Leigh de preparar una nueva Constitución.

21 DE AGOSTO: MOVIMIENTOS Y ACONTECIMIENTOS EN UNA SITUACIÓN REVOLUCIONARIA; EL COMETIDO DEL SOCIÓLOGO

Es agotador y casi imposible colocarse en posición de análisis en una situación como la que vivimos. Las obligaciones de la vida cotidiana son duras, fatigosas, y sobre todo la escena política y social cambia de una manera tan rápida que es difícil adaptarse psicológicamente a la sucesión acelerada de lo caliente y de lo frío, de la derecha y de la izquierda.

El espacio de la información y del análisis es extremadamente reducido. Me he habituado poco a poco a leer los títulos de los periódicos no como informaciones sino como posturas. Ya no me sorprende cuando me entero de que tal o cual noticia, difundida ampliamente, es falsa. En estas condiciones veo desarrollarse dos actitudes. Los unos se repliegan del lado de acá de la vida política, y hablan únicamente de los precios que suben, de las colas que son cada vez más largas o por el contrario de su actividad profesional; esta actitud no es únicamente de derecha. Oigo también a militantes de la UP hablar de su trabajo constructivo, lo cual puede hacer sonreír en la situación presente en la que lo menos que puede decirse es que la intervención del Estado se halla desorganizada.

Otros, por el contrario, se dan un punto de referencia fijo en la confusión de la tempestad política: construir una sociedad socialista los unos, mantener las instituciones democráticas los otros. Principios abiertamente afirmados que salvaguardan la identidad personal, pero que no dejan prever en modo alguno los comportamientos reales. ¿Pasa la defensa de las libertades democráticas por la instauración de un régimen militar? ¿Supone la construcción de una sociedad socialista el mantenimiento de un poder popular distinto de la autoridad gubernamental? Es imposible prever la respuesta dada a estas preguntas muy concretas basándose en el conocimiento de las posiciones ideológicas de aquel a quien se interroga.

Esta situación no tendría consecuencias si únicamente desorientara a los sociólogos o a los politólogos; pero afecta al pensamiento político en sí, a tal punto que se ve separarse cada vez más el pragmatismo político y las iniciativas ideológicas. El primer indicio de esta disyunción es la política económica. Se puede aprobar o rechazar la política de P. Vuskovic, pero respondía en todo caso a cierta intención. Fue abandonada después de la reunión de los jefes de la Unidad Popular en Lo Curro, hace más de un año, y ya no hubo línea directriz; después de mi llegada, el ministro comunista de Economía, Cademartori, se ha mantenido en un silencio asombroso, pero que manifiesta la impotencia de todo el gobierno.

Todo el mundo advierte que se impone y es urgente un cambio de política económica; pero no se oyen formular análisis o presentar proyectos. ¿Quién está encargado de elaborar esta política? ¿El comité económico al nivel gubernamental, ODEPLAN, es decir el comisariado en el Plan, la CORFO, el Banco Central? Nadie.

¿No es característico de una situación revolucionaria que las fuerzas sociales más profundas desarrollen en ella su acción más directamente que en todo otro momento, pero que los hechos reinen como señores más absolutos que nunca? Lo cual hace el análisis difícil y casi imposible. Con frecuencia siento deseos, yo también, de repliegarme sobre mi actividad profesional o de defender mi tranquilidad de ánimo clavando con alfileres en la pared algunos eslóganes y adoptando partidos simples y sistemáticos. No lo haré. El cometido del analista puede parecer irrisorio e incluso irritar a los actores; sin embargo, es importante y práctico, porque se ejerce a contrapelo de las ideologías que remplazan las relaciones sociales reales por imágenes integradas de la sociedad y concurren así a construir el reinado del poder, a enmascarar la dominación y la explotación, a destruir la libertad.

No depende del sociólogo que el ejercicio de su trabajo sea posible; pero mientras pueda, debe unir la fuerza de su análisis a la de los actores que luchan por hacer que aparezca la verdad de las relaciones sociales, criticar la autocracia y sus dogmas, la explotación y sus falacias, el totalitarismo y sus persecuciones.

21 DE AGOSTO NOCHE: TODAVÍA NO ESTAMOS EN EL CENTRO DE LA CRISIS

Jornada de violencia; cerca de 20 heridos, 7 u 8 de ellos de bala, y quizá muertos, en el curso de enfrentamientos entre jóvenes del Partido Nacional y grupos de la UP y de la ultraizquierda. Al mismo tiempo, las mujeres de los oficiales y suboficiales del ejército del aire prosiguen con sus ruidosas manifestaciones, esta vez ante la casa de Prats. Sin embargo, a riesgo de ser desmentido mañana, mantengo que el momento de la gran crisis no ha llegado aún. No habrá esta semana golpe de Estado. Por ahora, el país parece arrastrado hacia el caos. El régimen recibe, pues, el apoyo de algunos militares y de una parte del sistema institucional. Pero vemos desencadenarse contra el régimen a extremistas y a aventureros a lo Vilarín. Que el ejército se aisle puede ser; que los generales sientan deseos de intervenir, es seguro; pero las razones que han llevado a Prats y al Cardenal a intervenir son tan presentes como ayer: el peligro de la guerra civil y de la división del ejército no ha desaparecido.

La situación será diferente dentro de algunos días o de algunas semanas, ya no se tratará de reaccionar contra la desorganización, sino de elegir una política. Estas opciones lastimarán a tal o cual sector social que se sentirá amenazado en su existencia o en su nivel. Entonces, de un lado y de otro se comprometerán a fondo las grandes fuerzas, que estos días se han mantenido en guardia, la CUT y la democracia cristiana. Cada cual

muestra en este momento su fuerza, pero no es la prueba decisiva, no es más que un ensayo general. Y cuando llegue la hora de las opciones, el peligro de ruptura será grande; entonces también tratarán los sediciosos de ocuparse y, lo que es más grave todavía, el ejército podrá pensar que debe intervenir directamente para evitar la fragmentación del país.

Prats se reserva para el momento decisivo y parece ser que piensa que aún no ha llegado. Así es como yo interpreto su conducta. Acepta, pues, que Allende se vaya desembarazando poco a poco de las cabezas más peligrosas de la aviación y sobre todo de Ruiz. Se anuncia que algunos generales y coroneles podrían también ser pasados de oficio a la reserva. Juego difícil y frágil: o Prats sale de la crisis como árbitro supremo o la crisis se lo traga. La crisis actual es espectacular, porque hace intervenir elementos extremos: los atentados son numerosos y a veces mortales, pero la UP ha movilizadado poco sus fuerzas hasta ahora, señal de que el momento no es decisivo.

Para el porvenir próximo hay dos hipótesis posibles: o bien la estabilización del ejecutivo preparándose a abordar los problemas económicos, o bien la de una podredumbre creciente de un gobierno zarandeado por fuerzas opuestas, la multiplicación de actos de violencia y un deslizamiento hacia la intervención de las "fuerzas del orden".

Siento cierto agotamiento por doquier. Quizá sea beneficioso, y esta fatiga pueda dar una breve tregua al gobierno para que aborde mejor preparado la hora de la opción, de aquí a algunas semanas y lo más tarde uno o dos meses. ¿Pero puedo en este fin de jornada conservar por completo mi sangre fría? Esta noche, mañana, un incidente puede degenerar... Sí. Con todo, no puedo creer en el golpe de Estado en este momento preciso. Estoy por el contrario impresionado por la estupidez y la confusión de la extrema derecha, que multiplica sin reflexionar los actos destinados a crear el caos para forzar a los militares a salir de su actitud de reserva. Que muchos oficiales pifan de impaciencia, que estas provocaciones crean agitación y son peligrosas, es indudable. En lo inmediato, las provocaciones de la extrema derecha no pueden crear más que una agitación odiosa pero no catastrófica. Más profundamente, estamos muy lejos de una alianza entre los militares y la DC. Allende vuelve a encontrarse como en 1970 en un juego triangular en el que lleva una ventaja táctica. La ofensiva de la extrema derecha no provoca una nueva oleada revolucionaria, pero contribuye a que la línea de frente se establezca, en el debate con la DC, de manera bastante favorable a la UP, que obtiene en este momento una victoria en frío y que conserva una ventaja decisiva sobre el terreno.

22 DE AGOSTO: VIOLENCIA Y TERRORISMO; INQUIETUD DE LA IZQUIERDA; CONSERVAR LA SANGRE FRÍA

Ya muy entrada la noche hemos oído la radio que anunciaba los atentados. Después de los enfrentamientos sangrientos de la tarde, parece instalarse la violencia. ¿Cuál es su objeto? Ante todo crear una situación tal que los jefes militares se vean obligados a intervenir, a extender sus atribuciones y finalmente a tomar el poder. Comprendo las tentativas de la extrema derecha. Nadie sabe cuáles son los sentimientos del ejército: ¿Por qué no intentar el gran juego? Pero cuanto más se acelera la escalada más deben sentirse los militares rebasados por un proceso que no controlan. Están en el ministerio, pero no dirigen el gobierno; defienden las instituciones, ¿pero por qué hacerlo acercándose a los terroristas de la extrema derecha?

El sector extremista de la derecha, en el Partido Nacional y en grupos como *Patria y Libertad* no tiene, me parece, ninguna visión política. Pasa a la acción sin plan de conjunto. La impresión que ha dado Ruiz es la de un hombre rebasado por los acontecimientos. Por parte del MIR, que multiplica los llamamientos a la participación revolucionaria de los trabajadores y de los soldados, a la vez que hace en resumidas cuentas un análisis matizado de la situación, es decir, guardándose de hablar de un levantamiento de la burguesía, es sobre todo la lucha contra el ejército la preocupación principal. Triunfo de la ideología: se habla a diario de los trabajadores, del pueblo, de la clase obrera; se multiplican los análisis de la situación general del país y del proceso revolucionario, pero se dirige sobre todo la acción contra las fuerzas de represión, contra las instituciones y el aparato de Estado, mucho más que contra el propio adversario de clase, ya que el MIR no tiene el control de lo esencial de las fuerzas obreras.

Este clima de violencia es de efectos destructores en la izquierda. Hay armas en la izquierda, naturalmente, y los grandes partidos se constituyen en grupos armados de defensa, esto es indudable; pero el terrorismo deja a la izquierda en general sin respuesta. Acción política de masas, agitación y propaganda, y también campañas apoyadas en los organismos de Estado, tales son las armas de la izquierda. Esto no quiere decir que la izquierda no pudiera lanzarse a una guerra civil, si se sintiera amenazada de muerte. Pero no tiene organización contraterrorista; lo cual deja al MIR, en la crisis actual, en primer plano. Yo siento incluso a la izquierda a veces inquieta y hasta enloquecida. Armada de un programa político y al abrigo del Estado, se ha comprometido mucho, encontrando poca resistencia excepto en algunas regiones rurales. Cuando viene la reacción de la derecha, cuando el poder económico es sustituido y desbordado por el terrorismo, cuando silban las balas en la calle, la izquierda se encuentra sin organización adaptada a este tipo de situación. No pudo movilizar grupo armado alguno para defender y acompañar al Presidente el 29 de junio.

El terrorismo es un mensaje dirigido a los militares: vean el caos al que

nos arrastra el gobierno; ya es hora de que restablezcan ustedes el orden. La violencia es rentable para la derecha: debilita a la izquierda, en tanto que las clases medias y la burguesía, que carecen de militantismo y de organizaciones activas, se sienten fustigadas y excitadas por las detonaciones. Sobre todo, no hay que perder la sangre fría. Todavía es posible dominar la crisis actual. No, volver a la "calma" — ¿qué significa exactamente esta palabra? —, sino restablecer la capacidad política del gobierno. Chile no puede abordar los problemas económicos que son vitales en la situación de descomposición gubernamental extrema que hemos visto estas últimas semanas. El presente es sangriento y brutal: persisto en creer que es menos peligroso que el futuro próximo.

22 DE AGOSTO: LOS "GREMIOS" Y LA POLÍTICA; EL PAVOR DE LA PEQUEÑA BURGUESÍA

Se esperaba para hoy el arreglo del conflicto de los transportes. Quizá se aplace. El punto más sensible no es ni directamente político ni puramente profesional. Se trata de saber quién distribuye los vehículos y las piezas de recambio importadas. El gobierno quiere seguir siendo árbitro de la utilización de los dólares. La confederación de los sindicatos de transportistas se opone a ello, porque teme que el gobierno la perjudique creando un organismo paralelo de lo cual el MOPARE fue un primer ejemplo. El gobierno a su vez no quiere fortalecer el poder de los *gremios* que se ejerce contra él.

Es difícil hablar de medidas económicas cualesquiera que sean, porque al punto se plantea la cuestión: ¿quién dirigirá, qué partido político se apoderará del aparato administrativo y lo utilizará para sus fines propios? Se quiere organizar una distribución de alimentos; ¿pero será a través de las *juntas de vecinos*, dominadas en general por los pequeños comerciantes y por lo tanto a la derecha, o a través de las JAP que son de izquierda? Parece prudente establecer un racionamiento del pan para evitar unas colas diarias agotadoras, ¿pero quién distribuirá los bonos?, y además, ¿el reparto pasará por los comerciantes o no?

Santiago vive hoy su segunda y última jornada de "huelga general" declarada por la CUT provincial, que es demócrata cristiana. Se trata en cuanto a lo esencial de una huelga de los *gremios*: comerciantes, transportes colectivos, médicos y otras profesiones de salubridad, etc. Los obreros no participan en ella. Ante el impulso popular apoyado por un aparato de Estado convertido igualmente en agente de los partidos políticos de izquierda (pero las más de las veces a disgusto o sin entusiasmo), la oposición se apoya en la conjunción de las reglas jurídicas y de la fuerza de los *gremios*. Es exactamente lo contrario de la situación más corriente en la

que la burguesía, apoyada en el aparato de Estado, choca con los sindicatos que tratan de utilizar las defensas ofrecidas por las instituciones. Esta resistencia de los *gremios* está vinculada a posiciones políticas y lleva a conductas sediciosas. Lo cual es además análogo a lo que ocurre del lado obrero en otras circunstancias.

¿Habrá, pues, que sacar simplemente la conclusión de que el juego democrático no ha cambiado, aunque los actores principales hayan invertido sus posiciones respecto del poder? Se advierte lo que hay en esta conclusión de artificial. Porque los *gremios*, que están en la oposición, defienden unos intereses que no son sin duda directamente los de los "explotadores", sino que son los de sectores en conjunto privilegiados. En período de penuria, un buen número de comerciantes obtienen del mercado negro beneficios suplementarios. Muchos cuyos precios no están fijados administrativamente, elevan estos precios más de prisa de lo que suben los salarios; las profesiones liberales están vinculadas económicamente a la burguesía para la mayoría de sus miembros, etc. Sobre todo, el objeto de estos *gremios* es obtener un monopolio y dictar así sus condiciones al país. Los transportistas se oponen a que las grandes empresas del Estado posean sus camiones. Se asombraría mucho a los franceses de derecha si se les dijera que es escandaloso que ELF, Total, Air-France, la SNCF o la SNPA, empresas públicas o controladas por el Estado, posean medios de transporte por carretera propios. Los médicos, aquí como en otras partes, tienen entablada, al menos al nivel de su corporación, una lucha de retaguardia para defender unos privilegios contrarios a las necesidades de la población. Se utiliza la presión social para transformar el mercado en actividad monopolista.

La verdadera cuestión estriba en saber cómo una burguesía que conserva aún una parte del poder económico puede estar en la oposición. No es ciertamente imposible. El ejemplo de los países escandinavos lo demuestra; pero esto supone que existen para ella garantías muy sólidas de que el cambio político no anuncia un cambio global, económico e ideológico a la vez, de la sociedad. La garantía suprema es la existencia de una clase dirigente fuerte. A causa de que esta clase dirigente fuerte no existe o ha dejado de existir en Chile es por lo que los *gremios* no pueden satisfacerse con una oposición económica y social, y actúan directamente para derribar el régimen; porque, al no estar protegidos por la clase dirigente, es preciso que puedan contar con el Estado.

Así se explica la acción de lo que suelen llamarse clases medias y que es de manera más limitada la pequeña burguesía liberal. No constituye un actor independiente, pero cuanto más se amplía el sistema político, más desempeña un papel esencial de defensa de los intereses dominantes. Una gran parte de la historia de Chile en el siglo XX puede ser leída así. Arturo Alessandri, en el momento de la crisis de la posguerra primera y de la formación del movimiento comunista, organizó una primera entrada de

esta pequeña burguesía liberal en la dirección política del país, sin perjuicio de desembarazarse de ella con ocasión de su segunda elección presidencial. El Frente Popular fue colocado en 1938 bajo la dirección del Partido Radical y no del Partido Socialista, que lo abandonó pronto. Es esta pequeña burguesía la que trabaja por la creación de una burguesía industrial y por el mantenimiento de los intereses territoriales por intermedio del Estado. El Frente Popular fue también la expresión de un impulso popular, de una acción antioligárquica y finalmente de la política de la III Internacional contra el nazismo. Pero gran parte de su acción política y sobre todo el sentido de su evolución hasta las medidas reaccionarias de G. González, se explican por el papel predominante de esta pequeña burguesía, comprendiendo siempre que no puede defender sus intereses más que defendiendo los de la clase dirigente.

Bajo la democracia cristiana es cuando se descomponen el papel de esta pequeña burguesía. Hubiera votado por Frei, pero éste, respondiendo a una movilización social más amplia y a las exigencias apremiantes de la industrialización, atacó los privilegios de esta clase media y reconoció su hipertrofia (el sector terciario tiene el mismo desarrollo aquí que en los Estados Unidos posindustriales, en tanto que el sector secundario se mantiene débil).

El Estado reemplaza a la clase dirigente claudicante. La clase media se encuentra aislada, se vuelve, enloquecida, hacia sus antiguos amos, llama a Alessandri en su ayuda, y se orienta cada vez más después de la victoria de Allende hacia la lucha abierta. Y porque no puede defenderse sola, tiene que reconquistar el Estado, por la ley o por la fuerza.

23 DE AGOSTO: LA CONCIENCIA OBRERA; EL PUNTO DE PARTIDA: SEPARACIÓN DEL TRABAJO Y DE LA POLÍTICA

Se puede hablar de un proceso o de un movimiento revolucionario en Chile. A condición de agregar al punto dos observaciones. La primera es la más comúnmente recordada: este proceso se ha desarrollado ya que no en el interior de un marco institucional, al menos sin hacerlo reventar. La segunda se cita con menos frecuencia: el movimiento, cuya base social principal está constituida por la clase obrera, ha estado hasta ahora poco orientado hacia los problemas del trabajo y de la empresa. No quiere decir esto que no se hayan hecho numerosos y constantes esfuerzos; se ha organizado todo un sistema de participación o de gestión obrera, y se han celebrado acuerdos importantes entre la CUT y el CORFO. Yo he visto funcionar consejos de diferentes niveles en empresas. En 1971, el tema de la producción y hasta el de la productividad se hallaban en el centro de las campañas de opinión oficiales. Pero en el conjunto, los enfrentamientos

políticos, la ocupación de las empresas como arma en la lucha de clases, las consecuencias de la inflación y de la desorganización económica no han cesado de adquirir importancia, relegando a segundo plano los problemas del trabajo y de la gestión de la producción.

Esto se explica por las circunstancias políticas; es preciso que el resultado de la lucha social se decida más claramente antes de que los problemas de gestión de la sociedad puedan ser tratados directamente. Pero no es posible atenerse a este tipo de explicación. La distancia más o menos grande que existe en la historia de un país entre el nivel del trabajo, es decir de la empresa, y el de la política general, está en relación con el estado de la organización social anterior y por consiguiente con las conductas sociales y políticas de los propios trabajadores. Por suerte, en 1967, se hizo en Chile una investigación profunda, por el Centro de Estudios de los Movimientos Sociales (que se llamaba entonces Laboratoire de sociologie industrielle) de París. En Francia, R. de Las Casas acaba de presentar todos sus resultados. Aquí, en Santiago, V. Nazar ha presentado ya cierto número de conclusiones que merecen reflexión.

Lo que sorprende en las respuestas del millar de obreros que han sido interrogados es la separación entre el mundo del trabajo y el de la política. Con respecto al trabajo, las expectativas son ante todo económicas y defensivas: se quiere un salario mejor y un empleo estable; se quiere estar garantizado contra la miseria. El apoyo a los sindicatos y a sus dirigentes es masivo, pero se espera de ellos casi únicamente la defensa de los salarios. ¿Habría que sacar de esto la conclusión de que los obreros chilenos tienen conductas esencialmente "económicas"? De seguro que no. A esta actitud defensiva al nivel de la empresa va unida una voluntad de cambio global de la sociedad, expresada por cerca de la mitad de los interrogados, y el deseo de ver la economía dirigida por el Estado y los obreros, con exclusión, por lo tanto, de los jefes de empresa, está declarado por más de la mitad. Estos dos órdenes de actitudes corresponden para esos obreros a dos mundos distintamente separados. Desconfían de los intermediarios. Más de la mitad declaran que todos los políticos son unos ladrones y que valdría más que el gobierno prohibiera algunos partidos. Las discusiones políticas son raras.

¿Cómo se colma este vacío entre la empresa y la política, entre el trabajo y la sociedad? Puede ser de dos maneras. En primer lugar por la fuga individual del trabajo industrial, por el deseo de instalarse por cuenta propia o de tener un trabajo administrativo. Este anhelo refleja la organización de la sociedad chilena en la que la decadencia del trabajo agrícola ha ido acompañada durante cuarenta años no de un progreso sino de un retroceso relativo (en porcentaje) del empleo propiamente industrial y por lo tanto de un progreso rápido del empleo terciario. La otra manera está indicada por la mayoría de las respuestas que declaran preferir un partido único.

La prioridad no corresponde a la acción de los trabajadores en la empresa. Explotados en ella, engañados o mal servidos por los políticos,

los obreros buscan primero en esta situación una salida individual, la independencia económica. Para que las actitudes se inviertan, es necesario que la propia situación se transforme. El éxito de la acción política impone la modificación de las actitudes ante el trabajo. Lo cual explica que la acción política de los partidos y el movimiento popular rebasen por arriba y por abajo a la vez una acción propiamente obrera, y por lo tanto los temas que han sido siempre los del Partido Comunista. Pero los éxitos mismos de la acción política dan más importancia a la conciencia obrera, al mismo tiempo que la crisis económica exige que pasen de nuevo a primer plano los problemas de la producción.

El interés de estos resultados es que muestran las actitudes del conjunto de los obreros chilenos, cuya mayoría trabaja en pequeñas empresas. Vemos también dibujarse la situación a partir de la cual se ha formado el movimiento por el *poder popular*: mundo de la pequeña y mediana industria, donde el cometido de los obreros calificados es débil o poco específico, que está en apariencia a la defensiva, pero que puede saltar a la acción revolucionaria.

A esta imagen se opone otra, la que nos había dado nuestro antiguo estudio sobre los obreros de la siderurgia. Para éstos, la distancia entre el trabajo y la política, la empresa y la sociedad era tan reducida como considerable es para la mayoría de la industria. El sindicato es un medio de acción sobre el Estado; el interés por los partidos y por todas las formas de intervención social y política es por lo tanto grande. Esta fracción de la clase obrera desempeña un papel económico central; aporta a la CUT su fuerza principal, pero se inclina fácilmente a la defensa de sus ventajas relativas. Por el contrario, la clase obrera "popular" está más orientada ya sea a un sindicalismo defensivo, o a una política revolucionaria. Esta separación explica en parte la de las dos grandes políticas de la izquierda, la del Partido Comunista y la del Partido Socialista.

24 DE AGOSTO: LA MARCHA DE PRATS; DIVISIÓN DE LOS MILITARES; DERROTA DE LA DERECHA; EL DIÁLOGO PROBABLE

Extraña situación. Prats ha dimitido el ministerio y el mando supremo del ejército de tierra. De momento, el marino, el aviador y el gendarme permanecen en el gobierno. Generales y oficiales habían enviado a sus mujeres a aullar ante la casa de Prats. Se retira, por no querer, según dice, romper la unidad del ejército. ¿Quiere decir que cede ante un ultimátum de los militares empeñados en derribar el gobierno? No. Ultimátum de los militares, sí, pero sin objeto. Salvar la unidad del ejército quiere decir que el ejército no tiene unidad. Desde hace semanas asistimos a una formidable campaña de la derecha: "¡Los militares al poder!" ¿Alianza de la derecha

y de los militares capaz de derribar a Allende? Hoy el ejército aparece impotente y la derecha está dividida: un jefe sindicalista demócrata cristiano moviliza los *gremios* de la clase media; por el mismo tiempo otro jefe sindicalista demócrata cristiano firma con Figueroa y Calderón el llamamiento de la CUT.

La democracia cristiana, por boca de su presidente Aylwin, pide un gabinete militar y Frei, pocos días después, ataca a los ministros militares que se hacen fiadores del régimen marxista. Yo no digo que Allende triunfe, lo que digo es que sus enemigos se embrollan. El ejército de tierra está dividido; es el jefe de la escuela militar, Brady, quien dirige la negociación con los transportistas: no puede ser putschista. La marina está debilitada por lo que se presenta como una infiltración del MIR y que es una agitación de los marinos contra unos oficiales implicados en complot. La aviación ha quedado debilitada por la marcha casi ridícula de Ruiz. La extrema derecha lanza sus grupos de choque, multiplica los atentados, pero es políticamente impotente. ¿Qué quiere la democracia cristiana? Se ha obcecado en hacer fracasar a Allende por medios legales tratando de imponerle una reforma que es de hecho un abandono de los medios y de los resultados de la acción expropiadora del gobierno desde hace un año y un verdadero paso al régimen parlamentario, por el abandono de la mayoría de los dos tercios requerida hasta ahora para derribar al presidente.

No creo que este resumen que se aparta de la letra, se aparte del espíritu del proyecto. El Parlamento brasileño impuso por un tiempo el régimen parlamentario a Goulart y Balmaceda perdió su lucha contra la oligarquía defendiendo el parlamentarismo. Pero al mismo tiempo y probablemente para muchos de sus dirigentes, a disgusto, la democracia cristiana se lanza al llamamiento a los militares. ¿Cómo pueden hacerse las dos políticas a la vez? El error de la derecha no es un mal cálculo táctico. La derecha es incapaz de representarse la sociedad. La fuerza de Allende durante toda esta crisis no ha sido su habilidad; ésta es grande, pero está contrapesada por las torpezas de muchos personajes del régimen; la fuerza de Allende procede de que se encuentra en el enlace de un sistema institucional y de un movimiento popular. Sus adversarios han tratado de situarse en el enlace de un sistema institucional y de la subversión. La primera combinación ha sido más sólida porque es la definición constante de la política allendista; la segunda es frágil porque los dirigentes de la democracia cristiana no están todos dispuestos a apoyar la subversión y porque la extrema derecha se burla de las instituciones y lanza llamamientos al golpe de fuerza militar.

¿Y ahora? Allende es dueño de la plaza; Horacio ha triunfado de los Curiacios. Pero lo repito incansablemente, nada ha quedado arreglado. El país descende, rotos los frenos, por el camino de la inflación. El reajuste de los salarios públicos va a llevarse a cabo de aquí a unas semanas. Si se

siguen las costumbres, hay que conceder aumentos del 350%. Si se hace así, la inflación dará un salto. Si no se hace, las clases medias asalariadas quedarán heridas de muerte; es la ruina de una parte importante de la sociedad chilena, lo que quiere decir que el gobierno se lanza a una política revolucionaria y vuelve a llamar a Vuskovic. La hipótesis me parece descartada; el régimen no tiene actualmente capacidad para lanzarse en una aceleración revolucionaria. Es probable que después de todas estas marchas y contramarchas van a encontrarse otra vez en el punto de partida: los comunistas proponiendo el diálogo a la democracia cristiana. Procurar al gobierno la capacidad de lanzar una política económica mediante la fijación de ciertos límites, ¿no es el tema de una negociación que podría reanudarse con bastante rapidez? La inminencia del caos económico, las divisiones de la democracia cristiana, la solidez de la UP detrás de Allende, todo me parece orientarse en esta vía. La democracia cristiana ha querido que el gobierno hable primero con los ministros militares; éstos no han resistido al choque. La democracia cristiana está condenada o a arrojarse a la subversión, lo cual la quebraría, o a aceptar un diálogo que jamás ha querido.

Nota 17 septiembre

Para muchos, la dimisión de Prats marca el comienzo de la crisis final, la victoria de los putschistas sobre los legalistas. Que haya debilitado la posición de Allende, es cierto, pero nada en la información entonces disponible permitía sacar la conclusión de la victoria de los putschistas. ¿No se colocaron al lado de Prats los generales Pinochet y Brady? El ejército impuso su salida, y después la de sus principales partidarios por el motivo que él mismo expuso: el ejército se sentía amenazado en su unidad por el apoyo prestado al gobierno. Sin embargo, no rompió con Allende. Unos días después, nuevos ministros militares remplazaron a los antiguos. El punto es importante. Persisto en pensar que la decisión de golpe de Estado estuvo unida a la crisis del sistema político. Durante todo el mes de agosto la maniobra contra Allende fue un intento de alianza de la derecha y del ejército. Este intento fracasó, y no me arrepiento de haber hablado de victoria táctica de Allende. Si éste hubiera perdido, la crisis habría podido desembocar en un golpe de Estado civil y militar, a la brasileña.

Pero en lugar de una victoria de la derecha y del ejército contra la izquierda, lo que se tendrá el 11 de septiembre es una victoria del ejército sobre la izquierda y sobre el conjunto del sistema político. En ambos casos pierde la izquierda, pero en el primero triunfaba la democracia cristiana, mientras que ahora va a ser arrastrada también por la crisis.

La índole del nuevo régimen se encuentra así mejor definida: no es un régimen militar de derecha, sino un régimen de ultraderecha, fascista en el sentido al menos de que rompe el conjunto del sistema político al mismo tiempo que combate las fuerzas populares. Definir así el régimen y reconocer su carácter extremo obliga a no confundir la crisis política de agosto y la crisis de régimen de septiembre. Por eso no creo que en el momento de la caída de Prats se tomara la decisión del golpe de Estado. Pero, obtenida esta dimisión, los putschistas sacan partido de su ventaja. Les queda por desembarazarse de Montero. Sin embargo, el ejército de tierra no está aún lanzado irremediamente en la preparación del golpe de Estado.

24 DE AGOSTO: LOS COMUNISTAS Y EL EJÉRCITO

El periódico comunista *El Siglo* hace una gran campaña de defensa del honor de O'Higgins, padre de la patria, atacado por un libro izquierdista. Se consagra una hoja entera a exaltar el honor del ejército. Un periódico socialista, *Última Hora*, publica un editorial apasionado para recordar que jamás se ha dado en el ejército un lugar tan importante como en los países socialistas, la URSS y Cuba a la cabeza. Se aplaude en asambleas sindicales al general Prats. ¿Sobre quién se pretende influir así?

¿Permite la amenaza de un golpe de Estado decir cualquier cosa? El único resultado es hacer que se dude del carácter de los objetivos perseguidos. Una hoja entera en forma de cartel del periódico oficial del PC para defender el honor de un ejército que es seguramente un peligro más que un apoyo (sin esto, ¿qué significarían los llamamientos a movilizarse contra el golpe de Estado?), indica una extraordinaria ausencia de confianza en las masas populares. El Partido Comunista dispone de fuerzas considerables, muy movilizadas, pero que apenas se desarrollan. Su base principal es el conjunto de los sectores vinculados económica o administrativamente al Estado: empleados y funcionarios que votan por él, obreros de los servicios públicos y de las industrias que dependen del Estado, mandos sindicales, etc. Es el armazón de una gestión total de la sociedad, complementada por los consabidos intelectuales. Pero esta fuerza de gestión y de dirección no es fuerza de impugnación. La CUT, aunque dirigida por un comunista, Luis Figueroa, que me parece por otra parte la personalidad política más notable de la izquierda, sabe tratar el difícil problema de la conjunción del nuevo *establishment* y de las fuerzas revolucionarias. Pero el PC no es diferente aquí en su realidad central de lo que es en otras partes. Un aparato de gobierno dispuesto a dirigir toda la sociedad.

Mientras tanto se ocupa activamente de alianzas políticas, de estrategia electoral y de organización de las masas. Pero no se entrega jamás por completo o sin reservas. Su única pasión es el poder. Esto es lo que lo aleja de los socialistas.

25 DE AGOSTO: ALLENDE VICTORIOSO Y DEBILITADO; DE LA CRISIS GUBERNAMENTAL A LA CRISIS ECONÓMICA Y POLÍTICA

Un largo *week-end* más. La reorganización ministerial estaba anunciada para ayer por la tarde: ha sido aplazada hasta el lunes quizá. El acuerdo con los transportistas parecía inminente; pero Vilarín salió de la sombra, se le dejó en libertad provisional y la Confederación se niega a firmar.

El gobierno se endurece por su parte y fija, como fecha límite para la firma del acuerdo, el mediodía de hoy. El almirante Montero ha tomado de nuevo el mando efectivo de la marina, sin anunciar por ello su dimisión del gobierno. El ejemplo de sus colegas del aire y de tierra perdiendo su mando al mismo tiempo que su cartera le ha incitado a asegurar su puesto en la marina. Extraña solución. Ayer, una manifestación de alumnos de escuelas privadas, es decir de derecha o de extrema derecha, originó unas escaramuzas en el centro, pero no hubo disparos. El senador Jarpa, jefe de la extrema derecha, ha declarado que las fuerzas armadas debían volver a su cometido exclusivamente profesional. La dimisión de Prats sigue siendo interpretada de maneras muy diversas.

Yo creo que termina una etapa de la crisis y que hay que recapitular. Desde hace cerca de un mes se halla el país en crisis política abierta. Llegada de los militares al gobierno, asaltos de la derecha para que esta participación se convierta en dirección, peticiones cada vez más directas de derrocamiento del régimen, hasta el voto del Parlamento acusando al gobierno de ilegalidad, lo cual no tiene consecuencias prácticas pero indica una voluntad de ruptura que vuelve a encontrarse en la declaración de la Confederación de los sindicatos de profesionales (médicos, dentistas, ingenieros, arquitectos), etc., rechazando al gobierno. De esta crisis, Allende sale vencedor. Los militares han sucumbido a las tensiones que los dividían. La derecha vacila entre la vía legal y la vía violenta, sin tener los medios de seguir ni la una ni la otra; el terrorismo impresionista, pero no hace más que endurecer las posiciones en presencia.

Allende sale vencedor, ¡pero a qué precio! No sólo la vida política se ha exasperado, dando constantemente la impresión de que es posible una catástrofe, sino que la capacidad política del gobierno es muy débil: ¿van realmente los ministros a poder ocuparse de los asuntos? La vida económica afectada por la marea de ocupaciones desde el 29 de junio, sufre las consecuencias de la huelga de transportes. Ni los hombres ni las mercancías

pueden llegar a las fábricas y a las oficinas. Las reivindicaciones de los transportistas significan decenas de millones de dólares de importaciones y todos los grupos profesionales se ven impulsados a lanzarse a una batalla de lobos hambrientos para obtener créditos. Los médicos de los grandes hospitales acaban de anunciar en un tono dramático que se estaban agotando las últimas reservas de suero, que habría que suspender las operaciones y que miles de personas estaban así amenazadas de muerte. Es como si la derecha, creyendo o no en la posibilidad de un éxito político se lanzara a cuerpo descubierto a una guerra civil económica que desgarrara al país y que no se detendría hasta la caída del régimen. Políticamente ha ganado Allende, porque se apoya en un movimiento poderoso y muy organizado y porque está en el interior de las instituciones. Económicamente, la situación se sustrae a todo control. Yo ya no miro hacia atrás. Ya los ministros militares, grandes jefes temibles, se pierden en la grisalla de los retirados. La victoria de Allende es puramente táctica. Las maniobras de sus adversarios han fracasado. ¿Pero existe todavía alguna relación entre la vida política y la realidad social del país? ¿El resultado de este mes oscuro no es que lo que se dice y se ve es cada vez menos importante? Hemos entrado en el reino de la noche.

Veo venir la crisis, el mar de fondo que hará zozobrar al navío ya desmantelado. ¿Va a hundirse el país en el caos, o bien el desfase entre la crisis económica y la crisis política salvará al régimen?

Las fuerzas políticas están en la orilla, hostiles o desconfiadas. Tengo la impresión de que Allende está solo. Como después de las crisis precedentes, ¿podrían desencadenarse las fuerzas populares? No lo creo. Los comunistas están muy lejos de querer pasar a la ofensiva. La CUT y los mismos cordones industriales sólo lanzan consignas defensivas. Una política revolucionaria que barrera con los grupos de intereses económicos muy rápida y muy brutalmente, lanzándose a un programa de salvación pública, chocaría con un levantamiento, con una huelga general revolucionaria de las clases medias, y colocaría al país al borde de la guerra civil, provocando la intervención de los militares. No hay otro camino para el régimen que el allendismo. ¿Puede éste sobrevivir? ¿Cuenta con la capacidad política necesaria para tomar la ofensiva en el frente económico, luchar contra la inflación, emprender grandes reformas, definir prioridades? Yo creo que puede triunfar. No estoy seguro de que sea capaz de ello.

25 DE AGOSTO: RELACIONES DE CLASE, DEPENDENCIA Y MODERNIZACIÓN, LAS TRES DIMENSIONES DE LOS MOVIMIENTOS SOCIALES Y DE LA VIDA POLÍTICA EN AMÉRICA LATINA Y EN PARTICULAR EN CHILE

La "vía chilena" puede parecer buena o catastrófica, pero toda otra vía "popular" se presenta como casi imposible. Una parte importante de la Unidad Popular y más todavía las agrupaciones revolucionarias como el MIR se lanzarían de buena gana a la ruptura de las instituciones, en un gobierno revolucionario a la cubana. ¿Son tan numerosos los que creen en la posibilidad de tal solución? En la extrema derecha, hay grupos que tratan de quebrar el régimen por la violencia. Tropiezan con las vacilaciones de las fuerzas políticas o militares que participan todavía en la vía chilena. La democracia cristiana y la Unidad Popular tienen en común, por encima de las diferencias fundamentales que las oponen, que proclaman la posibilidad de una transformación profunda de la organización económica y social sin ruptura institucional. Esta combinación define comúnmente la vía chilena. Pero el análisis debe ir más lejos: ¿es suficiente esta definición? ¿Es propiamente chilena esta vía o se impone a otros países? ¿Es una etapa hacia fórmulas políticas más coherentes o constituye un camino único del que ciertos países no pueden salir sin acontecimientos muy particulares?

Es preciso evidentemente salir de las particularidades chilenas e interrogarse en cuanto a las vías del cambio social y de los movimientos sociales en las sociedades dependientes. Es extraño que se hayan consagrado tan pocas reflexiones a este tema central. En todos los países de América Latina donde no están prohibidas, tienen las obras marxistas una difusión considerable, en rápida extensión. Pero conozco pocos análisis que reproduzcan el problema que los rusos con Lenin fueron los primeros en profundizar: ¿cómo completar el análisis marxista del sistema capitalista para adaptarlo al estudio de las sociedades en vías de entrar en el sistema capitalista o más bien penetradas por el sistema capitalista? ¿Cómo combinar un análisis sincrónico de las relaciones de clase con un análisis de los cambios estructurales, de las formas y de las condiciones de paso de un tipo de sociedad a otro?

En cuanto se acomete el estudio de este problema, se ve que el espacio de las relaciones sociales en este tipo de sociedades es tridimensional.

1. En toda sociedad, en transformación o no, existen relaciones de clase. Éstas no son simples, sino que corresponden al mismo análisis general que las relaciones de clase en una sociedad más homogénea.

2. Una sociedad dependiente está también situada en una relación particular ya sea con una sociedad dominante, o con un centro del sistema económico internacional al que pertenece. A la oposición: clase de los trabajadores/clase dirigente se añade ésta: nación dominante/nación dependiente.

3. Lo característico de una sociedad dependiente es ser dualista. La palabra ha sido criticada y rechazada porque parecía indicar una yuxtaposición de una sociedad moderna y de una sociedad arcaica, como si no existiera vínculo de interdependencia entre éstas. Olvidemos este sentido demasiado superficial para reconocer que la dependencia opone barreras a la integración de un mercado nacional. Lo antiguo no ha sido suprimido por lo nuevo. El progreso industrial y comercial se ha realizado durante mucho tiempo sin tocar la propiedad agraria tradicional en países como Brasil, Perú, Chile y hasta Argentina. Por consiguiente, un país en desarrollo está también marcado por la resistencia y por la ruptura de las antiguas formas de organización económica, social y política. A una sociedad del orden se opone una sociedad del cambio.

La interacción de estos tres ejes de las relaciones sociales: clase popular/clase dirigente; nación dependiente/nación dominante; organización tradicional/organización moderna, me parece caracterizar el conjunto de las sociedades dependientes, es decir aquellas cuyo proceso de transformación económica y social está gobernado por la penetración de una burguesía extranjera.

Estamos constantemente tentados a pensar por separado estas tres dimensiones de la realidad social, a hablar a veces de dependencia, a veces de relaciones de clase y a veces de modernización. Pero siempre se desemboca en una visión absolutamente falsa de la situación. Si no se piensa más que en términos de clase, se atribuye bien a la clase obrera, bien a la clase campesina un papel decisivo, central en las luchas políticas y sociales. ¿Cómo explicar entonces que el sindicalismo obrero haya sido en la mayoría de los países organizado y controlado por el Estado o que los colonos de las grandes propiedades agrícolas no hayan desarrollado casi nunca movimientos revolucionarios? Si por el contrario no se piensa sino en términos de dependencia, nos sentimos inducidos a imaginar una especie de frente nacional y patriótico y a dar importancia a una burguesía nacional contra la penetración extranjera. No vemos que esta burguesía nacional se lleve muy bien con la burguesía extranjera o con los grandes propietarios. En fin, quienes no hablan más que de modernización no aparecen en último término sino como unos ideólogos de una clase media superior deseosa sobre todo de incorporarse al mundo norteamericano o europeo.

Un análisis o una acción política que no reconozcan desde el inicio esta pluri-dimensionalidad no tienen asidero alguno sobre la realidad, salvo el caso en que los movimientos sociales puedan ser enteramente cubiertos por la acción de un Estado o de un partido omnipotente. Es preciso, para que sea utilizable esta idea primera, sacar de ella consecuencias que tocan más directamente al observador o al que decide. La relación de dependencia —he tenido la ocasión de reflexionar sobre ello hace ya algunos días—, al provocar la poca solidez de la integración nacional, y por lo tanto del mercado interior, la marginalidad de una parte de la mano de obra y la

gran desigualdad de los ingresos, crea no sólo una situación social cuyo aspecto más espectacular es el avance de la urbanización sobre la industrialización, sino también un tipo de movimientos sociales y políticos particulares. Este tipo se halla dominado por la lucha antiperimperialista. Considera que la ruptura de la dependencia es la piedra de toque de todo movimiento político. Dar la prioridad a reivindicaciones de clase y más todavía a objetivos de redistribución no puede conducir más que al reformismo o a la sumisión (*entreguismo*, lo llaman los brasileños). Esta acción de ruptura va dirigida directamente contra los apoyos ideológicos y políticos que la dominación extranjera tiene en el país; no puede, en efecto, atacar directamente a unos intereses económicos cuyo centro está fuera del país. Este predominio de la acción de ruptura y de la lucha ideológica y política sobre la presión económica, así como la idea de que hay que apoyarse sobre las categorías más excluidas de la vida social, campesinos pobres o habitantes de las ciudades perdidas, han ejercido y ejercen aún una atracción inmensa en América Latina. La Revolución cubana, seguida de la guerrilla revolucionaria del Che y, entre las dos, la acción de los guerrilleros venezolanos, guatemaltecos o peruanos, han movilizad el entusiasmo más profundo. El Partido Socialista ha sido en Chile el lugar principal de expresión de esta corriente.

En el extremo opuesto, el deseo modernista de participar en un mercado ampliado del trabajo, de los bienes y de la influencia, gobierna la acción de muchos sectores a los que llaman a veces clases medias y que de hecho se definen más por su posición en la movilidad social que por su nivel en una escala de estratificación. Basta pensar en el APRA peruano apoyado en los que entraban en la vida urbana o industrial y orientado por la idea de crear un gran partido político nacional en un país en el que reinaban hasta entonces los caciques locales y regionales. El sindicalismo peronista ha tenido igualmente como objeto principal, según me decía un día J. Alonso, secretario general de la CGT, asesinado después, hacer de los obreros unos argentinos con participación absoluta. Esta voluntad de elevarse y de consolidar después unos privilegios, dando importancia tanto a la educación como a las disposiciones administrativas que distinguen en muchos países los empleados de los obreros, marca sobre todo a los empleados, funcionarios, maestros y pequeños comerciantes, pero también a los grupos obreros cuyos ingresos y acceso a los centros de decisión política son muy superiores a los de la masa. Todos estos estratos atribuyen una importancia excepcional a las instituciones. Progreso nacional quiere decir para ellos ensanchamiento del sistema político y sobre todo mayores posibilidades de ascenso individual y de acceso a la propiedad. Las leyes, el Parlamento y con frecuencia el ejército son los fiadores de este progresismo de las clases medias, tanto más "ilustrado" cuanto que choca más con los privilegios de la oligarquía y tanto más conservador cuanto que se siente más amenazado por los obreros o los campesinos y todavía más por

los "marginados", que vienen a sacudir violentamente la casa en lugar de aguardar con paciencia su turno para entrar en ella.

La mayoría de los historiadores y sociólogos de hoy tienden a insistir sobre el conservadurismo de estos sectores. Dicen menos a menudo que una parte de la industria moderna y de los grupos obreros bien organizados los forman. Olvidan también que las deformaciones de la población activa en una sociedad dependiente hacen de estos estratos, que tienden a la participación más que al desorden, una masa sin el apoyo de una parte de la cual no puede triunfar una política revolucionaria más que en el caso de una total ruptura del sistema institucional.

Después de haber descrito los componentes de la sociedad dependiente, hay que preguntarse lo que da mayor o menor importancia a una u otra de ellas. Formulo aquí tres hipótesis paralelas:

- la dimensión de clase es tanto más fuerte cuanto más se acerca al centro del sistema de producción;
- la lucha contra la dependencia es tanto más fuerte cuanto más global es la dominación ejercida por el extranjero y más se acerca a la situación colonial;
- el objetivo de participación económica e institucional es tanto más fuerte cuanto más "movilizada", más puesta en movimiento por el cambio social y cultural está la unidad social considerada.

Habría que adaptar estas hipótesis no sólo a situaciones nacionales sino a diferentes estratos sociales en el interior de cada nación. Mencionaré únicamente algunos casos nacionales.

La Argentina de los años 40 está dominada por una formidable migración del campo hacia la ciudad, ligada a un rápido desarrollo industrial. De donde la fuerza extrema del movimiento de participación, mientras que la lucha por la independencia es bastante limitada, pues la Argentina, país extremadamente avanzado y rico a principios del siglo XX, no podía pasar por "colonizado". Las conductas de clase eran por su parte relativamente débiles en una economía dominada por la exportación.

En Cuba, por el contrario, lo que dominaba en los años 50 era la colonización norteamericana, en tanto que las grandes plantaciones de caña empleaban una mano de obra de estación, demasiado desarraigada para participar activamente en una lucha de clases. El objetivo de participación no existía apenas en el campesinado; por el contrario, era importante en la clase media urbana.

En Chile el hecho más evidente es la importancia extrema desde hace mucho tiempo de una fuerte conciencia de clase obrera (y de ciertos sectores del campesinado, pero muy delimitados), ligada a la concentración de las industrias extractivas en algunos centros aislados del resto de la sociedad. El objetivo de participación es, sin embargo, fuerte, sobre todo en las clases medias desarrolladas gracias al papel redistribuidor del Estado. En cambio, la fuerza de la realidad nacional limita una colonización que es

sobre todo una dominación económica. A esto se debe que la vía chilena combine bien los tres elementos que he indicado al comenzar, pero la lucha política e ideológica antimperialista es en ella más débil que las otras dos. Se ha visto palpablemente en la débil movilización popular en el momento de la nacionalización del cobre.

He indicado ya que del lado de la burguesía chilena, no podía haber movimiento social importante más que por la combinación de estos tres elementos: aumento de la participación social, afirmación de una clase dirigente nueva y movilización de los "marginados". Imagen que es aplicable tanto al gobierno radical del Frente Popular de 1938 a 1947, como a la democracia cristiana que ocupó el poder de 1964 a 1970. La Unidad Popular está tejida también con estos tres hilos. A cada uno de ellos no corresponde una fuerza política distinta —la realidad histórica no es siempre tan transparente a la mirada del sociólogo—, sino una tendencia y casi un tipo de sensibilidad política. En el Partido Socialista, en el MIR, en el MAPU y sobre todo en el MAPU propiamente dicho de hoy (por oposición al MAPU obrero-campesino) es grande la sensibilidad al tema cubano. Las primeras manifestaciones del MIR en la Universidad de Concepción en 1967 fueron organizadas para exaltar la Revolución cubana y la lucha contra el imperialismo. Sabido es hasta qué punto es sensible Allende a estos temas y hasta qué punto aprecia los lazos personales que lo unen a Fidel. La idea de que un enfrentamiento armado es inevitable no es sino otra manera de expresar la voluntad de romper por prioridad los vínculos con el mundo imperialista. Lo cual lleva a la extrema izquierda a optar por una acción impuesta por la capacidad de resistencia a las enormes presiones externas e internas que harán pesar sobre este país la ruptura con el imperialismo. Acción de un partido revolucionario, apoyado en las masas (pero dejando a esta palabra un sentido bastante indeterminado socialmente) y sobre todo definido por su lucha de David contra el Goliath norteamericano. Tal acción se apoya más sobre el *pueblo* que sobre la clase obrera, lanza el gran tema del *poder popular*; pero, insisto, no responde en prioridad a las demandas populares por satisfacer; ya que está en primer lugar impuesta por las exigencias de la lucha a muerte con el adversario imperialista.

A la inversa, la Unidad Popular participa del sistema institucional, no sólo por la fracción del Partido Radical que le ha permanecido fiel o por una de las vertientes del Partido Socialista, sino por las condiciones en que Allende ha llegado al poder y por la larga experiencia parlamentaria del Presidente. El Partido Comunista, aunque apoyándose en fuerzas extra-parlamentarias y sobre todo en la organización sindical que preside, es partidario de mantener las instituciones y de realizar la transición al socialismo más que la construcción de éste.

Este componente de la Unidad Popular ha sido fuerte porque la llegada al poder se ha llevado a cabo por medio de una elección normal,

después de un gobierno que había ensanchado ya los límites de la participación social y porque la Constitución chilena y la práctica habían confirmado desde hacía mucho tiempo la fuerza de las instituciones legislativas y judiciales. Los impulsos sucesivos que habían ampliado el sistema político (y ante todo el cuerpo electoral) y dado una importancia creciente a las famosas clases medias contribuyeron en mucho a crear una imagen del cambio social como ensanchamiento, lo cual no carecía de fundamento en un país cuyo mercado interior de bienes industriales es aún extremadamente restringido.

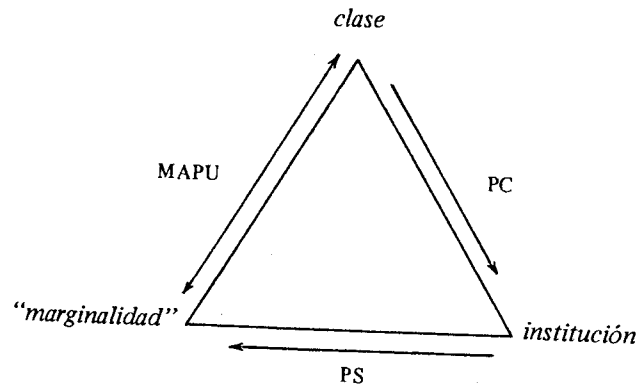
No se debe, sin embargo, confundir esta tendencia a una participación ampliada con una defensa institucional parapetada tras de los textos, los privilegios y los grupos de presión y que no pertenece al mundo de la Unidad Popular, sino por el contrario al sistema de defensa que se opone a ella. En cuanto a la acción de clase, tras de haber tenido su centro en la gran concentración obrera del norte, se ha desplazado —con la evolución de la propia economía— hacia la industria de transformación situada en los grandes centros urbanos.

Es inútil preguntarse si este tipo de movimiento social y político es más o menos moderado o más o menos radical que un partido leninista o un movimiento obrero a la europea. Lo importante es la relativa autonomía de cada uno de sus aspectos. En relación con un movimiento estrictamente de clase, como el sindicalismo italiano o francés en su tendencia mayoritaria, es a la vez más moderado y más izquierdista. El extranjero suele asombrarse al ver que las luchas ideológicas y políticas en el interior de la izquierda se manifiestan rara vez por rupturas. Se ha visto a militantes comunistas importantes sentarse en ciertas circunstancias al lado de los representantes del MIR. Los socialistas son los que tienen más cuidado de no cortar relaciones con nadie. De ahí un crecimiento político excepcional, aumentado por la penetración de ciertas agrupaciones políticas en otras. Allende es socialista, pero ha procurado que no se inquiete al MIR. Altamirano parece ser el portavoz de la izquierda revolucionaria; puede igualmente decirse que es quien asegura la compatibilidad de ésta con la política gubernamental. A los jóvenes europeos les satisface mucho encontrar aquí a izquierdistas muy próximos a ellos; les asombra más ver a los militares en el gobierno, al Cardenal escuchado respetuosamente y las decisiones del Parlamento o de los tribunales aceptadas.

Las grandes fuerzas políticas pueden ser definidas por el vínculo que establecen entre dos o tres vértices por lo menos de este triángulo de fuerzas sociales. El Partido Socialista es el elemento más difícil de comprender —y de dirigir— de las fuerzas políticas chilenas, porque enlaza a los excluidos con el sistema institucional: lleva adelante el juego político legal y al mismo tiempo apela a la ruptura y a los sectores que, a diversos niveles de la sociedad, se sitúan cerca de las fallas de la organización social. La intensidad de las tensiones en el interior del Partido Socialista, la frecuen-

cia de sus escisiones, indican la dificultad de establecer un vínculo entre los dos elementos más opuestos del movimiento popular. El Partido Comunista establece la relación más clásica entre la acción de clase y la participación institucional, lo cual le es tanto más fácil cuanto que se apoya sobre grandes organizaciones obreras y sobre los sectores cuya relación con el Estado es más directa. La tercera relación, la de la acción de clase y la ruptura antiimperialista, la mantiene el MAPU, pero éste era demasiado joven y demasiado débil para dominar tal tarea; tenía la cabeza en el PC y los pies en el MIR. Después de la muerte de Rodrigo Ambrosio cuyo sentido político mantenía una relación que era la verdadera función del MAPU, éste se dividió y dejó por consiguiente de tener importancia.

Seamos más precisos todavía. El PC no es únicamente un lazo entre la acción de clase y el progresismo institucional. El PS, por su parte, ha movido tradicionalmente unos recursos del sistema institucional en favor de un populismo revolucionario; el MAPU tenía por finalidad elevar a los excluidos a la conciencia de clase. Es útil representar gráficamente las relaciones entre estas tres fuerzas políticas.



Si los partidos mantienen mejor o peor la relación de los elementos del movimiento social, de dos en dos, sirviendo de arbotantes, el conjunto del sistema no se ha sostenido más que por la personalidad del Presidente. Lo cual parece normal en un régimen presidencial, pero que se debe a la personalidad de Allende, hombre de instituciones, partidario de una política de clase y más sensible que ningún político de su importancia en América Latina al ejemplo y al llamamiento de la Revolución cubana. Pero el cometido de los partidos y del Presidente no bastan a mantener la unidad del sistema. Manifiestan más bien las condiciones de existencia y los problemas internos de dicho sistema. Éste, de tan complejo, llega a ser frágil. Ha podido mantenerse ante todo a causa de la tranquilidad de la

situación internacional. Los procesos revolucionarios han estado casi siempre unidos a una crisis fundamental del Estado y de las instituciones. Es evidente en los casos ruso y chino; ¿no lo es también en el caso cubano? La evolución de Cuba fue modificada decisivamente por el bloqueo y por la tentativa de desembarco. Chile está aislado, lejos de las zonas geopolíticas más sensibles; no ha sido amenazado militarmente por los Estados Unidos y a pesar de la sensibilidad de los chilenos a los peligros que podrían venir de sus vecinos, no puede decirse que hasta ahora Argentina, Perú o incluso Bolivia hayan pesado sobre la vida chilena. Si se perfilara una crisis internacional, estoy seguro de que la vía chilena saltaría en pedazos, ya fuese en beneficio de una reacción nacionalista, o de un gobierno de salvación pública revolucionario.

Más importantes todavía que las condiciones externas de mantenimiento de este sistema complicado son las condiciones internas. La Unidad Popular no puede mantener su equilibrio interno sino en la medida en que está situada en una relación permanente con una oposición que se mueve en el otro campo en medio de problemas análogos. He encontrado varias veces esta idea de la homología entre los problemas de la izquierda y los de la derecha. Más simplemente, la vía chilena no tiene, con toda evidencia, ningún sentido sin la presencia de una oposición acosadora y hasta, como en el caso actual, dueña de ciertos elementos del sistema institucional. Yo creo que la democracia cristiana lo sabe y que duda en aceptar el riesgo de una ruptura del sistema político de que serían simultáneamente víctimas la UP y ella misma, ya fuese en beneficio de una intervención propiamente militar o de un partido único revolucionario que impusiera su orden a toda la sociedad. ¿Por qué no se mantendrían estas condiciones externas e internas? ¿Ha demostrado bien la experiencia de estas últimas semanas la extraordinaria resistencia de un sistema del que todo el mundo repite que está destruido por sus contradicciones y agotado?

Pero esta fuerza de resistencia tiene su reverso. Provoca una gran impotencia en la gestión del cambio. No tiene ni visión integrada ni instrumento de acción unificada de la Unidad Popular. Es más que un frente, menos que un partido: la interdependencia de tres orientaciones de acción, de diversos partidos políticos y de un presidente. De ahí el rasgo más visible de la práctica política chilena: el sectarismo. Ningún hombre, ninguna formación, ningún servicio administrativo está identificado más que por su adscripción a un partido. La democracia cristiana había practicado el sistema norteamericano, colocando a sus adherentes por doquier, lo cual creaba al menos un espacio interior para la tecnicidad. La Unidad Popular repartió los puestos entre los partidos, de tal suerte que el equilibrio entre éstos se impone a toda otra consideración. Y me parece que el sectarismo de los socialistas es más fuerte que el de los comunistas, porque la unidad interna del Partido Socialista es más débil.

En el sector agrario se ha probado a fusionar los tres grandes servicios

de intervención, CORA, INDAP y SAG, con la esperanza de que la racionalidad saldría ganando. Los responsables de los puestos superiores reconocen que fue peor el remedio que la enfermedad, pero que no se puede dar marcha atrás, ya que la lógica del sistema impone que no se pueda modificarlo sino acentuándolo.

La UP no parece haber optado entre tres políticas económicas que correspondan a cada uno de los tres polos que he distinguido. La primera consiste en partir de la situación existente y buscar un ensanchamiento hacia la parte baja del mercado de bienes industriales, con un desarrollo progresivo de una clase media, insistiendo en el dinamismo económico del país y en particular en la función de las exportaciones que permiten la importación de equipos. La segunda recuerda la prioridad soviética a la industria pesada y por lo tanto a la clase obrera. Esto puede llevar aparejado una política realista en la campaña para permitir concentrar los esfuerzos sobre la industria pesada. La última atribuye una prioridad absoluta a la movilización de las masas, lo que supone la elevación de todas las formas de consumo de base, una incorporación de toda la mano de obra posible, particularmente en el campo, al aparato de producción, la creación de organismos populares de gestión muy diferentes de los comités de producción y de productividad de que hablan los partidarios —sobre todo comunistas— de la segunda solución. Esta última política se acerca a la seguida por P. Vuskovic. Fue abandonada porque implicaba la ruptura del sistema político. Los comunistas tienen la dirección de la economía, pero no han podido ejercerla, dado el vigor del impulso por un poder popular.

La primera política, que no hace sino proseguir las tendencias antiguas, continúa dejando sentir sus efectos en particular en el dominio de la educación y hasta en el del alojamiento. De hecho, la ausencia de política ha favorecido el reinado de la inflación, la desorganización del aparato de producción y por consiguiente una redistribución de la renta en favor de los no asalariados. No destruye la clase media asalariada más que en beneficio de los comerciantes y de los especuladores.

Henos aquí ante la cuestión de actualidad: ¿permitirá la catástrofe nacional que amenaza que los tres integrantes de la Unidad Popular se entiendan respecto de un programa defensivo mínimo y obtengan el acuerdo de la democracia cristiana respecto de algunas medidas fundamentales, o es ya ineluctable el estallido en el país y en la UP? Tal pregunta toca todos los aspectos de la coyuntura chilena. Pero se puede al menos encontrar el límite en el interior del cual debe hallarse la respuesta. Este límite, a mis ojos, es el allendismo. El régimen actual sucumbirá quizá; no se salvará seguramente saliendo de sus límites, sacrificando dos de sus componentes a la tercera, cualquiera que sea ésta.

26 DE AGOSTO: EL GOBIERNO DEBE A LA VEZ NEGOCIAR POLÍTICAMENTE Y DAR NUEVO IMPULSO A LA MOVILIZACIÓN POPULAR

¿Cómo puede el gobierno abordar su tarea fundamental, el restablecimiento de la economía? Digo fundamental porque no puede perdurar si no lo logra. Únicamente si lleva adelante la combinación frágil y obligatoria de la negociación institucional y del movimiento popular. La necesidad de la negociación es evidente ya que hacen falta leyes y el Parlamento está dominado por la oposición. Allende y el Partido Comunista están convencidos desde hace mucho tiempo de la necesidad de un diálogo cuyo éxito salvaría al régimen. Pero, ¿por qué lo aceptaría la democracia cristiana? ¿No sería tanto como tender una mano compasiva a su adversario y obrar por ende contra sus propios intereses? Más simplemente, ¿no cree la democracia cristiana que la crisis no tiene solución y que la preocupación por el porvenir impone que se deje caer al adversario al fondo del pozo? La democracia cristiana, vacilante y dividida, carece de política de recambio. Ha demostrado su debilidad. ¿Me atrevería a añadir que lo sabe y que toda su política reposa sobre la idea firme y triste a la vez de la catástrofe inevitable? En estas condiciones, la democracia cristiana no puede esperar una victoria más que del derrumbamiento del régimen, puesto que los ataques contra él han sido rechazados.

Ante esta expectativa, si el gobierno se coloca únicamente sobre el plano de la gestión económica, habrá de fracasar y comportarse como lo desea la democracia cristiana. Por difícil que sea la situación chilena, la democracia cristiana podría llevarla adelante mejor que la UP sólo al nivel económico: restablecimiento de la confianza de las clases poseedoras, apoyos extranjeros, buena calidad de los equipos dirigentes en el sector económico, otros tantos motivos que hacen pensar con razón a la democracia cristiana que ella podría administrar el país de manera más eficaz y sacarlo más rápidamente de la crisis. Pero razonar en estos términos es hacer abstracción de todo el proceso social. Llegará quizá un día en que el movimiento popular será destruido, minado por la crisis económica y la inflación. Estamos muy lejos de ese día y los que creen poder hablar de los problemas económicos en términos técnicos están tan lejos de la realidad como lo estaban los expertos de la misión Klein-Sacks bajo Ibáñez. No sólo toda política económica debe tener muy en cuenta las reacciones de la CUT y del conjunto de los trabajadores, sino que la adopción de una política económica no es hoy posible más que si la democracia cristiana se ve forzada a negociar con el gobierno, lo cual no es concebible sino en el caso de que se sienta gravemente amenazada por una nueva presión popular.

El gobierno Allende no puede triunfar más que si su esfuerzo de negociación está preparado, apoyado y contrabalanceado por una nueva movilización popular. Desde hace un mes, la UP está a la defensiva. No se habla a los trabajadores más que de resistir al golpe de Estado, de apoyar a

los militares, de defender las empresas incautadas o requisadas. Mientras tanto, Vilarín se muestra exigente con los ministros.

Es indispensable que el león ruja de nuevo y salga de su jaula. El país está amenazado de derrumbamiento. ¿Están tan seguros, señores míos, de que serán ustedes necesariamente los beneficiarios?

La democracia cristiana cuenta con el hundimiento económico del régimen. Yo persisto, sin embargo, en pensar, opuestamente a la prensa de izquierda, que está obligada, como la propia UP, a respetar el sistema institucional. Pero los dos campos se sitúan en posición de desequilibrio, oponiendo o incluso suscitando impulsos antiinstitucionales. La democracia cristiana acaba de jugar este juego a fondo, hasta los límites de lo posible, es decir de la ruptura de las instituciones. ¿Qué ha salido ganando en este juego? Algunas emociones, algunas satisfacciones simbólicas y cierto desgaste. Ahora le toca al Presidente jugar el mismo juego, que puede ser mucho más eficaz, ya que el movimiento popular representa una fuerza mucho más grande que el juego de aventureros a lo Vilarín. La democracia cristiana, como el Presidente, sabe "hasta dónde ir demasiado lejos", lo cual no quiere decir que se trate de una guerra de broma. Me parece que la UP va a esforzarse en las semanas próximas en dar nuevo impulso a la movilización popular a la vez que trata de abrir negociaciones con una democracia cristiana que necesita salir del punto muerto en que la colocó su último voto relativo a la ilegalidad del gobierno.

La capacidad de iniciativa y de movilización sigue siendo, sin embargo, muy grande. La índole de la Unidad Popular exige que tenga siempre a la vez varios hierros al fuego: en el momento en que se impone una negociación política, la necesidad de una movilización política se hace más apremiante que nunca. Si el gobierno no llega a alcanzar estos dos objetivos, amenazan a Chile disturbios y revueltas cuyo resultado es imprevisible.

27 DE AGOSTO: LA CAÍDA DE LOS FUNCIONARIOS Y LA CRISIS DEL ESTADO; UNA PRUEBA DEL CAMBIO DE RUMBO; PROPOSICIONES PARA UNA NUEVA ADMINISTRACIÓN

Una categoría social, cuyo cometido e influencia han sido desde hace más de treinta años inmensos parece haberse hundido en el silencio: los funcionarios, es decir todos aquellos cuyo trabajo administrativo está dirigido y sobre todo remunerado, directa o indirectamente, por el Estado. Los únicos funcionarios cuya voz se oye son los profesionales, especialmente los médicos, cuya situación es particular.

La importancia de los funcionarios reposa sobre la del Estado. Aníbal Pinto, en unos estudios clásicos, ha mostrado a la vez las razones que explican la debilidad de una verdadera clase dirigente en Chile y el papel

predominante del Estado en la evolución del país. En tanto que el lazo con los mercados extranjeros estaba en manos de la oligarquía en Argentina, en Chile era el Estado el que trataba con las compañías extranjeras e intervenía en la sociedad con su política fiscal y su acción redistribuidora.

Del Frente Popular a la democracia cristiana, los esfuerzos emprendidos por el Estado para crear una industria y una burguesía nacionales se apoyaron en las clases medias y sobre todo en el aparato de Estado. Éste ha sido durante mucho tiempo uno de los principales beneficiarios de los cambios sociales. En primer lugar porque el número de los empleos ofrecidos a los titulados aumentaba, después porque las remuneraciones mejoraban, finalmente porque la política social del Estado procuraba a los funcionarios y a los grupos afines ventajas relativas importantes, con el establecimiento de un sistema de seguridad social más favorable para quienes trabajaban por un sueldo mensual, con una política de educación que hacía progresar al de secundaria mucho más que al de primaria, etc. Los funcionarios han apoyado con mayor frecuencia los partidos de izquierda o de centro izquierda, pero participaban de un sistema social fundado en el mantenimiento de una gran distancia económica, social y cultural entre las clases medias y el pueblo.

Hoy, sobre todo desde hace un año, el Estado se halla debilitado, aplastado entre las fuerzas sociales que se enfrentan. El Presidente aparece casi solo y en todo caso no se diría que el aparato de Estado representa un sector social importante. Ya la democracia cristiana había lesionado la autonomía del mundo de los funcionarios al practicar una muy amplia política de partidismo. Esta evolución se acentuó bajo la Unidad Popular. Simultáneamente, la inflación y la política de reajuste de los salarios mermaron cada vez más vigorosamente el poder de compra y las antiguas ventajas de los funcionarios. Están alejados de la derecha liberal, que apenas lo pasa mal o que se beneficia mucho de la situación monetaria y económica; no lo están menos de un mundo obrero y campesino cuyo mismo empuje amenaza sus ventajas, por limitadas que sean, y su adscripción a la sacrosanta clase media.

¿Puede prescindir el régimen de la Unidad Popular del apoyo al menos parcial de este sector social? No lo creo. El aspecto electoral —que no es de actualidad— no es sino una expresión superficial de un problema más profundo. La vía chilena, tal como la define y practica la Unidad Popular, no puede combinar movimiento de masas y acción institucional más que si el Estado es fuerte y constituye la base sólida de una política forzosamente compleja y frágil. Es inquietante ver la descomposición del Estado, no en beneficio de un partido que constituya un *establishment* nuevo, como en los países del este, sino de grupos de presión, incluso de *camarillas*, que estorban la elaboración de toda política. La omnipotencia del Estado, sus vínculos con la burguesía, la defensa de privilegios económicos y sociales por parte de los funcionarios, la idealización de una clase media burocráti-

ca, todo esto constituye un conjunto que no puede dejar de ser socavado por el movimiento popular. De donde las transferencias de ingresos, cuyas principales víctimas son los funcionarios, mientras que ciertos sectores campesinos reciben ventajas, aunque no sea sino a través del mercado libre o el mercado negro. Pero aquí tocamos la expresión más concreta del necesario cambio de rumbo de que he hablado: hoy ya no se puede creer que el desencadenamiento de fuerzas populares largo tiempo cautivas asegure por sí solo el progreso económico y social. La ausencia de dirección económica del país no beneficia más que a los sectores mercantiles. Se necesita una intervención del Estado, cierta planificación; es preciso también restablecer un aparato de Estado a menudo paralizado por el sectarismo. Es preciso por consiguiente que la clase media burocrática no sea liquidada por la inflación y que pueda en reciprocidad aportar al régimen un apoyo indispensable.

Es preciso, pues, como lo ha querido siempre el propio PC, volver a cierta profesionalización. Muchos funcionarios de nivel técnico elevado se sienten molestos al ver su carrera interrumpida por la llegada de miembros de los partidos, contrariados también al ver el desbarajuste y la ausencia de gestión racional. ¿Qué se gana condenando estos temores como pequeño-burgueses? Es preferible hablar abiertamente y decir que se desea la disolución del Estado en un proceso revolucionario. Posición coherente y que me parece, a la hora actual, irrisoria. Si los dirigentes revolucionarios tuvieran el poder, organizarían una gestión centralizada. Ahí está para recordarlo el ejemplo de Guevara en el ministerio de Industria en Cuba. Cierta revolucionarismo es una manera demasiado simple de reducir la sociedad a un debate ideológico y de cubrir con un silencio despreciativo la gestión económica y política.

Dentro de unas semanas se tomarán decisiones de gran importancia. Es evidente que el gobierno no puede contentarse con hacer reajustes de salarios correspondientes al alza de los precios desde hace un año y que reactivarían la inflación de manera mortal. Pero luchar contra la inflación y dar prioridad a la elevación de los más bajos salarios no quiere decir forzosamente liquidar la clase media del sector público. Todo va unido: la capacidad política del Estado, la reintegración de una buena parte de los funcionarios y profesionales del sector público en una orientación política correspondiente a la acción de la Unidad Popular.

Se impone una transformación de la administración pública. No puede ir en el sentido de un partidarismo generalizado, pero tampoco en el de una racionalización puramente técnica. El aparato del Estado necesita cumplir a la vez dos funciones; de una parte, una planificación y una organización coherentes de la economía; de otra, una movilización social y política que debe permitir la creación o el desarrollo de órganos democráticos de gestión en la base. Tal es la vía chilena, tal debe ser su instrumento administrativo. Esperamos de Chile que invente una gestión de tipo nuevo, que

repita el problema yugoslavo: cómo conciliar planificación y autogestión, pero en unas condiciones a la vez mejores y más difíciles, ya que existe aquí un movimiento popular, mientras que la autogestión fue introducida en Yugoslavia como medio de lucha contra la burocracia stalinista.

La administración pública en Chile está absorbida por la negociación y la gestión de los "régimenes" de remuneración o de protección social de diversos sectores, sobre todo de clases medias pero también obreras. Es de desear que esta gestión sea descentralizada y que no sea todo decidido directamente por el poder político central una y otra vez. Una planificación económica debe ser también social y definir la evolución relativa de los diversos sectores. Pero lo más importante y lo más creador es inventar unos organismos fuertemente descentralizados. Ya, en el medio rural en particular, existen algunos de ellos y la derecha se complace en acusarlos de agitación. En lugar de oponer el poder popular al gobierno, ¿no podría pensarse en hacer de los organismos de poder popular no unas prolongaciones de la acción gubernamental, sino unos centros de iniciativa, de presión y de impugnación? ¿No está el problema de la democracia socialista ahí, en el descubrimiento de fuerzas de oposición popular frente al Estado? Una vez más aparece Chile sobre la línea de mayor dificultad, pero también de mayor invención histórica. ¿Se verá obligado a optar entre un mundo de aparatos y el universo dividido de los lobbies y del corporativismo? El Estado de la Unidad Popular, del que escribía yo ayer que debía administrar y movilizar a la vez, debe darse una organización que corresponda a esta doble función. Es también de esta manera únicamente como se superará la crisis de la función pública.

27 DE AGOSTO: PATRIA Y LIBERTAD; ¿SE PUEDE HABLAR DE FASCISMO EN CHILE?

Anoche fue detenido, cuando estaba de fiesta en un restaurante del barrio elegante, Roberto Thieme, jefe clandestino del movimiento de extrema derecha *Patria y Libertad*. Quizá con esta detención se expliquen muchos de los atentados de las últimas semanas y que la prensa de derecha se apresura a achacar a la extrema izquierda, cuando se comprenden mejor las razones que impulsan en este momento a la extrema derecha a utilizar la violencia.

¿El movimiento *Patria y Libertad* es fascista? La pregunta surge naturalmente, ya que en Chile —como en Brasil, pero bajo otra forma— hubo un movimiento fascista o más exactamente nazi antes de la guerra. La memoria colectiva ha retenido sobre todo la matanza de varias decenas de jóvenes nazis que habían intentado un golpe de fuerza y se rindieron, en el edificio de la Seguridad Social. La respuesta a esta pregunta es difícil o

incluso imposible, ya que el fascismo se cita siempre como un fenómeno histórico, de suerte que sólo puede discutirse sobre la extensión del fenómeno.

Hay, pues, que dar una definición algo más general del fascismo. Tres elementos deben tenerse en cuenta cuya combinación define el fascismo, que es un movimiento nacional integrista, dirigido contra unas minorías consideradas como antinacionales: 1) en una sociedad capitalista en crisis; 2) cuya industrialización se ha realizado bajo la dirección del Estado y de una fracción de una antigua clase dirigente y no bajo la de la burguesía comerciante; 3) con el apoyo esencial de clases medias amenazadas por la crisis, pero también utilizando temas "populares" sin conquistar por ello el movimiento obrero y sin destruir la dominación capitalista. Papel central del Estado en la evolución social; apoyo sobre las clases medias; respuesta a una situación de crisis y voluntad de remplazar el conflicto social interno por la oposición nacional-extranjera, tales son las tres componentes cuya conjunción define un movimiento fascista.

¿Están presentes estos elementos en el Chile actual? Puede reconocerse que hay situación de crisis, aunque manifiestamente la derecha se niega a hablar de crisis y acusa directamente al gobierno Allende de destruir la organización económica del país: primera diferencia y que es capital. En Alemania, el movimiento nazi se desarrolla contra el socialismo y el comunismo, lesionados ellos mismos por los efectos de la crisis económica, pero esta crisis es la del régimen capitalista; no está directamente ligada a la acción de un gobierno de izquierda, como en Chile.

El segundo elemento: La participación de las clases medias no parece presente. El lugar de la detención de Thieme es quizá más que un símbolo. A menos de dar a la expresión "clase media" un sentido indefinidamente amplio, hay que localizar el movimiento en la burguesía y en los barrios elegantes. Existen ciertamente lazos estrechos entre una tendencia importante del Partido Nacional y *Patria y Libertad*. S. M. Lipset, en un estudio famoso, ha opuesto el extremismo de derecha que es reaccionario, al extremismo del centro, que es fascista: Dollfuss al nazismo, el franquismo a la falange y el RPF al poujadismo.

En Chile, *Patria y Libertad* aparece como la vanguardia violenta de las fuerzas heridas de la clase dirigente. El Partido Socialista recuerda no sin razón en una campaña de opinión, que O. Jarpa, dirigente del Partido Nacional, René Silva Espejo, director del periódico *El Mercurio*, y Arturo Fontaine, de una familia de la gran burguesía de negocios, han estado vinculados al partido nazi o a organizaciones que se sitúan en su prolongación.

El último elemento se halla del todo presente: el Estado es en efecto el agente económico central en Chile. Esto explica en parte la importancia del Partido Comunista y por oposición la existencia de un movimiento nazi. Sin embargo, la extrema derecha chilena, colocada frente a un Estado

que ha pasado bajo el control de los partidos marxistas, no apela al Estado. Habla en nombre de los valores nacionales pero, a mi parecer, en un sentido más tradicionalista que nacional-socialista, más franquista que falangista. No me parece, por lo tanto, exacto hablar, en el caso presente, de movimiento fascista. Esta denominación tiene incluso el inconveniente de aislar este movimiento más de lo que lo está en realidad del conjunto de la burguesía chilena. Prefiero ver en él un movimiento contrarrevolucionario como la Acción Francesa. Lo que lo separa de otros movimientos de extrema derecha es en primer lugar evidentemente el recurso a la violencia y a la voluntad putschista; es también probablemente el apoyarse en unos grupos que podrían llamarse tecnócratas de extrema derecha, profesionales, ingenieros o médicos que oponen un Estado integrista a las pasiones de una multitud que esos jóvenes jefes desprecian. *Patria y Libertad* es más terrorista que fascista, más reaccionaria que nacional-socialista. Moviliza algunos millares de jóvenes; no lanza campañas de tipo populista dirigidas a unos sectores empobrecidos por la inflación y por la penuria. Pero está dispuesta a aportar el apoyo total de sus fuerzas de choque a toda forma de gobierno antipopular, fascista o franquista. Estas características están intensificadas hoy por la clandestinidad. El movimiento, que se había formado inmediatamente después de la elección de Allende, estuvo estrechamente ligado al alzamiento militar del 29 de junio. Prefiere la acción secreta, violenta, a las manifestaciones de multitud. Difunde hoy el terror o al menos es verosímilmente uno de sus principales autores; pero esta acción no altera su carácter fundamental de punta de lanza de la reacción.

NOTA: A pesar de las diferencias que separan situaciones históricas como la de la Europa de los años 30 y la de Chile de hoy, ciertas palabras conservan y conservarán un valor simbólico. Se seguirá hablando de fascismo para indicar un movimiento de conservación del régimen capitalista pero fuera de las reglas institucionales, la violencia al servicio de una clase dirigente. ¿A qué se opone este término? Al de revolución, que indica el desbordamiento del movimiento popular fuera del marco institucional. El empleo de la palabra fascista, que es históricamente discutible, deviene comprensible si se admite que indica la presencia de la pareja fascismo/revolución, es decir una situación en la que se mezclan un conflicto de clases y la transgresión de los límites del sistema político.

27 DE AGOSTO: LOS LÍMITES DE LA MOVILIZACIÓN REVOLUCIONARIA; EL ESPECTRO DE LA GUERRA CIVIL

La revolución chilena no es épica y yo comprendo la decepción de algunos de los que se han entregado o que vienen aquí para incorporarse a ella. Ya

he dicho la grandeza que en esta revolución veo. Pero acepto que se interrumpa mi perorata y que se me diga que es una semi-revolución que fracasará o que se atascará porque no ha marchado a tambor batiente a los compases de la Internacional. Es verdad. ¿Y quién es insensible a la grandeza revolucionaria y militar —sí, militar— de los soldados del año II, de los del Ejército Rojo y de la Larga Marcha? Guiada por los cañonazos fue como la humanidad vivió sus más grandes jornadas de esperanza y de alegría, así como han sido las salvas de los pelotones de ejecución los que han puntuado sus días más negros, aquí como en todo otro lugar.

Se puede fácilmente ironizar como lo hacía delante de mí un militante de la Unidad Popular, de una actividad y de un desinterés ejemplares: aquí se hace la revolución del lunes al viernes y se descansa el *week-end*. La movilización popular que ha aumentado por momentos, no es constante. Los programas de radio y de televisión dirigidos por la UP caen a veces en la propaganda política más insípida y, en otras ocasiones, irían muy bien dentro de la vida provinciana de una región de los Estados Unidos. La invención de una cultura renovada, en la que trabajaban algunos sociólogos inteligentes, no ha dado ningún éxito espectacular. Se han formado compañías de teatro, pero no se ha estrenado ninguna obra importante. Espíritu de partido y sectarismo de un lado, mojigatería o diversión del otro. Este juicio quizá sea sumario; no es falso si quiere indicar que la vida chilena no ha sido enteramente removida por el impulso revolucionario. La crisis política se ha desarrollado por encima del pueblo, encerrada casi por completo en las dificultades de la vida cotidiana.

Pero, ¿qué le vamos a hacer si los que quieren una “bella” revolución han quedado decepcionados! El cromo ingenuo de la lucha revolucionaria no corresponde más que a las situaciones en que la revolución va ligada a la guerra, guerra extranjera o guerra civil, y a menudo las dos a la vez. Chile no está en guerra, ¿por qué no habrían de sentirse en él momentos de paz y de reposo? Una movilización extrema no sería necesaria más que en el caso de que la existencia misma del movimiento popular estuviera amenazada. Yo deseo que tal grandeza, la de la Ciudad Universitaria de Madrid y la de Teruel, no la conozca Chile. Prefiero a este pueblo viviendo su liberación y las dificultades de la democracia socialista más que tendido en un charco de su propia sangre o luchando en medio de los horrores de la guerra civil.

Pero me inquieta también ver una revolución social tan fácilmente dominada por la vida política y sus crisis. Porque las exigencias del poder y de la lucha por el poder han sido hasta ahora relativamente limitadas, Chile habría de pasar por un crecimiento “izquierdista” más rico, en el dominio de la cultura y de la vida cotidiana. Veo a muchos que conceden la prioridad a la acción propiamente política. Me gustaría sentir con más frecuencia la alegría de vivir, de liberarse, de impugnar de un Cohn-Bendit, y con más frecuencia también la voluntad de defenderse.

27 DE AGOSTO: RICOS Y POBRES, CLASE OBRERA Y BURGUESÍA; LA LIBERTAD LLEVA EL NOMBRE DE CHILE

Una conversación oída, trivial, entre dos hombres —negociantes, industriales, no sé—: recuerdan sus viajes a los Estados Unidos, como otros hablan de su peregrinación a La Meca o a Tierra Santa. Hablan de Allende diciendo siempre: el hijo de puta. Sobre todo se repite varias veces la palabra: el *finish*. Transportistas, médicos, comerciantes, los huelguistas se acumulan, el caos se instala; el régimen no puede mantenerse, el hijo de puta tendrá que marcharse. ¿Cómo, para ser remplazado por quién? No se trata de razonar, sino de ahuyentar la pesadilla, esa araña que se nos sube piernas arriba y que llega al vientre.

¡Qué satisfacción causa oír una conversación así! Qué placer, volver de cuando en cuando a lo que es a la vez tan presente y tan profundo en la vida chilena, pero que está forzosamente recubierto por los meandros de la vida política: la lucha de los ricos y de los pobres; el mundo del dinero, de los billetes, de los dólares contra el mundo inmenso que va del obrero calificado que vive casi bien a esa parte enorme de la población que vive en la miseria, casi al margen de la producción.

Hasta ahora, hasta 1970, los que tenían el dinero, dando pruebas de una flexibilidad tradicional y celebrada con razón por los historiadores, habían sabido procurarse apoyos, ensanchar su base política para resistir a la presión del número que, hasta 1952 e incluso hasta las elecciones del 64, estaba reducido por el sistema electoral. En 1970 fue el desbordamiento; no sólo la Unidad Popular ganó la elección, sino que el programa de Tomić que hizo un llamamiento a los marginados, removió así las aguas profundas de la sociedad. Hay que detener aquí estas impresiones voluntariamente superficiales. Es imposible decir que el éxito de la UP sea solamente el de los pobres contra los ricos. Es también y más todavía el de los partidos marxistas y de la CUT, por lo tanto, de la clase obrera organizada, contra una visión integradora de la sociedad. Pero desde entonces la vida política chilena se sitúa sobre esos dos niveles a la vez: oposición de los ricos y de los pobres, conflicto de la clase obrera y de la burguesía nacional y extranjera. Esta mezcla de las dos rupturas que no están jamás completamente separadas y que no coinciden jamás por completo, corresponde en el plano político a la distinción de tres grandes orientaciones sociales del movimiento popular. Porque a la vez el tema de la participación modernizadora y el de la exclusión vinculada a la dependencia se manifiestan plásticamente por la oposición ricos-pobres o pueblo-*momios*, mientras que el tema de las clases se refleja políticamente en la función central de las organizaciones de la clase obrera, en la importancia creciente del movimiento de expropiación, en la campaña contra la burguesía y sus defensas institucionales. La oposición ricos-pobres es, por lo tanto, a la vez la que sitúa más las luchas sociales en el interior de un sistema institucional

y la que rebasa más éste oponiendo los miserables a lo Victor Hugo al mundo de los Thénardier y de Javert. Por este motivo, puede ser peligroso definir la vía chilena como el encuentro de una acción política institucional y de un movimiento revolucionario, ya que está constituida por la reunión de tres elementos y no de dos, de suerte que cada una de las palabras empleadas —institucional y revolucionario— es ambigua. Pero esta ambigüedad es importante, por referirse a conductas visibles y fácilmente reconocibles: la acción gubernamental en el Parlamento de una parte, y las manifestaciones populares organizadas de manera central o lanzadas por grupos de base de otra.

Pero tras de haber distinguido diferentes dimensiones es preciso, de vez en cuando, volver a encontrar la situación concreta en la cual se mezclan. La conversación escuchada hace un momento o una manifestación de masas de la Unidad Popular recuerdan que en la vida política cotidiana es una mezcla de ricos y de burgueses lo que choca con la masa, más numerosa pero más hundida en la sombra por la miseria, de la clase obrera y de los pobres, por lo tanto, del pueblo. Tal es la grandeza de Chile de hoy, tan miserable en su existencia y en ocasiones tan irrisorio en su vida política. Rara vez el pueblo ha sido tan claramente como hoy el personaje principal de la historia.

No empleo estas palabras ingenuamente, dejándome llevar por un romanticismo populista con un perfume del siglo pasado. Pertenezco a una generación que era adolescente bajo Hitler y que entró en la edad adulta bajo Stalin. Yo no me dejo engañar por los que hablan el lenguaje de los mártires cristianos, cuando viven bajo Constantino o, peor aún, bajo Pío X. He aprendido que la palabra democracia no podía ser simplemente identificada con popular, y reflexionando un poco he reconocido que la condición de la libertad es que todas las esferas de la sociedad no estén confundidas y soldadas en un poder estatal absoluto; que la vida cultural, las técnicas, las instituciones políticas y la acción de clase, necesariamente ligadas, deben permanecer siempre desfasadas las unas respecto de las otras para que puedan introducirse cambios y la sociedad no sea engullida por el Poder, Saturno dispuesto siempre a devorar a sus hijos.

Aquí, en Chile, el pueblo y la clase obrera no se separan ni se confunden; la acción política y el movimiento de masas se apoyan pero no están unificados dentro de un marco único y general. Que esta libertad sea agotadora, que sea demasiado pesada de llevar para este país pobre, es posible; pero, créase o no, déjese por un instante de hacerse la pregunta y, en lugar de predecir el porvenir de este país, contémplese vivir a este pueblo y a esta nación imponerse la libertad. Dígase lo que se quiera sobre Chile popular, yo sólo pido que se hable de él respetuosa y solidariamente; porque hay que estar bien ciego para no comprender que los problemas del mundo entero se plantean y se tratan de resolver también aquí, en este extremo del mundo, entre la cordillera y el Pacífico. El éxito de Chile

popular sería una formidable victoria de la libertad, la reinención de la democracia en el socialismo. Cuando los acontecimientos nos den alguna tregua, dos o tres días cuando mucho —porque mañana será de nuevo un día movido, dominado por la huelga del comercio y una gran manifestación de la CUT—, no hay que tratar de evadirse, sino de hacer el silencio dentro y en torno de sí, para escuchar la historia que se hace, como en el campo de Antonio a donde nos lleva Shakespeare la noche que precede a la batalla.

29 DE AGOSTO: VUELTA AL CENTRO; EL SISTEMA POLÍTICO TRIUNFA DE LOS MOVIMIENTOS SOCIALES

El nuevo gobierno parece un instrumento de negociación. La democracia cristiana lo acoge con prudencia y sin violencia. Se muestra firme rompiendo definitivamente la negociación con los transportistas, quienes, siguiendo la vía del aventurerismo hasta el final, ¡habían llegado a decir que estaban dispuestos a firmar un acuerdo a condición de que el Presidente se marchara! Es una lucha la que se entabla y que no puede terminar más que por la derrota de los camioneros o por la caída del gobierno.

Lo que me inquieta es la debilidad del Partido Socialista. Su pequeña declaración dirigida contra Briones, nuevo ministro del Interior, es grave. Es la primera vez desde hace mucho tiempo que uno de los grandes partidos de la coalición critica a un ministro importante de la UP. Cuanto más próximo está el momento en que va a ser preciso “poner orden”, atacar la inflación y por lo tanto, negociar políticamente, más se acentuarán las tensiones en el interior de la UP. El Partido Socialista y el MAPU están sometidos a los ataques de la marina. Parece ser que los comunistas no los apoyan, que es lo menos que se puede decir. La tentación de lanzarse a una política revolucionaria opuesta a la del gobierno se hace cada vez más fuerte. El llamamiento al *poder popular* podría adquirir un tono cada vez más hostil al gobierno. Lo cual provocaría una ruptura en el interior del propio PS muy probablemente; esto alentaría también al ejército a acentuar su presión sobre los militantes revolucionarios y a poner en peligro la UP.

Cuando los extremistas se agitan, cuando los médicos, arquitectos, ingenieros junto con los camioneros y comerciantes multiplican las declaraciones históricas, se inicia ya el movimiento de las fuerzas políticas hacia el centro. La UP debe, para vivir, hacer frente a la catástrofe económica y para esto colocarse en el centro, en el que también debe colocarse, para conservar su unidad y salvaguardar su porvenir, la democracia cristiana. En este doble movimiento, es la UP la que tiene más que ganar:

la vida; también es la UP la que debe pagar el precio mayor, que podría llegar hasta la pérdida de su militancia. ¿No es ésta la solución que más satisfaría al ejército? Una solución constitucional moderada centrada sobre el fortalecimiento del Estado.

La distancia entre las coacciones de la política económica y el movimiento social es grande, inmensa. Allende ha ganado, pero desde hace un mes no se ha dejado oír el llamamiento al pueblo, y acabamos de ver a la CUT organizar un gran mitin —casi frustrado— para saludar al general Prats. ¡Qué lástima que no se cantara la estrofa antimilitarista de la Internacional! En estas condiciones se va, con el Partido Comunista a la cabeza, a salvar al Estado, sin dejar de hablar de la Revolución. No sin motivo por lo demás, ya que los termidorianos habían sido también hombres del 89.

En estas horas en las que todo parece que puede caer de un golpe de uno u otro lado, en la revolución o en la reacción, el sistema político hace por defenderse: parece desbordado por todas partes, pero conserva mucha fuerza.

29 DE AGOSTO: LAS DOS FUERZAS DE ALLENDE: DIVISIÓN DE LA OPOSICIÓN Y RESERVAS DE MOVILIZACIÓN POPULAR; EL ENFRENTAMIENTO SOCIAL PRESENTE

La debilidad del régimen allendista constituye también su fuerza o más bien produce la debilidad de sus enemigos. Allende dirige una acción política y social en la que la acción institucional, el movimiento de clase y el alzamiento popular van mezclados. La consecuencia principal de esta complejidad, de esta ausencia de unidad política, es la dificultad al parecer insuperable que encuentra la formación de una política económica, obstaculizada por la obstrucción sistemática del Parlamento y sometida a la prioridad de las presiones sociales, en la ciudad y en el campo.

Pero dicha complejidad tiene otra consecuencia: que los adversarios del gobierno actúan sin unidad. Estos adversarios son cinco: las fuerzas políticas de oposición y en primer lugar la democracia cristiana; la burguesía chilena o lo que queda de ella; los *gremios* de la clase media; las organizaciones terroristas y una parte importante del ejército. Ahora bien, la democracia cristiana ha hecho un llamamiento al ejército, es cierto, pero no ha habido vínculo real entre dirigentes políticos y dirigentes militares. Éstos no han podido establecer su unidad y las tentativas de golpe de Estado han sido, al fin y al cabo, limitadas. La intentona del 29 de junio se cortó en seco. Después de la destitución de Ruiz, la agitación promovida por éste en la aviación no provocó siquiera un comienzo concreto de movimiento. Hoy, a pesar de la dimisión de tres jefes de Estado Mayor, el

ejército y la gendarmería siguen teniendo cuatro carteras en el nuevo gobierno, lo cual quiere decir al menos que el ejército no ha impuesto a sus miembros la ruptura con el gobierno. En este momento, las grandes maniobras políticas y militares parecen suspendidas y son otras fuerzas las que se lanzan a la batalla. Los colegios profesionales (de médicos, de abogados, etc.) se han lanzado a un ataque directo, apoyado en la mayoría de la Cámara de Diputados, que ha proclamado la ilegalidad de Allende. Los transportistas se niegan desde hace días a firmar un acuerdo que parecía prácticamente aceptado. El comercio está en huelga general desde esta mañana, y desde hace algunos días varias provincias del sur están paralizadas. Finalmente, los atentados han hecho y siguen haciendo oír casi todas las noches sus detonaciones en Santiago. Pero Thieme ha sido detenido y *El Mercurio* ha publicado un editorial en el que marca distancias con respecto a *Patria y Libertad*. Un sector importante de la democracia cristiana, dirigido por Fuentealba, sin querer separarse del partido, se niega a apoyar una política de golpe de Estado.

Acción política, acción de clase, violencia, se desarrollan pero separadamente. No quiere decir esto que no existan mil puentes entre cada una de estas formas de oposición. Pero la unidad no se ha realizado. Esto se debe en primer lugar a que el elemento central de la oposición no tiene ya su fuerza de otro tiempo. Los *gremios* se lanzan a la lucha porque los grandes industriales han sido eliminados. Si el sector público de la economía no fuera tan importante, Allende no podría resistir. La huelga general de los patronos lo habría derribado ya. Esto se debe también a que Allende representa a la vez la legitimidad institucional y el movimiento popular. Porque es Presidente legítimo, una parte del ejército de tierra se niega a salir de su posición constitucionalista. Porque está apoyado por unas fuerzas populares cuya capacidad de movilización sigue siendo fuerte, hace vacilar a quienes piensan que una tentativa de golpe de Estado desembocaría en la guerra civil.

Vamos a ver estos días si se mantienen todos estos obstáculos a la unidad de la oposición o si remontamos hacia una crisis cada vez más fuerte, capaz de soldar en una acción política, militar y social unificada a los adversarios del gobierno. Allende ha lanzado un ultimátum a los transportistas. Si tiene éxito, si éstos se ven obligados a tratar, se logra una gran victoria; acrecienta su capacidad política y por consiguiente puede emprender una política económica.

Pensaba yo hace todavía unos días que estábamos viviendo una crisis política de la que Allende saldría vencedor pero debilitado para abordar las grandes opciones económicas que se imponen. El esquema era incompleto. El éxito táctico obtenido no permite todavía abordar los problemas económicos; es preciso primero enfrentarse a una oposición social que se desencadena para derribar el gobierno y el régimen.

Nadie puede aventurarse a predecir lo que va a pasar en los próximos

días. La situación es lo bastante grave para que el Presidente haya anulado su viaje a África. Pero la ausencia de unidad de la oposición y las reservas de intervención popular de que dispone el gobierno son sus dos fuerzas principales. Lucha decisiva o el régimen sucumbe o la fuerza social principal de la oposición se deshace.

30 DE AGOSTO: LAS TRES VICTORIAS DE LA REVOLUCIÓN CHILENA; LA CUARTA BATALLA ESTÁ ENTABLADA

Como las instituciones no se han alterado y como la ruptura social se realiza en la continuidad de las relaciones políticas, no se sabe si hay que hablar o no de revolución chilena. Los que rechazan las instituciones políticas repiten, al menos cuando están en la extrema izquierda pero también en la izquierda, que no ha habido revolución, que el Estado burgués no ha sido destruido y que por lo tanto, es necesario crear un antipoder de base. Esta representación dice la evidencia cuando recuerda que el conjunto de las instituciones no ha sido derribado y que el gobierno de la Unidad Popular se encuentra limitado y coartado en su acción; pero es inaceptable si da a entender que esta continuidad ha impedido la realización de grandes proyectos sociales. Las requisas, expropiaciones e incautaciones de empresas se han hecho a cubierto de decretos antiguos, pero evidentemente no de acuerdo con la voluntad del Parlamento. Es un hecho que la mayor parte del programa de la Unidad Popular se ha realizado; ¿sería tan grande el enfrentamiento social de no haber habido unas transformaciones económicas radicales?

Inversamente, quienes hablan globalmente de la situación como revolucionaria se condenan a no comprender las dificultades actuales del Presidente. Se puede leer muy a menudo que los tribunales y la Contraloría actúan con criterios de clase, a causa de que aplican la ley que fue hecha sobre todo para defender la propiedad; pero este tipo de acusación, por fundado que esté, no debe ocultar que lo que aquí se ventila no es únicamente el conflicto de clases, sino también la naturaleza del poder. ¿Es posible todavía, después de más de cincuenta años de regímenes socialistas en el mundo, confundir ingenuamente los dos y no advertir que una clase no ejerce jamás el poder absoluto, que los intereses de una clase pueden únicamente fundar un poder absoluto que ejerce una acción propia? ¿Se habla del Estado burgués como si no existiera diferencia importante entre el Parlamento británico y una dictadura fascista!

Comprendo estas confusiones; son inevitables, porque es bastante difícil comprender que la vía chilena combina la discontinuidad social con la continuidad institucional. ¿Cómo se debe, pues, responder a la pregunta: vive Chile una revolución?

La respuesta primera debe ser: Sí, porque lo esencial es la ruptura de relaciones de clases y de la dependencia. El antiguo régimen ha sido abolido. Se habla de la Revolución francesa llamándola con frecuencia revolución del 89. Y sin embargo, la ruptura de las instituciones no fue completa hasta después del 10 de agosto y la destrucción de la monarquía. Pero es justo hablar de revolución del 89, ya que el proceso de ruptura social se realizó entonces, y después de todas las peripecias de la crisis revolucionaria y del Imperio, es este proceso el que habría de mantenerse irreversible. La sociedad chilena, ¿ha sido transformada de manera radical? Sí, en tres órdenes esenciales, aún no en un cuarto orden, menos sencillo de definir pero no menos importante. Los tres órdenes en que se ha realizado un cambio revolucionario son las grandes minas de propiedad extranjera, el poder económico de la gran burguesía de negocios y la gran propiedad agrícola. En estos tres casos el poder económico antiguo ha sido destruido. ¿Puede decirse que haya sido remplazado por un nuevo poder, o bien el orden considerado vive en la descomposición de un sistema social antiguo por la ausencia de toda creación de un nuevo sistema de producción?

En el caso de las minas, el cambio se ha hecho sin conmoción mayor. Las empresas norteamericanas protestaron y sobre todo, durante el período anterior a la expropiación, habían disminuido el ritmo de las inversiones o explotado los yacimientos con fines de provecho a muy corto plazo; después surgieron dificultades con los mineros, dadas las ventajas conquistadas por los sindicatos frente a las empresas que realizaban ganancias considerables. Pero aun en el caso de que estos conflictos hayan podido conducir a crisis graves como la de El Teniente, en mayo y junio de 1973, incluso si la producción ha sufrido durante cierto período, en total, la recuperación de las grandes minas se ha realizado en condiciones satisfactorias.

La eliminación de la gran burguesía industrial se hizo también sin crisis mayor. No olvidemos la situación de 1970, el subempleo de la capacidad de producción, y después el nuevo impulso gracias a la demanda. La producción está hoy desorganizada como resultado del conjunto del proceso político y social; pero el progreso de la producción industrial en 1971 y su mantenimiento en 1972 indican que la expropiación no ha sido la causa directa de las dificultades económicas. Sobre todo, la consolidación social del sector expropiado es extremadamente fuerte: los trabajadores están dispuestos a oponerse a toda vuelta a la explotación privada.

En el campo el balance es menos positivo. Ante todo porque los grandes hacendados no poseían el poder económico que algunos les atribuían. Debilitados a partir del final de la década de los 30 por el mantenimiento de precios agrícolas bajos, empeñados sobre todo en invertir en la ciudad la renta de la tierra, unas veces paternalistas, otras ausentistas, los propietarios no constituían en su conjunto --salvo en

algunas regiones del sur— una verdadera clase capitalista. Al mismo tiempo, no había en Chile movimiento campesino alguno, nada que recordara el movimiento del valle de La Convención en el Perú o de Ucureña en Bolivia, sin hablar de las ligas campesinas brasileñas o del movimiento campesino de Zapata durante la Revolución mexicana.

Nadie discute en serio la necesidad de desembarazarse de un tipo de propiedad agraria económicamente ineficaz y socialmente arcaica. Que quienes lo dudan atraviesen el valle central y su rico suelo para ver el mal empleo que se hace de éste y el estado lamentable de la habitación campesina. Resulta de ello que la transformación social del campo se ha saldado, al menos provisionalmente, con un fracaso: descenso de la producción en las tierras colectivas, fortalecimiento de la muy pequeña propiedad individual sostenida artificialmente por la inflación y el mercado negro y que corre el peligro de fundirse a corto plazo en nuevas grandes haciendas, esta vez más capitalistas, como en México. Al mismo tiempo, la propiedad media, la más productiva, está inquieta, tiene miedo de la expropiación, lo cual hace de ella una base sólida de oposición al gobierno. En cuanto a los minifundistas, que debería ser una base social importante de la UP, nadie se preocupa de ellos, ya que los grandes organismos de intervención, CORA, INDAP, SAG, se han convertido no en instrumentos sino en peones: se trata para los diversos partidos de adquirir su control político, simplemente para marcar puntos contra los demás partidos de la UP. Este fracaso tiene consecuencias muy graves, sobre todo para el gobierno, que ha elevado el nivel de consumo alimenticio de las masas populares. El aumento de la demanda y el estancamiento, y después la baja de la producción obligan a consagrar más de la mitad de las divisas producidas por el cobre a importar alimentos.

El conjunto de estas tres transformaciones constituye la revolución chilena. Esta comprobación elemental debe llevar consigo lógicamente una consecuencia política que todos hubiesen debido repetir en alta voz durante las últimas semanas diez veces al día: toda acción política, legal o violenta, que tienda a someter a revisión una de estas tres transformaciones fundamentales, chocaría con una resistencia social absoluta, por lo cual, comporta un precio político que ningún sistema de gobierno podría soportar. Algunos hablan de rectificación; se trata en general de contrarrevolución. Es imposible excepto al precio de una guerra civil. Los conspiradores de junio o de agosto y los de hoy no tienen ni tendrán posibilidad alguna de triunfar, mientras pueda pensarse que tratan de someter a revisión las conquistas revolucionarias. La democracia cristiana no puede pensar en obtener por la vía legal la restitución de las empresas expropiadas desde hace un año. La crisis política se desarrolla sobre un fondo de revolución social. La derecha finge que mezcla los dos niveles y una buena parte de la izquierda hace otro tanto, sin darse cuenta de que con ello hace el juego de la derecha.

Este mismo razonamiento, este mismo llamamiento a la prioridad de las transformaciones sociales sobre el juego político, conduce a una segunda conclusión, en la que cada vez será más indispensable reflexionar. En cuanto a lo esencial, la revolución se ha hecho. Nadie puede negar que los centros de decisión económica están hoy en manos del Estado. ¿No es el objeto principal de la actividad política consolidar el nuevo régimen, es decir, restablecer la coherencia interna de un sistema económico, después de haberlo sacrificado a los avances del movimiento popular? La importancia de la inflación, la caída de la producción, la inminencia de las decisiones que tomar sobre el reajuste de los salarios del sector público, los efectos políticos negativos de la inflación y de la penuria, todo obliga a devolver la prioridad a la gestión económica. Tal es indudablemente el sentido del cambio de rumbo esbozado ya por Allende y concretado muy recientemente por la composición del nuevo gabinete.

Sin embargo, no es cosa de pasar de una fase movilizadora a una fase de gestión. Hace ya más de un año que los comunistas volvieron a tomar la dirección de la economía, y a pesar de ello, jamás se ha hablado tan poco de batalla de la producción y de relación de los salarios con la productividad.

Esto se explica en primer lugar por la crisis política absurda que acabamos de vivir, por las ilusiones contrarrevolucionarias mantenidas por el Partido Nacional o sus vanguardias terroristas, y por una buena parte de la democracia cristiana. Durante toda esta crisis, las fuerzas populares se han mantenido a la defensiva, pero lo bastante tirantes para que de todos modos le fuera imposible al gobierno pensar en la economía mientras amenazaba la ruptura política.

Por encima de esta observación de sentido común, hay que preguntarse si la revolución chilena ha alcanzado todos sus objetivos principales. He dicho al empezar los tres objetivos que había alcanzado y he indicado que probablemente quedaba un cuarto por conquistar. ¿Cuál? La reducción del poder de los *gremios*. La acción de los *gremios* forma parte del sistema político, como lo han subrayado excelentes analistas. No vuelvo a discutir el tema, pero los acontecimientos imponen completarlo y modificarlo. El sindicato de los camioneros quiere ante todo mantener su monopolio sobre el aprovisionamiento en vehículos y en piezas de recambio. De ahí se ha pasado a la sedición pura y simple. De la misma manera, los médicos van absolutamente más allá de sus intereses profesionales. Casi todo el mundo aprueba su actitud al denunciar la ausencia de medicamentos y hasta los efectos negativos del sectarismo en el funcionamiento de los hospitales. Yo apruebo también que protesten contra los salarios ridículamente bajos que les da el Servicio Nacional de Sanidad. Pero nada de esto explica que el cuerpo de médicos se lance de la manera más descarada del mundo a una campaña para el derrocamiento del Presidente. No estamos aquí al nivel del sistema político, sino al de los intereses de clase. De una manera menos

simple que en el caso de las minas, de la gran industria o de los *fundos*, pero no menos importante.

La población activa de Chile en 1970, según ODEPLAN (plan anual 1971) es de 3 millones de personas aproximadamente, de las cuales 738 000 están en la agricultura, 855 000 en las minas, la industria de transformación y la construcción, 173 000 en los transportes y 1 229 000 en el comercio, la administración y el conjunto de los servicios. El peso del terciario es por lo tanto enorme y manifiesta los obstáculos al desarrollo industrial. La reducción del sector primario se ha efectuado en beneficio del terciario y no del secundario. El sector asalariado burocrático del terciario es por lo general, arcaico; se puede y se debe criticar el funcionamiento de la administración pública o del sistema de enseñanza bastante más orientado desde hace mucho tiempo al secundario que al primario; resulta de ello que la reducción del aparato de Estado es poco probable y que su acción ha desarrollado también elementos modernizadores. La excelencia de algunos liceos y de algunas partes del conjunto universitario son factores positivos de desarrollo. En cambio, las clases medias liberales, el comercio y las profesiones liberales se mantienen de una manera que es incompatible con el progreso económico del país. En el caso de las "profesiones", liberales o no, su nivel de ingresos y su género de vida las colocan por lo menos en igualdad con sus homólogas de los países industrializados y muy a menudo por encima de ellas ya que el espacio y el trabajo humano son aquí baratos. Cada vez más las organizaciones profesionales actúan en un sentido opuesto al progreso económico y social. El movimiento comenzó durante el gobierno demócrata cristiano que era modernizador. De ahí el desplazamiento de una parte de los votos de la DC hacia Alessandri y el Partido Nacional. Ahora, la defensa de los privilegios profesionales y económicos se vuelve extrema y lleva a estas asociaciones a la lucha contra Allende. Las asociaciones profesionales temen por su monopolio, que asegura su integración en el mundo mercantil y en la clase dirigente. Tienen miedo a un gobierno dominado por la voluntad de reanimar los salarios bajos y que sacrifique los privilegios o los intereses de los grupos profesionales. Se trata, pues, de un conflicto en el que se ventilan intereses de clase. No son intereses centrales; las profesiones pertenecen a la pequeña burguesía en el sentido de que no poseen el poder económico central. No es, pues, fundamental que se destruyan por completo los privilegios actuales. Es incluso difícil cambiar de golpe la situación presente; pero el gobierno puede marcar claramente su victoria e imponer la caída del último gran bastión económico de la oposición. Los *gremios* se han empeñado a fondo. Aquí y allá se firman peticiones para la salida de Allende. Las mujeres de la burguesía han remplazado la cacerola por la pluma.

Allende tiene entablada su última gran batalla social. La más difícil políticamente, ya que frente a él no hay intereses poderosos y lejanos sino

una masa considerable y próxima de agrupaciones, asociaciones y sindicatos, fuertemente organizados y cuyo furor es tanto más grande cuanto que defienden unos intereses opuestos a la vez a los del pueblo y contrarios a las exigencias del desarrollo. Si gana esta batalla, adquirirá una solidez política que le permitirá abordar los problemas económicos. Pero esta batalla puede ser igualmente una derrota o cuando menos agotarlo de tal manera que provoque una crisis propiamente política.

31 DE AGOSTO: AVANCE DEL PC; RECUPERACIÓN DEL CONTROL DE LOS CORDONES; LA IZQUIERDA COMUNISTA; DEBILITAMIENTO DEL PS

El Partido Comunista, dando muestras de una tenacidad notable, recobra poco a poco el control de los *cordones*. Las autoridades de hecho que se habían constituido y que estaban dominadas por socialistas y miristas, suelen quedar en situación difícil a causa del empuje comunista, ya lo bastante eficaz para poder pedir unas elecciones regulares. Más generalmente, parece ser que en el conjunto de la vida sindical la fuerza de los comunistas asciende mientras que la de los socialistas baja. Esta evolución no puede separarse de cierto fortalecimiento de lo que se llama a veces la izquierda comunista y cuya personalidad más destacada es Figueroa. Es como si el Partido Comunista volviera poco a poco a tomar el control de las diversas orientaciones cuya combinación forma la Unidad Popular, según el esquema que he analizado. El Partido Socialista titubea, rezonga y parece dividido entre exigencias contrarias. Uno de los mejores sociólogos chilenos me recordaba que el Partido Socialista es todavía en la base una federación de caudillos, de jefes locales, cuya acción no está integrada más que al nivel de orientaciones propiamente políticas y generales. No ocurre lo mismo con el Partido Comunista, que tiene una visión nacional integrada. La capacidad de organización y de movilización del Partido Comunista es muy grande y cuanto más fuerte y agresivo es el adversario, más se convierte dicha capacidad en el arma principal del gobierno. Durante los primeros años de la Unidad Popular se trataba por el contrario de acelerar la expresión de proyectos revolucionarios. Los militantes socialistas supieron hacerlo, mientras que la estrategia comunista, esencialmente orientada a la salvaguarda de lo adquirido, se adaptaba mal a la situación. Pero esta riqueza extrema de la acción socialista está en peligro de volverse confusión cuando se trata de pensar más en términos de campo de batalla que de asamblea del pueblo. En estas condiciones, la recuperación del control de cierto populismo revolucionario por el PC, el tema de un movimiento de masas, pero dirigido por el proletariado, es decir, por el propio partido, adquiere una gran importancia. En el momento en que va a ser preciso a la vez negociar y desarrollar el empuje popular, el Partido Socialista, que no

tiene deseos de negociar, ¿no está perdiendo su capacidad de movilización? La marina, al acusar a Altamirano de haber participado en la insubordinación ocurrida en barcos y en establecimientos de tierra firme, ejerce por su parte una presión sobre la UP para que se descarte la tendencia más revolucionaria y sobre todo la más subjetivista del movimiento.

Estas transformaciones no se manifiestan de manera muy visible porque la atención pública no se dirige al movimiento obrero en este momento, sino únicamente a los acontecimientos propiamente políticos. ¿Pero es posible separar ambos planos? Al estudiar la coyuntura, no se trata de describir los problemas profundos de la sociedad chilena, sino al contrario ver cuál es la capacidad de presión política de los actores que se empeñan en una fase decisiva de la lucha. Ésta no puede ser ganada más que por el campo que haya unido más sus fuerzas. No ha llegado el momento de que las tres dimensiones de la Unidad Popular puedan separarse o por el contrario fusionarse. Pero el PC, que representa el grueso de la clase obrera, se esfuerza por conciliar las fuerzas institucionales, como lo ha demostrado su manifestación de apoyo al general Prats, y al mismo tiempo vuelve a hacerse cargo de la tercera componente de la UP, el populismo revolucionario.

La dinámica de la ultraizquierda es muy débil. El test capital era el paso de los *cordones* industriales a los *comandos* comunales. En esta dirección, no se ha franqueado casi ningún paso y no advierto mayor progreso en la actividad de los consejos comunales campesinos. El trabajo de agitación parece debilitado. A veces surgen actos de violencia, se ocupan algunas empresas; pero todo esto es limitado, por la imposibilidad de lanzar hoy un gran movimiento popular independientemente de las exigencias de la lucha política y de la urgencia de las decisiones económicas. Es posible quizá que no me encuentre yo en condiciones de evaluar toda la amplitud del retroceso de la movilización socialista. Repito únicamente que da fin un gran período, que ha estado dominado por el tono y los métodos del Partido Socialista, y que la UP será marcada cada vez más por la línea del PC. Si una parte de los socialistas se deja llevar por el atractivo de la ruptura, esto podría llegar hasta la formación de un partido único, ya que la preparación de las nuevas elecciones podría imponer un marco unitario más fuerte que el de la UP en 1969-1970.

31 DE AGOSTO: EL SISTEMA POLÍTICO DE LA UP, AMENAZADO POR LA CRISIS ECONÓMICA

El análisis del sistema político de la Unidad Popular debe completarse con la respuesta a esta pregunta: ¿cuáles son las condiciones que mantienen este sistema, amenazado a la vez por la fragmentación de las tres dimensiones y por su fusión?

En las sociedades en que la penetración del capitalismo encuentra la resistencia de una economía y de una clase dirigente arcaicas, apoyadas en un Estado despótico ligado a una ideología de la reproducción del orden establecido, el movimiento social popular no ha sido victorioso más que cuando ha opuesto al Estado que unificaba las fuerzas de su adversario un partido revolucionario orientado a la conquista del poder de Estado. Al despotismo del Estado responde la organización militar del partido revolucionario. Tal situación excluye en absoluto el tipo de acción que he descrito y cuyos elementos están débilmente integrados. No quiere decir esto que al nivel de las fuerzas sociales las orientaciones que he encontrado aquí no se observen, sino porque están cubiertas y unificadas a menudo brutalmente, por el papel central de la vanguardia revolucionaria. En esta situación, la de la Rusia zarista y la de la China durante la descomposición del orden antiguo y la guerra con Japón, el movimiento de clases, el movimiento nacional y el levantamiento popular se sobredeterminan mutuamente, se refuerzan y están unificados en la acción de un partido. En América Latina nos encontramos en una situación inversa, de subdeterminación relativa de los diversos planos de la acción social, porque el hecho primordial no es la resistencia de un orden estatal, sino la extremada debilidad del Estado nacional penetrado por el capitalismo extranjero que crea un dualismo estructural en todas las esferas de la vida social. Es falso oponer los países del capitalismo central donde la evolución social y política podría ser liberal, gobernada por la competencia de los grupos de intereses, a los del capitalismo dependiente, en los cuales la acción política centralizada desempeñaría siempre el papel central. En el interior de los países dependientes es preciso al menos oponer aquellos en los que esta hipótesis es acertada y aquellos en los que no se aplica y que son lo más directamente dependientes, donde la industrialización está impuesta por una burguesía extranjera. América Latina no es leninista. Incluso en Chile, donde el movimiento obrero ha estado animado desde hace cincuenta años por los comunistas, jamás hubo unificación de las fuerzas de transformación social en torno de un partido, vanguardia revolucionaria. Para que la unificación del movimiento de clase, del movimiento nacional y del movimiento de modernización se lleve a cabo, sería preciso que el país estuviera sometido a coacciones extremas que amenazaran su existencia. La crisis internacional, la amenaza de guerra extranjera, jamás fueron hasta ahora dramáticas. Pero la crisis económica representa una amenaza no menos fuerte. Chile sigue viviendo en la ignorancia de su situación real. Las dificultades actuales tienen que agravarse. Se habla en los medios oficiales del progreso de la próxima cosecha, pero comienza a decirse también que la huelga de los transportistas ha dificultado las siembras. En el plano industrial es un hecho indiscutible que la actividad ha bajado en estos últimos meses, a la vez por falta de aprovisionamiento y por crisis de autoridad. En las empresas pequeñas y medianas recién ocupadas, se trabaja de manera irregular.

La vida de la empresa no depende más que de los créditos concedidos por el banco central. Los nuevos dirigentes tratan a veces de obtener un provecho personal rápido de una situación cuya precariedad advierten. Sobre todo, ha dejado de existir coherencia entre precios y salarios. ¿Qué ocurrirá de aquí a pocos meses? ¿No habrá que recurrir a una especie de comunismo de guerra y se podrá evitar el caos más completo, si no existe un poder político capaz de volver a poner el país al trabajo y de acabar con un desorden que ha llegado a ser desmovilizador? A la hora actual, el sistema político de la Unidad Popular mantiene su unidad en torno del Presidente, comprometido este mismo en un enfrentamiento propiamente político con la oposición, los *gremios* sublevados o una parte del ejército. No creo que esta unidad, que mantiene la autonomía completa de los componentes del sistema y de los partidos que los representan, sea suficiente para tratar la crisis.

El Presidente, fortalecido por el enfrentamiento actual, quedará debilitado por las tensiones que van inevitablemente a desarrollarse en la izquierda. Lo ha dicho él mismo en su último discurso, declarando que no dimitiría más que si el pueblo y los partidos de la UP se lo pidieran, lo que quiere decir en el caso de una ruptura de la UP. La crisis económica puede imponer cargas insostenibles a tal sistema cuya debilidad procede de que todas las decisiones no pueden resultar más que de un largo enfrentamiento y de un chantaje permanente. ¿Quién podría afirmar hoy que todas estas combinaciones no van a volar en pedazos, a hundirse en el caos económico o a provocar un enfrentamiento directo?

El mantenimiento del sistema político actual o transformado supone una limitación de la crisis económica, el restablecimiento parcial del comercio exterior y la obtención de créditos durante la fase más difícil, la recuperación de la producción agrícola e industrial, una copiosa sangría fiscal sobre los beneficios acumulados, una eliminación de una parte de la moneda en circulación, un racionamiento de los productos de primera necesidad, etc. Las próximas semanas mostrarán si el gobierno posee la capacidad política de definir una política económica. En todo caso, la inmensidad de los problemas por tratar debería imponer a los actores principales una postrera negociación.

Cada uno de los protagonistas depende cada vez más de su adversario. ¿Qué puede hacer la UP si el Parlamento bloquea todas sus medidas financieras? ¿Qué haría un gobierno de derecha ante una huelga revolucionaria duradera? Durante un largo período se ha ido hacia los extremos, y esta tendencia es todavía la más espectacular, en el momento en que Santiago está rodeado de cordones y en que se sanciona duramente a unos marinos que se han agitado contra unos oficiales golpistas, en el momento en que la extrema derecha multiplica atentados y provocaciones. Pero el peligro de caos es grande. La UP y la DC pueden ser arrastradas en la misma catástrofe. No es cuestión de alianza entre ellas, sino únicamente de un diálogo

que es un enfrentamiento. Si toda tentativa en este sentido fracasa, me temo que ya nada detenga al país en la pendiente de la crisis general.

1 DE SEPTIEMBRE: GUERRA Y REVOLUCIÓN; OPOSICIÓN DEL CASO CHILENO Y DE LA SITUACIÓN LENINISTA O MAOÍSTA

Todo análisis de las luchas sociales y de las relaciones políticas en Chile debe reconocer que su forma actual está impuesta por la ausencia de conflictos internacionales. Hay que dejar sentada esta idea más claramente de lo que lo he hecho hasta aquí. ¿Conflicto de clase, lucha política, sublevación de los excluidos, se han soldado alguna vez en una acción unificada fuera de una presión extrema ejercida por una amenaza exterior? ¿Existen en la historia reciente revoluciones que no estén asociadas a guerras, directa o indirectamente? La ausencia de guerra y hasta de amenaza exterior es mucho más que una circunstancia favorable en la continuidad de la vía chilena. Es la condición principal de su existencia. Que asome por el horizonte la sombra de los *marines*, y el sistema actual reventará, será remplazado por un gobierno de Salvación Pública que derrocará el orden social establecido o será derribado por él, arrastrando en su caída todas las fuerzas revolucionarias.

Chile no ha estado dominado hasta ahora por la amenaza exterior. Sufre a causa de los obstáculos que le opone Norteamérica, pero el peligro así creado no es clara e inmediatamente mortal como en el caso de una guerra o de una expedición colonial. Su evolución desde hace tres años ha estado determinada en cuanto a lo esencial por factores internos y consecuentemente por la ausencia de un principio integrador de las diversas orientaciones de la acción popular. Con lo cual se llega a una segunda particularidad de la situación chilena. Porque el papel de la guerra no es esencial más que en la medida en que la sociedad atacada está dominada por un Estado y un sistema de reproducción cultural integradores y que imponen su poder absoluto a las fuerzas sociales y a sus conflictos. En esta situación, lucha nacional, lucha de clases y voluntad de modernización coinciden ampliamente; contra el Estado un partido único o hegemónico dirige la lucha y puede triunfar si la guerra destruye el sistema que él combate o también si la guerra coloca a toda la sociedad bajo su control casi militar. Incluso si Chile es de todos los países de América del Sur aquel cuyo Estado es el más fuertemente constituido, se trata de un Estado dominado por el juego político y los grupos de intereses más que de un Estado despótico, "oriental" o napoleónico. No existe en Chile ni factor interno —el Estado— ni factor externo —la guerra— de unificación de las luchas pendientes. La sola unidad entre ellas es la propuesta por las instituciones, fortalecida por la lucha de clases y sostenida por el movimiento

popular de base; es la persona del Presidente y el programa de la Unidad Popular sobre el cual se han puesto de acuerdo los grandes partidos. Es también la solidaridad contra el adversario de clase, que ha mantenido exclusiones sociales y del que se sabe que está apoyado por los norteamericanos. Pero ni el campo popular ni el campo contrario están unificados. Los actores políticos repiten día tras día lo contrario; para ellos todo es siempre enfrentamiento global entre el pueblo y la burguesía o entre la democracia y la dictadura. Pero los principios de unidad así introducidos son artificiales. La mayoría de las situaciones latinoamericanas son de este tipo; a esto se debe que sean frágiles, lo cual no puede justificar en ningún caso la idea de que sólo haya en ellas crisis estrictamente políticas y revoluciones de palacio.

Este tema es como un hilo de Ariadna que corre a través de estas páginas. A partir de fines del siglo XIX, el movimiento obrero revolucionario penetró en países autocráticos, lo cual agrega al pensamiento marxista original una línea intelectual y política nueva, la que va de Lenin a Mao. He aquí que el movimiento obrero penetra en un tipo de sociedades que es diferente a la vez de las sociedades capitalistas centrales y de las sociedades despóticas. Chile es en realidad el primer caso histórico de esta categoría, ya que Cuba era un país más colonizado que dependiente y sin instituciones políticas. De ahí el interés inmenso que el mundo pone en Chile. ¿No estamos viendo nacer al lado de la socialdemocracia o de los partidos obreros de la Europa occidental, al lado también de los partidos-Estados del mundo comunista, unos movimientos revolucionarios asociados al mantenimiento de un conflicto social, de instituciones políticas abiertas y de un Estado autónomo?

De momento, ahora que termina una etapa del gobierno Allende y de la crisis presente, la interrogación que domina las mentes es ésta: ¿una transformación profunda de la sociedad puede ser realizada a la chilena, es decir, sin poder absoluto? ¿Puede haber cambios revolucionarios sin revolución?

Una parte de las notas que he ido tomando día tras día constituyen un ensayo no sistemático pero continuo para responder a estas preguntas. Cuando Chile ha vivido desde el 29 de junio en la expectativa de un golpe de Estado militar y de un estallido del sistema político, he defendido en medio de los acontecimientos más apremiantes la idea de que la vía chilena tenía una capacidad muy grande de resistencia y que la fuerza de la movilización popular había vuelto muy improbable una victoria de la derecha demócrata cristiana y nacional. Paralelamente, he expresado constantemente mi angustia ante un caos que el sistema chileno está mal constituido para dominar. Hasta ahora la ausencia de amenaza exterior ha ayudado al mantenimiento de la vía chilena; el caos económico puede hacerla saltar, y caer finalmente en el precipicio. A corto plazo la amenaza va a endurecer las organizaciones y las relaciones políticas, pero sin que salgamos de una lucha de clases desbordada a la vez por el juego político y por movimientos

populares o extremos. Lucha patética de un sistema endeble contra las fuerzas que no logra dominar y que esta misma debilidad fortalece. Lucha en la que se ventila el mantenimiento de un sistema "abierto" de transformación social.

No trato de prever el futuro en mayor grado que los militantes políticos con quienes hablo. Como ellos, siento la extremada fragilidad de la situación actual. Todo parece en suspenso en este momento, casi inmóvil, y sin embargo, todo parece deber ir muy de prisa. Conozco a pocos, a derecha o a izquierda, que hablen de un porvenir que diste más de unos cuantos días o unas cuantas semanas; pero al mismo tiempo no se da ningún paso decisivo ni de un lado ni de otro y nada parece urgente. Diríase que vivimos más el destino que la historia de la revolución chilena.

El gobierno de la Unidad Popular resiste crisis extremas. No será vencido por sus adversarios de la derecha. ¿Pero no es el conjunto del sistema político el que será arrastrado por la crisis?

2 DE SEPTIEMBRE: LOS SOCIALISTAS Y LA NECESIDAD DE LA RUPTURA CON EL IMPERIALISMO; EL SOCIÓLOGO Y EL ACTOR POLÍTICO

Una vez más, anoche, oí el "tono" socialista escuchando a un militante importante del partido, que ocupa desde hace tres años un cargo administrativo muy alto. ¿Por qué esta obsesionante imagen del enfrentamiento inevitable? No faltan los argumentos. Unas explosiones interrumpen por un instante nuestra conversación. Los atentados se multiplican; el ejército y sobre todo la marina se muestran agresivos; de todas partes de la derecha se reclama la deposición del Presidente. Sin embargo, este tipo de explicación no basta. Los militantes socialistas expresan en la situación actual al movimiento revolucionario, pero en el interior de una acción y de un sistema políticos que sólo le permiten desarrollarse en parte.

El MIR ha tomado su decisión: no habla más que en nombre de un movimiento revolucionario. Esto da a su análisis coherencia y claridad. El Partido Comunista se ha situado de golpe a un nivel político, es decir, en el orden de lo posible. El Partido Socialista está gobernado a la vez por su participación motriz en el movimiento revolucionario y por su solidaridad con el conjunto de la UP. Su conciencia muy viva del enfrentamiento inevitable manifiesta la prioridad que concede a la conquista del poder. La lucha de clases debe desbordar en un momento dado los límites del juego institucional. Aun esta interpretación es insuficiente. Comprender la actitud del Partido Socialista es reconocer la extrema importancia para él de la Revolución cubana. Los comunistas se refieren con la misma frecuencia a Cuba y a Fidel; pero, para los comunistas, Cuba significa la adscripción al bloque socialista, en tanto que para los socialistas significa la ruptura con

el mundo capitalista. Dos imágenes complementarias y, sin embargo, muy diferentes la una de la otra. El espectro que puebla las noches socialistas no es el capitalismo ni la burguesía chilena, sino el imperialismo.

La evolución de Cuba estuvo determinada por el enfrentamiento con los Estados Unidos; el Partido Socialista no tiene razón al pensar que en una situación política y social como la de Chile, únicamente la ruptura con el imperialismo puede dislocar el juego político del Estado burgués y permitir el paso revolucionario al socialismo. Todo mi análisis de la situación chilena reposa sobre la idea de que combina tres dimensiones, tres órdenes de conflictos, tres niveles de acción política: las relaciones de dependencia, la lucha de clases y la participación institucional. Ante tal análisis, un socialista responde siempre que es aceptable como "descripción", pero que es preciso evidentemente colocar detrás de esta tridimensionalidad de las relaciones sociopolíticas la unicidad del actor revolucionario y no menos la del adversario. Si la ruptura parece inevitable, se debe a que es el paso necesario de esta complejidad de las relaciones actuales a la unicidad del enfrentamiento entre unos actores reales y simbólicos a la vez. ¿Cómo no reconocer la fuerza de esta posición? El actor político no puede pensar con las mismas categorías que el analista. La acción va acompañada necesariamente de un ideología que opone el actor a su adversario. Lo importante no es la definición precisa del actor y todavía menos el análisis de las relaciones sociales; es la imagen de la oposición y de la ruptura la única que moviliza. El Partido Socialista apela a la clase obrera y al pueblo, pero no puede salir de la complejidad de la vía chilena más que colocando por encima de todo análisis sociológico o económico la afirmación de la ruptura necesaria, antes de encontrarse directamente al nivel del actor revolucionario con quien se identifica.

La complejidad y la debilidad de esta posición consiste en que la ruptura con el imperialismo es la condición de desarrollo de una acción definida, ésta, en términos de lucha de clases. Se me responde que estas dos contradicciones no son en realidad más que una, ¿pero no sería esta realidad el mundo de las doctrinas muy aleadas de la realidad observable? De ahí el voluntarismo de la ruptura, el vértigo al borde del abismo.

¿Qué débil es el sociólogo ante esta exigencia de acción que puede arrastrar las multitudes y que marca profundamente la realidad nacional! Es débil, sin influencia, pero tiene razón, sin embargo, de no hablar desde el punto de vista del actor, aunque éste sea un actor histórico como el proletariado o el mundo colonizado, pero al nivel de las relaciones sociales.

El Partido Socialista quiere imponer por la acción del actor una unidad a un conjunto heterogéneo. De ahí el llamamiento mágico a la ruptura. El sociólogo, por el contrario, no conoce más que este conjunto y su ausencia de unidad fundamental. Pero yo quiero añadir inmediatamente que el sociólogo, reconociendo que el punto de vista del actor y el punto de vista del análisis son opuestos, no sólo se veda el derecho de condenar al

actor, cualquiera que sea, sino que sabe que su trabajo de análisis no es posible más que en el caso de que unas fuerzas sociales manifiesten los conflictos sociales. Existen luchas institucionales, conflictos de clases y alzamientos contra la dependencia. Mientras estas oposiciones son vividas por actores reales, mientras la historia está abierta, el cometido de la sociología es necesario y posible. Se vuelve imposible cuando el sentimiento del actor social está sofocado por orden del poder o por orden del contra-poder.

Si el mundo intelectual está tan profundamente marcado por el Partido Socialista es porque el análisis necesita esta distancia entre la acción y el análisis, que cada uno de los dos trata más o menos insidiosamente de reducir, pero que el romanticismo revolucionario del PS salvaguarda, porque no puede constituir un principio de ordenación de la sociedad real. Es una de las fuerzas que llevan a la sociedad chilena hacia adelante; su violencia, sus mismas contradicciones que tienen un precio elevado para el país, son sin embargo lo que constituye su particularidad y su grandeza. A causa de que existe es por lo que la multi-dimensionalidad del proceso revolucionario actual se mantiene. Las coacciones institucionales son fuertes, pero es indispensable no hablar únicamente de lo posible y creer en la ruptura. La sociología no vive mejor en las llanuras resguardadas de los vientos de la historia; muere en el invernadero del totalitarismo. Vive mejor sobre las cimas azotadas por los vientos contrarios y es allí también donde aporta lo mejor de su contribución crítica a la libertad y a la lucha contra los órdenes que se esfuerzan por cubrir con su actitud positivista las relaciones y los conflictos sociales.

La historia de la sociología ha estado profundamente marcada por sus vínculos con lo que se puede llamar el socialismo de izquierda para que una reflexión sobre lo que los opone no sea a la vez el reconocimiento de su interdependencia.

Vuelvo al tema de Chile. Comprenderlo es ante todo comprender al Partido Socialista, ya que desarrolla la conciencia de clase obrera, pero sin poder jamás aislarla ni de un sistema institucional abierto ni de una conciencia popular marcada por la exclusión y la fragilidad. Ciertamente es que aquí los movimientos sociales han alcanzado una fuerza excepcional, han estado menos que en otras partes sometidos a la lucha de un Estado y de un partido por el poder. El izquierdismo socialista es un llamamiento, que el mundo entero oye, a la independencia revolucionaria de los movimientos populares. Un régimen que es infiel a este llamamiento deja de ser un régimen popular. El drama es que este llamamiento a la organización de las masas, esta no existencia de un partido único suponen la complementariedad del movimiento revolucionario y del Estado. Problema constante que los países árabes no han sabido resolver jamás y ante el cual Chile fracasa a su vez. ¿Existe problema más difícil, situación más preñada de esperanzas y de peligros? El Partido Socialista se inclina a la vez hacia el partido único

y hacia un populismo revolucionario, opuestamente a los objetivos y a los métodos del PC. Ha contribuido en mucho a desorganizar el aparato de Estado. Parece incapaz de construir un análisis coherente de la situación chilena y, si la Unidad Popular se hunde, él es quien resistirá peor el derrumbamiento. Pero ningún movimiento popular latinoamericano puede existir sin este componente, que representa el Partido Socialista, que se ha expresado a veces por la guerrilla y a veces por los movimientos de masas y que significa el levantamiento del pueblo y de la clase obrera contra una dominación capitalista apoyada en la dependencia externa. Cuando una sociedad es dependiente, y no lleva en sí misma los factores principales de su funcionamiento y de su evolución, es difícil que las fuerzas populares puedan encargarse directamente de su transformación social. Protestan, rechazan, se insurreccionan; pero existe siempre tanto al nivel de la acción como al nivel de la situación cierta disociación entre la economía y las fuerzas sociales. De ahí el subjetivismo y el voluntarismo del izquierdismo de tipo socialista.

3 DE SEPTIEMBRE: COMPARACIÓN ENTRE LA CRISIS DE OCTUBRE Y LA CRISIS DE AGOSTO; DOS INTERPRETACIONES POSIBLES DE ÉSTA

La vida material es cada vez más difícil; el país está asfixiado por la ausencia de transportes y por la inflación. Los ricos no contienen su impaciencia; olfatean la muerte de su enemigo. La izquierda parece entumecida en la defensiva. De todos lados se anuncia, se espera la caída. Poco a poco, el sistema político parece a punto de dar el vuelco fuera de la realidad social. Se extiende la impresión de que los hechos decisivos están en otra parte: en la ausencia de pan, en los atentados, en el odio y en el miedo, en las armas escondidas tanto por la derecha como por la izquierda.

La crisis política se agrava. La huelga de los transportistas se eterniza; los *gremios* siguen sosteniéndola. Se espera la suspensión de la inmunidad parlamentaria de Altamirano y de Garretón, dirigente del MAPU. La confusión y el vacío de los últimos días disimulan de hecho el paso de una crisis a otra. El mes de agosto estuvo dominado por una crisis de gobierno, la entrada de militares en el gabinete, el peligro de *putsch* de la aviación y finalmente el hundimiento personal de Prats, que naufragó por la imposibilidad de combinar reformismo y constitucionalismo, de repetir la experiencia de noviembre de 1972. Salimos lentamente de esta crisis que Allende dominó con mucha habilidad. Pero entramos sin discontinuidad visible en una crisis mucho más grave. El ataque de los *gremios*, las declaraciones agresivas del Parlamento revisten una gravedad excepcional, porque están dirigidas contra un Estado debilitado, agotado, que ha sorteado muchos

escollos pero que no parece tener fuerza propia. No dudo que tenga un fuerte apoyo popular, pero la crisis actual es ante todo una crisis de poder.

Ahora es cuando aparecen las diferencias con la crisis de octubre. Si se comparan los hechos, las fuerzas en acción, las declaraciones hechas, el paralelismo es notable. En octubre también la derecha pasó de la lucha económica a la acusación constitucional contra el Presidente, por lo tanto, el ataque político directo. Esta escalada fortaleció al Partido Nacional que desbordó una democracia cristiana vacilante entre el poder legal y el recurso a la violencia, antes de optar francamente por la vía legalista. Los médicos, en octubre como en agosto, entraron en la lucha con mucha mayor violencia que los pequeños comerciantes. Podría añadirse que los militares entran en el gobierno al final de la crisis de octubre, pero aquí la diferencia con agosto de 1973 se hace evidente.

Las dos crisis son bastante semejantes socialmente; políticamente son muy distintas. El juego político aparece todavía muy abierto en la segunda mitad de 1972. Frei orienta toda su estrategia sobre las elecciones de marzo del 73, que presenta como un plebiscito. Los militares intervienen en el gobierno como mediadores y moderadores, restituyendo empresas y limitando las iniciativas de las JAP. En la Unidad Popular, después de julio de 1972, la política de Orlando Millas ha remplazado oficialmente la de Pedro Vuskovic y busca el apoyo de las clases medias y el desarrollo de la producción más que el desencadenamiento de las fuerzas revolucionarias. En fin, a pesar de la fuerza del avance inflacionista y el comportamiento inquietante de la producción, las exigencias económicas no parecen absolutamente apremiantes. Los dos campos enfrentados, que chocan económicamente y que se oponen el uno al otro como dos bloques de clases, reconocen la existencia entre ellos de un campo institucional donde se sitúan las elecciones, donde interviene el ejército, donde se asientan las famosas clases medias que todo el mundo se disputa. Este campo institucional existía desde el comienzo, no había sido afectado por la victoria de Allende y éste no se había decidido jamás, incluso después de éxito en las elecciones municipales, a correr el riesgo de un referéndum. En cambio, las fuerzas sociales se habían movilizizado poco en los comienzos de la presidencia. Los temas antimperialistas lanzados en el momento de la nacionalización del cobre habían encontrado pocos ecos. Es la lucha de clases la que provoca la verdadera movilización. La crisis de octubre es, pues, la invasión del campo institucional por la lucha de clases. Su resultado principal es la elevación del nivel de combatividad de ambos lados, pero sobre todo del lado popular. La política económica del PC había estado acompañada, de rechazo, por la formación de los primeros *cordones* industriales, por lo tanto de una acción de clase en la base. El movimiento adquiere gran amplitud durante el mes de octubre; se mantendrá muy vivo hasta que la sublevación de Souper, el 29 de junio, le da su mayor extensión. Pero en octubre el sistema institucional se mantiene sólido, cojín

entre ambos campos, lo que permite a los militares y sobre todo al general Prats, ministro del Interior, es decir, jefe del gobierno, aparecer como árbitro de la situación. En agosto ninguno de estos fundamentos de la autonomía del juego institucional existe ya. En primer lugar, ningún partido puede ya apuntar a una solución electoral y legal. Las elecciones de marzo hicieron desaparecer la esperanza de la DC de reunir las dos terceras partes de los votos del Parlamento para destituir legalmente al Presidente, y ya no hay ahora elecciones generales hasta 1976. Además, el PC, sin dejar de mantener sus orientaciones generales, está marcado de manera más visible por la tendencia CUT, la de Figueroa y de Godoy, que insiste en la necesidad de atraer el movimiento popular. En fin, los militares han sido llamados al gobierno; pero su capacidad de arbitrar el enfrentamiento se ha revelado pronto insuficiente. Prats ha sido tragado en la lucha.

Es tentador decir que el empuje revolucionario y la acción contrarrevolucionaria se han desarrollado a tal punto que el enfrentamiento es ahora inevitable. En el curso de las últimas semanas el ejército ha intervenido menos como intercesor que como amenaza de golpe de Estado. La movilización obrera sigue siendo fuerte; la manifestación de la UP mañana será un gran éxito, a diferencia de la precedente, de apoyo al general Prats, que fue un fracaso porque su objetivo era irrisorio. Los *gremios* se han lanzado a fondo, el Parlamento ha emitido los votos más firmes contra Allende, los tribunales no regatean su apoyo a la derecha, los sucesos de la marina parecen indicar el pretexto para una ruptura, como el incendio del Reichstag. Esta representación de la situación actual no es la única posible, pero implica una consecuencia que me parece inevitable: no puede haber después de la crisis presente *match nulo* o recurso de un arbitraje.

El mundo de los intermediarios ha sido remplazado por coacciones externas al juego político. Los dos bloques en presencia han sido encerrados por la economía y por los militares en un recinto cerrado y atrancado. Si no logran definir sus relaciones de una manera compatible con el mantenimiento de la organización económica y política del país, no es únicamente el sistema institucional, son también las fuerzas sociales mismas las que serán arrastradas en la crisis. La democracia cristiana corre el peligro de ser la principal víctima del desastre, ahora que éste se manifestará primero por el estallido de la izquierda.

Dos caminos quedan abiertos: Chile puede ir o bien hacia el mantenimiento de las relaciones de clase en el interior de ciertos límites, o al hundimiento general a la vez de las formas institucionales y de las luchas sociales, en beneficio de los militares actuando entonces en nombre de las exigencias de salvaguarda del Estado y de la lucha contra las fuerzas populares. Octubre marcó la entrada de las luchas de clases en el interior del sistema político. La crisis de agosto lleva a primer plano el sistema institucional, pero en forma de coacciones, de límites, y no ya de posibilidades de maniobra. Ninguna fuerza social puede perdurar si no es capaz hoy de

definirse en relación con estas coacciones institucionales. De ahí la situación difícil en que se encuentra y se encontrará cada vez más el Partido Socialista, que jamás se preocupó mucho de tener una estrategia política de conjunto y que se contenta con llenar, hasta ahora con gran éxito, el inmenso espacio que separa la estrategia del PC y la del MIR. La hipótesis de un acuerdo o de un equilibrio entre los dos campos en el interior de coacciones definidas por el ejército y por la situación económica se juzgará muy pronto, quizá de aquí a una semana. A decir verdad, la formulo porque corresponde a la formación del nuevo ministerio y probablemente a los deseos del PC, pero me parece ya altamente discutible. Los problemas que resolver son tales que, para dominarlos, se necesitaría un Estado fuerte combinado con una poderosa movilización popular. Tampoco creo en la fuerza irresistible de los extremos. Pero se ha abierto un vacío en el centro de la sociedad, en el lugar del Estado, y poco a poco toda la sociedad va siendo arrastrada al vacío. Desde fines de 1971, Chile ha vivido la hora de los movimientos sociales; lo que hoy contemplo no es el triunfo o la derrota de un movimiento u otro, sino el derrumbamiento del Estado, una crisis política, porque la misma crisis económica no es otra cosa que la expresión de una ausencia de gestión de la economía nacional, la sumisión de las necesidades de la producción a las exigencias de la lucha social: la huelga de octubre, la de los mineros, la huelga actual arruinan la economía, atacada del otro lado por el descenso de la actividad en el campo y en la ciudad. Dura lección para quienes no concebían la sociedad más que como un escenario en el que se enfrentaban unos personajes. Los comunistas son los únicos que reconocieron la importancia central del Estado en el proceso chileno, pero su análisis no pasó de ser mecánico y su acción ha sido desbordada constantemente. Las revoluciones han sido en nuestro siglo conquista del Estado. En Chile, más que en cualquier otra parte, es movimiento popular. Pero ha despreciado el problema del Estado y se ha vuelto a encontrar llena de potencia pero sin poder.

Hemos salido de la "pequeña" crisis gubernamental, la que ha llenado el mes de agosto. Ya hemos entrado en la gran crisis, crisis del régimen y del Estado, cuyo desarrollo es imprevisible ya que sus actores se mantienen ocultos; ¿cuál es la capacidad real de movilización popular? ¿Cuáles son los sentimientos del ejército y no solamente de los ministros militares? Únicamente los *gremios* se han lanzado ya a fondo. Su acción impide una solución estrictamente política. La UP sólo puede sobrevivir si se afirma a la vez como fuerza revolucionaria y como aparato de Estado. Creo que no ha perdido nada del apoyo popular, pero que ha hecho fundirse al fuego de las luchas políticas el arma del Estado de que tanta necesidad tendría. Creo sobre todo que le costará mucho trabajo asociar su tendencia gestora y su tendencia impugnadora, que se alejan cada vez más la una de la otra. Allende, y la Unidad Popular con él, son descuartizados.

En la misma medida en que constantemente he pensado que Allende

dominaría la crisis gubernamental de agosto y que la unión DC-ejército para derribarlo no se realizaría jamás, ahora, ante los problemas reales de la sociedad y del régimen, siento al Presidente consciente a la vez de las realidades e impotente para dominarlas.

No es casual que las noticias sean estos días menos urgentes. El chaparrón ha pasado; llega la tempestad.

4 DE SEPTIEMBRE: EL MOVIMIENTO OBRERO REVOLUCIONARIO

Es difícil utilizar los resultados de una encuesta llevada a cabo hace seis años para comprender las conductas obreras de hoy. Sin embargo, no puede existir una ruptura completa: la situación de trabajo y la organización sindical no han cambiado por completo y sin dejar rastro. El resultado más impresionante de la encuesta sobre la que ya he reflexionado es la separación que existe, para los obreros interrogados, entre el nivel de la empresa y el de la sociedad. En el contexto de 1967 se podía llegar a la conclusión de un sindicalismo tradeunionista superado y orientado por unos partidos políticos. Los hechos no parecían contrarios a los análisis de Lenin en: *¿Qué hacer?* La CUT estaba entonces mal enlazada con la base. Entre los problemas profesionales y el alistamiento político había una gran distancia. Pero esta separación puede tener otro sentido en otra situación social y política. ¿No arroja luz sobre la capacidad de lanzar acciones de base, de ocupar fábricas, de formar cordones industriales, de rebasar la política de participación y de cogestión concebida por el Partido Comunista?

La fuerza de la acción obrera, no reivindicativa sino revolucionaria, no cercana del tradeunionismo sino más bien del sindicalismo y de la carta de Amiens, es uno de los rasgos más característicos de la vía chilena. La derecha no cesa de denunciar este movimiento de base y sus consecuencias económicas nefastas: punto de vista que yo no acepto en absoluto. La descomposición de la producción es un hecho general y que se debe a la crisis política, social y económica del país; en modo alguno es característica de los movimientos revolucionarios, y la huelga de los camioneros o la de los mineros del cobre ha costado mucho más al país que las ocupaciones de fábricas.

Pero ocurre que este movimiento obrero revolucionario interviene también en el juego político de la izquierda; está constantemente escindido y descompuesto por las luchas de los partidos. "Miristas", socialistas y comunistas se disputan el control de los *cordones* y de las fábricas ocupadas. El movimiento obrero de base no tiene la capacidad de desarrollarse por y para sí mismo como fue el caso en Europa occidental a principios del siglo XX; pero indica la autonomía de un movimiento de clase asociado al

poder gubernamental sin estar sometido a ninguna organización política. Esta autonomía lleva consigo flaquezas. El movimiento de base es más la afirmación de una fuerza popular que una fuerza social guiada por un proyecto político. Los cordones desempeñan una función sobre todo defensiva. Los obreros no aceptarán la restitución de las fábricas a sus antiguos propietarios. Los *campamentos* son unos agentes de intervención ante los poderes públicos. Ni en un caso ni en el otro veo dinamismo capaz de crear unas fuerzas y unas formas políticas nuevas. En cambio, esta conciencia revolucionaria es una defensa contra la omnipotencia del Estado estratega e ideólogo.

Se inscribe en el conjunto de la situación chilena. Es la apertura del sistema institucional que permite el mantenimiento de un empuje o incluso de una oposición izquierdista. Ésta a su vez obliga al gobierno a no identificarse con un partido o con una organización política particular. Una vez más, lo que explica las conductas sociales y políticas es la relativa autonomía de la participación en el sistema político, de la acción de clase y del alzamiento popular. La acción de clase ocupa una posición central, pero su dirección se inscribe en el sistema político mientras que su base está vinculada al alzamiento popular.

4 DE SEPTIEMBRE: LA EMPRESA INDUSTRIAL SACRIFICADA; LA UP AMENAZADA POR EL CAOS Y NO POR EL ENFRENTAMIENTO; MOVILIZACIÓN O DESCOMPOSICIÓN; ENTRAMOS EN EL PERÍODO DECISIVO

Larga reunión anoche con los dirigentes de una gran empresa pública, cuyo director general es una personalidad política conocida.

Por un momento la actualidad cambia de enfoque. Ya no se trata de estrategias y de suposiciones, sino de la actividad económica del país. La situación es espantosa. El sector público está profundamente lesionado por la distorsión de los precios en favor del sector libre; la actividad económica está asfixiada por la huelga de los camioneros que lleva ya más de un mes de duración en un país en el que la gran mayoría de los transportes se hace por carretera. Las autoridades ministeriales responden a las presiones de los grupos de trabajadores imponiendo a las empresas cargas sin ninguna relación con sus posibilidades.

La producción parece importarle muy poco a la sociedad chilena actual, comprometida en una lucha por la destrucción o la supervivencia del régimen. Se dice que la huelga de octubre del 72 costó 200 millones de dólares. ¿Cuánto lleva costando ésta? ¿Puede imaginarse un país cuyas dos terceras o tres cuartas partes de los transportes permanecen inmobilizadas durante más de un mes, período enteramente ocupado por maniobras políticas, por no disponer probablemente el gobierno de los medios de

imponer una vuelta al trabajo o de organizar unos medios de transporte de remplazo, y permaneciendo en el fondo absolutamente pasivo? Los periódicos de derecha y de izquierda vienen llenos de las hazañas de Vilarín y de Jara; ni una sola vez ha hablado realmente el gobierno de los problemas de la producción, ni lanzado un llamamiento a los sindicatos. Es inquietante ver los *cordones* industriales, o los grupos "miristas" en pie de guerra, encaramados sobre una mesa cuyas patas carcomen los terroristas Jara y Vilarín. Multiplíquense las grandes declaraciones ideológicas y nadie parece preocuparse seriamente por la economía que se va al diablo.

No estoy seguro de que sea realmente útil reflexionar sobre el cometido de las empresas en la sociedad chilena actual, ya que este cometido se limita con mucha frecuencia a constituirse en unas agencias externas del sistema de redistribución del Estado. Quiero, sin embargo, hacer un esfuerzo. En la industrialización de tipo soviético todo está dominado por la acumulación socialista, el fortalecimiento de la gran industria y del poder de Estado; así se crea una sociedad tecnocrática y militar. Las demandas de los consumidores y de los ciudadanos no son fácilmente expresadas. Se comprende la importancia en este conjunto del cisma yugoslavo y del tema de la autogestión como instrumento de ruptura de un orden social enteramente orientado hacia la acumulación y por lo tanto, hacia el fortalecimiento del poder económico. En Chile es por el contrario la demanda social la que lo invade todo. Ya se trate de un populismo demócrata cristiano o de un populismo revolucionario a lo Vuskovic, se asiste a una generalización de las reivindicaciones de los grupos de presión, a una extensión casi infinita del sistema político. Ya no es el consumo lo que se sacrifica a la producción, sino la producción al consumo. Esto indica la tarea fundamental, indispensable de las empresas, que tienen que constituirse en grupos de presión política. Es preciso que la empresa productora de acero forme un frente en el cual entren las organizaciones políticas de las ciudades donde se encuentra la industria siderúrgica, los sindicatos de los obreros del acero, los utilizadores del acero, particularmente en la construcción, ¿y por qué no el propio ministerio de la Construcción? Lo mismo debe ser para las demás grandes industrias.

El poder político es hoy mucho más receptivo a una presión política inmediata que a un cálculo económico a mediano plazo. La empresa tiende a protegerse remitiendo hacia arriba las decisiones, ya que carece de capacidad política; ahora bien, cuanto más remontan las decisiones más van contra la empresa. Es preciso invertir el movimiento; es preciso que la empresa aumente su poder de decisión y, sin caer en la paradoja, es preciso reivindicar para la empresa el derecho a la autogestión, cuando está administrada en función de imperativos y de presiones exteriores a ella. No se habla de la vía chilena más que al nivel político e ideológico general. Si ha de subsistir, no puede ser más que organizando un modo específico de gestión económica. De lo que Chile tiene hoy más necesidad es de émulos

de Mattei. En un sistema político muy abierto, es preciso que existan grandes creadores de industrias que constituyan fuerzas políticas por sí mismos, empresarios, pero que piensen en los intereses generales de la sociedad.

¿Hasta cuando podré interrogarme sobre el sentido de la evolución de Chile popular? Desde mi llegada, mis observaciones están puntuadas de semana en semana por juicios muy sombríos sobre la situación económica. He dicho muchas veces por qué salió Allende tácticamente vencedor de la crisis de agosto y por qué esta crisis no afectaba a lo esencial. Quiero volver a estos temas constantes, pero utilizando la tinta más negra posible.

Ya he hablado de la índole del sistema político y de los movimientos sociales en Chile. Mientras este sistema político resista, permite una solución de centro izquierda que es la UP y una solución de centro derecha que puede estar o bien en manos de militares a la peruana, o bien en las de la democracia cristiana. Hasta ahora he visto más unidad a la izquierda que a la derecha, y por lo tanto, una ventaja táctica para la primera. Pero una vez consideradas todas estas hipótesis, hay que llegar a la que corresponde mejor a la situación presente. Mientras los socialistas profetizan el estallido, yo veo por doquier la asfixia. Veo a unos luchadores que pugnan cerca del timón y que no pueden dejar su lucha, en tanto que el navío corre a la deriva y es desmantelado por la tempestad.

La derecha no tiene solución política a la vista; se lanza a una campaña de destrucción del país. Para ella, todo vale más que Allende. Porque éste es el diablo, todo se vuelve permitido y casi sagrado. Los transportistas no vacilan en arruinar el país, los profesionales están dispuestos a suspender indefinidamente el trabajo. Piensan que no corren ningún riesgo, puesto que se han recobrado de su derrota de octubre de 1972, y que en cambio tienen todo que ganar. En la producción, son numerosos los mandos que hacen una semihuelga de brazos cruzados o que se acerca al verdadero sabotaje. Como la UP dispone de grandes fuerzas y de un apoyo popular importante, y ocupa el poder ejecutivo, la guerra institucional entre el ejecutivo de un lado y el legislativo o el judicial del otro puede durar muchísimo tiempo, hasta el agotamiento total del país arrastrado por una marejada inflacionista. Todo concurre a destruir la economía, y está próximo el día en que habrá que importarlo todo. ¿De dónde y con qué dólares? ¿Puede creerse que la URSS vaya a asumir la carga de la economía chilena?

Hoy, el caos no es únicamente la amenaza mayor; ya está presente. ¿Cómo puede el gobierno dominar tal crisis sin recordar que es un gobierno de Unidad Popular, sin desencadenar las fuerzas populares que lo apoyan? ¿Quizá es demasiado tarde, quizá las condiciones políticas no permiten tomar ese camino? Quizá . . .

Pero si este desgarramiento no es posible, es el caos en breve plazo, y el gobierno Allende está en peligro de que la historia le haga cargar con

todos los pecados de la socialdemocracia indecisa, parlanchina y perdida por su propia habilidad. Hoy hace tres años que Allende fue elegido, y dentro de unas horas un desfile popular celebrará este aniversario. Todo se ha desarrollado mucho más de prisa de lo que se había previsto y las dificultades no se presentaron allí donde se esperaba. Este aniversario nos sitúa no en un espíritu de conmemoración, sino en un momento de la decisión. El porvenir de Chile se juega en las semanas actuales. En 1970, los dos meses que separaron la elección de Allende de su llegada al poder, del 4 de septiembre al 4 de noviembre, estuvieron cargados de crisis: asesinato del general Schneider, fuga de capitales y verdadero sabotaje de la producción, últimas maniobras de Alessandri (el rival de derecha de Allende). Entramos en un período todavía más peligroso. La crisis de agosto era absurda, confusa. Ahora estamos muy cerca del momento de la verdad.

Allende no se puede salir de la vía chilena; al mismo tiempo no puede dominar la crisis de otro modo que lanzando una gran movilización popular. ¿Estas dos exigencias son contradictorias? Lo menos que puede decirse es que tiran del gobierno en dos sentidos opuestos. Esta oposición no puede ser superada o controlada más que si el cochero tiene buen puño. No basta ya tener una *muñeca de oro*, como se dice aquí, una gran habilidad. Hay que poseer fuerza política, es decir, una unidad de organización y de orientación, un gobierno que sea realmente de seguridad nacional. Cada día que pasa disminuyen las posibilidades de una solución más o menos ordenada.

Ignoro el final del drama, pero se decidirá en caliente. Allende no tiene hoy la capacidad suficiente para triunfar de la crisis; su única posibilidad es un levantamiento en masa ante la muerte. ¿Pero puede esta insurrección ser el arma de un gobierno, cuando éste no se apoya en un partido leninista ni dispone tampoco de un aparato de Estado fuerte y fiel?

5 DE SEPTIEMBRE: EL DESFILE POR LA DEFENSA DEL GOBIERNO POPULAR; LA OPOSICIÓN MASAS-CLASE MEDIA Y SUS RELACIONES CON LAS TRES LÍNEAS DE CONFLICTO DE LA SOCIEDAD CHILENA

¡Al fin! Por el tercer aniversario de la elección de Allende, por la defensa del gobierno popular, el pueblo de Santiago ha subido hacia La Moneda; ha desfilado durante horas por delante de las tribunas adosadas al palacio y que miran hacia la plaza de la Constitución. Inmenso movimiento, tan sencillo y tan potente como las dos manifestaciones que lo precedieron, organizadas por la CUT, habían sido titubeantes e inseguras.

El país está políticamente dividido en dos. El mismo día, un incidente

en Leyda, entre camioneros y gendarmes, causaba un muerto. Los sindicatos de profesionales, el comercio y naturalmente los transportistas continúan su huelga. La clase media proclama su repulsa al régimen; se firman peticiones ante la Universidad Católica para la dimisión del Presidente. ¿Pero por qué un presidente, legítimamente elegido y cuya base electoral es más importante que lo que era la de Frei en medio de su presidencia, un presidente apoyado por una masa popular impresionante, habría de dimitir por la presión de los camioneros, de los médicos y de los tenderos?

Los volantes recogidos durante la manifestación muestran evidentemente las diferencias entre las tendencias de la izquierda. El PC sigue dirigiéndose sobre todo a las fuerzas armadas y afirmando la necesidad del diálogo. El MIR, el MAPU y una parte del PS hacen un llamamiento al poder popular y protestan contra las torturas de que han sido víctimas unos marinos y contra la amenaza de *desafuero* (suspensión de su función parlamentaria) que pesa sobre Altamirano y Garretón.

Pero el acontecimiento lo constituye la presencia de centenares de millares de trabajadores desfilando ante el Presidente. ¿Qué significa esta unidad? Mi análisis se basa sobre la idea de las tres dimensiones de los conflictos y de los movimientos sociales. ¿El movimiento popular es como el Dios de los cristianos: uno en tres personas?

En todas las sociedades latinoamericanas existe esta separación entre lo que llaman el pueblo y la clase media. Las ciudades hacen visible esta separación: En Santiago, el *barrio alto* se opone brutalmente a los barrios populares; en Bogotá, el Norte y el Sur son dos ciudades más separadas que el París burgués y el París popular de Haussmann. Esta dicotomía desmiente la imagen de la clase media; demuestra que las categorías medias son arrastradas a una oposición entre la burguesía y el pueblo y de hecho sirven de base de apoyo político a la burguesía. Es el orden urbano el que impone esta dicotomía.

La clase rica es mucho menos productora que consumidora, como lo ha subrayado bien Celso Furtado. De ahí la importancia de sus adeptos y su capacidad de protección del pequeño comercio, de las profesiones liberales, de los maestros, a la vez que sabe mantener sus privilegios y sus medios propios de reproducción. Del otro lado, la clase obrera no es separable del mundo de los "marginados" y de los que son víctimas de la exigüidad del mercado interno, del estancamiento de las industrias de consumo y del adelanto tomado por el urbanismo sobre la industrialización. De ahí esta doble reagrupación: burguesía y clase media; clase obrera y "pueblo" y la profunda separación social y cultural de la sociedad de la que los franceses no se hallan tan lejos y que recuerdan al contemplar las imágenes de 1936.

Pero sería un error creer que esta separación es total; va asociada a una fuerte participación en el sistema institucional y en el juego político.

Esta masa popular que desfilaba ayer es al mismo tiempo lo contrario

de una masa: eran muy raros los que no seguían la bandera, el estandarte o el cartel de un partido. Muchos disponen de instrumentos de influencia; sindicatos, municipios, asociaciones de *pobladores* y hasta empresas dirigidas por un militante de su partido.

En *El Siglo*, del PC, de esta mañana, aparece el título: "El pueblo aporta un apoyo decisivo al gobierno constitucional." Algunos se levantan contra las instituciones, contra el Estado burgués. No son la mayoría, y el objeto de la manifestación es también defender al Estado contra la amenaza de golpe, a la vez que al pueblo contra la burguesía. No existe, pues, contradicción entre el hecho masivo e impresionante del desfile popular (y del vacío de los barrios ricos) y la complejidad del análisis que me parece corresponder a la situación chilena. Cuando se trata de comprender el conjunto del proceso del cambio social, es necesario proceder muy analíticamente siguiendo la mezcla de las tres dimensiones: populismo revolucionario, lucha de clases y participación institucional. Pero cuanto más nos acercamos a los acontecimientos, a los actos políticos concretos, más nos encontramos o bien ante la pareja clase obrera-pueblo o ante el enlace clase obrera-participación política. Si, finalmente, nos interesamos por las representaciones, por la manera en que está vivida la situación, es ciertamente la oposición más simple y menos precisa: pueblo-clase media, la más extendida. Los que desfilaban ayer tenían conciencia de ser el pueblo; pero las posiciones políticas que expresaban iban o bien hacia la defensa institucional de un gobierno popular, o hacia el desarrollo de un poder popular gravitando sobre las instituciones. Si, finalmente, nos interrogamos sobre las relaciones entre el movimiento popular y sus adversarios, habremos de volver al análisis más complejo y distinguir las tres dimensiones de la Unidad Popular.

Esta unidad histórica concreta que es el pueblo no puede ser confundida con la clase obrera, tal como está construida por el análisis, actor definido por su posición en una relación de clases mucho más que personaje histórico. No se puede hablar del pueblo sin reconocer que entre esta masa y la acción política que la misma apoya existen no pocos intermediarios. Hay quienes, como los comunistas, insisten sobre todo en las condiciones de la acción política; son sensibles a las relaciones de clase y no menos a las relaciones políticas y a la estrategia de guerra social. Otros conciben el pueblo como un actor real, como una comunidad. Tratan de liberarlo de sus trabas y de permitirle auto-organizarse. Jamás el debate entre estas dos concepciones que son también dos conjuntos de actitudes se cerrará.

Los mejores dirigentes del movimiento obrero son los que, como Rosa Luxemburg, han tratado más constantemente de conciliar las dos posiciones, la espontaneidad y la organización. Pero América Latina es a la vez el continente donde ha nacido Fanon y aquel donde se habla más de alianzas de clases. Hay una distancia inmensa entre el pueblo y el partido, cualquie-

ra que sea éste. La Unidad Popular chilena la ha reducido más que ningún otro movimiento popular. No puede hacerla desaparecer, y yo me preguntaba, en medio de la columna en la que iba hacia la plaza de la Constitución, si esta distancia no aumentaba de nuevo y si esta manifestación de masas no quedaría como el esfuerzo supremo para crear una política popular, para soldar el movimiento popular y la política gubernamental, en el momento en que se revela cada vez más difícil la conciliación de una estrategia sutil y de una movilización de las masas. Las masas desfilaban ante la tribuna; un altavoz les pedía que avanzaran para dejar el lugar a los que llegaban detrás. Las masas pasan, aplauden, muestran su ardor revolucionario, y después, a unos cuantos metros de la tribuna se dislocan y dejan a los jefes de los partidos ante el tablero político.

6 DE SEPTIEMBRE: LA CRISIS DEL ESTADO; LA SOCIEDAD A LA DERIVA

La manifestación masiva de las mujeres de la oposición en el centro de Santiago no puede por sí misma alterar la situación política. Pero se sitúa en un conjunto que le da mucha importancia. La oradora principal de la manifestación fue la mujer de un camionero. La huelga de los transportistas se ha convertido en el símbolo de la lucha a muerte contra este gobierno, y lo que es más grave todavía, la demostración de la impotencia del Estado.

Los ministros militares se han dado cuenta de que los transportistas se estaban burlando del gobierno y que no trataban más que de prolongar interminablemente la crisis. ¿Pero qué hacer? ¿Enviar la tropa? Si algunos generales están en el gobierno y condenan la maniobra de los transportistas, no hay que pensar que los comandantes de unidad se lancen a la represión contra la derecha. El ejército es y ha sido constitucional y profesional. Pero está vinculado socialmente a la burguesía. Muchos oficiales están casados con mujeres de la burguesía de provincia, arruinada por la expropiación de sus *fundos*. Cuando la derecha incita a la crisis, sabe que el Estado no tiene los medios de reaccionar, y piensa precipitarlo así a una caída mortal. El Estado se halla paralizado; los funcionarios están entre las principales víctimas de la inflación, y se muestran reservados o agriados. El partidarismo ha dirigido contra los partidos de gobierno a los profesionales de la función pública. La Contraloría, los tribunales son hostiles al gobierno. El ejército está a la expectativa, amenazador, hostil. No ha podido tomar aún la iniciativa de un golpe de Estado, pero a cada momento puede intervenir, para evitar, alegará, la guerra civil.

La Unidad Popular no se ha dado unidad. Sigo pensando que la situación chilena no es leninista. El deseo de un partido único de trabajadores es vivo y yo comprendo este deseo, porque la ausencia de unidad de acción

se deja sentir, pero todo se opone a esta solución. ¿De dónde puede venir, pues, la unidad si no es de un partido? Del Estado, y de él solo. No de la sola personalidad de un presidente, sino de un aparato de Estado. Ahora bien, Allende es un hombre de movimiento y de partido, no un hombre de Estado, quiero decir un hombre cuyo objeto es fortalecer el poder de Estado.

El pensamiento socialista en Chile en particular, pero también en toda la izquierda latinoamericana, comete su mayor error a propósito del Estado. No habla más que en términos de clases sociales, de burguesía y de proletariado obrero y campesino. No lleva ninguna cuenta real de lo que tantos buenos economistas y sociólogos han puesto en evidencia: la importancia de la dependencia respecto del capitalismo extranjero. Una consecuencia de esta dependencia es que la pareja burguesía nacional-proletariado es menos importante que la pareja capital extranjero-Estado. El Estado puede ser el agente del capital extranjero y ayudarlo a dominar un mercado de clases medias, rechazando las demandas populistas, asegurando la baja de los salarios reales y reprimiendo los movimientos de oposición. Puede igualmente reaccionar contra el dualismo estructural, defender la integración nacional y la ampliación del mercado interno, así como combatir a la oligarquía vinculada al extranjero. De un lado, el Brasil de hoy, del otro el Perú de 1968. Chile ha rebasado al Perú sometiendo la función del Estado a la lucha de clases. Pero tan cierto es que el gobierno militar peruano, que no está vinculado a ningún movimiento de clase popular, está muy en peligro de caer del lado capitalista, como que el movimiento de clase chileno se vuelve impotente si niega al Estado.

Indudablemente, el Estado, si es fuerte, limita el movimiento de clase; pero no sé cómo puede triunfar este movimiento, fuera de una situación y de una organización leninistas, si no está ligado a un Estado fuerte, es decir capaz de imponer objetivos de integración nacional. Ha habido en Chile un esfuerzo de construcción estatal dirigido por la democracia cristiana, pero que careció de una base social sólida, de una burguesía nacional fuerte. Después de este fracaso del "desarrollismo" estatal de derecha, viene el fracaso de la izquierda antiestatal.

Henos aquí ante una sociedad sin Estado. Decididamente nadie parece tener ya intención alguna de emprender una acción económica. El Presidente pronunció anteayer unas frases optimistas sin relación con la realidad. El país no puede comer en las semanas próximas más que si el extranjero envía trigo con urgencia. En cuanto a la producción industrial, es evidente que a nadie le preocupa.

En estas condiciones, el esquema de acción: negociación con la DC y movilización popular parece alejarse a la región del sueño. Yo ya no creo que la DC tenga interés en negociar. El gobierno recibió anteayer el apoyo popular. ¿Qué hizo de él? Me pregunto si esta inmensa manifestación no tiene el mismo sabor a ceniza que el horrible desfile fúnebre del 28 de

mayo de 1958 en París, que yo seguí lleno de cólera. La derecha no puede retroceder, el ejército no puede vacilar sino ante un enorme rugido popular. Si no se lo oye ahora, el gobierno no es más que una balsa sobre un mar embravecido. Hoy o mañana pueden ocurrir incidentes graves, provocados o no. Las mujeres se han manifestado; los estudiantes derechistas vendrán probablemente a continuación. Unos gritos, una refriega, unos disparos, unos muertos en la Alameda, el ejército interviene. ¿Quién no imagina una escena así en estos momentos en Santiago?

Desde hace semanas el ejército somete las fábricas a operaciones de limpieza, de la manera más provocadora posible para demostrar que no teme a nadie. La extrema izquierda parece gozarse en concentrar sus ataques sobre el ejército y en particular la marina, como si estuviera convencida de la ruptura inevitable y tratara de acelerarla para evitar la desmovilización que lleva consigo el caos. Se sigue sin ver de dónde puede venir una iniciativa en el ejército. El nuevo comandante en jefe, Pinochet, está considerado como un profesional legalista. Montero ha conservado hasta ahora sujeta a la marina, pero no tiene ya gran autoridad sobre ella. De todos modos, hay una fecha en la mente de todos. El 19 de septiembre es cada año el día del desfile militar, al siguiente de la fiesta nacional. En esta ocasión es frecuente que la atención se fije en los problemas internos del gobierno. ¿Y si este año la guarnición de Santiago, en lugar de tomar la dirección del campo de maniobras, tomara la del palacio presidencial?

Hasta el 18 de septiembre, va a ir en aumento la tensión. La democracia cristiana lanza de nuevo su ofensiva: anuncia que va a exigir, cosa que la ley le permite, la destitución de varios ministros. El comercio está en huelga y los profesionales también. Por su parte, el Presidente parece firme y combativo: no dimitirá. ¿Pero puede un Estado descompuesto movilizar el pueblo, sin correr el riesgo de quedar aplastado en el enfrentamiento?

Todo va muy de prisa ahora. Lo que cuenta no es la lucha de las fuerzas sociales, sino el descenso del Estado a los infiernos. No es del enfrentamiento de donde saldrá una dictadura; el vacío y el caos que lo llena exigen la intervención de un contra-aparato de integración y de represión.

¿Cómo no sentir la angustia de la gran crisis que se acerca? Ya no vivimos el suspenso artificial del mes de agosto, sino la crisis del Estado, el descuaje de las fuerzas sociales, la pérdida completa del rumbo de una sociedad . . .

7 DE SEPTIEMBRE: LA AUSENCIA DE INICIATIVA DEL GOBIERNO; DOS ACTITUDES EN LA IZQUIERDA; ¿PARA CUÁNDO LA INTERVENCIÓN OBRERA?

La ausencia de acontecimientos es más inquietante que la sucesión acelerada de las noticias y hasta de los lances imprevistos del mes de agosto. El gobierno parece impotente. Hace tres días veía desfilar ante él un millón de trabajadores. Los que han visto las manifestaciones de septiembre y octubre del 72 me dicen que eran más entusiastas que la del 4 de septiembre último. Otros oponen la pasividad de los jóvenes y en particular de los estudiantes de izquierda en el período actual a su aliento de octubre. Sin embargo, el apoyo popular al gobierno es evidente y masivo. Pero el gobierno no se dirige al pueblo. No intenta descargar la responsabilidad de la penuria sobre los transportistas o sobre los traficantes. Mientras que las organizaciones izquierdistas defienden como pueden los circuitos de distribución que ellas mismas han creado, el gobierno no hace más que exhibir su impotencia.

Se anuncia como inminente el agotamiento de las reservas de harina, y las colas de las panaderías han llegado a ser inmensas. En mi barrio sólo se logra obtener pan de manera intermitente. ¿Por qué este silencio y esta impericia? La ausencia de libertad de acción no explica todo. El gobierno tiene, sin embargo, el derecho y los medios de expresarse. No los emplea. No quiere decir esto que no controle radios, televisiones y periódicos; pero el gobierno como tal, que es más que un elemento de la opinión, no se dirige a la nación o al pueblo. Probablemente se deba esto a que no quiere la escalada y que ha puesto su esperanza en un debilitamiento general de la capacidad de decisión en el país, en el desgaste y en la división, que le beneficiarían a él, puesto que tiene la ventaja de ocupar el terreno administrativo. No exasperar a los militares, tener en cuenta todo lo que separa a los "golpistas" vinculados al Partido Nacional de los oficiales cercanos a la democracia cristiana, esperar que los brutales allanamientos llevados a cabo por los militares acabarán creando un movimiento de opinión contra ellos, en una palabra apartar todo lo que puede canalizar unas oposiciones todavía muy diversas y dispersas... Dentro de unos meses llegará la nueva cosecha y los problemas de alimentación serán quizá provisionalmente menos graves, puesto que las siembras de otoño parece que han sido buenas y el cobre se vende bien.

Ignoro si este razonamiento se ha hecho en efecto o si es una racionalización de la impotencia. De todos modos, esta política me parece que lleva a la catástrofe, pues el gobierno deja el terreno libre a sus adversarios y sobre todo no interviene ya en la vida económica, dejando que las cosas sigan su curso. He aquí un país que pronto no tendrán pan, en el que los precios suben rápidamente, donde ciudades enteras y casi todas las fábricas están sometidas a la buena o mala voluntad del ejército o de la marina, que

llega hasta a maltratar e incluso a torturar a los marinos opuestos a la política de ciertos oficiales, donde todas las noches estallan bombas, ¡y cuyo gobierno espera que las cosas se arreglen o al menos cuenta con la debilidad de sus adversarios más que con su propia fuerza! Esta debilidad es cierta, pero disminuye.

Llegará muy pronto un día en que la oposición de los militares "golpistas" y de los legalistas será una discusión de escuela, porque una manifestación habrá dejado muertos en la calle, porque unas panaderías vacías habrán sido asaltadas, porque "el orden público" parecerá amenazado. Poco importa entonces saber si Allende deberá marcharse o si se le propondrá que se quede aunque privado de poder. Yo estoy convencido de que el hombre tiene bastante dignidad para rechazar la segunda solución; lo esencial es que se tomarán medidas que pondrán fin al régimen actual. Una política prudente del gobierno no responde a las exigencias de una crisis extrema de la sociedad chilena. No sé cómo puede salvarse la Unidad Popular sin hacerla más unitaria y más popular. Además la debilidad actual provoca las protestas de un sector entero de la izquierda. No sólo el semanario *Chile Hoy*, sino *Última Hora*, periódico socialista de la tarde muy leído, han lanzado una gran campaña contra los malos tratos infligidos a los marinos de izquierda y contra los allanamientos brutales.

El Partido Socialista es múltiple y sin verdadera dirección política, pero sus militantes de base en su mayoría querrían ciertamente que la UP pasara a la ofensiva. Aumenta la distancia entre este sector de la extrema izquierda y el PC, cuyo silencio es total y que concentra toda su acción sobre el ejército, según una táctica cuyo realismo no comprendo. Se puede pensar que el análisis del PC es pesimista y que considera como esencial para el movimiento obrero, del que se juzga la vanguardia responsable, no ser barrido. Imagino el razonamiento siguiente: detrás de las fuerzas reaccionarias actuales se prepara el poder de un capitalismo de Estado que será muy débil social y políticamente, amenazado sin cesar por la hostilidad de los trabajadores. El PC podrá mantenerse y hasta constituirse en partido absolutamente dominante del mundo de los trabajadores, a medida incluso que se realice la industrialización del país. El futuro del PC está ante él mientras que el PS no es después de todo otra cosa que una forma izquierdista de populismo que se debilitará a medida que se entre cada vez más por completo en una economía capitalista integrada. Por el contrario, una política de llamamiento al pueblo sólo puede fortalecer las tendencias izquierdistas de la Unidad Popular y el propio MIR, y por consiguiente conducir a un enfrentamiento, ya que la derecha deberá atacar de una manera mucho más brutal. El PC luchará en primera fila por la victoria de la UP, pero si ésta ha de ser derrotada depende de su comportamiento actual el que sea remplazada por un régimen a la brasileña o por un régimen a la peruana. Este razonamiento no es aceptable más que a partir del momento en que se considere como muerta la Unidad Popular o como

ineluctable su caída. No digo en absoluto que sea éste el pensamiento del PC. En todo caso, no es pasivo.

La manifestación del 4 de septiembre ha demostrado más todavía que las anteriores que el PC poseía la mayor fuerza de movilización —y con mucho— en el interior de la izquierda. Había columnas que parecían enteramente comunistas; MAPU y MIR formaban núcleos importantes pero marginales; los socialistas eran bastante numerosos pero sumergidos por lo general en la masa comunista. La política actual de Allende está ciertamente más cerca de los análisis del PC que de los del PS. El PC está, pues, totalmente comprometido en la lucha por la victoria popular que sería también su victoria. Pero sería contrario a la acción de los partidos comunistas de todo el mundo confundir una batalla, por importante que ésta sea, con la guerra.

Tales son, presentadas en términos brutales, las dos posiciones que existen actualmente en la izquierda (aunque no formuladas): la primera no quiere pensar más que en fortalecer la acción de la UP, en maximizar la fuerza del movimiento de masas; la segunda pretende ser realista, y, mientras se defiende contra la reacción, piensa en salvaguardar sus posibilidades de lucha en un futuro que en parte depende de ella el que no sea totalmente negro.

Se puede añadir que los grandes batallones de la clase obrera pertenecen económicamente a los sectores de ingresos medios, que han llegado a ellos en un momento en que creen posible tener acceso a los bienes de consumo duraderos, y que estos grupos se le pueden escapar al Partido Comunista si éste se alinea a un populismo revolucionario que se apoya en sectores de un ingreso mucho más bajo.

Entre estas dos posiciones, el Presidente mantiene su línea de acción: llevar adelante una política de relajación de la tensión, a la vez que hace sentir el sostén popular que lo apoya. El Presidente no puede hacer otra política que la que sea aceptable a la vez por el PC y por el PS. En la situación presente su margen de iniciativa es por lo tanto escaso. ¿Sobre qué puede contar? Sobre la debilidad, la división, la indecisión de sus adversarios políticos, es decir sobre la fuerza del sistema institucional. No deja pasar una ocasión de repetir que su presidencia no es ni será socialista, sino únicamente de transición al socialismo. El ministro de Salud negocia con los médicos; a los pequeños comerciantes no les gusta una huelga larga que los priva de recursos y puede fortalecer los sistemas de distribución directa. Por eso, el gobierno espera, para hacer bajar la tensión, tratar unos problemas tras otros, mientras da pruebas de cierta firmeza al romper las negociaciones con los transportistas. Allende maniobra mejor que cualquier otro en esta estrategia difícil. Se esfuerza al mismo tiempo en cambiar de puesto a los hombres en el ejército, para evitar que éste se una y se subleve.

Todos estos esfuerzos no carecen de importancia: ocurre como si

nadie quisiera o nadie pudiera tomar la iniciativa de emplear la fuerza, pues éste vería dirigidas contra él las fuerzas constitucionalistas que son aún por doquier poderosas. Más concretamente, ¿el apoyo principal del Presidente no es hoy el miedo a un caos mayor todavía? De momento, me asombra comprobar la tranquilidad de la gente: se hacen proyectos, se trata de salir adelante, pero como los franceses o los ingleses durante la guerra. No hay rebelión de consumidores porque cada cual acusa según sus opiniones ya sea al gobierno, o a la oposición. ¿Pero qué difícil es considerar que tal acción y tales apoyos están a la altura de la crisis actual!

Dentro de unos días lanzará la oposición unas acusaciones constitucionales contra varios ministros. Golpe violento dirigido contra el Presidente. Sólo faltará una semana para la fiesta nacional. ¿Cuándo va a ser abandonada esta política puramente defensiva del gobierno? O más bien, ¿cuándo las fuerzas sociales que existen del lado de la UP entrarán en la batalla para permitir al gobierno recobrar la iniciativa? Cada día que pasa nos trae el anuncio de una nueva huelga o de la prolongación de las huelgas de las clases medias. Los médicos reanudan el trabajo, pero los farmacéuticos cierran sus boticas. La línea nacional aérea ha suspendido los vuelos, porque los pilotos inician una huelga de solidaridad con los transportistas, etc. Durante este tiempo el inmenso mundo obrero está silencioso. Pero si la oposición toma una iniciativa más osada que otros, ¿no habrá una huelga de trabajadores? Más inmediatamente, ¿las vejaciones y brutalidades de que son víctimas muchos obreros con ocasión de los allanamientos militares no provocarán una reacción de defensa, una rebelión contra el ejército?

Yo ya no hablo aquí de la estrategia del gobierno. La esperanza suprema, la guarda del régimen es, por encima del mundo bien definido de los *cordones* industriales, las empresas ocupadas o incautadas. Ahí está el núcleo de la conciencia de clase obrera. La oposición desata sus fuerzas sobre temas que son de clase, como es natural en la situación presente. No existe ciertamente paralelismo entre la situación de la oposición y la del gobierno. Éste debe mantener una acción institucional, aunque no sea más que para frenar la hostilidad del ejército. Pero, a fin de cuentas, ¿qué fuerza tiene, como no sea “la clase obrera y el pueblo”?

8 DE SEPTIEMBRE: LAS FRACCIONES DE LA CLASE OBRERA

Hoy, dos noticias del mundo obrero. Las elecciones sindicales en la siderurgia han dado la mayoría a la oposición, cuando la UP tenía allí una fuerte mayoría; los obreros de la fábrica textil —incautada— Sumar se han opuesto al allanamiento llevado a cabo por la aviación, cambiándose disparos de arma de fuego.

La actualidad subraya así la oposición de los dos sectores de la clase obrera. Nuestro antiguo estudio sobre los obreros de la siderurgia demostraba no sólo que éstos tenían una situación claramente superior a la media obrera, sino que concebían el sindicalismo como un medio de acción sobre el Estado para obtener o mantener ventajas materiales. Sindicalismo bastante frío, sin fuerte adhesión de la base a los dirigentes, y más enfocado hacia la eficacia que hacia la expresión de una conciencia de clase. Estaba, sin embargo, dominado por el PC. Este sindicalismo pasa a la oposición, porque no es muy diferente del "gremialismo" de las clases medias. Tiene miedo de una sociedad que daría la prioridad a la masa desfavorecida, en lugar de ayudar a la incorporación de grupos particulares en el empíreo de las clases medias.

En la antigua dirección sindical, los radicales (que representaban sobre todo a los empleados) tenían cuatro escaños; ya no tienen más que uno. La lucha de clases arrebató todo sentido al partidismo en el interior de la Unidad Popular. En cuanto al FTR, no obtiene evidentemente ningún éxito en esta aristocracia obrera. El espíritu de clase está, por el contrario, vivo en la industria textil. Recuerdo mi estancia hace dos años en Tomé, ciudad textil por excelencia. La conciencia de clase, educada por los obreros calificados, apoyada en la comunidad de las ciudades obreras, tenía allí la fuerza que Hoggart ha descrito en el caso de los obreros ingleses. En Santiago, los obreros de las grandes empresas textiles incautadas, han estado siempre en la vanguardia del combate político.

No faltan hoy más que noticias del carbón. Las he tenido hace pocos días: en las minas continúa la lucha sorda entre los comunistas y el FTR, frente obrero del MIR, bastante fuertemente implantado en Lota y sobre todo en Coronel. División de la comunidad cuya fuerza era grande cuando chocaba con una sociedad que la excluía y la mantenía en la miseria y que vacila hoy entre la acción política dirigida por el PC y el populismo revolucionario.

Tales son las tres fracciones de la clase obrera: si se acepta por un momento simplificar al extremo, cada una de ellas puede corresponder a una componente de la UP: ensanchamiento de la participación institucional, lucha de clases, populismo revolucionario. Es menos simple en la realidad. En el momento presente, en el que la oposición lleva a cabo una acción de clase, la prioridad corresponde, en la UP también, a la acción de clase. Los siderúrgicos pasan a la oposición, como una buena parte de los mineros del cobre. Las comunidades obreras desfavorecidas, se colocan un poco al margen.

Es la industria textil y las empresas manufactureras de Santiago las que forman la punta de lanza del apoyo obrero del gobierno. De ahí la importancia de esta reacción de los obreros de Sumar, primer indicio de ese rugido que espero, que habrá de provocar una presión acrecentada por parte del ejército, pero que puede también hacerle dudar y aportar así un

apoyo importante al gobierno de Unidad Popular, mientras llega una intervención más directa y más masiva.

8 DE SEPTIEMBRE: EL IZQUIERDISMO Y SU ANÁLISIS; MI ACTITUD PERSONAL

Nada más difícil y más penoso que analizar un movimiento social o político. Se pueden analizar muchas conductas sociales en términos evidentemente diferentes de la representación del actor sin chocar con el actor mismo. ¿Explicar el suicidio por la anomia o por la desorganización social no es propio para provocar la hostilidad de los suicidas!

Cuando se trata de combates colectivos organizados ya sean de partidos o de iglesias, de grupos ideológicos o propiamente políticos, la resistencia del actor es grande, a veces extrema, y el analista debe sentirse muy seguro de ella, para mantenerse contra una oposición que puede transformarse en proscripción cuando la acción política considerada tiene el poder.

Durante mucho tiempo ha sido el estado del movimiento comunista el que ha colocado al analista en la situación más difícil: de un lado movimiento de clase y del otro agente de construcción de un poder absoluto o de una centralización acelerada, la distancia es grande entre estas dos significaciones, lo bastante grande para haberse manifestado en divisiones, escisiones y purgas en el interior del mismo movimiento comunista. Hoy nos vemos confrontados con un caso más extremo aún en el que la voluntad del actor y el análisis del sociólogo son casi opuestos el uno al otro: el caso del izquierdismo.

El izquierdismo es y quiere ser un ultracomunismo. Pide una dictadura extrema del proletariado, una política de clase en todos los órdenes, de la economía a la cultura. Es cierto que algunos piensan participar en ella para constituir una oposición de izquierda. Este sentimiento choca con la práctica cotidiana del izquierdismo. Guevara desarrolló una planificación centralizada. La revolución cultural china, aun considerándola al margen de la estrategia de Mao, no es en modo alguno un liberalismo de ultr izquierda, sino una lucha por el fortalecimiento de la lucha revolucionaria y una eliminación de todo lo que debilita el espíritu de partido: tecnicismo, defensa de los privilegios, mantenimiento de las tradiciones culturales.

En Francia, el único movimiento izquierdista que se ha desarrollado es la Liga Comunista, eminentemente leninista, bolchevique, y que no reprocha al PC su burocratismo o sus compromisos más que para atraer el movimiento obrero hacia una política de clase más revolucionaria. En Chile, el MIR no es ni una pura agrupación ideológica ni un instrumento de violencia política; quiere ser ante todo un agente de fortalecimiento de la acción

de clase. Las organizaciones izquierdistas, que han lanzado la distribución directa o que intervienen en los cordones industriales, quieren una movilización y una disciplina de clase.

Yo me coloqué ahora en el punto de vista del analista, muy distinto del punto de vista del entrevistador o del testigo que trata de comprender las intenciones y las ideas del actor. La imagen se transforma por completo. No debo considerar el izquierdismo desde el interior, sino como un elemento minoritario a la vez en el sistema político y en el conjunto más limitado que forma la izquierda o el movimiento popular.

Emito dos proposiciones que molestan, la una y la otra, a los izquierdistas. La primera es que el izquierdismo no tiene importancia más que en los sistemas políticos liberales y no puede existir sino al abrigo de lo que más detesta. La segunda, que no es un agente directo de movilización de clase, sino que permite una experiencia de clase únicamente cuando ésta se halla absolutamente vinculada a otra componente, ajena a la acción de clase, a saber a conductas ligadas a una situación de crisis.

La primera proposición parece fácil de defender; no existe acción izquierdista importante en la Unión Soviética (¡un soviético me decía un día en Moscú que él era uno de los siete u ocho guevaristas de la ciudad!) ni en los países controlados por ella. A los izquierdistas no se los tolera en Cuba, como tampoco en un régimen muy diferente, pero igualmente no liberal, como el de la Argelia actual. El izquierdismo se encuentra en Francia, en Italia, en Alemania, en los Estados Unidos, en el Canadá, etc. Si es importante en Chile, ¿se debe a una casualidad? El Chile de la Unidad Popular es políticamente liberal. Incluso si sus tribunales pronuncian sentencias de clase, el MIR puede expresarse, organizarse, actuar. Está protegido por una parte del PS y por otros elementos de la Unidad Popular; pero, ¿quién se atrevería a asegurar que un régimen de Unidad Popular dirigido por un partido único de los trabajadores que ejercen la dictadura del proletariado toleraría la acción del MIR, que pide esa misma dictadura del proletariado? El PC no ha ocultado jamás sus sentimientos con respecto a él, y la experiencia francesa demuestra bien lo que al lobo del PC le gustaría hacer con la Caperucita roja izquierdista.

En cuanto a la segunda proposición, en el caso francés quiere decir que el izquierdismo estudiantil manifiesta la mezcla necesaria de una acción de clase y la reacción a la crisis y la descomposición de la Universidad antigua, más orientada hacia la transmisión de la cultura o hacia su propia continuidad que a los problemas intelectuales y sociales ligados a la producción de conocimiento. En Chile, el MIR comenzó siendo un movimiento estudiantil, y encontró un eco particular entre los futuros profesores, es decir en unos sectores que están a la vez impulsados hacia la burguesía y rechazados por ella o por la incapacidad del sistema económico administrativo de absorber profesionales. Su frente obrero, el FTR, ha penetrado sobre todo en pequeñas empresas. Si se reúnen las dos observaciones, se ve

que el izquierdismo manifiesta la contradicción que existe en un sistema político liberal entre las relaciones de clase y la situación de participación institucional y social. No hay izquierdismo más que por el encuentro de una conciencia del conflicto de las clases y de un doble movimiento de incorporación y de rechazo en la organización institucional y social. Los izquierdistas se creen los mejor definidos, porque son los que más se preocupan de aclarar su posición. Este intelectualismo tiene por el contrario como función cubrir e integrar en parte la pluralidad de las orientaciones. Si el izquierdismo es importante en Chile por el MIR, por el MAPU y sobre todo por su presencia entre los militantes del Partido Socialista, es porque representa bien la tridimensionalidad del movimiento popular: acción de clase, lucha política en el interior de un sistema institucional, expresión de la crisis y de la exclusión que ésta lleva aparejada. El izquierdismo ataca el reformismo del PC y de Allende; es por su existencia misma la prueba de que su análisis es excesivo. A esto se debe que la izquierda chilena tenga sentimientos con tanta frecuencia favorables respecto del MIR; éste es, contra lo que él mismo dice, la mejor expresión de la apertura de la izquierda. La presencia de los izquierdistas significa que la dictadura del proletariado no existe y que el régimen político sigue siendo liberal; la acción de los izquierdistas indica la presión que la lucha de clases y el populismo revolucionario ejercen permanentemente sobre las instituciones políticas. El izquierdismo es un componente esencial de la Unidad Popular. Yo critico la acción de los izquierdistas a la vez que deseo el mantenimiento de su existencia; porque el triunfo de una clase popular no vuelve aceptables todos los medios y todas las consecuencias del nuevo poder. Yo quiero el triunfo de un socialismo; no quiero un sistema político totalitario. No creo un solo instante en la conciliación de los dos en un extremismo izquierdista que me parece más religioso que político: imagen de un mundo en fusión que se instituye a sí mismo en permanencia, y pocas utopías me parecen más pobres que ésta. Defiendo a los izquierdistas por razones opuestas a las que justifican su acción a sus propios ojos. Concibo siempre en último análisis un movimiento social popular como una fuerza de oposición a la clase o la élite dirigente que manejan la acumulación, dirigen el aparato del Estado e imponen su ideología. Estoy con los izquierdistas contra cierto número de posiciones y de acciones que ellos combaten, pero por razones que ellos combaten a menudo con más violencia que aquellos de quienes ellos y yo diferimos.

Vuelvo al análisis: la cuestión es importante en Chile en la medida en que la integración de los componentes del movimiento popular es débil. Su paradoja es que da toda la prioridad a la lucha de clases que, si ésta fuera efectivamente la orientación única del movimiento, significaría hoy la dictadura del proletariado y la eliminación del izquierdismo. El izquierdismo carece, pues, de importancia en el juego político. Está encerrado en acciones ejemplares, particularmente en su lucha con las Fuerzas Armadas. No

habla más que de lucha de clases y no actúa sino como respuesta al aparato estatal de represión. Pero en el momento en que se acelera la ofensiva de la burguesía contra el gobierno, es la fuerza más activamente comprometida en la resistencia a los asaltos lanzados por las fuerzas que quieren el derrocamiento del Presidente. El izquierdismo es importante por las razones que puede descubrir el análisis y que son opuestas a las que creen los propios izquierdistas. Llegará el día en que se sacrificará en una batalla perdida que no tendrá el sentido que él le dé, pero que le granjeará el respeto de toda la izquierda y el entusiasmo de una gran parte de sus militantes.

Hubiese debido decir inmediatamente que este izquierdismo es importante porque, nacido en general en la universidad, y en el caso del MIR en la Universidad de Concepción, ha salido de ella. Aunque muchos de sus miembros proceden de la burguesía, ha actuado en medio obrero, campesino y *poblador*. Lo cual hace resaltar más la desaparición de la universidad de la izquierda y hasta su apoyo a la derecha.

La universidad tiene su clientela en la burguesía y las clases medias; es "progresista" cuando lucha contra la oligarquía y cuando habla en nombre de quienes no participan en el sistema político. Deja de serlo cuando los obreros y los campesinos intervienen directamente en la lucha política. Una gran parte de los estudiantes se encuentran en el mismo momento arrebatados por el aparato de Estado, que necesita profesionales. Éstos a su vez quieren defender sus ventajas. Esta ruptura del papel de la inteligencia y del aislamiento de los estudiantes produce la radicalización de una parte de la población universitaria. Esta radicalización puede llegar a ser izquierdismo y voluntad de integrarse en una lucha obrera y campesina. No triunfó en el Perú, triunfó en parte en Venezuela y mucho más en Chile. Cuando se encuentra en el interior de la universidad se convierte en doctrinarismo intransigente y hace irrisorios tanto la seudoparticipación política como los seudoestudios de estos falsos estudiantes. Esta caída frecuente de los estudiantes activistas en un dogmatismo irrisorio es un fenómeno internacional.

El izquierdismo no adquirió importancia hasta que se vinculó al mundo obrero; está asimismo fuertemente alimentado de corrientes cristianas procedentes de la democracia cristiana y que se han radicalizado en extremo no bien salieron de ella. A medida que Chile popular se hunde en la crisis, estas tendencias izquierdistas adquieren importancia; se puede pensar que llegará el día en que sean predominantes, ya porque el país se abisma en el caos y la violencia, o porque un golpe de Estado, legalista o no, deshaga la Unidad Popular. Pero en el momento actual podemos preguntarnos si la "visibilidad" creciente de los izquierdistas no indica cierta desorganización de la acción de masas.

9 DE SEPTIEMBRE: LAS RAZONES DE UN FRACASO: LA AUSENCIA DE ESTADO Y DE NACIONALISMO; EL PORVENIR DE CHILE; LA FUERZA DE LA CONCIENCIA DE CLASE

Tal vez los acontecimientos van a requerir toda la atención en los próximos días. Ha llegado el momento de echar una mirada retrospectiva a los tres años que acaban de transcurrir. Nadie puede prever cuál será la situación, lo que será el poder político dentro de tres meses o de tres días. Pero hay una cosa clara: el régimen actual está agotado: no tiene control alguno de la economía que rueda cada vez más de prisa hacia el vacío, hacia la hiperinflación. Las tasas de inflación acumuladas dan ya una caída de más del 1% por día. Después de los reajustes de salarios de octubre y a causa de la acción continua de los factores principales de la inflación, podríamos llegar muy rápidamente al 2% o incluso alcanzar el 1 000% al año. El déficit del presupuesto del Estado es aproximadamente el 50% de sus gastos. Tal desfase entre ingresos y gastos ha de haber sido rara vez alcanzado en este siglo. No hay política de salarios: las remuneraciones evolucionan según las presiones ejercidas. Muy pronto habrá que conceder aumentos todos los meses y ya no todos los semestres o cuatrimestres. La industria está desorganizada. Las estadísticas del empleo no muestran desempleo alguno, pero es porque las fábricas conservan una mano de obra sobrante y porque existen formas no censadas de desempleo. En fin, la situación alimenticia es crítica. Un detalle muestra la ausencia de política gubernamental. Allende ha declarado recientemente que aun en el caso de que Chile pudiera comprar el millón y medio de toneladas de trigo que le falta para empalmar con la otra cosecha, no podría hacerlo entrar en el país por falta de un puerto cerealero suficiente. Añadía que los cargamentos llegados a San Antonio cuesta mucho trabajo trasladarlos a la capital, a causa de los atentados que se cometen en las carreteras.

La única máquina realmente indispensable en el país es la que fabrica los billetes. Desde hace mucho tiempo la situación es amenazadora. Algunos economistas de la Unidad Popular opinan que el equipo Vuskovic cometió desde el principio un error de apreciación y hasta de información. Reactivó la economía por la demanda, para ocupar una capacidad de producción no empleada que parecía considerable. Pero si bien es cierto que la máquina no funcionaba a todo rendimiento, era probablemente más por limitación de la capacidad de importar o por falta de productos intermedios y de equipos que por insuficiencia de la demanda. Dejo a un lado estas discusiones fundamentales pero técnicas. La situación, muy difícil desde hace mucho tiempo, ha llegado a ser insoluble desde el 9 de junio. Durante los dos meses que acaban de transcurrir no ha podido tomarse ninguna decisión económica. Y aun si algunos, en particular el PC, hablan de organizar una política de los salarios y de los precios, estas declaraciones carecen de efecto.

Todos los grupos de presión, tanto en el interior como en el exterior de la Unidad Popular, se conjugan para hacer girar cada vez más de prisa el círculo vicioso de los aumentos de salarios, del déficit fiscal y de las emisiones monetarias. En otros casos el desorden monetario se ha debido a circunstancias externas. En Chile manifiesta sobre todo la ausencia de capacidad de decisión. Se mantienen precios muy bajos para la mayoría de los artículos fabricados por el sector social, pero no se tienen los medios políticos de controlar el sector privado, de luchar contra el mercado negro, etc. Es inútil extenderse sobre una situación a tal punto patológica que no puede evidentemente durar, que impone cambios políticos profundos. Pero hay que ir más lejos. Este caos económico va acompañado de una inevitable descomposición del Estado: desorganización, corrupción, caos. Ya no se sabe si las administraciones tienen por objeto principal manejar los asuntos o constituir una base en el juego movido de las relaciones entre fuerzas políticas en el interior de la UP. Vayamos más lejos todavía. Es el régimen el que se descompone. Mañana puede reventar, aparecer la violencia, instaurarse la confusión. Yo creo absolutamente imposible que Allende recobre el control de la situación imponiendo su voluntad, desencadenando el movimiento obrero, movilizándolo o dejando actuar a grupos armados. Cada partido o fracción de partido sigue su temperamento. Cada día que pasa nos acerca al caos y hace más difícil una solución negociada.

Y sin embargo, estoy seguro de que muchos en el mundo piensan, como yo, que el fracaso de la UP es el fracaso de una democracia socialista. Suceda lo que suceda, mantengo que el sentido profundo y duradero del régimen Allende es haber sido un régimen popular que ha elevado la influencia y durante sus primeros años las condiciones de vida de la clase obrera, de los campesinos y de los *pobladores*. Cuanto más se hunde el país en la crisis más indispensable es recordar que este juicio goza de prioridad sobre la crítica de la impotencia y del caos.

Pero no caigamos en el lagrimeo socialdemócrata, que no habla más que de intenciones, de sentimientos y de principios, sin reconocer ni la lucha social ni los apremios económicos. Hoy, Chile es en efecto un socialismo democrático pero en descomposición. Allende no ejerce el poder, no lleva adelante una política; sobrenada y podría muy bien ahogarse. La Unidad Popular es un navío desarbolado, sin timón y sin unidad de mando.

Hay que colocarse no ante la imagen de un pasado, pese a todo, nada lejano, sino ante la de un porvenir inmediatamente amenazador. El país está desorganizado, la violencia va a estallar, las tendencias de la UP van a separarse. Hay *gremios* en huelga desde hace cincuenta días, y el Estado no hace nada. El Presidente nombra unos ministros militares y el partido más grande del gobierno se lanza a fondo a una campaña contra el ejército. Nadie habla siquiera de posibles medidas económicas; ya no hay pan. Las noches están llenas de atentados terroristas. Acabamos por no darnos cuenta ya de la gravedad de la situación, que es más que grave, es sin remedio.

Estoy seguro de que este juicio lo comparten la mayoría de los dirigentes políticos. Los comunistas sacan la conclusión de que hay que negociar a toda costa con la oposición; el MIR y la izquierda socialista piensan que la ruptura es inevitable y que hay que prepararse para la lucha armada. Yo respeto estas posiciones porque se basan en la realidad. Lo que no es aceptable es pensar que la administración sigue mal, pero que éstas no son sino dificultades pasajeras. Lo que Allende dijo el 4 de septiembre de la situación económica es inaceptable. No puede vivir en tales ilusiones. Tal es mi juicio y eso que durante semanas he analizado la vía chilena y la he considerado como la única posible, o al menos como la única expresión posible del movimiento popular. Se me hará la pregunta: ¿Cómo se puede reconocer a la vez la catástrofe económica y por lo tanto, social y política y hablar de la vía chilena como de un tipo de cambio social posible y hasta obligatorio para Chile? Desde el comienzo de este diario, mis reflexiones y observaciones siguen estos dos caminos aparentemente contradictorios: mi pesimismo en cuanto a la situación y la gestión económicas se expresa desde el segundo día de estas notas. Pero semana tras semana no ceso de interrogarme y con una simpatía evidente sobre la vía chilena. ¿No es contradictorio? ¿Cómo es posible interesarse de tal modo en un proceso social y político que va a dar a una catástrofe que ha de tragárselo? Podría contestar con ejemplos históricos. Nadie discute hoy, en particular gracias al trabajo de Alfred Sauvy, que el Frente Popular fue económicamente desastroso para Francia; y sin embargo, la gran mayoría de los franceses, historiadores y sociólogos en particular, consideran el Frente Popular como un momento no sólo importante sino muy positivo en la transformación de la sociedad francesa.

Pero no es posible satisfacerse con una comparación. Hay dos posiciones simples posibles: la primera presenta a la UP como el agente de destrucción del antiguo régimen. Proceso revolucionario en este sentido, pero que no construye un poder nuevo y que se agota en su propia tarea de destrucción antes de ser aplastado por los escombros. La segunda afirma que era posible hacer algo distinto, que se han cometido errores graves, que la UP podía haber logrado construir una sociedad nueva, la de la transición al socialismo. Todos tienden a dar una respuesta más compleja; sin embargo, hay que decir desde el principio si se está más cerca de uno o de otro de estos dos juicios. Yo estoy más cerca del primero.

Hablar de los errores de la UP es deducir que una revolución es un ejercicio de economistas; es suponer que la UP es una persona más o menos bien ilustrada y dotada de una voluntad débil o fuerte. La realidad es completamente distinta. La UP es una coalición. El presidente es en gran parte el resultado de las relaciones entre los grandes partidos. Ninguno de éstos posee el medio de imponer su política. Han sido seguidas varias políticas, y existe una oposición brutal entre la de Vuskovic y la de Millas. Si se habla de errores habría que situarlos, pero advertimos que todo ha

fracasado. Lo que ha faltado no es la competencia (tampoco ha superabundado) sino la capacidad de decisión política. Lo cual me trae de nuevo a un tema habitual. La construcción de una sociedad y más simplemente la dirección de una economía supone un poder. El cual puede ser el de una clase dirigente, pero en Chile ésta era débil, y uno de los fines principales de la UP consistía en destruirla; puede ser un partido revolucionario de tipo leninista; puede ser un aparato de Estado. Si me he interrogado constantemente en 1971 y todavía recientemente en cuanto a las posibilidades de creación de un partido único de los trabajadores y sobre la importancia de la corriente leninista en el Partido Socialista, era para evaluar las posibilidades de la segunda solución. La evolución desde hace dos años ha respondido: ha habido un alejamiento del partido único; la solución mucho más limitada que representaba el acuerdo CUT-gobierno o más modestamente CUT-CORFO no ha sido aplicada.

Queda la tercera solución: el Estado. Pero si bien Chile tenía muchos funcionarios, leyes y decretos, si bien tenía además una fuerte existencia nacional, apenas tenía Estado. Se ha podido ver a los funcionarios de Hacienda más preocupados de sus propios aumentos de salario que del presupuesto del Estado e impulsar así a la inflación. Todo es régimen especial, intervención particular, grupo de presión. Si los comunistas se han esforzado, pero más en palabras que en actos, de defender o de reconstruir la capacidad de decisión del Estado, el Partido Socialista ha obrado en cuanto a lo esencial en sentido inverso. Si bien ha producido en su seno cierto número de tecnócratas que manejaban en particular el banco central, ha impulsado sobre todo las demandas sociales y el populismo revolucionario. Los pequeños grupos de origen cristiano como el MAPU o la Izquierda Cristiana disponen de fuerza suficiente para tener sentimientos y no la que hace falta para tener una política. La desaparición de Rodrigo Ambrosio privó a la UP de uno de los raros hombres —con L. Figueroa— que tuviera el sentido de la acción política y de sus exigencias.

La Unidad Popular representa un movimiento social revolucionario a la vez que una nueva gestión económica, social y política. Toda su historia ha estado dominada por la búsqueda, fracasada siempre, de una combinación del movimiento social y de la política. Todavía ayer, hoy mismo, el gobierno busca el diálogo y se apoya en las masas. El PC representa una de las caras de la acción, y el PS la otra. Es importante, esencial incluso, reconocer que la fórmula política de la Unidad Popular no podía ser otra cosa que una combinación de un movimiento popular de base y de una gestión estatal. Fórmula que han buscado también otros países, los árabes en particular, y que es fundamentalmente distinta de la solución leninista. ¿Por qué no se ha realizado en Chile? No ciertamente por falta de un movimiento popular. Ha sido y es real y no ha cesado de desarrollarse, apoyándose en grandes tradiciones de lucha obrera. Chile quedará como uno de los países donde el movimiento obrero de base ha sido más poderoso. Ha sido eviden-

temente del lado del Estado donde la UP ha encontrado el vacío. El PS tiene en esto grandes responsabilidades; pero también y sobre todo la historia entera de Chile moderno, que ha hecho del Estado un instrumento de redistribución. El Estado se hallaba en manos de la clase media, que obtenía de él grandes ventajas; ahora está en manos de todos, desgarrado por los dientes de todos, incluso los de aquellos que se supone le sirven.

Esta debilidad de la acción estatal no puede imputarse a unos errores de los partidos, aunque los errores hayan desempeñado un importante papel. Chile había alcanzado un alto grado de integración nacional sobre todo en el plano político. La comparación con el Perú dividido entre la costa y la *sierra* y donde el tema de la integración nacional es esencial, es bastante clara: Chile desde la guerra del Pacífico (1879-1881) al menos, ha demostrado la fuerza de su conciencia nacional. La asociación de esta conciencia nacional y de la dependencia económica es la que ha hecho del Estado un agente administrativo de integración y de represión y no un objetivo político. Chile conoce muy poco el nacionalismo tan común en América Latina. Es patriota y hasta patriotero, pero no está atormentado por la construcción nacional como lo estuvieron los países de Europa central a mediados y a fines del siglo XIX o los países ex colonizados en nuestro siglo.

La índole tradicional del Estado chileno no explica, con todo, el descuartizamiento progresivo de la Unidad Popular, la oposición creciente del respeto de las coacciones institucionales y del desarrollo de las fuerzas revolucionarias. Hecho tan fundamental que no puede ser explicado más que por el carácter propio de la Unidad Popular. Allende llegó al poder no sólo legalmente, sino después de acuerdos firmados con la democracia cristiana. Por otra parte, la dependencia de la sociedad chilena explica que su escenario político no pueda ser ocupado completamente por la oposición de un proletariado y de una burguesía. Uno u otra son débiles, es decir, mezclados con sectores populares y con grupos burgueses económicamente marginales. De ahí el populismo revolucionario de la izquierda; de ahí las tendencias de extrema derecha o hasta fascistas que se observan en la burguesía chilena, en particular desde hace un año. ¿Cómo no volver siempre a este tema lancinante, el de la multi-dimensionalidad de las fuerzas sociales? ¡Ay! , esta complejidad parece resolverse más fácilmente a derecha que a izquierda, del lado de las clases dominantes más que del lado del pueblo. Éste es el motivo de que la Unidad Popular se haya encontrado desequilibrada. La acción gubernamental permitió destruir el antiguo régimen y esta obra es irreversible. Dentro de muchos años dos ideas resumirán para los niños de las escuelas estos tres años del gobierno popular: la destrucción de la dominación extranjera sobre el cobre, de la gran burguesía y de los latifundios, y por otra parte, el movimiento popular de base tal como se ha manifestado tanto en la producción como en la distribución y en la organización urbana. Pero esta acción de destrucción del pasado jamás ha ido seguida por una acción gestora. Lo que hace la grandeza y la

debilidad de la Unidad Popular es que ha hecho vivir a Chile como una sociedad civil casi enteramente privada de Estado. Jamás quizá se habían visto vivir las fuerzas sociales, las corrientes ideológicas, los enfrentamientos de clases tan directamente, sin que fuesen marcados por la acción totalizante de un partido o de un Estado. De ahí la simpatía profunda de los intelectuales, que son por naturaleza los enemigos del Estado, a una sociedad en la que el Estado era débil, la libertad total, y la vida social se ofrecía desnuda a la mirada y a la intervención. Es imposible formular sobre este período un solo juicio. Hay que formular dos y reflexionar a partir de su oposición: al menos desde hace dieciocho meses la historia de Chile es la de una disgregación acelerada, y causa confusión ver hasta qué punto ha renunciado el gobierno a formular una política económica. Caos económico y desorganización del Estado, nadie puede negarse a reconocer este balance desastroso. Pero el gobierno es popular y ha querido servir al pueblo, elevar su nivel de vida, aumentar su influencia, expropiar a los patronos. Los manifestantes del 4 de septiembre no eran unas hordas transportadas por las empresas y las administraciones para hacer un simulacro de apoyo de masas al Presidente. No dudo de la realidad de este apoyo. No digo que este segundo aspecto sea más importante históricamente que el primero; pero es el que domina el análisis. Se puede hablar de fracaso y de caos tanto como se quiera, a condición de reconocer primero que fue el gobierno del pueblo contra los ricos.

Lo que no se ha podido dar conjunta y solidariamente, la acción del Estado y la movilización popular, se dará, pues, sucesiva y conflictivamente. El llamamiento a la función del Estado lo habría oído la democracia cristiana, pero ésta fracasó también en su transformación económica de la sociedad chilena. Este llamamiento va a oírse de nuevo, pero de manera más autoritaria y más represiva. Será, con todo, dar pruebas de un pesimismo exagerado creer que lo que ha sido realizado y suscitado durante tres años va a desaparecer. Cada uno de los países de América Latina entra de una manera diferente en la sociedad industrial capitalista. Chile entró en ella social y políticamente antes de haber penetrado económicamente. Lo que estamos viviendo en este momento no es únicamente la probable sustitución de un régimen por otro, sino la gran lucha de clase a través de la cual se realiza la industrialización. Pasando de las asambleas revolucionarias a Napoleón y después a la Restauración, Francia no vivió únicamente una cascada de cambios políticos; entró en el reinado de una burguesía todavía más mercantil y territorial que industrial, y en la lucha realizada por el "pueblo" todavía poco obrero de las ciudades.

La historia de la Unidad Popular no terminará si el gobierno de la Unidad Popular cae. Chile va a vivir ahora un esfuerzo mucho más poderoso que el de la democracia cristiana entre el 64 y el 70 para crear por el Estado una clase dirigente. Es el fin a que tienden los jefes inteligentes de la burguesía chilena, como el dirigente de la SOFOFA, Orlando Sáenz, uno

de los raros "burgueses conquistadores" que hay en Chile. La Unidad Popular vivirá transformándose cada vez más en lucha de clases. Se verá en los años próximos una disminución del papel de los marginados y de los excluidos, así como también una disminución de la participación institucional; porque el Estado burgués se deshará de los grupos de presión, en particular de las clases medias, y se constituirá un aparato de gestión, como hace Brasil desde hace algunos años, y como ha tratado de hacerlo Lleras Restrepo en Colombia.

No volveremos a encontrar la combinación inestable y rica en orientaciones diferentes que ha definido a la Unidad Popular. Pero los años de mañana se darán pronto cuenta de que no se han apoderado de un país reducido al silencio y desmovilizado.

Los chilenos pagan duramente en su vida material el fracaso de la Unidad Popular; pero estas privaciones y este fracaso forman también parte de las crisis de nacimiento de una sociedad industrial en la que Chile entra con un nivel excepcionalmente elevado de conciencia de clase. Esta movilización social y política quedará para siempre como la gran obra de la Unidad Popular.

9 DE SEPTIEMBRE: MITIN DEL PARTIDO SOCIALISTA

Esta mañana el Partido Socialista llenaba el Estadio Chile, vasta sala de abrupta gradería. En la tribuna, el comité central; al micrófono, el secretario general, Carlos Altamirano. Las banderas chilenas se agitan entre la asistencia, mezclados con la bandera roja con el mapa de América Latina, en medio del cual se destaca el hacha. Al comienzo y al término de la reunión, la multitud en pie, con el puño en alto, canta con letra del Partido Socialista chileno la Marsellesa, que recobra así su tono revolucionario. Entre los asistentes, jóvenes y menos jóvenes, en mayor número me parece, empleados que obreros. Pero éstos son también numerosos, y los camiones de las empresas devolverán a los arrabales a algunos de ellos. La base militante del Partido pide acción. Corea espontáneamente consignas críticas a propósito de la restitución del canal 9 de televisión a las autoridades de la Universidad de Chile. Este canal, ocupado por sus trabajadores, se había convertido en la expresión principal del movimiento revolucionario de base. Las decisiones de la autoridad judicial han sido ejecutadas. Se ha cerrado y sin incidentes. Esto ha indignado a la multitud. La asistencia grita también con emoción: *Marino flagelado, el pueblo está a tu lado*. Elévanse voces cuando Altamirano denuncia los ataques y las maniobras de la derecha: ¿qué hace el gobierno? La respuesta a las inquietudes y a los sacrificios brota sin cesar como un llamamiento a la cruzada: crear, crear el poder popular. *Poder popular*, todo está ahí. Es el objetivo que suscita el entusiasmo y la

esperanza. En el salón venden el periódico de los cordones industriales y comandos comunales: *Tarea urgente*, llamamiento a la movilización de la base, izquierdista y muy crítico respecto del gobierno. Por un momento oigo solamente el movimiento popular, cuya profundidad, espontaneidad y valor constituyen la grandeza de la Unidad Popular. Antes de reanudar el análisis y la crítica hay que detenerse en lo esencial: reconocer la fuerza que levanta las montañas de la opresión social. Sin esto, todo análisis se vuelve irrisorio y falso.

Termina un canto, se oye una consigna; Altamirano habla. Con pasión, arrebatado por la indignación más que por la angustia y mucho más que por la esperanza. Rechaza el diálogo con la oposición: quiere que la Unidad Popular se de como consigna el poder popular; habla con cólera de los marinos y de los campesinos torturados, de los allanamientos brutales en las fábricas, de las acusaciones lanzadas contra él mismo, contra Garretón y contra Enríquez. Afirma la voluntad del Partido Socialista de luchar por todos los medios contra los ataques de la oligarquía y del fascismo. Habla de la solidaridad con Cuba. Todos estos temas son conocidos, pero el tono es más duro que otras veces; la negativa al compromiso marca claramente la distancia con Allende.

¿Por qué tengo a pesar de todo la sensación de que el discurso no es un acto político o más bien que no indica a los militantes socialistas cuál es la vía que su partido elige para salir de la crisis y triunfar sobre sus adversarios? El tono es fuerte, pero no oigo ninguna consigna precisa. No hay análisis ni estrategia. Altamirano expresa bien en la tribuna los sentimientos de quienes lo escuchan y que se sienten representados por él. Habla y actúa como un militante de base llegado a la cumbre del aparato del partido sin haber cambiado de papel. No es hombre de gobierno. Me figuro que en los consejos de la Unidad Popular, convence sobre todo cuando se opone a una medida, mas rara vez cuando propone una.

El Partido Socialista es un partido de opiniones. Expresa sentimientos, lanza exhortaciones; no tiene capacidad política. Se ha podido ver a importantes dirigentes administrativos comportarse como unos militantes de base y cometer así errores políticos importantes. Vuelvo a una idea ya examinada: explicar el Partido Socialista no es ni definir su base social, ni analizar su línea política; es ante todo comprender su ideología. Lo cual no quiere decir encerrarse en un análisis de contenido de sus textos y de sus discursos. El Partido Socialista corresponde a unas corrientes de opinión y a unos estratos sociales que no están claramente situados en la lucha de clases, sin dejar de estar del lado del proletariado. Son sectores que no tienen influencia directa sobre el Estado, a pesar de encontrarse a menudo en su esfera y cuyos miembros se definen por su relación con la ideología y con el poder aun antes de serlo por su posición económica. Yo veo al socialista como perteneciente al mundo de la gente de corbata, arrastrado en ese enorme sistema de integración cultural y social que pro-

porciona sus cimientos al poder de la burguesía, pero a la vez relegado por la burguesía, puesto al margen. De ahí la rebelión, la conciencia de ser rechazado más todavía que explotado, que encuentra eco en los sectores de la clase obrera que no pertenecen a la aristocracia obrera. Este mitin era menos un acto de conciencia de clase o un acto político que la expresión de un comportamiento y de una ideología, de una manera de reaccionar y de indignarse, de sentirse solidario.

Una vez más la imagen que da Chile popular es para mí la de unos movimientos de base casi sin dirección política y que no están sometidos a las coacciones de ninguna política económica. El Partido Comunista es muy distinto, pero le falta amplio control sobre las masas, fuera de sus militantes y de los simpatizantes, lo cual forma un conjunto considerable, pero que no tiene en la masa militante el efecto de arrastre del Partido Socialista y de sus asociados. Se comprende que éste pase por altibajos, que resista tan mal a las presiones externas como a las tensiones internas, pero también que marque la opinión política de Chile más profundamente que ningún otro partido.

Aquel mismo día, los dirigentes de la UP se reunieron de nuevo para tratar de elaborar juntos una política. El PC parece favorable a un plebiscito, es decir, una transmisión legal del poder a la oposición; el PS se opone a ello ciertamente. Lo esencial de la acción del PC está en el diálogo; lo esencial para el PS era aquel mitin, aquel calor militante, aquella sensación de ser un movimiento social, una fuerza popular que, casi a ciegas, pero con un valor constante, eleva la rebelión popular hasta el umbral de la política y del gobierno.

Lo que hace la fuerza de este mitin hace, pues, la debilidad del Partido Socialista. Su populismo revolucionario debe ir asociado a un sentido del Estado. Ahora bien, yo no encuentro en parte alguna esa conciencia de ser responsable de una sociedad. La crítica debe incluso ser más viva: lo positivo en el Partido Socialista es lo que no le pertenece en propiedad, lo que es una reivindicación militante. Los dirigentes socialistas ocupan una posición vacilante entre las masas y el gobierno; expresan el sentimiento de las masas, pero esta misma expresión es una manera de debilitar el poder político que ejercen, a la vez que disminuye la capacidad de decisión política del gobierno.

Cuanto más nos elevamos hacia los medios dirigentes, más evidente se hace la debilidad de los socialistas. Y no estoy seguro de que el propio Presidente no esté afectado por este romanticismo revolucionario. Pero a su nivel y quizá a su nivel únicamente el peligro está compensado por grandes responsabilidades políticas. No bien nos alejamos del Presidente, encontramos la ideología más que la política y el juego político más que la dirección de una política.

10 DE SEPTIEMBRE: EL SISTEMA POLÍTICO SE DEFIENDE; PC Y DC CONTRA EL GOLPE DE ESTADO; POR QUÉ NO HAY MOVILIZACIÓN POPULAR

El periódico comunista de la mañana dedica la mayor parte de su primera plana a una ceremonia religiosa ecuménica celebrada en la plaza de la Constitución y dedicada a unas oraciones por la paz. Ayer vi yo esta reunión, bastante poco numerosa. Es casi divertido ver al Partido Comunista, que se deja oír bastante poco en estos días, consagrando sus mayores esfuerzos a cantar los méritos de un general y los de un cardenal. Esta diversión es sana, ya que protege contra el énfasis de los discursos y nos vuelve a la realidad.

En el momento mismo en que se habla de golpe de Estado, de dictadura, de fascismo, de bombas marxistas o fascistas según el periódico que se lee, etc., todo ocurre como si el sistema político chileno se hallase en lo más intenso de su actividad; se buscan fórmulas, se encuentran unos a otros a escondidas, se habla abiertamente de diálogo. La democracia cristiana no quiere precipitar nada. Los militares del gobierno desean que los políticos se las arreglen entre ellos, y los comunistas parecen dispuestos a soluciones legales muy abiertas. Cierto es que Altamirano piensa de manera distinta y que existe un peligro serio de ver al Partido Socialista distanciarse de la UP; cierto es también que la derecha ejerce presiones extremadamente directas y a menudo violentas sobre el gobierno. Resulta que los actores principales del sistema: PC, DC, ministros, militares y el propio Allende tratan de mantenerse dentro del marco institucional, sin tener por ello la menor indulgencia con sus compañeros. La imagen que presento puede parecer caricaturesca; admito que está un poco forzada y que lucho contra el abatimiento y la ansiedad al dar esta imagen. Pero la describo lo más seriamente del mundo. Nadie tiene interés, entre los actores políticos, en tomar la iniciativa de la ruptura. La situación económica deja todavía un respiro; no se derrumbará en un día; tenemos semanas y hasta algunos meses por delante. Por consiguiente, el tiempo de las grandes maniobras no ha pasado todavía.

La izquierda oscila entre una posición propiamente política, atenta a lo que pueda pasar, y una actitud revolucionaria. Entre las dos, la acción de clase se debilita y desaparece. Muchos comunistas buscan lo razonable y confían en su partido para hacer funcionar un sistema en el que están instalados bastante confortablemente. Al lado de ellos, algunos dirigentes socialistas, en administraciones o en servicios públicos, parecen a disgusto con sus responsabilidades y esperan con impaciencia la hora de los riesgos y de las rupturas. ¿Se está seguro de que no son dos maneras complementarias de debilitar la acción de clase, minada también por las dificultades de la vida material? Los unos piden a los obreros que manifiesten masiva pero pasivamente su apoyo a la táctica del gobierno; los otros les hacen prever el momento en que habrá que recurrir a las armas en una sociedad dividida y

en la que el Estado habrá sido desbordado por completo. Pero de ambos lados preparan las tropas a esperar.

Si se quisiera devolver las fábricas a los antiguos patronos, el levantamiento sería inmediato. Pero esta hipótesis es poco probable a la hora actual. Para que llegue a serlo, es preciso en primer lugar derribar el régimen. ¿Qué se les dice a los trabajadores de Santiago, de Valparaíso o de Concepción para prepararlos a afrontar una crisis de régimen? Entre la política y la ideología, la realidad social parece desvanecerse. Los *gremios* se comprometen a fondo; ¿por qué no la CUT?

Imagino un visitante francés, interesado por lo que pasa aquí desde hace tres años y lleno de simpatía por la Unidad Popular. Si llegara aquí en estos días, ¿cuál sería su primera pregunta? ¿De qué se asombraría inmediatamente?

Si caminara por el centro de la ciudad, como yo lo hacía esta mañana, oíría en la Alameda, retransmitidos por los altavoces, los discursos de los jefes de los *gremios* de oposición, reunidos en la Universidad de Chile. Sería detenido en las calles por estudiantes de la Universidad Católica que le pedirían que firmara una petición para que Allende dimitiera. No vería la Unidad Popular. Le hablarían de los *cordones*, pero se enteraría de que comunistas y socialistas luchan por su control. Su pregunta sería, pues, ésta: ¿por qué no actúa la Unidad Popular? Un desfile un día, un discurso otro día, está bien. Pero la burguesía se halla en huelga, los camioneros desde hace mes y medio, los médicos desde hace varias semanas, los comerciantes desde hace varios días. Se sabe que se han allanado fábricas, que el canal 9, incautado por sus trabajadores desde hace cerca de un año, ha cesado de emitir. ¿Por qué esta ausencia de movilización? El PC llama desde hace un mes a luchar contra el golpe de Estado fascista. ¿Y si el sentido de esta campaña fuera cubrir una capitulación legal del gobierno?

El país entero vive la hora de la derecha, que tiene la iniciativa en todos los dominios. Altamirano el primero acaba de evocar con fuerza una voluntad de intervención popular, y su discurso ha sido lúcido y valeroso, pero no ha dado consignas. ¿Por qué esta ausencia de acción? Una primera explicación podría ser la de que el pueblo está gastado por las privaciones y que su militantismo ha bajado bastante. Yo creo que esto es falso. Desde hace mucho tiempo muchas mujeres de los medios populares estaban contra el gobierno; se había visto por ejemplo en 1971, en el momento de la elección parcial de Valparaíso. La UP había hecho progresos entre las mujeres en las elecciones de marzo del 73; es probable que haya retrocedido en este sector. Pero el 4 de septiembre demostró la importancia del apoyo popular. Si no hay movilización mayor, no es porque sea imposible, es porque no se quiere. Los periódicos comunistas no hablan más que de defender la patria, a todos los chilenos, la democracia, el régimen de los partidos. Se creería estar oyendo al Partido Radical de otros tiempos. ¿A qué estos discursos? No veo más que una explicación: la situación econó-

mica. En el estado actual de las instituciones y de las fuerzas políticas, la crisis económica no puede ser superada más que por un acuerdo de hecho con la DC, que dé una posibilidad al gobierno mediante una definición precisa y definitiva del sector público de la economía y cierto número de otras medidas. ¿Pero por qué negociaría la democracia cristiana, cuando no ha querido hacerlo en agosto? Negociar para la UP es probablemente capitular. Sin embargo, concibo que un dirigente de la UP pueda decir que ante todo es preciso ganar tiempo, superar la crisis, recobrar cierto dinamismo. La DC no comprende la fuerza de las transformaciones sociales y culturales que se realizan. Después de todo, ha dejado llegar a Allende al poder y destruir el capitalismo chileno. ¿Por qué no le dejaría otros tres años más, arrullada por la ilusión de tomar el poder en el '76? Este cálculo no es evidentemente el de la DC; pero ésta, que desea y prepara la caída del presidente, se halla no obstante, limitada en sus iniciativas por la necesidad de mantenerse en el interior del sistema institucional, aunque no sea más que para no sacar las castañas del fuego para unos militares que le robarían fácilmente su clientela electoral.

La DC no es únicamente el principal adversario de la UP; pertenece al mismo sistema político que ella. Si el régimen cae, la democracia cristiana será arrastrada en la caída. La descomposición política que ataca a la UP, ataca ya de la misma manera a la DC. No quiere decir esto que vaya yo a volver a los temas habituales sobre la oposición de la derecha y de izquierda en este partido, lo cual es una grave ilusión a mis ojos. La DC no puede estar más que a la derecha y Frei tiene una realidad política que no tiene, que no puede tener Tomic. Pero la DC que, nueva Casandra, está anunciando desde 1971 la catástrofe, no puede políticamente actuar al margen del sistema político. Todos sus esfuerzos consisten en quebrar el sistema desde el interior, introduciendo en él a los militares y exigiendo que todo el poder real pase a sus manos. Pero los ministros militares parecen seguir respetando las órdenes de Allende. La DC agita entonces los rayos de la ley, que no causan gran efecto. Está arrastrada por la ruptura sin dirigirla. Si la UP cae, se sobrevivirá como movimiento popular; pero la DC lo habrá perdido todo, porque otras distintas, por diferentes medios, se encargarán de los intereses de la burguesía. Ella es la que la historia habrá de juzgar más duramente; ella es también la que dirá sin cesar que siempre tuvo razón y que predijo la catástrofe que iba a acabar con todo. Pero la memoria colectiva de una nación no juzga a los dirigentes políticos como los analistas. Se interesa poco por la cuestión —por lo demás confusa— de saber si tuvieron razón; los juzga por su capacidad de defender los intereses que les incumben y de alcanzar sus fines.

No discuto la cuestión de saber si a la crisis actual seguirá una nueva pausa, así como la llegada de los militares al gobierno a principios de diciembre de 1972 marcó una pausa después de la crisis de octubre. He dicho estos últimos días que mi pronóstico era más sombrío. Pero la

Unidad Popular no puede tener otra esperanza que esta pausa, que este diálogo. Movilizar es hacer que aumente el conflicto y por lo tanto, exponerse a peligros inmensos. No le veo otra explicación a la actitud contemporizadora del gobierno y sobre todo a la lucha del PC por el diálogo bajo la forma de ataques contra el golpe de Estado fascista. ¿Terminará quizá la crisis por un golpe de Estado puramente militar? Es muy posible. Pero yo puedo asegurar que los actores políticos principales habrán hecho todos cuanto está en su mano para evitarlo. Parece como si todo el mundo esperase que la situación económica o los acontecimientos sociales diriman entre los partidos en presencia y designen un vencedor contra el cual los otros no se alcen.

Todos los acontecimientos están marcados por estas dos fuerzas opuestas: la de la crisis económica que llevará consigo la crisis política, y la del sistema político que lucha contra la ruptura. Un golpe de Estado es una voluntad que interrumpe la crisis, que se adelanta: aquí el mundo político marcha hacia atrás. Se ha acercado a la crisis de régimen sin mirarla de frente. Cuando el Partido Nacional proclama la necesidad de acabar de una vez, reconoce que no desempeña un papel decisivo en el juego político actual.

Pero quiero expresar esta noche lo que siento en el fondo: estamos al final del camino. Ignoro lo que ocurrirá en los días venideros; pero me doy cuenta de que las cartas están marcadas. Nadie puede creer seriamente en el diálogo. La democracia cristiana no quiere arriesgarse, pero está decidida a la caída. En estas condiciones, si el diálogo previsto no es más que un falso pretexto, ¿qué van a hacer los militares? ¿No son la única expresión de la crisis económica, de la descomposición del país?

Altamirano ha expresado al menos honradamente la situación actual. No creo que tenga los medios de dirigir una acción, pero su reacción es realista. Interrumpo el trabajo esta noche, muy inquieto, inquieto sobre todo por ver las fuerzas políticas jugar un juego bizantino, mientras el país se descompone. El fin está próximo, es cuestión de días, de semanas, seguramente no de meses. Pablo Rodríguez, primer jefe de *Patria y Libertad*, ha vuelto a Chile. Está en la provincia de Cautín. Mala señal.

Nota 30 septiembre

Ya sé que será difícil para quienes no han vivido en Chile las semanas que precedieron el golpe de Estado comprender estas páginas. ¿Cómo admitir, se dirá, que los actores principales de la izquierda hayan podido estar ciegos hasta ese punto? Sin embargo, hay que admitirlo: en vísperas del golpe de Estado, el Partido Comunista seguía buscando el diálogo y el Partido Socialista expresaba su voluntad revolucionaria, pero apenas se preparaba a resistir la acción contrarrevolucionaria.

No acuso el juicio de los hombres. Quisiera hacer captar el

estallido de la Unidad Popular, que era todavía un sentimiento pero no era ya una voluntad. Si la resistencia al golpe de Estado fue débil se debió a que los dirigentes políticos no lo esperaban. Todo el mundo se interrogaba sobre las intenciones de la derecha y pensaba que la democracia cristiana tomaría una iniciativa; nadie había previsto la irrupción de las fuerzas armadas derribando a la derecha como a la izquierda para hacer la política contrarrevolucionaria que los partidos conservadores no lograban realizar.

Si se imaginan unas fuerzas populares movilizadas permanentemente contra las maniobras de una derecha que utiliza el ejército, todo se vuelve incomprensible. El ejército seguía secreto, la derecha política aguardaba la catástrofe, la izquierda esperaba encontrar una salida, la extrema izquierda vaticinaba. El suceso entró como el rayo en la casa.

11 DE SEPTIEMBRE: 8 h 30, EL GOLPE DE ESTADO

GOLPE DE ESTADO. Pinochet, Merino, Leigh y Mendoza, los jefes de las tres armas y de la gendarmería, se insurreccionan. Proclamación solemne: ante la crisis, la incapacidad del gobierno, la formación de grupos armados y el peligro de guerra civil, el ejército toma el poder. En otra longitud de onda, oigo a Allende, sereno, hablando desde La Moneda. Radio-Corporación (socialista) llama a los trabajadores de las fábricas y a los soldados a sublevarse. Todo ocurre más de prisa que lo previsto, más brutalmente. No hay nada de común con el 29 de junio. Es el ejército, no un regimiento, el que se lanza al golpe de Estado. Pero las radios de izquierda siguen emitiendo. Oigo al PC repetir sus consignas de anoche (que yo no oí): cada cual en su puesto. La electricidad no ha sido cortada. La proclama de los cuatro jefes militares se repite constantemente en las antenas. ¿Golpe de Estado, guerra civil, revolución? En el momento preciso todo es posible. El ejército ordena a todo el mundo que permanezca en su casa.

9 h 20: Por Radio Magallanes oigo a Allende: voz de sacrificio y no de revolución. Acusa al imperialismo y a la reacción. Llama a los trabajadores a luchar pero sin perder la vida; es a la historia a quien se dirige, y se despide de las masas populares. Sabe que está perdido, pero no renunciará. Permanece en La Moneda. Radio Magallanes, que es comunista, pide a los trabajadores que vayan al centro. Seguramente los obreros ocupan las fábricas. Oigo aviones de caza, pero los autores del golpe de Estado no se han apoderado inmediatamente de todo. La CUT hace un llamamiento (9 h 35) para que se ocupen todos los lugares de trabajo. Las posibilidades de

victoria de la UP son escasas. ¿Pero cuál será la resistencia, cuál es la posibilidad de lucha, de enfrentamiento?

El ejército pide tranquilidad y que se permanezca en las casas. Yo salgo. Hay que ir al centro.

16 h: Reanudo las notas tomadas en mi carnet durante las horas pasadas en el centro de la ciudad, a unos doscientos metros de La Moneda. Yo vivo a tres kilómetros del palacio. Subo la avenida Vicuña Mackenna por la que pasan algunos autobuses llenos a reventar. Después me acerco a la plaza de Italia, donde es más densa la multitud de empleados y obreros que abandonan las oficinas, las tiendas y los talleres del centro. Cuando entro en la Alameda son las 10 h 10; la avenida está desierta y oigo los primeros disparos. Unos minutos después, cuando estoy a la altura del edificio de la UNCTAD, las balas rebotan muy cerca. Permanezco en el suelo un momento junto a una mujer que implora a la Virgen bajo todas sus advocaciones, antes de continuar mi camino por una calle paralela, Marcoleta y después París. A cada cruce de calles me aproximo a la Alameda. Algunos disparos, escasos transeúntes; a uno de ellos, herido, lo transportan al otro lado de la avenida. Veo unos carabineros, muy pocos, que no disparan. Ningún movimiento de tropas en la avenida. Llego a un ministerio, a dos calles de La Moneda. Me abren y subo al piso de arriba, al despacho del ministro. Allí encuentro a un amigo y a un joven comunista. Permaneceremos en aquel lugar la mañana entera, escuchando un transistor y mirando por las grandes ventanas hacia la plaza de la Libertad, cuyos altos edificios grises ocultan el palacio de la Moneda.

Los comunicados militares se suceden, pero todavía oigo durante un momento Radio Magallanes. El ejército anuncia que Valparaíso, Talcahuano, los grandes puertos, han sido ocupados por la marina. Los disparos son espaciados. Se ha dirigido un ultimátum a Allende para que se rinda antes de las 11 h.

El barrio central está vacío; hay un grupo de curiosos en una esquina de la Alameda; unos disparos que suenan irregularmente en todas direcciones vacían las calles. Los funcionarios del ministerio se han reunido en el sótano. Me paseo por unos despachos casi desiertos. La Alameda está vacía. A las 11 h 15, la *Junta* hace declaraciones apaciguadoras. Los derechos y conquistas de los trabajadores serán respetados; el ejército quiere únicamente restablecer la unidad nacional amenazada por la lucha de clases y por el gobierno marxista. Un cuarto de hora después se difunde el primer decreto-ley: estado de sitio, prohibición de llevar armas. Parece ser que el plazo de ultimátum ha sido ampliado. Los disparos no vienen únicamente de La Moneda, sino también del sur y del este. En un teléfono me entero de que el fuego es bastante vivo en torno de la Universidad Católica y del cerro Santa Lucía.

12 h: De pronto, estrépito ensordecedor. Los aviones pasan en vuelo rasante; bombardean La Moneda y se enderezan para elevarse precisamente encima de mi cabeza. El edificio vibra. Los tanques, que deben estar al otro lado del palacio, en la plaza de la Constitución, disparan cañonazos. Un instante después un comunicado anuncia que se ha intimado a Allende a rendirse y que se ha negado. A las doce y cuarto se eleva una nube negra de La Moneda, en el ala más alejada de mí. ¿Quién se bate? Sigo sin ver ningún movimiento de tropas. Los carros y los hombres han debido llegar por la avenida Bulnes y rodear el palacio. Allende tenía una guardia de carabineros. ¿Lo defenderán? ¿Y qué puede hacer su guardia personal? Un nuevo comunicado anuncia que todas las tentativas de resistencia serán aplastadas. Renace la esperanza; de seguro se lucha en varios puntos de la ciudad. A las doce y media me dicen que la casa del Presidente, al este de la ciudad, en la calle Tomás Moro, ha sido bombardeada, lo cual confirma el ejército diez minutos después. Los disparos se reanudan antes de las 1 h y se intensifican. Alrededor del edificio en que me hallo, las balas parecen venir de todas las direcciones. Ametralladoras y cañones atacan La Moneda. Un nuevo comunicado se dirige a los obreros para tranquilizarlos y amenazarlos a la vez, anunciando sobre todo a los trabajadores de las fábricas incautadas que el sabotaje será severamente castigado. El fuego es en extremo nutrido.

Estará prohibido circular a partir de las 15 h. Salimos del ministerio un poco antes. Las calles están vacías; algunos disparos parecen batirlas a todo lo largo. Encontramos un auto; un carabinero, apostado en una esquina, lo inspecciona y nos indica el perímetro prohibido. Incluso bastante lejos del centro, donde el ruido de las explosiones está sofocado, se ven las calles desiertas. La ciudad está sobrecogida.

14 h 10: Un comunicado anuncia que Allende se ha declarado dispuesto a rendirse y ha pedido un alto el fuego de cinco minutos, que le ha sido negado, ya que los francotiradores siguen atacando a los militares desde lo alto de los edificios que rodean la plaza de la Constitución. Enciendo la televisión. El canal 9 no existe ya, el canal 7, canal "nacional", está mudo. El canal 13, el de la Universidad Católica, arma poderosa de la oposición, es el único que emite. Los locutores sonrientes anuncian que la programación será totalmente normal, con variedades interrumpidas únicamente por los comunicados militares... Oíré la radio. Anuncia a las 14 h 30 que la Moneda se ha rendido y que han sido detenidos altos funcionarios. Inmediatamente, la represión. Se lee y se relee una primera lista de personalidades --cincuenta nombres--, que deben presentarse con urgencia a la autoridad militar. Distingo los nombres de Altamirano, Corvalán, Chonchol, Laura Allende, Cademártori, Almeyda, Enríquez, Faivovich, Figueroa, Flores, Godoy, Garretón, Gazmuri, Insunza, Joignant, G. Marín, Palestro, Stuardo, Toro, García, Guastavino, Vergara, Schnacke.

Los militares piden a los vecinos de la ciudad que adornen con banderas sus casas para celebrar la liberación del país. La viuda que vive en frente de mí abre su ventana y saca una bandera. El ejército se dirige a los jóvenes y a sus familias para que no haya manifestaciones en las calles. Se suspenden los pagos bancarios.

No podemos salir ya; el país entero oye la voz imperiosa de las fuerzas armadas. Los disparos disminuyen. El país ha caído de un golpe en la dictadura militar. No ha habido batalla en el centro; todo o casi todo ha pasado en La Moneda. Partidarios y adversarios del golpe de Estado están impresionados por el ataque de la aviación, el incendio del palacio y la desaparición del Presidente.

Oigo en medio de las marchas militares y de los aires folklóricos declaraciones sobre el resurgimiento nacional.

Ninguna noticia de La Moneda ni de Allende, de las ocupaciones, de las posibles resistencias. Supongo a los dirigentes políticos en fuga y detenciones numerosas; pero no creo que haya lucha entre tropas leales y rebeldes.

Esta intervención militar emplea un lenguaje duro, en el que nada permite imaginar el llamamiento a unas fuerzas políticas moderadas. El tono es el del Partido Nacional, no el de la democracia cristiana. Lo que sorprende tanto más cuanto que el golpe de Estado no es obra de algunos militares, sino del ejército, puesto que la *Junta* está compuesta por los cuatro comandantes en jefe. Esta dureza queda confirmada por los medios empleados: bombardear con aviones de caza el palacio presidencial en pleno centro de la ciudad, quebrar inmediatamente todo proyecto de resistencia. En cambio, el golpe no parece haber sido preparado en detalle, puesto que durante varias horas una o varias estaciones emisoras de izquierda pudieron seguir difundiendo. Es una acción puramente militar, pero que emplea un lenguaje político para atacar al gobierno marxista. Hoy los más pesimistas parecen tener razón; la tendencia más dura triunfa. Todo el sistema político chileno ha cambiado de arriba abajo. Los militares han quedado solos. No se trata de que puedan apoyarse en fuerzas de extrema derecha que son totalmente minoritarias. Tienen que imponer una política extremadamente represiva o volver a entrar en el sistema político.

Hoy se detiene, se prohíbe, se censura. Esta situación va a durar. El caos económico está ahí. Una derecha moderada sería todavía más impotente que la izquierda allendista ante un problema de esta amplitud. El apoyo del gobierno militar no le vendrá de los partidos, sino de los *gremios*, organizaciones de clase. Sólo ellos, reanudando el trabajo, van a dar la imagen de un régimen capaz de detener la marcha a la catástrofe. Después, quizá los norteamericanos se muestren amables. Una fuerte represión limpiará las empresas, decapitando la fuerza sindical. La amenaza de un movimiento de oposición contribuirá a que la línea dura se mantenga. ¿Pero podrá el ejército como tal asumir largo tiempo la responsabilidad de una política así? Entre los institucionales de derecha y los extremistas

habrán de aparecer tensiones y contradicciones. Pero es ante todo evidentemente la vía represiva la que va a imponerse.

Muy pronto sabremos si esta represión militar se convierte en un gobierno que se haga cargo de una cierta imagen de desarrollo nacional, creando las condiciones del poder de una nueva burguesía y destruyendo toda forma de libertad, o si la brutalidad de la intervención será seguida de una indecisión política.

Lo que hoy se ve claro es que todo el sistema político chileno y no solamente la UP, ha sido liquidado. El juego político se ha roto contra la crisis y contra la intervención militar.

Son más de las 6 h. Está prohibido salir a la calle. Hace un momento, en la avenida desierta, patrullaba un jeep cuyos hombres apuntaban con sus fusiles en todas direcciones. Se oían disparos hacia el sur, por donde están las fábricas.

Sigue sin saberse nada de Allende.

Podría dar fin a este diario ahora mismo. Chile popular ha perdido. La vía chilena (incluida la oposición demócratacristiana) acaba de ser cortada y en su lugar se coloca un régimen que está solo contra todas las fuerzas del país: sindicatos y partidos, y frente a una grave crisis económica. Pronto se organizará la resistencia.

Porque yo he dicho sin cesar que la vía chilena no era una expresión ideológica, sino la expresión necesaria de la situación de Chile, el golpe de Estado militar me parece colocado ante la opción siguiente: o la represión extrema, todavía más violenta que en Brasil, y que merece el nombre de fascista, o la crisis interna y la fragmentación. Estamos viviendo el primer término de la alternativa. Por consiguiente, puede pensarse que se va a organizar una resistencia popular reforzada por la transformación del golpe de Estado en régimen fascista. ¿Cuántos muertos serán necesarios para levantar una barricada capaz de detener al monstruo?

Chile está en manos de un poder salvaje que no tiene otro objetivo que la contrarrevolución. La hora de la violencia y de los sacrificios ha llegado para un pueblo que ha alcanzado un alto grado de conciencia de clase y de participación política. Pero por encima de la ruptura, hay que ver el objeto de la operación: construir una clase dirigente sostenida a la vez por el Estado y por el extranjero, acelerar la acumulación capitalista, reprimir los movimientos populares. La forma política de esta transformación no puede ser imaginada hoy. Únicamente se puede pensar —consuelo bien pobre— que los *gremios* se contarán entre las víctimas económicas de ese capitalismo de Estado autoritario.

Los hechos de hoy marcan una ruptura fundamental. Creo que Chile sale del dominio de los países subdesarrollados, de aquellos en los que la clase dirigente es sobre todo consumidora, el Estado redistribuidor y las clases populares múltiples.

Chile entra en el mundo más rudo del desarrollo industrial, capitalista o socialista. De la democracia cristiana a la UP la ruptura no fue total, ni mucho menos. Se permanecía en el dominio de la redistribución. Entramos en el de la acumulación, de la represión, de la producción. Sí, la vía chilena está cortada. En su furor y en su dolor un militante de la UP me decía esta mañana: “¡Ya no se nos podrá hablar jamás de la vía electoral hacia el socialismo!”

No creo tampoco que las sutilezas de la democracia cristiana resistan a la prueba. Los empresarios, las empresas extranjeras, el Estado represivo: henos aquí ante los nuevos dirigentes. A menos que el gobierno militar se destruya ante las dificultades y la hostilidad y que de nuevo Chile caiga a la izquierda. Pero hoy la izquierda está vencida, sus líderes buscados por la policía militar, presos o muertos.

Un amigo me telefona: me entera de la muerte de Allende en La Moneda. No sé cómo presentarán los militares el hecho.

Sí, la vía chilena ha llegado a su fin . . . Y Chile va a ser el primer país de América Latina en el que se desarrolle una lucha popular contra un régimen contrarrevolucionario. Lo ocurrido hoy ha sido a la vez un golpe de Estado enteramente militar, y un cambio profundo de toda la sociedad política chilena. Es imposible imaginar que no se pase del golpe de Estado; los militares no pueden triunfar más que creando un nuevo régimen. Como no me parecen muy preparados para ello y como el movimiento popular es fuerte, no hay que perder esta noche la esperanza.

22 h: Los cuatro miembros de la Junta justifican su acto. ¡El carabinero habla de la necesidad de restablecer la legalidad! El marino se embarulla. El aviador es el más violento, el más ideólogo. Pinochet, el jefe del ejército de tierra y de la *Junta*, habla de las fechorías del gobierno marxista, anuncia la formación de un gobierno militar con asesores civiles, la clausura del Parlamento, el respeto a los tribunales y a la Contraloría, y la ruptura de relaciones con Cuba. Durante unas horas todavía, pienso, conservarán entre sus dientes unos jirones del lenguaje republicano de Chile; pero muy pronto la represión y la lucha impondrán su ley.

22 h 45: Un comunicado militar —no hay otro— anuncia para mañana la queda absoluta. No se puede salir, el comercio quedará interrumpido, así como las administraciones y las fábricas. Estas medidas se han tomado, dicen, para salvar de los “grupos suicidas de extremistas” la vida de los ciudadanos. La resistencia continúa, por lo tanto, en el sur y el oeste de la ciudad.

Los partidos son una cosa, el movimiento popular es otra, incluso si los vínculos entre ellos son constantes y múltiples. Conquistar La Moneda requiere algunas horas, ¿pero y las fábricas, y los *campamentos*? Va a ser preciso que el ejército se imponga por doquier; la resistencia popular será

viva. Mañana tendremos una jornada más sangrienta que la de hoy, y en ella caerá no el jefe del poder ejecutivo, sino centenares de militantes revolucionarios. Los lobos han entrado en la ciudad.

Nota 22 septiembre

El general Baeza, actual director general de policía y que fue encargado por la Junta el 11 de septiembre de las negociaciones con el Presidente, ha dado un relato oficial de los hechos. Documento para unirlo al expediente.

Insiste en los contactos constantes que hubo entre la *Junta* y el Presidente. Allende, intimado a rendirse, habría solicitado entregar su dimisión personalmente a los jefes militares en La Moneda. Esto le fue negado. A continuación y después de haberse dado una autorización para salir del palacio a cierto número de personas que se encontraban en él, mujeres y también hombres, dos ministros, F. Flores y D. Vergara, se rindieron en el ministerio de la Defensa. Se obtuvo un acuerdo para que un vehículo militar fuera a buscar al palacio al Presidente para conducirlo al aeropuerto, donde esperaba un avión soviético. Los disparos de los francotiradores impidieron a dicho vehículo acercarse y al Presidente salir. Allende se suicidó entonces, haciéndose un disparo en la cabeza con una pistola ametralladora que le había regalado Fidel Castro. Uno de sus médicos fue el primer testigo de su muerte. No pocos puntos permanecen oscuros. Lo que queda en pie es que Allende eligió el momento decisivo de morir; efectivamente, no se rindió. Las circunstancias de su muerte permanecen oscuras.

12 DE SEPTIEMBRE: MUERTE DE ALLENDE; EL GOBIERNO MILITAR, LA RESISTENCIA, LA REPRESIÓN

9 h: Prohibición de salir desde ayer tarde a las 6 h hasta mañana por la mañana a las 6 h. Esta noche he oído disparos procedentes del sur y por la mañana algunos cercanos, del lado de la avenida Vicuña Mackenna. Imposible telefonar a París. Los mismos periodistas no consiguen comunicar sus artículos. Me llegan algunas noticias sobre la matanza en Tomás Moro, sobre los ministros detenidos, sobre el nombre de algunos de los muertos de La Moneda, familiares de Allende caídos con él. Me afirman que el Presidente dirigió la defensa.

La izquierda chilena parecía confusa, a menudo aventurera. La desatinada aventura de Marmaduke Grove en 1932 hacía sonreír. Pero el proletariado chileno derramaba su sangre. Las grandes matanzas de comienzos de

siglo y sobre todo la de Iquique marcaron para más de medio siglo al movimiento obrero chileno. Ayer, un presidente murió sin rendirse. El *Chicho* Allende, amante de la buena vida, discreto, flexible, demasiado flexible, hombre de partido y de combinaciones políticas, había llegado a ser el *compañero presidente* de la Unidad Popular. Con su muerte, hace entrar a la Unidad Popular en la categoría de los movimientos populares exterminados por el ejército y por la burguesía.

A partir de hoy, independientemente de un análisis que podrá ser crítico, se impone una imagen de Allende negándose a abdicar, despidiéndose serenamente del pueblo antes de morir en el palacio presidencial bombardeado y cañoneado. La historia de Chile no será ya la misma; su futuro quedará marcado por esta muerte y su pasado se leerá de otra manera. El tiempo y el espacio de la política desaparecen en beneficio de las fuerzas y de las luchas sociales. El cometido de Allende no habrá sido conducir a su pueblo a una tierra prometida, sino a una tierra real, haciéndole abandonar los pretextos falsos de la retórica y de los intereses disimulados. Este hombre amable y arrebatado a la vez, político y revolucionario, producto de la sociedad chilena pasada, ha sido aplastado por las transformaciones que puso en marcha y que no podían dejar de serlo, un poco más pronto o un poco más tarde. Entró en la acción revolucionaria, sin poder llevar adelante la transformación del país. Fue un presidente chileno militante socialista; murió como un presidente de la OLAS, como un *compañero* de Fidel.

10 h: Veo en la televisión las primeras imágenes del día de ayer. El barrio de La Moneda ocupado por *carabineros* al comenzar la mañana. A eso de las 8 h 30 se ve entrar en La Moneda a unos oficiales. Pasadas las 9 h, la plaza de la Constitución está aún vacía. Sólo hay algunos periodistas. Los tanques, en muy escaso número, llegan hacia las 10 h y toman posición frente al palacio. Atacan a cañonazos. Los carabineros salen de La Moneda, siguiendo las órdenes de Mendoza. El Presidente se queda con sus *compañeros* y su guardia. Hay armas en el interior, el ataque de la aviación militar marca el comienzo del asalto.

La radio y la televisión, totalmente controladas por la *Junta*, no dan evidentemente "noticias". Se habla de resistencia importante en las fábricas así como en edificios universitarios, sobre todo en la Universidad Técnica del Estado. Hay francotiradores o pequeños grupos en varios lugares de la ciudad.

Veo de nuevo la presentación de la Junta en la televisión. El comandante en jefe de los carabineros y hasta el marino se me aparecen claramente al margen. Ninguna afirmación ideológica de su parte, un llamamiento a la vuelta a una situación normal. El aviador, Leigh, pero también Pinochet, a quien se tiene por cercano a la democracia cristiana, son más políticos. De nuevo me impresiona el desequilibrio entre la violencia con que han

llevado a cabo el derrocamiento del régimen y su ausencia de orientación.

Es a la vez una contrarrevolución y un *pronunciamento*. El ejército rompe el sistema político y la derecha toma brutalmente su desquite contra la izquierda.

¿Cómo interpretar estos dos sentidos del golpe de Estado? No es un movimiento social de tipo fascista que apenas existe. Se está más cerca del poder franquista que de la Falange. Es la fuerza de la represión la que definirá el régimen.

La violencia del ataque, la ausencia de todo despliegue de tropas, el empleo de medios pesados, todo hace pensar que los jefes militares no cuentan ni con la tropa ni con la opinión.

Situación extraña: ayer por la mañana, unos cuantos tanques frente a unos cuantos hombres encerrados en un palacio. Y sin embargo, la suerte de una nación y la lucha de clases se ventilan en este escenario ocupado únicamente por algunos personajes. Hoy, intervenciones militares más masivas, pero los partidos políticos parecen haber sido deshechos por el choque. No puede haber un gran levantamiento popular, tan sólo focos de resistencia y zonas de represión.

¿Qué va a ser de la alianza de partidos que constituye la Unidad Popular? Si los dirigentes políticos no son liquidados masivamente, será la izquierda de la UP la que tomará las primeras iniciativas, reforzada por la acción de los *cordones* industriales. En Chile puede haber una época de guerrillas urbanas, fenómeno clásico en el momento en que se rompe el populismo.

Dentro de unas semanas o de unos meses, si el gobierno militar se deshace, será una marea revolucionaria extrema la que arrastrará a Chile. Si el nuevo régimen se mantiene, el PC se reformará, se fortalecerá y la iniciativa pasará a la lucha económica obrera y a sus organizadores políticos.

Los disparos que oigo, bastante cercanos, deben proceder de fábricas del *cordón* Vicuña Mackenna. Los que caen con el fusil en la mano son los que tienen lo mejor del espíritu revolucionario y de la política democrática de Chile popular. Los guerrilleros no pueden triunfar. No por razones técnicas, sino porque triunfar quiere decir llevar en sí un modelo político general. Los guerrilleros no han nacido para eso, sino para batirse contra los gorilas. En este momento eso es lo que cuenta.

12 h: Los militares acaban de reconocer que la resistencia continúa. Las armas deben depositarse hoy antes de las 15 h; de lo contrario, el ejército liquidará físicamente la resistencia.

Este régimen nace en la violencia. Ya no se discutirán mañana los méritos de la Unidad Popular. Estamos separados de ese pasado por un río de sangre. Pero antes de iniciar de nuevo la marcha hacia el futuro, hay que dejar que estalle la cólera, buena consejera.

Las sutilezas de la oposición democrática han pasado de moda. No hay

que obrar llevado por los sentimientos; pero esto no es un motivo para no tenerlos. Los que caen, ya sean de un partido o no, obligan a la clase obrera y al pueblo a vivir en la resistencia y a inventarse un nuevo futuro.

14 h: Oigo en la radio los discursos de Jara y de Vilarín, los patronos de los transportistas. El primero expresa su satisfacción profunda y se pone a las órdenes de los militares. El segundo se muestra jubiloso y dice toda la verdad: su movimiento de huelga tenía por objeto derribar el régimen. Los partidos han quedado descartados. He aquí que de todos los *gremios* brotan las voces más entusiastas y más "patrióticas": los profesionales, los comerciantes, los médicos, los transportistas elogian la "virilidad" y el espíritu de sacrificio de los jefes militares. El gobierno proclama su voluntad de justicia social y de disciplina nacional, su deseo de fraternidad y su repulsa por todo lo que divide; se asemeja al fascismo. El corporativismo que Cotler ve crearse en Perú podría muy bien en realidad aparecer aquí. El júbilo de la pequeña burguesía es impresionante. En todas sus casas se ven banderas. Espera del gobierno firmeza. Aplauda las medidas inmediatamente tomadas contra los extranjeros. Admirable carne de cañón del capitalismo, entregada a su odio hacia la clase obrera del pueblo, deshecha de emoción ante los sufrimientos de los camioneros y convencida "razonablemente" de que hay que fusilar a todos los que se oponen.

Hoy y los días que sigan, esta semana, serán los más negros. Detenciones en masa, medidas de terror, venganzas de los pequeños burgueses.

Ahora, veinticuatro horas después del ataque de La Moneda, me siento agotado, y hay que dejarle su momento a la desesperanza.

16 h: Doy vueltas desde hace semanas alrededor del papel de los *gremios* sin haber logrado formularlo exactamente. La dificultad se debe a que trato de describir este grupo social en lugar de situarlo en el conjunto de la organización social. Es preciso, por lo tanto, ampliar el análisis, aunque así se haga más esquemático. Desde el punto de vista de la acción política, las relaciones fundamentales están normalmente situadas al nivel del conflicto de clases; en el interior de este conflicto, y no sin autonomía, intervienen los estratos sociales definidos por su influencia en las instituciones, es decir, las famosas clases medias; en el interior de este conjunto intervienen sectores definidos por su posición en la estratificación y la movilidad sociales. Los pequeños comerciantes actúan, pues, "normalmente" como ligados a la burguesía; pero, en el interior de esta posición, como ayudados o amenazados por el Estado, y en fin a menudo hoy, como sector en retroceso.

Pero la situación puede cambiar por completo, para ellos como para todos los estratos sociales. El conflicto de clases se convierte en crisis si hay ruptura de la economía. En estas condiciones, los sectores intermedios salen de su lugar, pasando al primer plano, pero asumiendo el conjunto de

sus determinaciones sociales, lucha contra la crisis, lucha contra el Estado burocrático, lucha contra el socialismo amenazador, en el caso de los pequeños comerciantes. Lo que acaba de vivir Chile es la asfixia de los conflictos de clases en la crisis, la descomposición del Estado y por lo tanto, un derrumbamiento del orden "normal" de los problemas y de los agentes. En primer plano aparecen aquellos que son habitualmente los más indeterminados, los pequeños comerciantes, los profesionistas liberales, etc. En esta situación, la ideología triunfa sobre la política, la cual triunfa a su vez sobre los intereses económicos. Es lo que caracteriza al fascismo y en un sentido diametralmente opuesto al izquierdismo, particularmente en su componente estudiantil.

Jamás es suficiente relacionar un grupo social con unos intereses de clase, aunque esto sea siempre indispensable. Es preciso también situarlo en relación con el estado de las relaciones entre los niveles de funcionamiento de la sociedad.

Evidentemente, cuanto más funciona al revés la sociedad, más heterónomos son los actores que pasan a ser centrales. Los tenderos y profesionales creen salvar su dinero y trabajan en favor de un golpe de Estado militar que no tiene porvenir más que si sirve al capitalismo y, por lo tanto, lesiona los intereses de los tenderos. En el caso de los izquierdistas no son unos intereses materiales los utilizados por otros, son sentimientos que conducen a una acción muy alejada de la representación que se forman los actores. Porque el izquierdismo, en el caso latinoamericano, está vinculado a la crisis de un modelo estatal y populista.

El papel de los *gremios* en la contrarrevolución chilena está ligado a una situación en la que la ruptura es lo primero, el llamamiento al Estado lo segundo y los intereses de clase lo tercero, aunque el sentido histórico del golpe de Estado deba ser a más largo plazo en sentido inverso. De ahí esa sensación de vacío o de movimiento al revés que produce el golpe de Estado —que es lo contrario de una revolución— ya sea de clase dominante o de clase popular; puesto que una revolución es la dominación de una coyuntura por la lucha de clases rompiendo las instituciones y la organización social. Los *gremios* son así agentes del golpe de Estado, y en particular del fascismo, no por "naturaleza", sino en una situación de crisis. En Chile, relaciones de clase y sistema político han estado estrechamente mezclados y fueron arrastrados a la vez en la caída. De ahí la emergencia del Estado integrador y represivo, impulsado por los *gremios*, que desempeñaron un papel realmente decisivo. La pequeña burguesía muestra su satisfacción y sus buenos sentimientos.

Hacia las 17 h: La *Junta* reconoce la importancia de los focos de resistencia y establece su botín de caza. Unos revolucionarios (ellos los llaman extremistas) han sido detenidos en el periódico *La Nación*, el Banco del Estado, el Ministerio de Trabajos Públicos, el parque O'Higgins, la Seguri-

dad Social, el periódico *Clarín*, la revista *Punto Final*, las fábricas Pizarreño, Cristalerías, la viña Santa Carolina, la editorial Quimantú. El centro más importante de resistencia parece haber sido la Universidad Técnica del Estado, donde dominaban los comunistas. La *Junta* declara haber detenido allí a 600 militantes.

Después de estas noticias, oigo ráfagas procedentes sobre todo del oeste. Sigue habiendo centros de resistencia. No se sabe nada de los *campamentos* proletarios de los arrabales de la ciudad. A partir de las 15 h, las fuerzas armadas, según su propia declaración, no dan cuartel. ¿Cuántos muertos en el combate, cuántos fusilados, y mañana cuántos serán maltratados y torturados?

La campaña contra los extranjeros continúa. Se muestran armas extranjeras recogidas. Se anuncia la detención de un gran número de cubanos. Se convoca a los extranjeros por la radio a los cuarteles de la policía.

En toda la ciudad parece haber grupos que luchan; de cuando en cuando se oyen disparos, y a veces estampidos de armas pesadas. Aquí, desde hace dos o tres horas, se han espaciado las detonaciones.

22 h 30: La televisión presenta una entrevista con Jorge Godoy, ministro del Trabajo de la UP, a favor de la calma y contra los extremismos. La radio había presentado esta entrevista por la mañana. Yo no la había oído, pero había sido informado. Esta noche, al verla, advertí la falsificación evidente. ¡Es una entrevista tomada cuando Godoy era ministro de Allende y presentada como si fuera posterior al golpe de Estado! Con esto se tiene una idea de los métodos de la *Junta*. Ha llegado ya, no sólo a ocultar la verdad, cosa evidente, sino a hacer falsificaciones.

Nota 17 septiembre

Hubiera podido recoger todos los rumores que llegaban a mí. Verdaderos o falsos, indicaban cómo se vivían los acontecimientos. La mayoría se referían a las pérdidas de la Unidad Popular: circulaban los nombres de los muertos; se anunciaban tiroteos en gran número, particularmente en la Universidad Técnica del Estado. Otros indicaban dónde se ponía la esperanza. Durante varios días se anunció la formación de una columna revolucionaria en Concepción, marchando sobre Santiago y mandada por Prats. Chile estaba sobrecogido de asombro o de estupor ante un golpe de Estado iniciado con la muerte del Presidente y un bombardeo aéreo.

Estos rumores, por lo general, falsos o exagerados, eran muestra de la división de la sociedad y del derrumbamiento del poder social.

Hoy, cerca de una semana después del golpe de Estado, me parece que se ha exagerado mucho la violencia de la lucha y

percibido demasiado poco, por encima del derrocamiento del régimen, la represión social: lo importante era destrozarse los medios de apoyo de las fuerzas políticas, los *cordones* industriales y las *poblaciones*. Los miembros de la *Junta* dicen que quieren la unión de todos y la paz social. Estas frases mendaces o vacías indican claramente que lo esencial para este integrista reaccionario no es cambiar la orientación de una política, sino imponer un poder absoluto eliminando la expresión y la organización del movimiento popular.

13 DE SEPTIEMBRE: LUCHA CONTRA EL GOLPE DE ESTADO

9 h: La queda ha sido prolongada hasta el mediodía. Continúan los disparos. Los aviones de caza pasan por encima de la ciudad a escasa altura. Anoche se instaló la *Junta* y nombró su gobierno. Ceremonia improvisada; algunos de los ministros estaban ausentes. El objeto era mostrar a los oficiales que todo el ejército participa del golpe. El general Bonilla, a quien se tenía por el jefe de la tendencia DC y que desempeñó un importante papel en la caída de Prats, es el ministro del Interior, es decir, jefe del gobierno. El almirante Huerta, ex ministro de Allende, lo es de Relaciones Exteriores. El general Brady, que pasaba por allendista, ha sido encargado del orden en Santiago. Todo esto debería ayudar a la *Junta* a afirmar su control del ejército.

Todavía no tengo noticias de la resistencia.

¿Cómo definir la situación presente? La *Junta* militar, que se presenta como un agente de reconstrucción nacional, vacila entre una ideología *Patria y Libertad* y el tema de la salvaguarda del Estado. Ninguna fuerza política se ha manifestado para apoyarla, en tanto que los *gremios* revalorizan en adulación servil y entusiasmo. El poder judicial ha expresado su adhesión. Movimiento reaccionario y ruptura del sistema político. Si la *Junta* sale adelante, será el agente de formación de una nueva burguesía de empresarios vinculada al Estado y al extranjero.

Pero dejemos lo posible y el largo plazo. Lo inmediato es que esta *Junta* choca contra una resistencia cuya fuerza no puedo evaluar, pero que la inquieta. La revolución chilena no ha sido anulada a cañonazos y bombardeos. La oposición a la *Junta*, la constituyen en primer lugar los obreros que luchan y cuya resistencia no es meramente simbólica. Mañana será la acción de grupos políticos organizados. La *Junta* tratará de liquidar todo lo que le parece una amenaza al orden, desde los *campamentos* hasta la organización sindical y política. Querrá manejar el país como un regimiento o un barco de guerra. Jamás acabará con esta obra de represión, que la arrastrará en direcciones que no pensaba quizá tomar.

En cuanto a la resistencia, tendrá la misma ambigüedad que la propia *Junta*. A la violencia responderá la violencia, una acción revolucionaria que se inspira en una tradición muy antigua en el Partido Socialista y reforzada por los movimientos cristianos de extrema izquierda. Del otro lado, a la ruptura del sistema institucional responderá una tentativa de frente democrático. Toda la historia, corta o larga, del régimen militar estará marcada por la tensión entre la intención de reconstrucción, es decir, de instauración de un capitalismo dinámico apoyado en el Estado y que concentra en sus manos la riqueza y capacidad de decisión, y la respuesta a la oposición y a la resistencia. No creo que este régimen pueda instalarse en la estabilidad. No encontrará su punto de equilibrio y será agitado por crisis internas. Chile popular en todo caso no desaparecerá ante las proclamas franquistas de algunos jefes militares.

10 h 30: Unos aviones van y vienen por encima de los barrios del oeste, probablemente del *cordón* Cerrillos. En las calles o las avenidas cercanas suenan disparos de vez en cuando. La ausencia de noticias es penosa; las radios pequeñas de que dispongo captan mal el extranjero. Sé vagamente que en el mundo se organizan manifestaciones. Espero que París haga rugir su cólera contra este golpe de Estado. Pero es imposible telefonar ni cablegrafiar a Francia.

22 h 30: Los comunistas han permanecido en grupos en sus lugares de trabajo. Han sido detenidos y deben estar encerrados en gran cantidad en el Estadio Chile, transformado en campo de internamiento. Los dirigentes están en la clandestinidad. Los socialistas se han marchado en diversas direcciones, por lo general hacia los *cordones* industriales. Muchos dirigentes han debido de caer. La sede del Partido Socialista ha sido destruida.

La televisión ha mostrado grupos de hombres detenidos. Hablaba de ellos con desprecio. Eran el pueblo, jóvenes y menos jóvenes, obreros y empleados, y la televisión los miraba desde una cámara que era como una amenaza, que los acusaba. Éstos están prisioneros, otros luchan todavía, y otros han muerto fusilados.

Jamás en América Latina se había visto instalarse un gobierno contrarrevolucionario con tal violencia de clase. En los barrios ricos, las mujeres se niegan a pagar a los comerciantes al precio del mercado negro. Se acabó, dicen; ahora es nuestro gobierno.

Los *gremios* se muestran jubilosos. El presidente de los sindicatos de comerciantes es el más enfático. La primera decisión del gobierno ha sido suprimir el aparato de Estado de distribución y las JAP. Chile había avanzado demasiado en la movilización popular para que baste con un golpe de Estado; se halla bajo la bota contrarrevolucionaria. ¿Hasta dónde llegará el terror blanco?

La lucha continúa. Esta noche se han oído explosiones al sur y al

oeste. Del lado del *cordón* Vicuña Mackenna al sur, se elevaba hace un momento, poco antes de las 21 h, una nube de humo blanco. Dinamita más que bomba: una fábrica que no se rinde.

Mañana es preciso que vuelva hacia atrás, que haga el examen crítico de mis reacciones hacia Chile popular, a la luz de lo que ha ocurrido. Cuando tal ruptura se produce, es ridículo recurrir a esquemas preestablecidos. Hay que reflexionar, lo cual no quiere decir hacer tabla rasa. Yo sé, de cualquier modo, que todo en mí, por encima incluso de los razonamientos, abomina de este golpe de Estado y de todo cuanto lo apoya o lo aprueba. Esta noche, oigo disparar a unos centenares de metros y pienso en los que mueren. Una explicación que no les hace justicia no puede ser intelectualmente aceptable.

23 h: ¿Va a entrar Chile en un largo período de terrorismo, de mantenimiento de la queda y de ruido de disparos no bien cae la noche? La resistencia organizada ha sido aplastada. Puede recobrar sin cesar sus fuerzas y alimentar una guerrilla urbana que ataque a militares aislados, a instalaciones o lugares simbólicos. El terrorismo es la expresión de un movimiento social cuando éste no puede expresarse a su nivel propio, el de la lucha de clases para la dominación de la sociedad, y no puede adoptar más que la forma de una ruptura y de una crisis.

Contra el orden colonial, la resistencia argelina fue terrorismo urbano a la vez que guerrilla, y después guerra en los *djebels*. Contra la victoria de Israel, la ocupación de territorios y la ausencia de esperanza de los refugiados de los campos, se formó el terrorismo árabe. El terrorismo corre el peligro de perderse cada vez si se separa del movimiento social que le da su sentido, si deviene la expresión de una frustración. Rara vez habrá podido apoyarse el terrorismo en un movimiento político tan fuerte como el que acaba de vivir Chile. El MIR y otras organizaciones políticas han podido formar militantes en la acción política. Estos militantes, habituados a desbordar la UP, pueden lanzarse a la acción de guerrilla urbana con apoyos en la población que los guerrilleros brasileños no encontraron jamás. Es casi seguro que la vida en Santiago estará puntuada de asaltos y de explosiones, de atentados y de gestos simbólicos. A la izquierda de la UP no le faltará valor para lanzarse a esa política peligrosa.

La izquierda está trastornada por el choque. Veo a personas que han quemado todos sus papeles antes de cambiar de domicilio, que no consiguen ya establecer sus contactos políticos habituales, que hablan de pérdidas inmensas entre los dirigentes políticos. Nada demuestra mejor que el golpe de Estado ha cambiado por completo el conjunto del sistema político a la vez que imponía la contrarrevolución. Lo cual pone de manifiesto también la fragilidad de muchos sectores de la Unidad Popular. Había armas acá y allá, pero no organización paramilitar o de resistencia. Los partidos han resistido mal el choque.

Chile era célebre —y se celebraba él mismo— como país de democracia política. Por eso el golpe de Estado militar, que no tenía precedente desde la época de Ibáñez (1927-1931), fue un escándalo mucho mayor que los golpes de Estado que ponen en conmoción a otros países. Y sobre todo, en Chile acababa de haber un movimiento popular de una amplitud extraordinaria que rebasaba las categorías de la política para poner en primer plano, por primera vez en América Latina, una masiva lucha de clases. También esta imagen y esta realidad han sido rotas de un golpe. El pueblo ha quedado brutalmente hundido en la sombra mientras sus dirigentes mueren, son deportados o encarcelados.

14 DE SEPTIEMBRE: CAUSAS DEL FRACASO DE LA VÍA CHILENA; LA FUNCIÓN DEL ESTADO EN AMÉRICA LATINA

En la izquierda mucho más que en la derecha se repite la pregunta obsesiva: si Allende ha fracasado, ¿no ha sido porque no se ha atrevido a tomar todo el poder?

¿Se pueden transformar las bases de la sociedad, echar abajo a la clase dirigente sin apoderarse del poder de Estado, sin instaurar un poder de clase, una dictadura del proletariado? La UP conquistó el poder ejecutivo, pero el Parlamento, en manos de la oposición, le negó constantemente los medios de actuar. Ayer, el gobierno militar ha anunciado medidas brutales contra el mercado negro, y el presidente del sindicato de los comerciantes, Rafael Cumsille, aportó inmediatamente el apoyo de su *gremio*; ahora bien, desde hace tres años, el Parlamento se ha opuesto a medidas represivas contra los especuladores. Los tribunales han obstaculizado decididamente la acción del gobierno, ¿y no es siniestramente cómico ver al presidente de la Suprema Corte, depositario de la jurisdicción chilena, entre los primeros en adherirse al golpe de Estado? ¿Quién puede decir que la Contraloría no ha sido más que un instrumento? ¿Quién puede negar la mala voluntad de los mandos administrativos y técnicos?

¿No acabamos de vivir uno de esos períodos confusos en los que los sentimientos remplazan el poder, y el populismo la lucha activa de clases? Unos hablan de Kerensky, otros de León Blum. Se irritan retrospectivamente por la mezcla de verbalismo revolucionario, de divisiones políticas y de impotencia estatal de la Unidad Popular.

¿Y todos mis esfuerzos por comprender la *vía chilena* y más aún por demostrar su necesidad, no han quedado anulados por el golpe de Estado? El hermoso edificio de tres pisos que construí, ¿no era tan sólo desorden, confusión e impotencia en la realidad?

Más precisamente, he sentido la caída inevitable del régimen; pero creí que ocurriría en el interior del sistema político, que la democracia cristiana

y una parte del ejército llegarían a imponer una solución cualquiera, legal y brutal a la vez, un plebiscito por ejemplo, o incluso que el ejército tomaría el poder pero sin destruir todo el sistema político. Este pronóstico ha resultado falso. La UP ha caído, pero al margen del sistema político. La acción más brutal, la más sangrienta del continente acaba de aplastar a Allende, de exterminar a sus obreros, de encarcelar a sus partidarios, de matar a quienes defendieron el gobierno popular.

Dejo a un lado esta ausencia de previsión. El martes por la mañana, en el Parlamento, los diputados nacionales y demócratas cristianos corrían desatinados, pidiendo noticias, temiendo que la aviación los bombardeara . . . El domingo, Altamirano y el comité central del PS denunciaban a los nuevos contrarrevolucionarios, no anunciaban el golpe de Estado inminente. El PC y el propio Allende buscaron hasta el final una solución negociada: los jefes de la UP discutieron el sábado un proyecto de plebiscito. El sistema político y la situación económica tiraban en sentido inverso. El sistema político ha sido deshecho por el ejército. Admito que hoy se diga que era inevitable. Mantengo que entre los que tenían conciencia de la catástrofe económica y de sus consecuencias sociales, eran raros los que estaban seguros de que el sistema político no controlaría hasta cierto punto la crisis. Y éstos anunciaban la guerra civil, no el golpe puramente militar.

Pocos días antes del golpe de Estado analizaba yo las razones de la crisis. El fracaso, decía, no se debe a unos errores; agrego que no se explica únicamente por la resistencia de las instituciones; se debe a la ausencia de un poder fuerte. La transformación de una sociedad debe ser dirigida. Puede serlo por una clase dirigente, por un partido revolucionario o por un Estado. En Chile no fue dirigida por nadie. Yo defendía, pues, la posición siguiente: en la situación chilena, la acción de las fuerzas sociales principales, de los movimientos sociales, está necesariamente poco integrada, ya que depende a la vez del conflicto de clases, de la lucha institucional y del populismo revolucionario. Esta multiplicidad es la consecuencia de la situación de dependencia que produce la marginalidad y la exclusión —por lo tanto el populismo (revolucionario o por el contrario heterónomo y autoritario)—, y que produce también un espacio político e institucional autónomo, puesto que el poder económico es del extranjero, lo cual favorece un sistema político “irresponsable” hecho de presiones, de redistribución, de intervenciones sociales y culturales. De ahí la importancia, muy grande en Chile, de la institucionalización de los conflictos sociales.

He opuesto esta situación no sólo a la de los países capitalistas dominantes, lo cual es evidente, sino a la de los países donde un aparato autocrático de reproducción ha bloqueado el desarrollo. En estas sociedades “cerradas”, la solución la aportan los partidos revolucionarios leninistas. Los países de América Latina son por el contrario sociedades “abiertas”, que el capitalismo extranjero ha hecho reventar. Mi hipótesis era que el

papel central lo desempeña necesariamente el Estado. En México y en Brasil, el Estado —desempeñando un papel social diferente en los dos países— dirige una gran parte de la infraestructura económica y ha favorecido la entrada de capitales extranjeros. En Perú, el Estado destruye la oligarquía, se encierra en una ideología puramente estatal, quizá corporativista, y su aislamiento voluntario de las fuerzas sociales puede hacerlo derivar hacia la sumisión a una nueva dependencia. En Chile, la Unidad Popular debía ser la combinación de un Estado “desarrollista” y de un movimiento popular de base.

En ausencia de presiones exteriores y siguiendo de cierta manera el ejemplo de la democracia cristiana, la UP ha llevado una política de participación social, pero su Estado ha sido de una debilidad extrema.

Desde la eliminación de Vuskovic, el gobierno dejó de tener política económica. Jamás supo pasar de intenciones sociales a medios económicos. La inflación alcanzó una violencia extrema, el mercado negro lo invadió todo, las administraciones se transformaron en adeptos, el Estado organizó su déficit, la Unidad Popular no funcionó jamás como unidad política. Caos, crisis y corrupción, era la situación a mi llegada.

Estoy oyendo la objeción: el reformismo de derecha fracasó con la DC; el reformismo de izquierda con la UP. ¿No hay en eso una necesidad histórica? ¿No es irrealista la definición que he dado de la vía chilena? Esa función que le supongo al Estado, ¿no es pura imaginación, cuando la realidad no nos muestra sino un Estado al servicio de una clase o de otra? La mirada está dirigida así al problema central, al negro agujero en el que ha caído la Unidad Popular, el Estado.

Mantengo en absoluto mi posición. Es evidentemente más sencillo decir que un cambio fundamental sólo puede hacerse bajo el control de un partido revolucionario. La experiencia histórica demuestra que muchos países no siguen ese camino, y no sirve de nada decir que no han realizado algún cambio fundamental. Allende llegó al poder por una elección, en un país donde existe una acusada división de los poderes y un ejército que no estaba ligado al nuevo presidente. ¿Habría que sacar al punto la consecuencia de que no podía hacer nada? Pero hizo mucho. Sigo pensando que es peligroso calcar las experiencias de otros países para hacer de ellas un modelo general. Los dos grandes partidos de la izquierda existían y eran rivales desde hacía más de treinta años. ¿Es ésta una situación de partido revolucionario único? Decididamente este género de argumentación equivale a decir: si Chile no fuera Chile, no habría ocurrido lo que acaba de ocurrir . . . Pensamiento profundo de Perogrullo.

Lo que sorprende en la historia de la UP es el papel del Partido Socialista, a la vez como sector de la opinión y como grupo dirigente. Desmembración del Estado, ausencia de cuidado de la realidad económica, maximalismo verbal y finalmente voluntad de enfrentamiento con los militares. El sociólogo podría casi ver en el anuncio del enfrentamiento armado por

parte de los socialistas un buen ejemplo de *self-fulfilling prophecy*, de la profecía que provoca el suceso que anuncia.

Del otro lado, este Estado débil es un sistema político fuerte, una red de distribución. No vuelvo sobre lo que he dicho muchas veces. Lo que queda por discutir es la idea de que el Estado puede y debe ser en la situación chilena el instrumento de unidad de las diversas orientaciones cuyo cruce define el movimiento popular.

Pienso en primer lugar en el hecho de que el Estado, en casi toda América Latina, ha desempeñado un papel esencial en la creación de la infraestructura económica. L. Martins ha demostrado recientemente hasta qué punto fue central en Brasil, en todas las grandes decisiones económicas. El caso mexicano era más conocido. Por otra parte, muchos sectores sociales que son en Europa adeptos de la burguesía son aquí adeptos del Estado. Basta pensar en los médicos, en los arquitectos, en los ingenieros, y recordar el papel de la CORFO en Chile desde hace treinta años, sin olvidar en fin la importancia de los funcionarios.

El Estado es a la vez un conjunto económico y social considerable y un instrumento, el único instrumento de unidad en unos países donde las disparidades entre regiones, industrias y niveles sociales son considerables. El Estado es el principio nacional frente a la dominación extranjera (o inversamente agente privilegiado de la dominación extranjera); es el centro de la vida política, porque ésta es más redistribuidora que económicamente responsable en un país dependiente; está, en fin, enteramente vinculado a las relaciones de clases en unos países en los que la distancia social y cultural entre las clases es inmensa. No hablo en modo alguno, como podría creerlo un lector europeo, de un Estado al margen de las luchas; no hablo tampoco de un Estado bismarckiano o inspirado en el Japón de la era Meiji. Me refiero a un Estado directamente comprometido en las relaciones sociales, en la actividad económica y en las relaciones políticas. De ningún modo un Imperium.

Entre el Estado y la vida política es pequeña la distancia, a menudo nula, en América Latina. Cosa ésta que a un francés habituado a la Escuela Nacional de Administración y a los grandes cuerpos técnicos y administrativos le cuesta muchísimo trabajo comprender.

La concepción del Estado que yo expreso a propósito de América Latina es compatible con la imagen que han tenido de su acción el Partido Comunista y el MAPU de Rodrigo Ambrosio.

No quiero volver a tratar del papel del Partido Socialista, sino buscar las causas externas a la Unidad Popular de la debilidad y, peor todavía, del debilitamiento del Estado.

Se dice con frecuencia que la debilidad de la India se debe a que no tuvo que combatir para conquistar su independencia. Lo mismo diré de Chile. El llamamiento constante del Partido Socialista y del propio Allende al ejemplo de Cuba me parece expresar de manera indirecta el sentimiento

de que un enfrentamiento exterior da su fuerza interior al movimiento revolucionario. Pero esta amenaza exterior jamás existió. Egipto fue invadido por paracaidistas, en la República Dominicana y en Cuba desembarcaron sus enemigos; Chile tan sólo ha sido incomodado. Desde hace tres años, los chilenos no se han sentido en ningún momento amenazados en el plano nacional, y era realmente con el fin de infundirse miedo para lo que hablaban de una amenaza boliviana y brasileña que no se manifestó por nada tangible.

En segundo lugar, la Unidad Popular no controló más que una parte del Estado y fue atacada constantemente por los demás poderes, cuya juridicidad, la preocupación extrema por las reglas tenía un significado que acaba de revelarse impudicamente, en el momento en que los magistrados hacen de sus togas una alfombra para los militares. Lo cual conduce más concretamente a examinar el papel de la democracia cristiana. Allende ha ganado una elección triangular. Si el Estado ha desaparecido en Chile es porque la fuerza intermedia se ha agarrado a las instituciones y las ha utilizado como armas de defensa contra la Unidad Popular. No se trata de errores cometidos por un partido o por otro. Las condiciones en que nació la presidencia de Allende explican en gran parte su caída. De un lado la UP, del otro unas fuerzas económicas agrupadas cada vez más en torno de los *gremios*; en el centro el Estado, reticente al principio, después cada vez más hostil y del que parten los complots hasta el golpe de Estado final.

Estos factores externos, que explican directamente la debilidad del Estado, no han sido, sin embargo, importantes sino en la medida en que la Unidad Popular como conjunto político no ha tenido unidad verdadera. ¿Por qué?

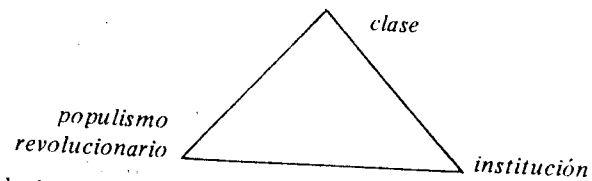
Si se prueba a situar a Chile en relación con el conjunto de los países latinoamericanos, su particularidad principal salta a la vista. En un libro justamente célebre,* F. H. Cardoso y E. Faletto han opuesto dos subconjuntos en el interior de la América Latina: los países que poseen una clase dirigente nacional, como Argentina o Brasil, y los países de enclaves. Chile, como Perú o Bolivia, está en la segunda categoría. Pocos países han dependido tanto como él de un producto de exportación, primero el cobre, después el nitrato, luego nuevamente el cobre, propiedad extranjera. Pero este país de enclave minero es también el que ha creado más pronto y con más fuerza una organización nacional. La guerra del Pacífico, a fines del siglo pasado, lo demostró. La creación de la Universidad de Chile, a mediados del siglo XIX, fue otro signo.

Si vuelvo a tomar los tres elementos que dominan la vida política de los países de América Latina: lucha de clases, participación institucional y populismo revolucionario vinculado a la dependencia, Chile se caracteriza

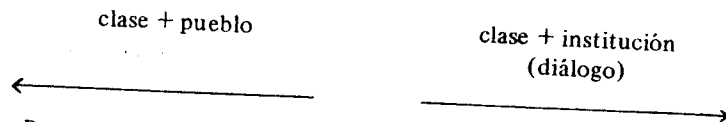
* *Dependencia y desarrollo en América Latina*, México, Siglo XXI Editores, S. A., 7a. ed., 1973 (N. del E.).

más que cualquier otro país por la fuerza extrema de cada uno de estos componentes: país de enclave, hay en él un populismo revolucionario expresado sobre todo por el PS; es el asiento del más pujante Partido Comunista del continente y su central sindical ha desempeñado siempre un papel esencial en la vida social y política; su sistema de participación política se halla en extremo desarrollado.

Más todavía, si repetimos la figura que he empleado para representar los tres polos de la UP



puede decirse que en ausencia de coacciones externas que mantienen su unidad, tiende a fragmentarse de la manera siguiente:



Pero en tanto que los comunistas movilizan a la clase obrera contra el fascismo y en favor del diálogo con la democracia cristiana, con una visión bastante clara y construida del juego político, los socialistas se apoyan en sectores más diversificados, arrastrando tendencias cristianas y acercándose al MIR, operando el enlace de la clase y del *pueblo*.

Esta dualización creciente rompe la Unidad Popular. Ya la división se marca claramente en el período mayo-julio de 1972: las tendencias "izquierdistas" se refuerzan hasta llegar en julio a la asamblea de Concepción, mientras que los comunistas se lanzan al diálogo. La huelga patronal de octubre de 1972 refuerza las tendencias izquierdistas, pero la entrada de los militares en el gobierno y la preparación de las elecciones vuelven a dar la ventaja a las tendencias centristas. En el período abril-junio, aparece de nuevo la divergencia creciente de las dos tendencias. Después del 29 de junio no existe prácticamente unidad. Es el gran salto hacia adelante de los *cordones*, la prioridad dada a la lucha social, en tanto que del otro lado es el esfuerzo desesperado de Allende apoyado por el PC para negociar con los militares y con la DC.

El régimen allendista no podía vivir más que combinando una política PC en la cima y una política PS en la base. No veo ningún motivo para decir que esto fuera en principio imposible. Pero el gran obstáculo fue la noción misma de Unidad Popular, a la que hubieran debido llamar la dualidad popular, y el hecho de que Allende se hallara constantemente

limitado —y a menudo voluntariamente— por las tensiones o los arreglos entre los hermanos enemigos. Un *poder popular* en la base y la búsqueda de una política económica que permitiera un acuerdo con la DC, tal era la verdadera, la única vía posible para el régimen. Por no haber combinado estas dos tendencias, la UP fue descuartizada entre ellas.

Ahora, al Estado ya no lo dirigen los sacristanes de la democracia cristiana, sino los centuriones del ejército. Va a tratar de devenir el instrumento del capitalismo nacional y extranjero. Va a reprimir y a presidir una redistribución del ingreso nacional que haga afluir el dinero a la clase media, mercado de los productos industriales de tecnología mediana y alta. Si el movimiento popular no ha sabido mantener al Estado, el Estado nuevo estará definido por su lucha contra el movimiento popular.

Nota 29 septiembre

Tengo miedo de que hoy el interés por Chile se divida sobre todo entre una simpatía vaga por el "socialismo democrático" y la compasión que suscita una tragedia histórica.

¿Es todavía posible considerar tres años de Unidad Popular de otra manera que como la marcha hacia la catástrofe? De todas partes, una vez de regreso en Francia, oigo a los sabios recordar modestamente que ellos ya habían previsto la caída desde hacía mucho tiempo. Preguntadle a uno: en julio del 72 le dije que el asunto estaba perdido... Otro declara perentoriamente: a partir de mayo del 73, ya nadie se hacía ilusiones. Dejo tan seguros de sí mismos a todos éstos que hablan de una sociedad como un analista financiero podría hablar de una empresa.

Publico el diario que he llevado. Honradamente. No demuestra una gran perspicacia; no prevé lo ocurrido. No ofrece siquiera una visión bien unificada de esta historia. Me he interesado sobre todo por Chile popular, por su movimiento obrero, por su sistema político, por sus partidos. Yendo un poco más lejos que sus manifestaciones, he tratado de comprender la índole de la razón de ser de la crisis chilena. Lo cual me ha conducido día tras día a reconocer que el régimen no tenía cabeza, ya que no estaba dirigido por un partido leninista ni menos por un aparato de Estado autónomo y fuerte. Pero al lado de esta debilidad y de su consecuencia catastrófica, la ausencia de gestión económica, he sido sensible también a la resistencia extrema del sistema político. No trataré de situar estos tres conjuntos de hechos: el movimiento social, el sistema político y la ausencia de Estado, los unos en relación con los otros para reconstituir la "realidad" chilena. La historia no es la suma de los fenómenos sociales que se sitúan en ella;

porque estos fenómenos no se desarrollan en la misma duración, no están al mismo nivel, no están completamente en interacción.

Aseguro incluso que esta ausencia de integración es tan fundamental que ha dominado el juicio de casi todos. Yo pensaba hacia el 10. de septiembre que la crisis era ineluctable, que Allende caería, pero que el sistema político controlaría de una manera o de otra la crisis: acuerdo UP-DC, plebiscito transfiriendo el poder a la derecha, dimisiones y elecciones a la vez presidenciales y legislativas, golpe de fuerza de la derecha y de elementos militares, todas estas soluciones muy alejadas las unas de las otras podían ser consideradas, tanto más cuanto que Allende había triunfado sobre numerosos obstáculos, había obtenido el mantenimiento de jefes militares en el gobierno y que la democracia cristiana parecía vacilante y hasta dividida.

Otros pensaban que la sociedad iba al estallido, a la guerra civil. Era la idea de una gran parte de la extrema izquierda, que se preparaba para esta eventualidad adquiriendo armas. Después del 29 de junio, se habían ocupado las fábricas; esta vez se instalarían en ellas fusiles, para convertirlas en bases de defensa contra la derecha.

No digo que nadie hubiera imaginado lo que ocurrió, sino únicamente que yo jamás oí a nadie describir tal posible escenario. Afirmo que ni el Presidente ni sus consejeros, ni Altamirano ni Frei, ni los parlamentarios de derecha, esperaban el golpe de Estado cuando y como se produjo. En sus declaraciones a *L'Unité* y a *Le Monde*, Joan Garcés ha aportado unas informaciones que refuerzan mi opinión. De una parte, nos revela que si el golpe de Estado fue el 11, se debió a que Allende había decidido aquel día anunciar un plebiscito, por lo tanto, reavivar el juego político; de otra, nos recuerda que durante las jornadas centrales de la crisis de agosto (20-23) Pinochet actuó como apoyo del gobierno. Se podría a partir de ahí sacar la conclusión de la duplicidad del individuo; ¿pero quién puede satisfacerse con tal explicación?

Releo mis notas. Encuentro en ellas el cruce constante de dos temas: la victoria táctica de Allende sobre sus enemigos en el interior del sistema político y la crisis del Estado y de la gestión económica.

Comprender el golpe de Estado es reconocer la complementariedad de estas dos observaciones, es decir reconocer que la intervención militar derriba a la vez la Unidad Popular y el sistema político.

El golpe de Estado se produjo cuando los putschistas, primero la aviación y después la marina, que, a iniciativa de Merino, se desembarazó de Montero (todavía oficialmente comandante en jefe el 11), recibieron la conformidad del ejército, de Pinochet, Bonilla, Brady y otros, considerados hasta entonces como "institucionalistas" o incluso en cuanto al último como proallendista. Esta conformidad llegó cuando el ejército consideró que el sistema político no tenía ya capacidad para tratar los problemas del país. Por esto el gobierno militar suprimirá todos los partidos, hasta los de derecha.

No puedo asegurar que este razonamiento fuera justo, pero a partir del 6 o 7 de septiembre he tenido la misma opinión. La UP y la DC negociaron; se dice que aguardaron cierto acuerdo en la noche del 10 al 11 lo cual habría sido suficiente para invitar a Allende a decidirse por el plebiscito. Yo soy mucho más escéptico. El 8, la UP discutió el asunto del plebiscito. Los socialistas lo rechazaron en absoluto. El 9, Altamirano no consideró en su discurso ninguna solución negociada. Rechazó abiertamente el diálogo y sólo concedió con reservas expresas un apoyo condicional a Allende. De la otra parte, la democracia cristiana dejó que sus jefes provinciales propusieran una fórmula: la dimisión conjunta del Presidente y de los parlamentarios; pero no se comprometió sobre esta fórmula. Frei permanecía silencioso y dominado por el pensamiento de la catástrofe inevitable, asociada probablemente a la esperanza de que el poder caería en su bolsa. No estoy, por lo tanto, seguro de la capacidad ni de la voluntad de negociar de ninguna de las dos partes.

Pero admitamos que los dos campos aceptaron el plebiscito. ¿Se encontraba Chile en situación de resistir una campaña electoral incluso rápida y una transferencia de poderes? Porque era más que probable que la UP hubiera perdido el plebiscito: no se ve, en efecto, cómo hubiera progresado sustancialmente de mayo a octubre en el curso de una crisis económica aguda.

La extrema izquierda consideró seguramente —tengo no pocos testimonios— que en tal situación el enfrentamiento, la guerra civil eran inevitables. El ejército hizo el mismo razonamiento y decidió que no estaba seguro de mantener su unidad y su papel central en tal situación.

Estoy convencido de que un gobierno prácticamente dimisionario o un gobierno demócrata cristiano no hubiesen podido dominar la situación y que en Chile habría habido una verdadera guerra civil. Puede pensarse que la UP no tenía ya

salida; si la tenía, era a la izquierda, no en el centro, en esa fecha.

La extremada brutalidad de la intervención se debe a que ésta no fue el producto de una coalición de fuerzas civiles y militares y de planes largamente madurados. La decisión se tomó muy tarde, pocos días antes. Naturalmente, existían desde hacía mucho tiempo elementos sediciosos en el ejército. Nadie ha olvidado el intento de putsch que provocó la muerte del general Schneider aún antes de la toma de posesión de Allende recién elegido. Pero el golpe de Estado fue la conjunción de una reacción estatal a la descomposición del sistema político y de una voluntad de dictadura nacionalista: Pinochet de un lado, Leigh del otro, estando Merino mucho más cerca de Leigh pero más contrarrevolucionario y menos fascista que éste.

Los jefes militares apoyaron al régimen mientras éste parecía dueño de la situación, es decir en primer lugar mientras hacía improbable una acción propiamente revolucionaria que lesionara en particular al propio ejército. Lo sustituyeron no para restablecer el orden, sino para evitar un caos que entrañaba un peligro de desbordamiento revolucionario, y más claramente todavía una guerra civil en la cual el ejército corría el peligro de perder su unidad.

Mientras Allende combatió contra sus adversarios políticos, ganó. No cayó solo, sino al mismo tiempo que sus adversarios, en particular demócratas cristianos.

Los hechos nos remiten, por lo tanto, a varios niveles de análisis, a los motivos de la crisis del Estado y de la economía, a los problemas de la industrialización capitalista dependiente, etc. El golpe de Estado no realizó un proyecto político. Derribó el sistema político y aplastó las fuerzas populares. No estuvo impuesto más que por una lógica, la de la represión. Pero el sentido de su acción no puede buscarse en las intenciones de los actores. Chile entero se ve arrastrado fuera de sus ideas, de sus sentimientos y de sus previsiones hacia nuevos poderes y hacia nuevas luchas.

Hasta aquí he ligado constantemente el análisis a las características concretas de la situación chilena o latinoamericana. Nada me irrita tanto como ver remplazar una sociedad real por una abstracción como el socialismo democrático o la modernización.

El conocimiento de Chile contribuye tanto como el de los países más poderosos al análisis sociológico. Desde el día siguiente al de la caída, el tema de reflexión que me viene más

constantemente al espíritu es que todo proceso de desarrollo supone conflicto y contradicción, poder y oposición. La ilusión más catastrófica será siempre la de creer que la impugnación y la gestión pueden ir reunidas en el mismo actor. A menudo, una revolución crea un nuevo poder que vea la impugnación; en Chile es la impugnación la que se ha tomado por el poder. De ahí ese calor de expresión, esa libertad de invención que tanto ha seducido; de ahí también la impotencia y el caos.

En la misma medida en que sigo aplicado a la búsqueda chilena de una impugnación opuesta a un poder popular, que es la aportación del izquierdismo, aportación de una importancia fundamental, me parece insoportable la confusión del gobierno y de la oposición y la habilidad excesiva con que un Altamirano salta de una orilla a la otra del poder, unas veces jefe de un partido de gobierno, otras militante de base de un movimiento de oposición. Que todos aquellos que consideren con razón que la autogestión es un problema central en nuestro tiempo, no olviden nunca que esta palabra debe designar una forma renovada de impugnación y que jamás debe confundirse con la pobre utopía del desarrollo armonioso, que se desembara de los conflictos del cambio apelando a una espontaneidad comunitaria confusa y contradictoria.

14 DE SEPTIEMBRE: DOS DISCURSOS; EL PASADO Y EL PORVENIR

Dos discursos esta noche. El primero, del general Bonilla, ministro del Interior. Explica las razones del golpe de Estado: el ejecutivo iba por un lado, el legislativo y el judicial por el otro, el Estado se hundía y había dejado de ser respetado. Había una crisis económica y la mitad del país estaba en huelga. Lo característico de un gobierno militar es que, opuestamente a un gobierno de partido en el que todo el mundo se anega en ideología, ésta puede no ser presentada sino lo que se dice en la cima. Comprendo por qué se consideraba a Bonilla como cercano a la democracia cristiana: no era ni más ni menos moderado que otro; era únicamente menos ideólogo que Leigh, cuya declaración acabo de oír: el gobierno será nacionalista, se suprimen los partidos, se cambiará la Constitución, el país no necesita más que buenos profesionales. He aquí un nacionalismo corporativista duro, un fascismo frío, tecnocrático.

El general Leigh no se contenta con hablar de la crisis del Estado; habla del Estado nuevo, de la eliminación de cuanto es marxista y extranjero. Es un tono de dictador europeo, muy distinto del de las dictaduras militares habituales en este continente. Se habla de vuelta al orden, pero se

descarta la hipótesis de elecciones próximas; se saluda respetuosamente al poder judicial con todo su aparato y se fabrica una Constitución nueva. El ejército impone directamente las informaciones a la radio y a la televisión. Suprime la mayoría de las revistas políticas, de derecha y de izquierda, no conservando más que la de los jesuitas *Mensaje, Ercilla*, que es de derecha e insignificante, y dos revistas femeninas. No sé si *Mickey* está autorizado.

El general Leigh ha reconocido también que se mantenía la resistencia en unos *campamentos* y que se formaba una guerrilla urbana y rural. El hombre es inteligente y habla claro. Parece ser el "doctrinario" de la *Junta*. Habrá quizá hecho sentir a algunos en el cuello el frío de la cuchilla.

La comparación de estos dos discursos, el de Bonilla, que ha durado una hora, y el de Leigh, entrevista de diez minutos tan sólo, es sorprendente para el historiador del momento actual. Lo que dice Bonilla es descriptivamente exacto. La izquierda le responderá en silencio que se queda en la superficie de las cosas, que no se interroga sobre el sentido de la descomposición del Estado, que no ve la división del Estado según la línea de la lucha de clases. El Parlamento, los tribunales y la burguesía han defendido al Estado burgués, el ejecutivo quiso crear un Estado socialista. Pero esta respuesta no basta . . . Allende tenía conciencia de una situación evidente: ha hablado de transición al socialismo, no de socialismo. O esta palabra "transición" no quiere decir nada o significa que el régimen allendista estaba a la vez dirigido por su intención socialista y por unas condiciones de funcionamiento de otra índole. Es un hecho que este funcionamiento no estaba asegurado y que, con golpe de Estado o sin él, el régimen allendista hubiera caído por sí solo antes de fin de año en la descomposición económica. Todo el cálculo de la DC fue dejar hacer a la crisis económica para llegar al poder. La respuesta inmediata de la izquierda a Bonilla es por lo tanto inexacta. ¿Qué decir entonces?

La izquierda no puede responder a Bonilla sólo. Su respuesta, en palabras y en actos, debe ir dirigida a Leigh, a la *Junta*. No se puede olvidar la crisis del Estado; no se puede tampoco fingir que se cree que la solución de la crisis será una puesta en orden, técnica y profesional. Bonilla dice muy bonitamente que el Presidente representaba menos bien a la nación que el Parlamento, ya que el primero había sido elegido hace tres años y el segundo hace seis meses. Leigh opina que no ha llegado el momento de pensar en unas elecciones y que todos los partidos deben ser suprimidos. Se ha bombardeado La Moneda, eliminado al Presidente, disparado en las fábricas, detenido en masa, publicado listas de proscripción, prohibido las publicaciones políticas, se van a prohibir libros, a cambiar quizá los programas escolares. ¿Se trata en esto de racionalidad técnica? ¿La supresión de la política es políticamente neutra?

La izquierda chilena debe reflexionar sobre estos dos discursos. Le indican lo que debe hacer. No mirar más al pasado; volverse hacia el porvenir, no para lanzarse al activismo, sino reconociendo que se ha creado

una situación radicalmente nueva. No habléis; haced la crítica de vuestra representación y de vuestra acción. Convenços de que casi todo lo que constituyó vuestra sensibilidad y vuestro lenguaje político ha caído en el pasado y que se necesita, frente a una ruptura completa, volver al análisis y a la acción pensando por sí mismos, sin dejarse llevar por una sensibilidad política antigua o por fórmulas que reproducen otras experiencias históricas. Así es como la izquierda chilena defenderá mejor la herencia de sus combatientes y se preparará de manera realista a obrar. Es extraño oír hoy a todo un sector del ejército emplear el viejo lenguaje chileno. Lo cual corresponde a las previsiones de una buena parte de la pequeña y gran burguesía: acabó la pesadilla, se va a volver a la vida normal, dentro de unos días o de unas semanas.

Cuando el gobierno militar ataque los problemas económicos y sociales, topará con dificultades tales que habrá de mantener la *mano dura*. El autoritarismo se afirmará muy pronto y puede estallar una crisis entre lo que representa Bonilla y lo que representa Leigh. Pinochet y Merino procuran probablemente conservar una posición central. Merino tiene el temperamento *Action française* más reaccionario que fascista, pero seguramente decidido a aplastar la oposición política. Es un integrista. Pinochet, personaje central de la *Junta*, proyecta una imagen más confusa. Está probablemente más cerca de Bonilla, elegido por él, pero es más autoritario. Aplicará la represión como militar; lo creo poco dispuesto a lanzarse a grandes aventuras ideológicas. Pero la *Junta* se mantendrá por lo menos mientras la amenaza de una reacción popular sea grande. Es en todo caso un gobierno autoritario que va a definir las condiciones de la vida política. A esto se debe que el porvenir de la izquierda esté vinculado al movimiento obrero, a la defensa del empleo y del nivel de vida, al esfuerzo por reorganizar los sindicatos. Le deseo a Chile que no pase por los grandes y dolorosos sacrificios de Brasil donde la extrema izquierda ha sufrido las mayores torturas, llevando adelante una lucha sin posibilidad de triunfo por haberse mantenido en una línea populista en lugar de unirse a la clase obrera y al campesinado. Los conflictos sociales serán forzosamente "realistas", y todo esfuerzo para imaginar soluciones políticas podría ser tan vano como lo fue en Brasil. Pero la capacidad de oposición popular es mucho más fuerte aquí que en ese último país, incluso en Argentina. Chile no tendrá que esperar mucho tiempo su Córdoba y su Osasco. (Las grandes huelgas de Córdoba y de Osasco, la primera en Argentina, la segunda en Brasil, marcaron, en especial la primera, el renacer del movimiento obrero bajo la dictadura.)

En cuanto al gobierno militar, está más dominado por la situación en que se ha colocado, que dicha situación dominada por él. Incluso me siento tentado a pensar que desde el primer momento se vio arrastrado por la situación. ¿Por qué habría querido bombardear La Moneda y empujar a Allende a la muerte? Quiso un golpe "seco" como dicen aquí. Allende no

capituló. El ejército había puesto en marcha los mayores medios, y la resistencia de los francotiradores lo condujo a acentuar su ofensiva. Detuvo en masa y procedió a allanamientos que son más bien *ratonnades*, como las del ejército francés en Argelia. ¿Por qué creer que Bonilla o Pinochet mienten descaradamente? Tienen una visión reaccionaria y paternalista, en una palabra militarista, de la sociedad. Pero la sociedad chilena está ahí, con su crisis económica y su militancia política. Tiene que ir siempre más lejos. Si retroceden, alientan a su adversario; si se dividen, caen. Algunos oficiales soñarán con arreglos con la democracia cristiana; pero va a ser preciso mantenerse en una situación mucho más difícil y más tensa que la de Brasil después de 1964. Saben sobre todo que si fracasan o si pierden pie, serán exterminados. Van además a "limpiar" las administraciones y las empresas públicas, es decir, a licenciar; suprimen las JAP y por lo tanto, la protección, insuficiente pero efectiva, de los barrios populares contra las consecuencias de la inflación. Dejan que los *gremios* reorganicen las administraciones y que los comerciantes extiendan sus ventajas. Esta redistribución del ingreso y de la influencia en favor de los ricos definirá los límites sociales de la acción de los militares. No trato de adivinar el porvenir, sino únicamente decir que la índole de este régimen estará menos determinada por las ideas de sus creadores que por las respuestas cotidianas que habrá de aportar a apremios económicos y políticos. Nada indica a la hora actual, tan pocos días después del golpe de Estado, cuál va a ser la política del nuevo régimen. No creo un solo instante que quiera volver a la democracia y que los miembros de la *Junta* sólo sueñan con descansar, como dice el almirante Merino. Pero no estoy seguro de que pueda tomar sobre sí directamente la política del país. Por su parte como por la de la democracia cristiana será grande la tendencia a asociarse directamente. Algunos verán en ello un camino hacia la vuelta a las instituciones anteriores. Yo creo más bien que la alianza no se realizará más que en el caso de que unos demócratas cristianos adopten la ideología del *Opus Dei* y si el ejército se encarga ante todo de la represión social, sin perjuicio de intentar paralelamente una acción de encuadramiento fascista de la población pero cuyo resultado me parece muy dudoso.

La democracia cristiana resistirá difícilmente las contradicciones en que se ha colocado. Eduardo Frei es un "civilista", bien lejos de ser el fascista que ve en él la extrema izquierda; es un conservador ilustrado por la doctrina social de las encíclicas. No puede sentirse cómodo en ese gobierno militar y tratará de mantener a su partido en la oposición o la reticencia. Pero los mandos inferiores querrán hacer carrera e irán a adorar al becerro de oro de uniforme. Muchos dirigentes industriales, más atentos de lo que lo era el propio Frei a los problemas técnicos y económicos, querrán, por su parte, aprovechar esta ocasión de devenir los agentes del desarrollo económico beneficiándose de la represión ejercida por los militares, pero sin tomarla a su cargo ellos mismos.

De un lado, industrialización capitalista y tecnocrática, apertura a los capitales extranjeros y desarrollo por el Estado de la infraestructura, extensión del mercado de las clases medias; del otro, represión política y sindical, control más que dirección ideológica, tentativa de corporativismo propiamente fascista. Estas dos orientaciones del nuevo régimen se mezclarán en la práctica de muchas maneras. Pero se puede imaginar que se organicen muy pronto tendencias: fascista, integrista, tecnocrática, bastante consciente de sí mismas. Dudo que sus luchas lleguen al estallido y la fragmentación. La oposición de los reaccionarios y de los capitalistas liberales en España jamás ha llegado a hacerles olvidar su solidaridad de clase contra los trabajadores. ¿Cómo podrían olvidarla los dirigentes chilenos, cuando el terrorismo comience a actuar y se reorganicen por ello la acción política y la defensa obrera? El fracaso no ocurrirá más que si los dirigentes nuevos no son capaces de aplastar a sus propias tropas, a su clientela de comerciantes y abogados, de esas antiguas clases medias que la industrialización debe hacer retroceder. Yo deseo intensamente que los Vilarín y otros fascistas decididos estén entre las víctimas del nuevo régimen.

He aquí que Chile pasa a participar del destino de los países que una élite dirigente fuerte trata de hacer entrar en el sistema capitalista, de manera periférica, pero activa.

Durante mucho tiempo, el Estado, sin poner en juego la dependencia económica, desempeñó una función especialmente social y cultural, manteniendo las condiciones de actividad y de existencia de la pseudoburguesía nacional. Las circunstancias, ligadas a la gran crisis, a la guerra y a sus consecuencias inmediatas hasta el conflicto de Corea, parecían hacer esta combinación tanto más viable cuanto que se realizaba una primera industrialización. Una vez pasada esta fase de euforia, fue en general la crisis, el estancamiento y la radicalización del populismo en guerrillas urbanas o rurales. Hemos entrado en una nueva fase. Se ha formado por el Estado una clase dirigente. El Estado moderniza la administración, construye una infraestructura económica, transforma la enseñanza; combate las reivindicaciones, y ayuda así, a una acumulación capitalista que se asocia a las inversiones extranjeras. A veces este proceso se ha realizado sin crisis brutal. El control establecido por Acción Democrática sobre los sindicatos de campesinos y de obreros, los recursos aportados por el petróleo, un índice de crecimiento excepcional y unas afortunadas decisiones de política económica permitieron a Venezuela industrializarse bajo un gobierno vinculado a las grandes empresas, pero que se mantiene limitado en la represión. Desde hace mucho tiempo inició México este camino, disponiendo de un aparato de Estado muy fuerte, abriéndose a las inversiones extranjeras y aprovechando entradas de capital procedentes de los turistas y de los trabajadores emigrados. La represión ejercida por las organizaciones dependientes directamente del partido oficial fue brutal.

Los estudiantes, pero también los sindicalistas obreros o campesinos, la padecieron. El actual presidente trata de suavizar estas coacciones.

Brasil ha roto con el populismo, y aquí como en México un poder fuerte ha permitido el descenso de los salarios obreros reales, una acumulación capitalista acelerada y una política de desarrollo económico dentro del marco de la dependencia de los centros capitalistas internacionales.

En Argentina no ha habido más que "dictablandas" y jamás ha logrado este país crear la triple alianza del Estado, de un capitalismo nacional y de las empresas extranjeras. Parece vacilar todavía entre esta política capitalista y el recuerdo del populismo, tanto más vivo cuanto que aquí también, después de la caída de Perón, el nivel de vida obrero ha bajado; puede pensarse, sin embargo, que el neoperonismo de derecha tenderá a prevalecer sobre el neoperonismo de izquierda. La caída de Allende acelerará esta evolución.

Y aquí que ahora rompe Chile con el populismo, pero a tal nivel de movilización popular y en unas condiciones económicas tan difíciles, que la represión será más dura que en otras partes. Podría ocurrir también que el nacionalismo extremo de los generales se manifestase por una desnacionalización completa de la economía, pasando Chile a insertarse en el juego de las empresas multinacionales, sin poder trabajar para su mercado propio, demasiado exiguo. El gobierno militar, como el fascismo europeo, se define más por la necesidad de salir de la crisis que por una voluntad directa de transformación económica. Pero rebajará los salarios reales, suprimirá la acción reivindicativa, intentará formar una clase dirigente modernista, se abrirá a los capitales extranjeros, alentará los consumos pedidos por la burguesía, etc. Chile hubiera podido ser el primer país después de Cuba que construyera, y de manera muy distintas, el socialismo en una sociedad dependiente latinoamericana. Pero va a ser el que imponga a su pueblo la represión y la explotación más fuertes.

15 DE SEPTIEMBRE: MUTACIÓN DE LA SOCIEDAD CHILENA Y DE SU VIDA POLÍTICA; EL ESTADO Y LAS LUCHAS SOCIALES

Hay que volver sobre el análisis del movimiento popular mismo. Si va en varias direcciones a la vez, si no puede ser un actor político más que asociándose a una acción propiamente estatal, ¿es un actor verdadero o no es más que un efecto de la situación política, desde el momento en que cada una de sus tendencias sigue su camino propio, tanto más aisladamente cuanto más débiles son las coacciones de la situación?

La imagen que da la UP es en efecto ésa. El populismo revolucionario, la lucha de clases y la acción institucional o, mucho más concretamente,

los partidos que representan combinaciones entre esas tendencias han cruzado su camino, no lo han mezclado. Existía en Chile toda una tendencia "cubana" que había triunfado en el Partido Socialista antes de la victoria de la Unidad Popular, que creía en la necesidad de la lucha armada, y que a veces se procuraba los medios de hacerla. Ya he hablado de la importancia de la conciencia de clase obrera al nivel de la fábrica; en fin, el régimen actual muestra por contraste hasta qué punto fue respetuosa de las instituciones la Unidad Popular.

De ahí el desfase constante entre la ideología y la acción política de la UP, y la ausencia de un movimiento que ofrece a la vez una práctica social, una acción política y una ideología. En otras partes de América Latina, cuando este pluralismo no ha existido, se ha manifestado por tensiones y escisiones en el interior de los movimientos. La izquierda revolucionaria se separó del APRA en el Perú y de la Acción Democrática en Venezuela. ¿Y se podrá hablar del MNR boliviano o del movimiento peronista como de una unidad? La situación latinoamericana quiere que el actor principal lo sea el partido político, no el movimiento social. Un movimiento social corresponde a un tipo de sociedad y a un modo de producción: el movimiento obrero es la respuesta al capitalismo industrial. Pero este análisis sincrónico es insuficiente cuando se trata de países en desarrollo, es decir, en cambio de un tipo de sociedad a otro. Allí donde el desarrollo no puede hacerse más que por ruptura total con una sociedad despótica y bloqueada, el actor del cambio es el partido revolucionario. Tal fue el caso de las sociedades coloniales como en Rusia o en China. En las situaciones intermedias, ya sean aquellas en las que Barrington Moore ve la acción del modernismo conservador (Prusia, Italia, Japón) o en las del tipo latinoamericano, el Estado y las grandes coaliciones políticas son los actores principales. De ahí procede la frustración que marca los movimientos sociales elementales que están asociados en la coalición política y por lo tanto, el subjetivismo revolucionario que oponen a las coacciones de la acción y de la estrategia políticas.

Lo característico de Chile es que esta tensión entre la actitud revolucionaria y el cálculo político no ha colocado en oposición la base y la cima del movimiento, sino que se ha manifestado en todos los niveles. Allende ha sido un revolucionario y un político chileno. Los mismos militantes dirigían empresas, negociaban con otras fuerzas sociales y se preparaban para el enfrentamiento armado. De modo que la confusión se instauró. Los militares encuentran hoy armas, demasiadas para el uso que se hizo de ellas, no las suficientes para oponerse a su golpe de Estado.

Esta confusión no puede ser anulada. El devenir histórico no puede tener la claridad de un modelo instalado en su intemporalidad. Es difícil comprender un cambio y la acción política no puede amoldarse al análisis. En Chile, la distancia entre una y otro fue constantemente inmensa. Tuve ayer y tengo hoy la impresión de vivir a la vez en un mundo brutalmente

real, el de la lucha de clases o de la represión militar, y en un mundo fantasmal, aquel en el que la UP legalista se identifica con Cuba y aquel en el que la pequeña burguesía de los *gremios* habla de orden y de instituciones en el momento mismo en que le está haciendo la cama a una dictadura militar.

¿Por qué la sociología —llámesela historia si se quiere— se halla tan lejos de captar esta complejidad, de analizarla en elementos más simples, de formular hipótesis precisas? Ahora que todo se ha hundido, les digo con cordialidad, con tristeza y sin ninguna amargura a mis amigos de aquí, que no podrán jamás, que no podremos jamás carecer del valor necesario para proseguir el análisis con todo el rigor necesario. No hay que seguir dejándose influir por las buenas maneras intelectuales de la izquierda, ni aceptar las “evidencias”, las aproximaciones, las ideologías. Hace unas semanas dos de los mejores sociólogos de este país me hablaban en los mismos términos de la ausencia casi completa de análisis de la situación chilena. Lo que escribo desde hace semanas, por insuficiente, por parcial que sea, ha sido discutido con simpatía por aquéllos con quienes he hablado de esto; pero no hubiese seguramente podido tomarse como base de análisis por uno cualquiera de los partidos de la UP. Una gran parte de la izquierda chilena ha vivido sobre un tono revolucionario, en instituciones liberales y ampliamente incontroladas. Es probable que el choque actual acentúe las tendencias antiguas al activismo, sin visión muy reflexiva de la situación chilena. Pero no creo que este activismo tenga mucho porvenir político. Hay que iniciar el gran esfuerzo intelectual que va a aproximar el análisis a la acción, a colmar el vacío existente entre un economismo bastante mecánico y un voluntarismo político extremo.

Ignoramos lo que será este país mañana, cuál será la extensión y la duración de la represión, el triunfo o el fracaso de la política económica, la integración o la división de las fuerzas armadas. Pero pase lo que pase, es preferible tomar los hechos completamente en serio y reconocer que la índole de la sociedad chilena, de su poder, de sus relaciones de clase, de sus movimientos sociales, ha sido modificada profundamente por el golpe de Estado. Quizá da fin un largo período de la historia de Chile. Había comenzado de manera confusa en 1920 con A. Alessandri, se acentuó con el Frente Popular, y tomó formas descompuestas bajo Ibáñez antes de recibir un nuevo desarrollo bajo la democracia cristiana, para alcanzar su apogeo y su caída bajo la Unidad Popular. El período de la participación, progresivamente ampliada, sucesión de avances y de retroceso, marcada por los esfuerzos —siempre infructuosos— para crear una burguesía nacional, período de exaltación ideológica, de maniobras políticas, de fracasos económicos, acaba de dar fin. El golpe de Estado militar dice y cree ser antimarxista y va a perseguir el pensamiento y los partidos marxistas. Pero su importancia será de otra índole. El golpe de Estado pone fin a la participación al cerrar las puertas del Congreso. Va a colocar a

Chile frente a los problemas de su desarrollo. Quizá fracase, pero la *Junta* dispondrá en los comienzos de un poder mayor que el Frente Popular, la democracia cristiana o la Unidad Popular. Las luchas sociales estarán en adelante orientadas hacia el control de un poder productor y ya no distribuidor. Chile ha roto, gracias a la UP, su dependencia. Puede entrar en lo que se ha llamado el capitalismo periférico, lo cual es muy distinto sociológicamente. Un país de capitalismo periférico es una sociedad que asume su modo de desarrollo, mientras que yo llamo dependiente a un país que no lo asume, y cuyos medios dirigentes, clase dirigente y élite política, se preocupan más de distribuir el precio recibido por la dependencia, mientras mantienen lo esencial del pueblo fuera de los circuitos de influencia y de distribución.

El Estado acaba de caer sobre Chile como un cóndor sobre su presa. Este Estado que hubiera podido ser integrador va a ser represivo, este Estado que hubiera podido ampliar el mercado interno va a garantizar la acumulación capitalista. Chile no volverá a la vida suave y moderada de los grupos de presión, de las grandes frases y de las pequeñas combinaciones. Los muros de La Moneda no han caído, rodean el vacío; las llamas han consumido toda la mitad del palacio que mira a la plaza de la Constitución. Tres soldados, empuñando sus fusiles ametralladores y encaramados sobre los escombros, guardan la entrada despanzurrada sobre la cual se lee todavía: *República de Chile*.

Los tanques y los aviones destruyeron con La Moneda cierta concepción del poder y de la sociedad. Jamás hecho alguno ha tenido nombre más adecuado: un golpe de Estado. El Estado ha nacido de un golpe. El Partido Comunista, que sólo es fuerte frente a un Estado poderoso, se curará de su descalabro y remplazará al Partido Socialista como fuerza principal de la oposición popular. De aquí a poco, el panorama de la sociedad habrá cambiado. Aparecerá una nueva generación política que entablará contra la dominación de clase y el poder político nuevas luchas, dando con ello un sentido a la muerte de los que han caído en estos días.

Todo va a volverse más duro, el orden y la represión, pero también la acción y el análisis. Yo me marché dentro de unos días, llevándome conmigo la imagen del país desaparecido. Imagen humana y tierna, de un país tan semejante a la Francia de mi niñez, país de campesinos, de comerciantes y de funcionarios mucho más que de obreros y de empresarios, excepto en algunas regiones, país de vinos y de mujeres, de cortesía y de conversación, de generosidad y de inexactitud. La gran máquina de la industrialización, de la acumulación, de la represión, de la lucha de clases, de las ciencias sociales, de los objetos y de la soledad, de la velocidad y de la distancia va a apoderarse de este pequeño país, a trastornarlo, a hacerle sufrir y a enriquecerlo. Desde hace diecisiete años, vivo un poco de mi tiempo en este país; no sé cuándo ni cómo volveré a él. Pero si abandono con algún pesar el viejo país, parto con la esperanza de ver al Chile de

mañana arrancado lo más pronto posible al dominio de quienes mataron las esperanzas populares. Este llamamiento al mañana no será jamás infiel a las luchas y a los esfuerzos del ayer; no exaltará jamás la modernidad contra el arcaísmo. Estará siempre vinculado a la conciencia de los conflictos, de las crisis y de las contradicciones a través de las cuales se desarrolla una sociedad.

23 h: Los allanamientos y las detenciones continúan en gran escala. Unos barcos transportarán a los prisioneros a unas islas lejanas; las personalidades políticas serán juzgadas por tribunales militares. Los tanques entran en las *poblaciones* de Santiago o de Valparaíso. En las oficinas y las fábricas se hacen detenciones. En las ciudades comienzan a borrar las inscripciones políticas. Todo debe desaparecer, desde los lemas electorales hasta los militantes.

16 DE SEPTIEMBRE: EXPEDICIONES DE CASTIGO A LOS CAMPAMENTOS

La *Junta* militar va a establecerse en el edificio construido hace dos años para la reunión de la UNCTAD, y al cual se le puso el nombre de Gabriela Mistral por la UP, que había instalado en él servicios de salubridad y de educación. Los militares le dan el nombre de Diego Portales. Buen símbolo de sus intenciones. Portales, que sólo fue ministro poco tiempo, es de hecho, la gran figura política de Chile después de las revueltas de la independencia. A la cabeza de los *pelucones* (conservadores), hizo una política fundada sobre los intereses de los propietarios territoriales, pero centralista y orientada hacia el desarrollo económico. El nombre de Portales va siempre asociado a la construcción del Estado. En Chile no hubo período de *caudillos*, de jefes locales, como en Argentina por la misma época y en Venezuela hasta la época contemporánea.

Pero este símbolo se adaptará difícilmente a la situación actual. El general Pinochet concedió ayer una entrevista que revela la confusión presente. A diferencia de Leigh, habla de vuelta a las instituciones democráticas, pero en términos vagos y para topar al punto con la resistencia y el terrorismo y anunciar, por lo tanto, la represión. Piensa como Bonilla, y actuará como Leigh. Hasta el momento quizá en que sea imposible mantener una presión extrema. Los demócratas cristianos, tristes, resignados y contentos a la vez, se dicen que su hora llegará. Pero la realidad de hoy son los aviones de caza que pasaron muy bajo y de manera repetida poco después de las 6 h esta mañana. Se dirigían hacia el norte. Deben atacar los *campamentos*, esas *poblaciones* organizadas por los partidos políticos a partir del 69 y que forman una especie de cinturón rojo en torno de Santiago.

Continúa la resistencia en algunos de esos suburbios proletarios, en los cuales busca el ejército armas, ya que muchos *campamentos* estaban dirigidos por grupos de extrema izquierda, por el MIR en particular. Los militares y la burguesía consideran esas barracas miserables, a veces mantenidas en buen orden por una autoridad política y a veces desorganizadas y víctimas de los ladrones y de los pequeños especuladores, del mismo modo que la burguesía francesa entre la Comuna y el Frente Popular consideraba el cinturón rojo de París, guarida según ella de criminales y de rebeldes. Los *campamentos* han demostrado que no tenían una gran capacidad ofensiva, pero sí una gran fuerza defensiva, pues protegen a sus habitantes, establecen los contactos con las autoridades y vigilan la higiene y la distribución de los alimentos. Su conciencia colectiva es a la vez popular y obrera, es a la vez un mundo obrero y un mundo de pobreza, una clase y una comunidad que defiende su integridad, detesta a la burguesía y al ejército y acoge a militantes revolucionarios. Al principio, la resistencia fue la de los francotiradores en los edificios del centro, y después las operaciones militares redujeron la de las fábricas; ahora son los *campamentos* los que representan el problema más serio para el ejército, que quiere asegurarse de todos los depósitos de armas antes de que los grupos políticos se reorganicen.

La *Junta* estará siempre definida por sus adversarios tanto como por ella misma y por sus aliados.

Nota 17 Septiembre

Los periódicos dan indicaciones oficiales. Han sido sobre todo las *poblaciones* de Lo Hermida y de La Legua, al sur de la ciudad, las que han sido atacadas. Los periodistas hablan de la violencia extrema de estos ataques, de muertos y de sevicias. La izquierda había intentado valerosamente una integración de estos *campamentos* a la vida política y por ella a la sociedad. Ahora, el ejército vuelve a crear la imagen de la guarida de ladrones y asesinos. Se trata de aterrorizar a esta población cuyos honrados habitantes tienen miedo. Ha sido en las *poblaciones* donde la violencia se ha desencadenado más cruelmente.

El gobierno multiplica las declaraciones tranquilizadoras y da cifras. Serían menos de 100 muertos, 300 heridos y alrededor de 6 000 detenciones, de las cuales 4 500 en Santiago y 200 o 300 en Concepción, en Valparaíso y en Antofagasta. El ejército habría fusilado según eso a menos de una decena de autores de atentados. Estoy seguro de que las cifras que han circulado son muy exageradas, pero éstas son inaceptables, sobre todo cuando se oye a los miembros de la *Junta* recordar el extremo rigor del código de justicia militar

en tiempo de guerra. Con los que han sido detenidos con las armas en la mano o en cuyas casas han encontrado armas, ¿qué hacen? Por la noche, cuando la agitación del día ha desaparecido, esta pregunta ahuyenta el sueño. Millares de hombres han sido asesinados.

Arriesgo esta opinión: las pérdidas humanas fueron relativamente escasas durante el golpe de Estado mismo; la resistencia en las fábricas y en otros lugares ha producido muertos, heridos y sobre todo numerosas detenciones. Pero los que han sido detenidos —chilenos o extranjeros—, juzgados o no, sufren la represión más violenta. Mueren más fusilados que combatiendo.

Nota 29 septiembre

Ha habido fábricas que han resistido, y la mayor parte de los prisioneros que llenan los estadios fueron detenidos en ellas. Sin embargo, ¿cómo descartar la interrogación que crece a medida que pasan las semanas: por qué fue tan débil la resistencia popular? ¿Por qué ese silencio de la CUT, y la ausencia de una orden de huelga general, después de la iniciación del putsch? El 11 de septiembre, las operaciones militares se circunscribieron al barrio de La Moneda. ¿Por qué no crearon los dirigentes políticos y sindicales un contragobierno y lanzaron una proclama por emisoras clandestinas? Se ha hablado de una gran batalla y de hecatombes en algunas fábricas. La realidad parece haber sido más limitada. No ha habido batallas en las calles, excepto la acción de los francotiradores, aun en el momento en que los efectivos militares desplegados eran bastante reducidos.

Para contestar a esta pregunta, habría que interrogar a los dirigentes de la UP. Yo esbozo a tientas algunas explicaciones. El golpe de Estado sorprendió por lo menos a la izquierda. Se temía la caída, no se la esperaba. La brutalidad del ataque, las radios ocupadas, el Presidente asediado, el palacio incendiado por los aviones, todo trastornó. La extrema izquierda se preparaba para la guerra civil, no para el putsch. Tales puntualizaciones parecen muy superficiales. No hacen sino describir un efecto, pero es preciso antes que nada tener una imagen exacta del estado de ánimo que reinaba en aquel momento. A falta de testimonio preciso, me veo obligado a saltar a una interpretación más general, la que he presentado muchas veces: la visión de la Unidad Popular tenía un punto ciego, el Estado. Unos creían en los recursos del sistema político; otros en el peligro de un enfrentamiento de tipo español. Los comunistas tenían en el pensamiento la imagen de

la matanza de Djakarta. pero el golpe de Estado propiamente dicho no se percibía más que como una amenaza vaga. Todo el mundo veía la voluntad de la marina o de la aviación de aplastar al MIR o incluso a Altamirano, y comprendía que una ruptura de la izquierda abriría el camino a un golpe de la derecha. Pero el ejército participaba en el gobierno y la UP buscaba un acuerdo con la oposición.

Estas palabras que empleo, y que todo el mundo repetiría, demuestran la gran distancia que separaba las percepciones de la situación real de las fuerzas y de las intenciones. La violencia del putsch demostró en pocas horas que no habría guerra civil ni barricadas, sino una *Blitzkrieg*. De un golpe, las pequeñas armas reunidas se volvieron ridículas. No hubo gran resistencia, porque no había organización paramilitar de la izquierda. No hubo siquiera estrategia de conjunto de la izquierda. Tanto en las fábricas como en las administraciones, comunistas, socialistas y el MAPU actuaron separadamente y en la confusión. Muchas grandes empresas fueron poco defendidas.

En cuanto al ejército, cometió probablemente un error inverso. Realmente creyó en la capacidad insurreccional de la izquierda, aunque el 29 de junio fuese evidente la debilidad de la organización armada de la UP. Del primer día hasta ahora avanza el ejército con una rapidez extrema para adelantarse a un levantamiento popular.

La resistencia en las fábricas fue probablemente animada por grupos limitados de militantes que organizaron una acción local. Nada ha demostrado una coordinación entre los barrios. Resistencia popular más que contraofensiva de la UP. Las expediciones de castigo a los *campamentos* y las *poblaciones* han sido, me parece, más sangrientas que la lucha en los *cordones*. No quiere decir esto que haya habido verdaderas batallas. Sólo algunos focos de resistencia y atentados. Pero sobre todo hombres detenidos por haber encontrado armas en sus casas, por haber sido denunciados o por haber sido cogidos en una *razzia* y cuyos cuerpos se volvían a encontrar en un camino o en el depósito de cadáveres antes de que desaparecieran en el horno crematorio. ¿No es este dolor de los *campamentos* más trágico todavía porque atestigua la impotencia del movimiento popular para defenderse?

En los días siguientes la desorganización de las fuerzas políticas fue lo bastante profunda para que el régimen militar pudiera obtener la reanudación del trabajo sin grave incidente. Sobre todo, no hay que mezclar la protesta contra el golpe de Estado o la represión con el análisis de las conductas políticas.

Ha sido necesario que pasen dos semanas para que se deje oír en mi interior la pregunta: partidos, ¿dónde estábais el 11 de septiembre? ¿Qué habéis hecho? ¿Qué habéis dicho?

Chile entero contempló petrificado el final del drama que se desarrollaba en La Moneda. Allende, entre los escombros del palacio, casi solo, con un arma en la mano, se ofreció en sacrificio y su acto de valor puso fin a la ceremonia. Ha habido militantes que se han batido, muchos han sufrido; pero el Partido Comunista, el Partido Socialista, la CUT, el MIR, los MAPU, ¿dónde estaban en el momento en que caía el presidente abandonado? He escuchado durante varias horas las radios gubernamentales, y no he oído llamamiento ni consigna. Alguien me dice que el Partido Comunista habló. Pero yo aseguro que en los días siguientes la atención se centró sobre todo en el sufrimiento, como si nadie se atreviese siquiera a preguntar por qué el combate había sido tan débil. Me acuerdo de un día siniestro de junio de 1940 en un pueblo del centro de Francia. Un hospital replegado. En la sala en que se reunió el personal, la radio dejó oír una voz temblorosa que anunciaba el armisticio y hablaba tristemente de dignidad. Todos bajaron la cabeza, consolándose, invocando la necesaria paciencia. Chile popular a partir de la tarde del 11 deja oír su dolor. Yo he visto a los parientes y a los amigos en torno de los estadios, a militantes políticos inquietos, escondidos; pero los inmensos aparatos de movilización popular se habrían desvanecido. La sede del Partido Socialista está destruida. La del Partido Comunista fue tomada tras una seria resistencia, pero se dice que cayeron documentos en manos de los militares. ¿Por qué no se han oído llamamientos durante aquellas horas decisivas, la voz de Corvalán, de Figueroa o de Altamirano? Que no digan que la represión volvía toda acción imposible. En el momento en que se atacaba La Moneda, la mayor parte de la ciudad estaba tranquila. Era posible reunirse, registrar una proclama, imprimir volantes. Yo no imaginaba que la descomposición política de la UP hubiera llegado a desarmarla, a hacerla enmudecer en el momento del combate. Las fuerzas políticas se reconstituirán; jamás borrarán la mancha de ese día.

16 DE SEPTIEMBRE: DETENCIONES EN MASA; CORPORATIVISMO; PROPAGANDA

“La ciudad, que ha gozado estos últimos días de una temperatura primaveral agradable y ha recobrado una situación casi normal por completo desde ayer . . .” El *Mercurio*, 16 de septiembre de 1973, p. 23.

Salí esta mañana poco después de la hora a que da fin la queda. Bajando la Alameda casi hasta la estación central, me detuve en el lugar donde me encontraba el domingo pasado, cerca del Estadio Chile. Las calles laterales estaban interceptadas; en la explanada de la avenida, un centenar de personas aguardaban o se interrogaban mutuamente, eran parientes y amigos de los presos políticos encerrados en el Estadio casi todos desde el miércoles. Hoy la policía traslada a los detenidos al Estadio Nacional, mucho más vasto y en el que hay servicios higiénicos. En el Estadio Chile, bastante pequeño y cubierto, estaban amontonadas 6 000 personas, según una religiosa que pudo entrar y con la que hablé, alimentadas con un plato de habichuelas diario, durmiendo como podían, pero, según decía la religiosa sin ser maltratadas. Otros afirman que hubo un motín y fue reprimido de manera sangrienta. En el Estadio Nacional, al que voy después, unas 300 personas aproximadamente esperan ante la entrada principal. El ejército va liberando prisioneros por pequeños grupos, no dejando, dice, más que a los miristas, a los que han resistido y a aquellos en cuyas casas se han encontrado armas. Los presos han sido detenidos en su mayor parte en las fábricas de los cordones Vicuña Mackenna y Cerrillos: Sumar, Cristalerías, Vidrios Lirquen, Pizarreño, etc. Y en la Universidad Técnica del Estado, cuya fachada muy deteriorada he visto. Los no liberados serán juzgados por tribunales sin apelación. A muchos los deportarán a islas. ¿Cómo saber si las sentencias de muerte y las ejecuciones son numerosas? Un recorrido por el barrio Vicuña Mackenna, al lado de la fábrica Sumar, en la *población* El Pinar, me hace encontrarme con allanamiento masivo: un tanque cierra la calle y todas las casas son registradas. En el conjunto de la ciudad hay armas recogidas y personas detenidas. Continúan las operaciones de importancia contra los *campamentos*. El periódico anuncia una queda de 48 horas, el sábado y el domingo, en Valparaíso, donde unos guerrilleros han lanzado ataques. En Santiago, incluso un comisario de policía fue atacado de noche, siempre según el periódico.

La *Junta* militar anuncia medidas para el futuro. León Vilarín, el jefe del *gremio* de los camioneros, ha tomado la iniciativa de la creación de una nueva central sindical que remplazará a la antigua. Todos los dirigentes de los *gremios* que han participado en la caída del gobierno han expresado estar de acuerdo con dicha proposición. He aquí algo que huele bastante a corporativismo fascista. Represión, nacionalismo, antimarxismo y xenofobia, repulsa de la política y llamamiento a los técnicos, el nuevo régimen se

afirma como contrarrevolucionario. Todavía falta ver cómo será conducida la lucha contra la crisis económica a expensas de los pequeños asalariados.

Pero en el momento en que me siento lleno de repugnancia y hostilidad respecto de ese régimen brutal y reaccionario que goza del apoyo masivo de las categorías medias y ricas, me pregunto si, encerrados como lo estamos en la ausencia de informaciones, no soy demasiado moderado en mi repulsa. Quizá estos últimos días la represión ha sido peor de lo que pensamos, más sangrienta y más expeditiva. El horror puede estar a nuestra puerta sin que lo sepamos. El mundo exterior está quizá mucho mejor informado que nosotros. No puedo hacer más que salir del centro, ver los barrios obreros y desconfiar de lo que oigo en la radio y en la televisión, así como de lo que leo en los periódicos. La radio sobre todo es obsesionante, con sus llamamientos incesantes a la unidad nacional y al respeto de la jerarquía: es siempre la misma mezcla de Pétain y de Mussolini, con un aspecto más tecnocrático, un llamamiento constante a los profesionales. Temo el momento en que salga del país y descubra la imagen que los demás han tenido de los días que hemos vivido y de los sufrimientos que algunos soportan.

18 DE SEPTIEMBRE: FIESTA NACIONAL; EL RÉGIMEN SE INSTALA

Para todos los chilenos, es hoy el *dieciocho*, la fiesta nacional. Se bebe ese día la *chicha* y se baila la *cueca* en las *fondas* que se improvisan al aire libre. El patriotismo es fuerte en Chile como lo era en la Francia en que Dufy pintaba el 14 de julio. En todas partes, en las casas, sobre los autos, ondeaban las banderas. Y al día siguiente era el gran desfile militar, a la prusiana, en el centro del parque O'Higgins y las *ramadas* donde se bebe hasta saciarse.

El 19 será día de trabajo este año, y hoy nada indica la fiesta nacional como no sean las banderas, mucho menos numerosas que de costumbre y cuyo sentido se ha vuelto ambiguo. ¿Patriotismo o adhesión a la Junta, que había pedido el primer día que se pusieran banderas? Es casi un domingo. No he oído disparos. Pero desde la mitad de la noche a la mitad de la tarde una gran parte de Santiago, entre ella mi barrio, ha estado privada de electricidad: en el curso de una refriega, un cable de alta tensión fue cortado por un proyectil. He recorrido numerosos barrios populares: muchas camionetas, cargadas de soldados armados, patrullan; acá y allá, allanamientos apoyados por efectivos militares. Al pasar, no se ve nada espectacular en ciertas *poblaciones* citadas con frecuencia, como Lo Hermida; pero no deduzco de ello que la represión no haya pasado por allí. Testigos serios han visto casi todos los días cadáveres en la salida sudeste de la ciudad.

Pinochet multiplica las declaraciones apaciguadoras. El país debe volver al trabajo; no hay en este país más que chilenos, ni vencedores ni vencidos; en cuanto a los descarriados de la política, se los exterminará. Concibe la sociedad como un campo militar. El rector de la Universidad de Chile acaba de declarar una reorganización, es decir, de cerrar cierto número de dependencias de esta Universidad en Santiago y en provincias. Unos soldados van cortando las cabelleras demasiado largas; la barba es subversiva. Los peluqueros hacen el gran negocio. Lo ridículo se mezcla a lo horrible. No se cesa de hablar de legalidad, de libertad, de derecho. Se presenta sistemáticamente a los hombres de la Unidad Popular como ladrones, buscadores de placeres y asaltantes de camino real.

Todo lo que rodea el poder es ahora secreto. La censura es estricta. El régimen difunde una imagen de sí mismo y de sus adversarios que terminará imponiéndose, ya que es la única que llega al público. Lo más horrible sería estar seguro de que se fusila mucho, ¿pero qué vale un régimen en el que la gente se pregunta todos los días si no es así? Los rumores son tan falsos que se rechazan, lo cual beneficia al silencio oficial. ¿Cuántos muertos combatiendo, cuántos después de su detención?

Chile de un golpe, invirtiendo su imagen tradicional, se convierte en el país de la reacción más dura. Y nosotros, europeos, no podemos verlo ya como un país de América Latina, tan lejano. Ha llegado a estar tan cerca de nosotros como la España franquista y la Grecia de los coroneles.

Vuelve a caer el silencio. La inquietud se instala entre los militantes de la UP. Pierden sus puestos administrativos; algunos de sus amigos han desaparecido. ¿El día de mañana será más tranquilo o más duro?

Los productos alimenticios acaban de reaparecer, y las calles están llenas de inmensas colas. El pan falta todavía, y hay centenares de personas que aguardan durante horas el kilo que da a los niños el alimento menos caro.

Yo me marcharé pronto, en cuanto se reanuden los vuelos internacionales. Ya he dejado de sentir la necesidad de llevar este diario. Deseaba reaccionar a los acontecimientos porque me encontraba un poco preparado para situarlos. Mi análisis no puede descansar ya sino en el aire, en falso, cuando la ruptura prevalece todavía sobre el programa y todos reaccionan al choque que acaban de recibir o de dar.

En este momento una gran parte de la opinión chilena cree que el golpe de Estado va a hacer volver al país a sus hábitos anteriores, mediante ciertas coacciones impuestas por la voluntad de desquite o de terrorismo de los que acaban de ser vencidos. Esta impresión se explica bastante fácilmente. Desde el 29 de junio vivía Chile en crisis permanente y la vida material se había vuelto cada vez más difícil desde la huelga de los transportistas. Algunos productos y medios de circulación van reapareciendo; la autoridad militar hace salir artículos acaparados y atemoriza a los comerciantes especuladores inquietos ahora de una denuncia. Se vuelve a la

situación de antes de octubre del 72 en lo que concierne a la vida material cotidiana. Inversamente, la izquierda vive en la desesperación y la inquietud. El momento no es propicio para la reflexión; hay que ayudar a los amigos, limitar los daños y vivir en sí el drama de los que esperan una vuelta o pasan sus días ante el Estadio Nacional. Hay que evitar también las decisiones precipitadas. Animar a que se queden todos aquellos que pueden hacerlo sin mayor riesgo, evitar renunciar al porvenir.

¡Qué difícil es esto, cuando los ataques contra los extranjeros son más violentos, cuando un miembro de la Junta habla de extirpar el marxismo y de purgar la colectividad nacional de aquellos que lo profesan! Yo ya no entiendo lo que pienso y lo que digo. El momento de la partida ha llegado. ¿Cuándo volveré y entre quiénes me encontraré? No estoy seguro de reconocer entonces a aquellos a quienes he conocido ni sus relaciones entre ellos. Yo también, cuando despegue el avión, lanzaré sobre Santiago inmensamente extendido al pie de la Cordillera la mirada del desterrado.

21 DE SEPTIEMBRE: REPRESIÓN E INTEGRACIÓN; DECADENCIA DE LA CLASE MEDIA; EL ORDEN

Ángel Parra, cuyas canciones me han deleitado, está preso. Su amigo Víctor Jara, cantante de protesta, ha sido detenido en la Universidad Técnica en el momento del golpe de Estado. Una semana después, llamaron a su mujer para que se llevara su cadáver de la morgue. Se anunció su muerte sin comentarios.

Anteayer, 19 de septiembre, se encontraban en ese depósito 180 cadáveres por lo menos, en el suelo, en desorden y no en frigoríficos. Su muerte parecía reciente; a pesar de su número, el olor no era pestilente. La mayoría tenían heridas inmensas, el vientre vaciado, un hombro arrancado, sólo una mitad de la cabeza. No habían sido muertos por balas de fusil o de metralleta, sino por proyectiles más pesados, quizá granada o balas de ametralladora. Reproduzco un testimonio directo, no un rumor, y cuya precisión y buena fe están para mí por encima de toda sospecha. Me enteré ayer de que varias personalidades políticas han sido trasladadas al extremo sur y otras a Quillota. Los periódicos han anunciado oficialmente que el barco *Maipo* había salido de Valparaíso cargado de prisioneros políticos.

Así, pues, en la cima, prisiones y deportaciones, provisionales o duraderas. En medio, purgas profesionales, muy variables según las administraciones; los extranjeros que han tenido actividades políticas quedan eliminados. En la base, es decir, en el curso de las operaciones mismas y en los lugares de detención, se abate la muerte. Una importante personalidad política de derecha me decía que en el ejército los jóvenes oficiales, tenientes, capitanes y comandantes eran de la tendencia más dura, la de

Leigh, no la de Bonilla. La aviación parece ser la más excitada. Es probable que algunos oficiales tomen iniciativas de ejecución. Tienen la sensación de estar amenazados, de deber imponer el orden a un país en el que las armas escondidas son numerosas. Si no eliminan, si no aterrorizan, entran, creen ellos, en un largo período de terrorismo y resistencia. Pero quizá este razonamiento, que yo imagino, es demasiado reflexivo; puede que sea únicamente el odio lo que los hace matar.

¿Cuántos muertos? Una personalidad muy importante hablaba a un amigo mío una semana después del golpe de Estado de 1 500. ¿Cómo saber lo que ocurre en provincias? Es probable que la cifra real fuese en esa fecha francamente superior. Y sigue subiendo. ¡Millares de muertos ya!

Muchos se sienten amenazados. En las embajadas se han refugiado cerca de 2 000 personas. Yo he visto la de Panamá, pequeña vivienda de 80 m², donde se encontraban amontonadas más de 200 personas, de las cuales decenas de niños. El embajador trataba de alquilar urgentemente una casa. 300 refugiados en la embajada de Argentina, aproximadamente otros tantos en la mexicana, de la que se ha podido evacuar ya una parte en un avión especial.

Liquidar a los "terroristas" y tranquilizar al buen pueblo, dándole alimentos y ocupándose de sus condiciones de vida, reunir el rebaño excluyendo de él las ovejas negras, tal es el tema constante de todos los discursos y de todos los actos de la Junta. Bonilla visita las *poblaciones*, les promete que el ejército velará por ellas y les distribuye víveres. De esta manera, se vuelve al populismo de extrema derecha, el de Odría o el de Ibáñez, pero sin seudomovilización popular. Los dirigentes de las *poblaciones* han de dirigirse a un oficial del ministerio de la Defensa, que se ocupará de sus problemas de intendencia.

Los víveres van saliendo, los precios están mejor controlados. Ayer vi descargar un camión de leche, cosa que jamás había visto desde mi llegada. No dudo que la distribución mejora rápidamente. El control sobre la población no se obtendrá sólo por el terror, sino por la solución de problemas materiales. La distribución estaba desorganizada por el esfuerzo intentado a medias de crear circuitos no comerciales de distribución, por el desorden, el desbarajuste y la corrupción que reinaban en el sector nacionalizado, seducido por el mercado negro y por el acaparamiento, armas de los ricos. Se vuelve al circuito comercial, se restablece el funcionamiento del conjunto, a costa de un abandono de las protecciones concedidas a los más desfavorecidos.

Los trabajadores agotados por las dificultades materiales, inquietos por su empleo y su salario, notan la represión, la delación. No subestimemos el peso de los apremios de la vida cotidiana y el choque sufrido por los aparatos sindicales y políticos. La debilidad de la respuesta popular el 11 de septiembre marcará durante mucho tiempo la acción política de la izquierda. Algunos, con valor, se lanzarán al ataque del orden nuevo; pero

es larga la distancia que separa el atentado de la acción política organizada, capaz de debilitar o de derribar el régimen. Yo quisiera que en el extranjero se respetara el desconcierto, la duda y el dolor, tanto como la voluntad de lucha y la esperanza que acabarán por abrirse paso. Porque la gran fuerza de resistencia es la clase obrera. El mundo de los discursos se ha desvanecido. Su falsa claridad se ha apagado. Unos trabajadores sin organización y sin apoyo han peleado; reanudan hoy el trabajo, pero hostiles. El ejército los vigila. Aquellos a los que vemos detenidos son sobre todo trabajadores, semejantes a cuantos vemos a la salida de las fábricas. Será indispensable hacer que la política levante cabeza, que parta de la experiencia vivida, de la explotación, de la coacción y de la pobreza y no ya de las grandes maniobras de los doctrinarios. Los *cordones* industriales han sido a la vez resistencia obrera y empresa izquierdista. Perdurarán en el primero de sus cometidos.

Así se dibuja la vida cotidiana de Chile acuartelado: de un lado, represión, censura, eliminación, y del otro integración, organización, paternalismo. La sociedad está reducida en este momento al Estado y no comporta más que dos sectores, el rebaño reunido y los desviados reprimidos y excluidos.

El general Leigh acaba de dar algunas indicaciones sobre la Constitución que se prepara. Prevé la participación de los *gremios*, de las mujeres, de la juventud, de las fuerzas armadas en la representación popular. El mismo día anunció la radio que se ponía fuera de la ley a los partidos "marxistas". No se ve por qué la *Junta* no habría de volver a "la institucionalidad", ya que la redefine de tal manera. Brasil enseñará cómo fabricar falsos partidos políticos y el Parlamento podrá inspirarse en la Cámara de las Corporaciones o en las *Cortes* franquistas.

Lo que la actualidad no muestra todavía es el control de la política económica por la burguesía chilena. Pero se imagina fácilmente la tendencia. El Estado se había hecho el agente económico principal, y fracasó en su doble tarea de producción y de distribución. El nuevo régimen hace pasar los mandos de la economía a manos de la clase dirigente. En lo que concierne a la distribución, se trata sobre todo, de operar una transferencia de venta en favor de las clases medias, pero suprimiendo también el mercado negro: los márgenes beneficiarios serán mejorados, y el aparato de distribución directa está en camino de liquidación.

Del lado de las empresas, la supresión de los sindicatos y evidentemente del derecho a la huelga ha de imponer una fuerte disciplina de trabajo y sobre todo, permitir que se mantengan salarios bajos. La bolsa sube rápidamente.

Como la inflación vino esencialmente del déficit del aparato económico del Estado, las medidas principales tenderán a suprimir dicho déficit. Primero licenciando. La eliminación de muchos extranjeros, varios millares, y de los militantes políticos tiene también un efecto económico.

Después bloqueando o limitando el reajuste de los salarios. El golpe de Estado se produjo precisamente antes del *reajuste* que todos los asalariados del Estado aguardaban con impaciencia. Desde hace un año, los salarios reales, sobre todo en el sector público central, se han desplomado. El nuevo gobierno va a luchar por detener el alza de precios y puede verosímilmente salir de la gran inflación; pero tiene el poder de fijar el nivel de vida de los funcionarios y asimilados, a su antojo. No dudo que se opere muy rápidamente una transferencia de ingreso hacia las actividades productoras, que es por otra parte necesaria, pero que se manifestará por un enriquecimiento de los capitalistas y no de los asalariados. La clase media asalariada a la que Frei había comenzado a atacar y que por ello se había vuelto hacia Alessandri, que ha sido en gran manera hostil a Allende, pero sin ser atacada por él, termina ahora el gran período de su historia. Y los que hoy se regocijan al ver contenida la subida de las clases populares, pronto se darán cuenta de que sucumben no a esta presión sino a los golpes asestados por una clase capitalista que descarga al país del peso excesivo de un aparato ineficaz. Este mundo de funcionarios entra en una movilidad descendente que provocará una oposición política, pero sin efectos inmediatos.

En el campo, se liquidan los *asentamientos* y centros de reforma agraria, dando títulos de propiedad individual. Será mucho más lentamente como se formará a partir de las granjas medianas y relativamente modernas un nuevo tipo de agricultura capitalista.

La Universidad no se librará de esta transformación general de la sociedad. El rector Boeninger, que ha desempeñado un papel importante en la crisis, trata de mantener su poder haciendo por sí mismo la limpieza de su Universidad. Convertirla en un conjunto de escuelas profesionales orientadas a las actividades productoras y técnicas, y liquidar la ideología y sus plazas fuertes, he aquí lo que hará el rector o lo que le impondrán los militares. Y una vez más la oposición deberá elegir entre la defensa de un pasado descompuesto o la búsqueda de nuevas formas de impugnación intelectual. Lo peor sería pretender salvar una situación anterior que todos los hombres de izquierda serios juzgaban con la mayor severidad.

Todos estos cambios se dibujarán muy pronto, pues los militares avanzan a tambor batiente. Pero serán dominados durante mucho tiempo por el clima de represión que se ha instalado. No pasa un día sin que se vea en la televisión al ejército salvando la moralidad pública y luchando contra la delincuencia y la criminalidad o dando pruebas de austeridad y de desinterés. La propaganda presenta a los dirigentes de la UP como unos si-baritas corrompidos, ladrones y hasta asesinos.

24 DE SEPTIEMBRE: MUERTE DE NERUDA; LA REPRESIÓN INTELECTUAL;
ADIÓS

Me marcho mañana por la mañana. No olvidaré mis últimas horas en Santiago. Al comienzo de la tarde, hemos subido con algunos amigos hasta el pequeño callejón sin salida, al pie del cerro San Cristóbal, donde se encuentra la casa de Neruda; unas construcciones escalonadas en un jardín en rápida pendiente. Se sube una escalera para llegar a una rotonda acristalada. La estancia se halla en desorden, hay unos vidrios rotos, el teléfono está arrancado. En medio, sobre unos caballetes, el ataúd, cuya tapa tiene una abertura por la que se ve el rostro. Neruda está mucho más delgado que la última vez que lo vi, en París. Algunos parientes y amigos alrededor, y unas coronas blancas. Otra escalera, y en una pieza desnuda, Matilde Neruda, herida por esta muerte y esta profanación. En lo más alto del jardín, los aposentos donde había unos libros y unos cuadros. Están vacíos. Alguien recoge un viejo número de las *Lettres françaises*. Pablo Neruda, que ha nombrado las rocas y las aves de América Latina, que ha hecho pasar sobre el continente las palabras tiernas y desesperadas del amor, la cólera y la esperanza de la lucha social, yace abandonado en esta casa despojada, saqueada. Su muerte y su presencia en esta casa devastada protestan contra la dictadura.

El ejército difunde al punto en la televisión y en la radio un comunicado: no tiene ninguna responsabilidad en este saqueo, que condena. ¿Por qué se considera obligado a decirlo? ¿No es porque siente todas las miradas vueltas hacia él? Quizá tiene razón. Puede que haya sido *Patria y Libertad* el autor de la fechoría, ese grupo que acaba de declarar su propia disolución, una vez alcanzados todos sus objetivos, jese grupo de cuyo jefe, Roberto Thieme, se dice que dirige torturas y ejecuciones en el Estadio Nacional! Ya sean el ejército o sus aliados los responsables, este acto no es propio de ladrones. No habrían roto los vidrios; no habrían sobre todo, quemado esos libros cuyas cenizas he visto en la explanada al pie de la rotonda.

Neruda desaparece. La dictadura militar instala el silencio del embuste. Ayer, el día en que murió, el fuego encendido por el ejército quemaba sus libros entre las torres del barrio San Borja.

He ido después a reunirme con unos estudiantes para proseguir con ellos una reflexión sobre la Unidad Popular y sobre su caída. En medio de la reunión, entraron unos soldados, metralleta en mano. Iban en busca de un investigador brasileño para detenerlo; afortunadamente, no estaba allí y pudo refugiarse en una embajada.

En las últimas horas de la tarde llamé a un amigo, director de un centro de investigaciones sociológicas. Había sido retenido durante dos días por la policía y el ejército, pero al fin lo habían puesto en libertad provisionalmente. Se le anunció la supresión de su centro, acusado de ser

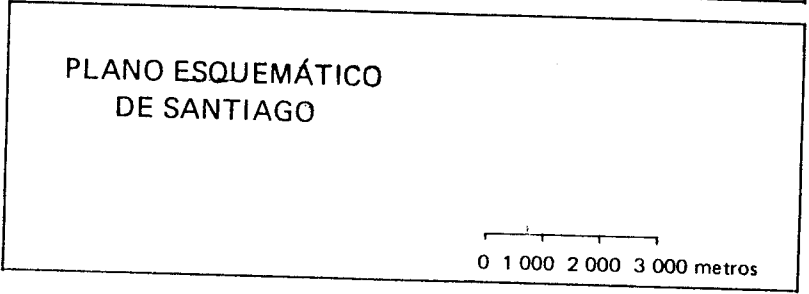
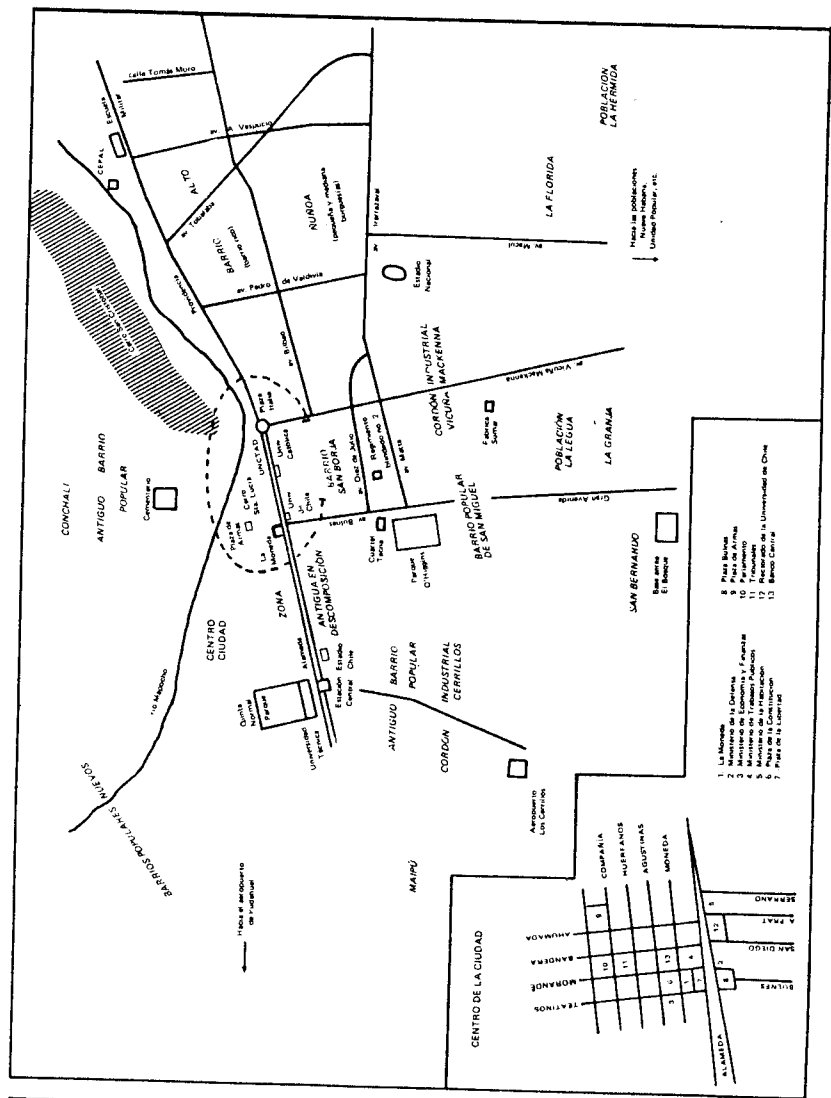
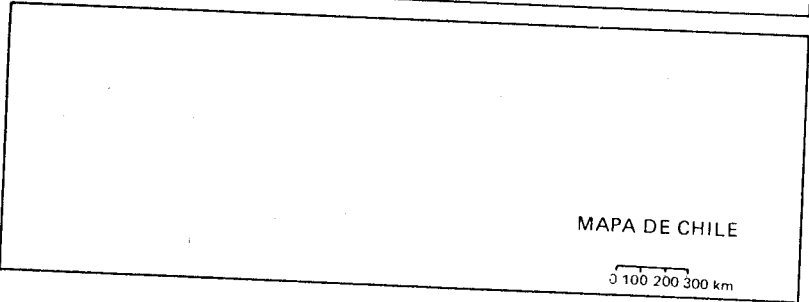
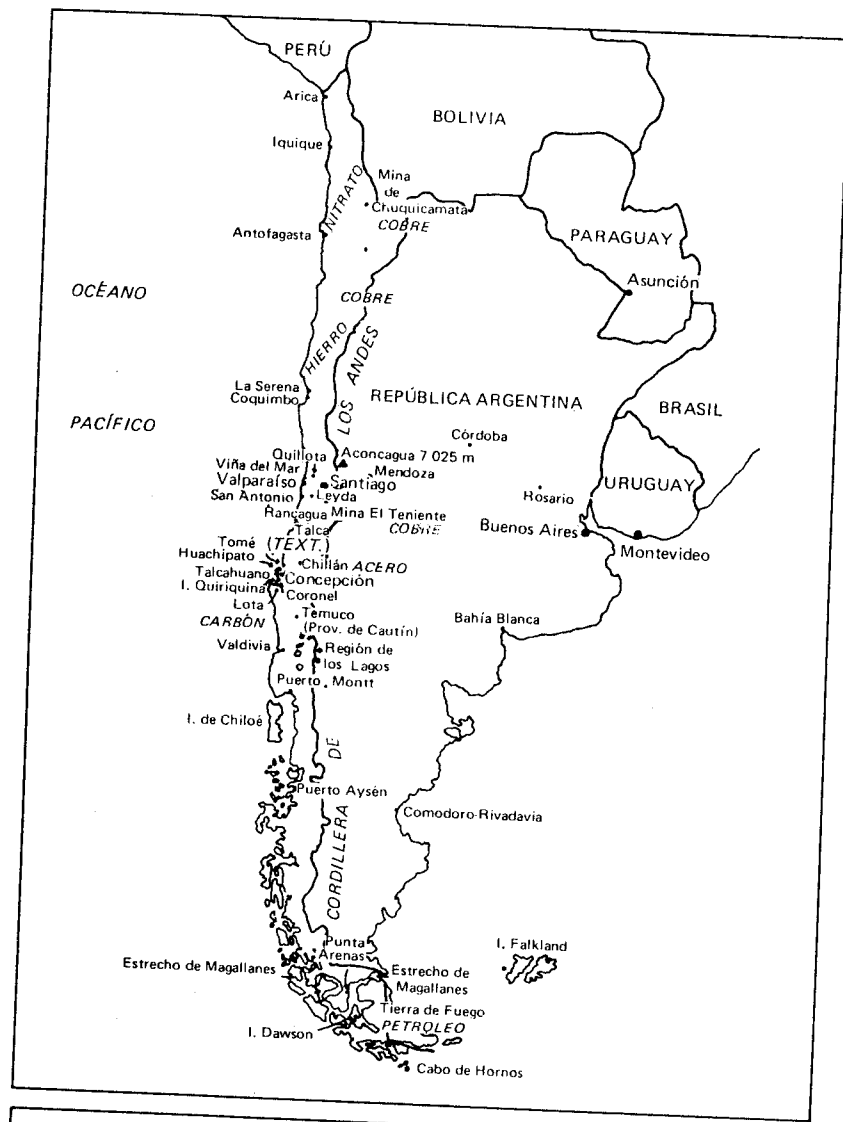
marxista y estar lleno de extranjeros. La sociología va a desaparecer. El régimen no puede seguir tolerando esa mirada. Los centros de estudios y las escuelas están suprimidos; los extranjeros, numerosos en efecto, atraídos por la Unidad Popular o refugiados de Brasil, Argentina, Uruguay o Bolivia, y que habrían dado nueva vida a las ciencias sociales en Chile, son expulsados o encarcelados. Todo el sistema universitario pasa bajo el control directo de los militares. Al rector Boeninger le han pagado bastante mal sus servicios. ¿Cuándo va a ser la purga de las bibliotecas, la imposición de programas escolares y universitarios "nacionalistas"? Después de algunos días en los que el lobo se fingió cordero para incitar a los trabajadores a emprender de nuevo el camino de la fábrica y de la oficina y para tranquilizar a la gran mayoría concentrando todos los ataques en los "extremistas", he aquí que se desencadena la violación de la sociedad, el avasallamiento de los hombres, de las instituciones, de las ideas. ¿Cuántos pequeños burgueses que aplaudieron el golpe de Estado no están ya inquietos? ¿Hasta dónde irá esta huída hacia adelante, conducida por el temor de la resistencia popular y que encierra al país en el círculo de hierro de la represión?

El golpe de Estado y las luchas que lo siguieron han hecho pocas víctimas; la represión ha hecho muchas. Nuevos testimonios no dejan ya duda: se fusila con frecuencia y mucho. De noche sobre todo, en el Estadio Nacional. Se busca a los dirigentes políticos huidos, y se prometen recompensas a quienes los denuncien. El horror supera lo previsto; ni aun al día siguiente del golpe de Estado nos hubiéramos atrevido a pensar que Chile estaría unos días después encerrado en una prisión tan siniestra.

La burguesía celebra el fin del mercado negro, que ya no tiene razón de ser desde el momento en que el dinero confía en la metralleta para suprimir el peligro rojo.

Es preciso ahora escuchar las voces de la sombra, amar el inmenso trabajo de resistencia y de reflexión que va a realizar este pueblo aplastado, estupefacto aún por la violencia del golpe, pero que recobrará el valor de luchar. Muy pronto va a organizarse la acción, a multiplicarse los atentados. La represión será terrible. Pero si la primera respuesta al golpe de Estado estuvo debilitada por la confusión política, frente al régimen que se instala la cólera del pueblo y de los militantes políticos armará los brazos. Chile va a vivir un largo sufrimiento que hará odiosa la satisfacción beata de los pequeños burgueses tranquilizados. Por ser el más violentamente golpeado, Chile se convierte en el centro de las luchas de todo un continente. Aquí más pronto que en otros lugares, el movimiento obrero combatirá la construcción del capitalismo y los intelectuales atacarán el integrista contrarrevolucionario.

Hay que marcharse. Yo ya no puedo hacer nada aquí. Un mundo y una esperanza se han derrumbado. Hay que pensar desde hoy en la lucha que comienza, en el esfuerzo de un pueblo por recobrar la libertad.



- 1. La Moneda
- 2. Plaza de Armas
- 3. Ministerio de Economía y Fomento
- 4. Ministerio de Educación
- 5. Ministerio de Trabajo y Previsión
- 6. Plaza de la Constitución
- 7. Plaza de la Libertad
- 8. Plaza Balmaceda
- 9. Plaza de los Héroes
- 10. Plaza de la Universidad de Chile
- 11. Estación Central
- 12. Estación Mapocho
- 13. Estación Santa Rosa

- 18 abril 1973 Comienzo de la huelga de los mineros del cobre de El Teniente.
10. mayo Mitin de masas organizado por la Unidad Popular.
- 11 mayo La huelga del cobre se extiende a Chuquicamata.
- 14 mayo P. Aylwin, nuevo presidente de la democracia cristiana.
- 23-28 mayo Viaje del presidente Allende a Buenos Aires con motivo de la toma de posesión del presidente argentino Cámpora.
- 30 mayo El Tribunal Constitucional se declara incompetente para juzgar la reforma constitucional votada por el Parlamento y rechazada por el Presidente.
- 4 junio Son despedidos 65 trabajadores de El Teniente.
- 11 junio El Parlamento vota una reforma constitucional en favor de los medianos y pequeños agricultores.
- 15 junio Los huelguistas de El Teniente llegan en manifestación a Santiago. Manifestación de los estudiantes de la Universidad Católica a su favor. Acampan en los jardines del Parlamento y en la Universidad Católica. Violentos incidentes en Santiago en el curso de los días que siguen.
- 19 junio Gran manifestación de la oposición en apoyo de los mineros de El Teniente.
- 21 junio La CUT organiza una gran manifestación popular de apoyo al gobierno.
- 29 junio Insurrección de elementos del regimiento blindado no. 2 bajo la dirección del comandante Souper. Disparan contra el palacio presidencial. Movilización de masas de la UP. Ocupación amplia de los lugares de trabajo. El general Prats dirige personalmente la acción militar contra los putschistas. Después del 29 de junio, gran desarrollo de los *cordones* industriales.
- 4 julio Los mineros de El Teniente vuelven al trabajo.
- 5 julio Reorganización ministerial: el gobierno no está formado más que por civiles.
- 25 julio Allende lanza un llamamiento al diálogo con la democracia cristiana.
- 27 julio Asesinato del ayudante naval del presidente, comandante Araya.
- 30 julio Entrevista Allende-Aylwin.
- 31 julio Comienzo de la huelga de los *gremios* de transportistas.
- 3 agosto Ruptura de las conversaciones Allende-Aylwin.

- 7 agosto La marina declara haber descubierto planes de sublevación en varios barcos de guerra.
- 9 agosto Reorganización ministerial. Los comandantes en jefe de las tres armas y el director general de carabineros entran en el gobierno. Gran manifestación de la CUT contra el peligro de golpe de Estado.
- 10 agosto El subsecretario de Estado en los Trabajos Públicos, J. Faivovich, intenta requisar los camiones en huelga.
- 13 agosto Atentado que provoca una interrupción general de electricidad en Santiago y en otras provincias.
- 18 agosto El general Ruiz, ministro de Trabajos Públicos y comandante en jefe de la aviación, dimite sus dos cargos.
- 19 agosto Se entrevista por televisión al general Ruiz.
- 20 agosto El general Ruiz trasmite el mando de la aviación al general Leigh, después de un período durante el cual la aviación parece proyectar un golpe de Estado.
- 21 agosto Huelga de 48 horas de los médicos, que se prolongará. Violentos incidentes entre jóvenes del Partido Nacional y grupos de izquierda en el centro de Santiago. Varios heridos de bala. La CUT provincial de Santiago (demócrata cristiana) declara una huelga general, seguida por los *gremios* de empleados y de profesionales.
- 22 agosto La Cámara de Diputados --donde la oposición tiene mayoría-- declara que el gobierno ha puesto gravemente en peligro la Constitución.
- 23 agosto Dimisión del general Prats a consecuencia de manifestaciones hostiles organizadas contra él por mujeres de oficiales.
- 24 agosto El almirante Montero, ministro de Hacienda, vuelve a tomar el mando efectivo de la marina y dimite de hecho su cargo en el gobierno.
- 25 agosto Detención de R. Thieme, dirigente en la clandestinidad de *Patria y Libertad*.
- 28 agosto Reorganización ministerial. Las fuerzas armadas siguen representadas en el gobierno. La CUT organiza una manifestación de apoyo al general Prats. Comienzo de una huelga general del comercio y de numerosos grupos profesionales que exigen la dimisión del Presidente. Este anula su proyecto de viaje a Argel.
- 29 agosto Violentos incidentes en Rancagua.
- 4 septiembre Gran manifestación popular de apoyo al gobierno.
- 5 septiembre Manifestación de las mujeres de la oposición.
- 7 septiembre Violentos incidentes entre los obreros de la fábrica Sumar y un destacamento de la aviación que efectuaba un allanamiento en la fábrica.

- 8 septiembre La policía, aplicando una decisión judicial, hace evacuar el canal 9 de televisión, perteneciente a Universidad de Chile, pero ocupado y utilizado por la extrema izquierda.
- 9 septiembre Discurso de C. Altamirano en el mitin del Partido Socialista.
- 10 septiembre Reunión del comité de coordinación de los *gremios* en el salón de honor de la Universidad de Chile.
- 11 septiembre **GOLPE DE ESTADO** dirigido por una *Junta* militar formada por el general Pinochet (ejército de tierra), el almirante Merino (marina), el general Leigh (aviación) y el general Mendoza (carabineros). El presidente Allende encuentra la muerte en La Moneda, atacada por los tanques y la aviación.
- 12 septiembre Queda durante todo el día. Resistencia organizada y francotiradores en numerosos puntos de la ciudad. Instalación oficial de la Junta y formación de un gabinete casi totalmente militar. Se lucha en los *cordones* Vicuña Mackenna y Cerrillos.
- 13 septiembre Queda hasta el mediodía. El centro de la ciudad por la tarde es terreno vedado. Disparos en varios barrios; fuertes explosiones por la noche.
- 14 septiembre Supresión de las JAP. El general Leigh y el general Bonilla analizan las razones del golpe de Estado y las orientaciones del nuevo régimen.
- 15 septiembre La mayoría de los altos funcionarios son remplazados.
- 16 septiembre Intervención militar brutal en varias *poblaciones*.
- 17 septiembre Se reanuda el trabajo en la mayoría de las administraciones y de las empresas
- 18 septiembre Fiesta nacional.
- 23 septiembre Muerte de Pablo Neruda.

SIGLAS

- CEPAL Comisión Económica de las Naciones Unidas para la América Latina.
- CORA Corporación de la Reforma Agraria.
- CORFO Corporación de Fomento de la Producción: la gran agencia de desarrollo económico que administra el sector nacionalizado y las empresas requisadas. Estaba dirigida por P. Vuskovic.
- CUT Central Única de Trabajadores: confederación sindical creada en 1953. Su presidente era en agosto de 1973, L. Figueroa, comunista, y su secretario general, L. Calderón, socialista. En Santiago, al nivel provincial, la CUT estaba dirigida por un demócrata cristiano.
- DC Democracia Cristiana: su presidente era P. Aylwin; su principal dirigente E. Frei, ex presidente de la República.
- FRAP Frente de Acción Popular: alianza electoral de la izquierda de la que Allende había sido candidato antes del período demócrata cristiano.
- FTR Frente de Trabajadores Revolucionarios: frente obrero del MIR.
- INDAP Instituto de Desarrollo Agropecuario.
- ITT International Telegraph and Telephone: conglomerado norteamericano que financió la subversión contra la UP.
- JAP Junta de Abastecimiento y Control de Precios: sistema, dirigido por el Estado, de distribución de productos, sobre todo alimenticios, al margen de los circuitos comerciales habituales.
- MAPU Movimiento de Acción Popular Unitaria: partido desgajado de la democracia cristiana y que se hizo marxista. Tras de la muerte de su creador, Rodrigo Ambrosio, e inmediatamente después de las elecciones de marzo del 73, se escindió. El MAPU llamado Garretón está más cerca de la extrema izquierda y reúne la mayoría de los militantes; el MAPU obrero-campesino, llamado Gazmurri, está más cerca de los comunistas.
- MIR Movimiento de Izquierda Revolucionario: fundado en 1967 por estudiantes de Concepción, organizó frentes en medio obrero, campesino y "poblador". Aporta a la UP un apoyo crítico.
- OLAS Organización Latinoamericana de Solidaridad: apoyaba los movimientos de guerrilla y de liberación formados a ejemplo de Cuba.
- PC Partido Comunista de Chile: su secretario general es Luis Corvalán.

- PSCH Partido Socialista de Chile: su secretario general es Carlos Altamirano.
- SAG Servicio Agrícola y Ganadero.
- SOFOFA Sociedad de Fomento Fabril: asociación de industriales.
- UNCTAD El edificio construido para la "Conferencia de las Naciones Unidas para el Comercio y el Desarrollo", rebautizado Gabriela Mistral, se encuentra en el centro de Santiago. Ahora se llama Diego Portales.
- UP Unidad Popular: formada para las elecciones presidenciales de 1970 entre el PC, el PS, el Partido Radical, el MAPU y pequeñas formaciones. Una parte de los radicales se ha separado de ella. La Izquierda Cristiana, separada de la democracia cristiana se le ha adherido.

PARA LOS QUE QUIERAN INFORMARSE SOBRE CHILE

Este libro no es una presentación de Chile, de su organización social y de sus problemas actuales. Pero puede incitar a algunos de sus lectores a informarse sobre la sociedad chilena y sus transformaciones. He aquí, pues, algunas indicaciones bibliográficas.

Para comenzar, debemos referirnos por lo menos a un libro sobre América Latina, con el fin de situar a Chile en el conjunto regional de que forma parte. El mejor es: F. H. Cardoso y E. Faletto, *Dependencia y desarrollo en América Latina*, México, Siglo XXI Editores, S. A., 7a. ed., 1973.

Estudios generales y económicos

La mejor introducción a la sociedad chilena es *Chile Hoy*, México, Siglo XXI Editores, S. A., 4a. ed., 1972, obra colectiva de A. Pinto, S. Aranda, O. Caputto, E. Faletto, J. Chonchol, V. Brodersohn, T. Vasconi, etc. Se encontrarán en ella sobre todo buenos análisis sobre la economía chilena en vísperas de la llegada al poder de la Unión Popular.

En francés, el libro de A. Labrousse, *L'Expérience chilienne*, París, Ed. du Seuil, 1971, es la mejor introducción a Chile actual. Se puede consultar también: A. Acquaviva, G. Fournial, P. Gilhodes, J. Marcelin, *Chili de l'Unité populaire*, Ed. Sociales, 1971; Catherine Lamour, *Le Chili chilien*, París, Stock, 1971.

Es indispensable leer dos libros de Aníbal Pinto, *Chile, un caso de desarrollo frustrado*, Santiago, Ed. Universitaria, 1962, recientemente reeditado, y *Chile, una economía difícil*, México, Fondo de Cultura Económica, 1964. También es útil el libro de José Cademártori, *La economía chilena*, Santiago, Ed. Universitaria, 1968. La concentración del poder económico ha sido estudiada primeramente por R. Lagos, *La concentración del poder económico*, Ed. del Pacífico, 1969.

Sobre el período reciente: S. Molina, *El proceso de cambio en Chile*, Santiago, Ed. Universitaria, y México, Siglo XXI, 1972; y R. French-Davis, *Políticas económicas en Chile 1952-1970*, Santiago, CEPLAN, 1973.

Problemas campesinos

Sobre la propiedad del suelo: S. Barraclough y otros, *Chile. Tenencia de la tierra y desarrollo económico del sector agrícola*, Santiago, Comité Interamericano de Desarrollo Agrícola, 1960.

Sobre el movimiento campesino: A. Alfonso y otros, *Movimiento campesino chileno*, ICIRA, 1970, 2 vols.

Problemas obreros

En un estudio ya antiguo se han comparado los obreros del carbón y los del acero: T. Di Tella, L. Brams, J. D. Reynaud, A. Touraine, *Huachipato et Lota. Étude sur la conscience ouvrière dans deux entreprises chiliennes*, París, CNRS, 1966.

Sobre los mineros y su influencia política: J. Petras y M. Zeitlin, "Los mineros y el extremismo agrario", en Petras y Zeitlin, ed., *América Latina: ¿reforma o revolución?*, I, pp. 191-203 (artículo reproducido de *American Sociological Review*, agosto 1967, pp. 578-586).

Sobre el sindicalismo, los libros son muy numerosos. Es muy reciente el de J. Barria, *Historia de la CUT*, Santiago, PLA, 1971. H. Landsberger, M. Barrera, A. Toro, *El dirigente sindical chileno*, Universidad de Chile, INSORA, 1963, han estudiado a los dirigentes sindicales y sus actitudes sociales y políticas. Las *Obras selectas* de Recabarren, acompañadas de varios estudios, han sido publicadas por Quimantú en 1972.

Historia política y social

Sobre la historia social de Chile han sido reunidos numerosos textos por H. Godoy, *Estructura social de Chile*, Santiago, Ed. Universitaria 1971. El sistema político lo presenta N. Lechner, *La democracia en Chile*, Buenos Aires, Signos, 1970.

Sobre la vida política: J. Petras *Chilean Christian Democracy: politics and social forces in Chilean development*, University of California Press, 1969 y Ernest Halperin, *Nationalism and communism in Chile*, MIT Press, 1965.

De todos los partidos políticos chilenos el que tiene menos equivalentes en otros países es el Partido Socialista, sobre el cual puede leerse: Fernando Casanueva y Manuel Fernández, *El Partido Socialista y la lucha de clases en Chile*, Santiago, Quimantú, 1973, y J. C. Jobet, *El Partido Socialista de Chile*, Santiago, PLA, 1971.

Sobre la democracia cristiana: M. Zeitlin, "Determinantes sociales de la democracia política en Chile", en *Revista Latinoamericana de Sociología*, 1966, II, pp. 223-236. El libro de E. Faletto, E. Ruiz y H. Zemelman, *Génesis histórica del proceso político chileno*, Quimantú, 1973, aporta opiniones muy nuevas sobre el período entre las dos guerras. Sobre la función del ejército: A. Joxe, *Las fuerzas armadas en el sistema político de Chile*, Santiago, Ed. Universitaria, 1970.

T. Vasconi, del CESO, ha escrito varios informes mimeografiados, sobre las luchas políticas en la Universidad de Chile.

J. Garcés ofrece (1970) un excelente análisis de sociología política, *La pugna política por la presidencia de Chile*, Santiago, Ed. Universitaria 1971.

El gobierno de Unidad Popular

Existen todavía pocos estudios profundos. Numerosos autores pertenecientes a dos de los principales centros de investigación del país, el CEREN y el CESO, han publicado *Transición al socialismo y experiencia chilena*, Santiago, 1972. A. Foxley ha dirigido el libro colectivo, *Búsqueda de un nuevo socialismo*, Santiago, Nueva Universidad, 1971.

La vía chilena ha sido definida por un consejero político de S. Allende, J. Garcés, en "Vía insurreccional y vía política: dos tácticas", en *Revista de la Universidad Técnica del Estado*, núm. 13-14, marzo-junio de 1973, pp. 9-38.

Entre los relatos: Luis Maira, *Chile: dos años de unidad popular*, Santiago, Quimantú, 1973.

Sobre los movimientos sociales agrarios: H. Zemelman, J. Petras, *Proyección de la reforma agraria*, Santiago, Quimantú, 1972.

Les Temps Modernes, han publicado un número especial sobre Chile en junio de 1973.

Entre los libros hostiles al nuevo régimen: P. Huneus, C. Orrego y otros, *Chile. El costo social de la dependencia ideológica*, Santiago, Ed. del Pacífico, 1973.

M. Castells, al frente de un equipo del CIDU, ha redactado importantes informes sobre los diversos sectores del movimiento revolucionario en Chile. Estos documentos, que he podido leer, no estaban publicados en el momento en que escribo.

Sobre la movilización popular existe igualmente el informe mimeografiado de E. Sader, del CESO.

Varias revistas de ciencias sociales contienen numerosos artículos sobre la sociedad chilena:

- *Cuadernos de la Realidad Nacional*: publicados por el Centro de Estudios de la Realidad Nacional de la Universidad Católica.
- *Sociedad y Desarrollo*: 4 números publicados por el Centro de Estudios Socio-económicos.
- *Marxismo y Revolución*: Un número conteniendo un conjunto de estudios sobre las clases sociales en Chile.

Entre las publicaciones pertenecientes al periodismo político, las más útiles son: *Chile Hoy*, que se sitúa en el ala izquierda de la UP, y *Punto Final*, que presenta las posiciones del MIR.

Todas estas revistas y publicaciones están hoy suprimidas.

Otros libros sobre Chile publicados por Siglo XXI Editores, S. A.:

- Salvador Allende y otros: *La vía chilena al socialismo*, 1973.
- Solon Barraclough y otros: *Diagnóstico de la reforma agraria chilena* (ICIRA), 1974.
- De la revista *Chile Hoy* (ed. preparada por Pío García): *Las Fuerzas Armadas y el golpe de Estado en Chile*, 1974.
- Régis Debray: *Conversación con Allende*, 5a. ed., 1973.
- Joan Garcés: *El Estado y los problemas tácticos en el gobierno de Allende*, 1974.
- René Zavaleta: *El poder dual en América Latina* (estudio de los casos de Bolivia y Chile), 1974.

compuesto en composición técnica, s. a.
margaritas 233 - fracc. la florida
naucalpan de Juárez, méx.
impreso en offset cement, s. a.
ajusco 96 - méxico 13, d. f.
tres mil ejemplares
20 de mayo de 1974